

FRANCISCO A. SICARDI

N.º

LIBRO EXTRAÑO



BUENOS AIRES

IMPRENTA EUROPEA MORENO Y DEFENSA

1894



PRÓLOGO

Porque es necesario, que los hechos tengan sitio, fecha y criaturas, escribo estos capítulos del libro, que lleva por esto mismo en la entranña la simiente de su muerte, porque en el arte, no tienen vida duradera, sino las cosas sobre-humanas, que en todo tiempo y lugar sean reflejo de verdad. Requiescat in pace. Se irá en el monton, en buena compañía, á descansar en la huesa, que el olvido abre todos los años para los que escriben. Yo tengo conmiseraciones, llenas de respeto, por todas las ideas, que se arrojan á la pelea diaria, y muy en mucho los campeones esforzados, que defienden iracundos la brecha, erguidos sobre el escombros.... Me acerco á ellos siempre, leo sus libros y veo cómo se enflaquece el vigor intelectual, que echa á la hoguera sus aristas de diamante pulido y cómo sepulta el hombre todas las exhuberancias pasionales de nuestro espíritu.

Escribo, á pesar de todo, con caricias en la frase y plasmó, en los soliloquios de creacion, las figuras, que cruzan sonriendo la zona sombria del pensamiento. No hay frío en la pluma, ni desesperaciones; y, cuando resbala y cruje sobre el papel, saltan chispas de alegría, porque otros se emborrachan de alcohol y nosotros de visiones: es lo mismo. Lo importante es que el tiempo, que no puede llenarse siempre de trabajo material, pase en alguna forma, aunque sea poblado de deleznable fantasmagorías;—el tiempo, que es tan largo, cuando la inercia y el tedio penetran los huesos... No importa lo que suceda despues; eseribamos. Se que el sepulcro está siempre con la tapa de marmol levantada y pendiente en actitud de caer.... pero yo digo, que escs libros muertos, que han enriquecido nuestra inteligencia con el esplendor de sus pasiones, son los amigos desinteresados de las horas solitarias; y á medida que se van borrando de la memoria humana, se concentran y se refiran en tropel y entran por las puertas iluminadas de nuestras casas, como hijos pródigos, que vuelven moribundos de la lucha á buscar otra vez el seno tibio de nuestros cariños. Yo los he visto despues, en las urnas, donde estan guardadas las cenizas de los dioses tutelares, al lado de

los retratos, sobre el escritorio de los hijos. Sobrado galardón es este! ;Qué bien están los libros muertos allí!... Por qué el arte no vive, si es estéril vanidad y exhibición burda y fugaz; pero es eterno, cuando es fragua calentada en todos los amores del corazón, cuando, hecha de dolor y de recuerdos, diseña una por una las tristezas del espíritu humano. No haya miedo, hermanos míos; dejad esa síntesis á vuestros hijos, aunque no viva fuera nunca! Allí guardados, dentro de las cuatro paredes, donde han sido escritos, tienen la vida inmortal, á pesar de todos; y, cuando suenan las alegrías de íntimos festivos, siempre hay quien estira la mano á recogerlos. Yo he visto estas familias... En la noche del santo de los padres, se reúnen todos al rededor de la mesa con esos libros, que son á veces la única herencia... Los genios amables del hogar, con alas blancas y grandes, se ciernen en la atmósfera tibia y la vieja sobreviviente está sentada en la cabecera. Tiene en los ojos pensativos toda su historia de alma resignada y tranquila, mientras los mayores, con tez morena y ojos negros, leen en voz alta las páginas adorables... Pasa el alma del padre en los rasgos extraños y los arabescos y las curvas y los círculos y las líneas de las letras...

formando rayas pequeñas y grandes, separadas por blancos espacios, que van cantando apresuradas, las unas despues de las otras, las divinas estrofas, mientras su sombra melancólica vaga por los comedores, donde se sienten ruidos de besos cariñosos.



Yo canto como el poeta y veo las líneas elocuentes de los objetos y escribo el alma de la naturaleza de mi comarca... y hay tinieblas y poemas de luz y temblores de corazones en sus páginas. Hay símbolos, porque ciertas horas juveniles de amor se parecen en todos los que han nacido, y mas símbolos, porque está allí el pueblo, que tiene el gran espíritu sintético, la efigie deslumbradora y gloriosa, mezcla de artista, de filósofo y de gaucho indomable... ¡Oh Grécia, que tienes á Esquilo y al Partenon y has echado á las estrellas el perfil divino y eterno de la Vénus celeste; diosas de las ondas del mar y de los bosques, que caminais el mundo antiguo, destilando perfumes salinos de algas y deliciosa ambrosia; observad este pueblo de poetas, que encuentra el himno á la belleza inmortal en la infinita y dilatada planicie de la pampa,

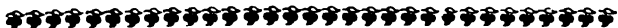
templo abierto de sus glorias, sepulcro de su ciclo heroico! Monta su potro alazan con cambiantes de terciopelo, la cabeza altísima, anhelando las fragancias esquisitas de los jardines silvestres. Tropieza adelante en el huracán bravío de la carrera y de noche vela—de los picachos, que blanquean en la negrura—la integridad del territorio, armado, con plumaje de cóndores en la renegrada cabeza, la daga brillante y el ojo redondo y oscuro del fusil.....



Habrá en el libro pasiones, de esas que por casualidad se visten de carnes; zonas de fuego, que marchan en la vida, sin que la educación roce y atenúe ninguna de sus cosas salvajes; corazones sacudidos por todos los instintos, tétricos actores de la catástrofe horrenda. Y hombres, que viven la vida humana—redimidos—y hogares con luz de sol, sombras de arboledas y trinos armoniosos de pájaros y penumbras de alcobas y cánticos tiernísimos de madres, al lado de las cunas y uno que otro cajoncito de ébano, que se va para siempre por la puerta con llantos y plegarias.... Y locos, mártires de la ambición de renombre, bregando por la luz en sus extravíos intelec-

tuales, con las puertas del manicomio abiertas de par en par.... para concluir muriendo todo ese mundo en la forma en que las cosas todas concluyen. Yo escribo, porque en la vida hay madrugadas, noches, casas, caractéres, pobreza y dolor..... porque se vive al lado de las muchedumbres que se agitan y se revuelven y gritan bulliciosas el cántico de la existencia vertiginosa; porque hay cielo y sol y niñas enamoradas, que iluminan los vergeles sonrientes de heliotropos y pasionarias y balbucesos de chicos y padres que se sientan por la noche á contarles cuentos para hacerlos dormir. Yo grabo todas estas cosas con los fragmentos lastimados de mi corazon y se derraman en las pájinas del libro todas las afectuosas soledades del espíritu, porque si yo no escribiera, tendria siempre reverencias en las pupilas de mi alma, para esas pobres criaturas consagradas en las congojas inacabables. Yo me arrodillo, con la frente hásta el suelo, peregrinas melancólicas del libro doloroso, porque he encontrado para vosotras, de esta manera, las estrofas de las gratitudes eternas. Aquí estoy sentado en mi comedor. Oigo el reloj, que marca con cadencia monótona los pasos del hombre cansado hácia el sepulcro, y asi mismo, sediento de recuerdos, ébrio de

beatitudes seraficas, evoco las inefables visiones....¡Oh Eros parisiaca, blanca flor de alabastro, tronchada en edad temprana; nùmen y síntesis de todos los amores!...¡Bohemio, simbolo, creador hurafio de poemas, que tienen todas las armonías de la comarca, filósofo y soldado, que construyes en la cumbre tu castillo de piedra, como baluarte indomable y bravio! . Vengan las frases y los deliquios de los amores inmortales...y Genaro y Enrique y Paloche, pasiones desnudas, zonas de fuego enloquecidas, que cruzan el LIBRO EXTRAÑO como regueros de muerte... y criaturas humildes que viven en los conventillos... y tu ¡oh Cárlos Mendez! hombre, que me has prestado tu nombre y apellido, para que yo dijera la forma, como tú cierras contra tu pecho redimido á la chiquita deliciosa de los cuentos... Ellos van á sostener el libro en su camino azaroso y cuando vuelvan á mi hogar, tal vez encuentren la urna que guarde mis cenizas y habrá plegarias de niños arrodillados en el comedor, cuando levanten la tapa y allí lo encierren, como para significar á los intelectuales, hermanos míos, que los fragmentos lastimados del corazon, al corazon de los hogares vuelven....



I

CÁRLOS MENDEZ

Cárlos Mendez era médico. En un tiempo eso significaba alguna cosa excelsa. Ahora que se ha llegado, hasta creer en la alquímia y se han establecido consultorios nigrománticos, mejor es doblar la hoja. Antes podía decirse: «los médicos» así como suena. Hoy está uno obligado á distinguir:

Cómo es el Dr. Fulano?....

No es extraño, desde que estamos en la década del análisis y del detalle. Eso bueno, entre otras cosas, tiene este progreso del arte, porque siquiera enseña, con quien tiene uno que habérselas y en lo que se refiere á este gremio, debemos congratularnos, porque los sumos pontífices de la literatura han declarado,

que no puede escribirse hoy, si no se sabe medicina. Han conseguido así echar baldones sobre muchas obras de labor y de genio; han diluido en páginas interminables la hermosa síntesis de las pasiones y refugiados en los manicomios, pedagogos afectados, han construido con sus piedras enloquecidas el edificio de la vida humana.—Pobre Shakespeare! Te han mandado con la música de tus creaciones á otro planeta!

*
* * *

Vivia en Almagro, si comer y tener cuartos y dormir á veces en ellos, quiere decir vivir en alguna parte. Hace tiempo de esto ya, cuando ese barrio era un suburbio lleno de quintas y cercos de moras é higos de tuna, y hornos, —las hileras de ladrillos apilados—y montones de cardos y el túmulo en forma de pirámide truncada y pequeñas casitas aquí y allá y ranchos y ombues corpulentos y enormes charcos cenagosos... Vivia en la única casa de altos del barrio solitario, en cuatro cuartos. Tenía una cocinera negra, que le decía: su merced, y Genaro era su cochero, hacia tiempo y su sirviente á la vez. Ejercía su profesión de médico pobre, con muchas dificultades

á pié, á caballo y muy rara vez en un pequeño cupé.... Su dia era el trabajo, su noche el estudio.... pero sin duda por no ser de nuestro tiempo, leía pocos los libros de medicina y pasaba esas horas escribiendo. Tenia una fantasia vivísima y era un extraño y salvaje poeta, que acometia todos los libertinajes del arte con extraordinaria audacia, rompiendo en sus escritos forma y ritmo. Sus cosas no eran leídas, sinó por algunos amigos y echaba al fuego todo, sombrío y huraño, enemigo de que hablaran de él y salvándose inconcientemente de que lo lapidaran en la calle. Era una desenfrenada inteligencia, calentada y enloquecida á veces por violentas pasiones y vivia martir, sin embargo, de las muchas horas de inaccion, caminando con los brazos abandonados, pensativo y excéptico. Es muy posible, que aquellos excesos bruscos y repentinos y el estallido formidable de las ideas en su cabeza, le arrebataran el vigor varonil y lo precipitaran en las hondas y amargas tristezas que lo sorprendian á veces. Lejos de la madre, á quien visitaba poco, concluyó por tener el corazon muerto y el labio mudo y fué su espíritu una cosa desventurada y yerma. Se aisló mas todavía, hasta casi no salir de su casa y todo este admirable mundo, divino por

la luz, la línea y la armonía y las ráfagas esquisitas del sentimiento y las creaciones, que resuenan en nosotros, como alboradas parleras, habían perdido su esplendor. La criatura humana era una sombra triste, sin fé y sin esperanzas, vagando sin rumbos, ni objetivos por el espacio. Tenía tedio, disgusto de todas las cosas, tedio negro é implacable—esa inercia gigantesca, que desgasta y contamina átomo por átomo. Su casa estaba desnuda. No había alfombra, ni cortinas. Sus paredes no tenían sinó los cuadros de familia, que él no miraba nunca en medio de aquella helada atmósfera. Andaba por esos cuartos, como un espectro, buscando una mano amiga y una sonrisa, como el ciego, que vá bamboleando á tantear trecho á trecho las cosas, para encontrar algo, en que apoyar su camino. Sentía latigazos en la frente, burlas y palabras socarronas, que le decían: cobarde, y los libros! hasta ellos! esos sublimes dolores de sus años juveniles, saliendo con sus dorso's de colores, fuera de la biblioteca, reían y reían con los dientes largos de esqueleto. En el día interminable y aburrido, buscaba con avidez los altos problemas, para resolverlos, los enigmas desolados, que rodean el destino humano, sin tener fuerzas para salir del ensueño esteril y

y trágico. Meditaba el horrendo desastre; las furias arrastrando por los aires su cuerpo muerto y miserable y el destino siniestro, con máscara lóbrega, que otras veces había aguzado sus intuiciones y precipitado su mente en todos los abismos del saber, la esfinge eterna caía hecha pedazos en la indiferencia del que ya no puede pensar, ni sentir. Estaba vencido: era un suicida, que tenía la pasión dolorosa del eterno descanso!

*
* * *

Esa noche del mes de Abril, en medio de un vaho abrasador, estaba el cielo lleno de tormentas y la atmósfera procelosa. De cuando en cuando, un relámpago, que rasgaba la noche y el trueno, retumbando á saltos. A lo lejos, zumbidos extraños, y nubes oscuras enroscadas en alto como serpientes y vertiginosas de polvo, un olor á tierra húmeda y unas cuantas gotas gruesas, flagelando los vidrios. Despues relámpagos mas frecuentes, mas breves y centelleantes, zig-zags ardientes y rápidos aquí, allá y mas allá, incendios súbitos y estallidos de luz, abriendo grietas y cráteres y el trueno mas cerca y mas fulmíneo sacudiendo con espantoso fragor las espesas montañas de aire

negro. Los ruidos del huracan, trasformados en estampidos, con una enorme nota central, grave y formidable y por dentro gemidos lúgubres y lastimeros, chirridos, una tempestad de voces coléricas, una zambra tumultuaria llena de bramidos de bestias feroces apaleadas y de todas las desesperaciones demoníacas del sonido y despues el agua á torrentes, se desploma á torrentes, inunda las aceras y levantan en las calles un mar embravecido....

Una pequeña lámpara de kerosene iluminaba el dormitorio de Mendez, mientras los fogonazos sucesivos de los relámpagos saetaban los vidrios y la casa solitaria parecia temblar, en aquella perversa furia de los vendavales de afuera. El médico estaba sentado al lado de su escritorio, con el ceño hondo y la cara oscura y escribía «las sombras» un poema terrible y macabro, en que como siempre, en todas sus cosas, grabó con profunda sinceridad la estereotipía de ese lóbrego monrento. Escribia y de cuando en cuando, miraba una pistola, que tenía al lado con los gatillos levantados en son de fúnebre amenaza, sobre los dos cañones oscuros.

*
* *
*

«Fuegos fatuos, decia el poema, vuelan brillantes y aparecen como estrellas en la punta

de las cruces del cementerio—Adios! Corren, saltan y ruedan sobre las calaveras, sucias de barro y se desvanecen en la tiniebla. Iluminan poco los sepulcros á flor de tierra. Son huacas de pobres y descansan siquiera tranquilos, sin plegarias hipócritas, ni flores, ni recuerdos.... Moriré así yo también, sin que nadie se aperciba, llevándome todo (el bien y el mal) para que no quede en el sitio que yo ocupaba, sino una vacía y oscura caverna, donde no brille jamás pupila humana.»

* * *

«Veo blanquear el mármol de las tumbas en la noche y las estatuas caminan y hacen tiritar al aire, maullando las agrias lamentaciones de los que no tienen paz! Buscan aquí y allá alguno, que haya sido virtuoso, para arrodillarse y entregarle las caricias de la blanca cabellera y el abrigo de sus mantos y la plegaria, que consuela á los esqueletos estirados en los negros cajones. Las veo empinarse á las rejas y mirar los altares y las coronas, que se han secado, colgadas de la pared y reunirse en conciliábulo y cantar el siniestro coro: este no ha sido virtuoso.... adelante.... este no ¡adelante!

Y todas las noches siguen la peregrinacion los fantasmas blancos, cruzando los entenebrados senderos y repiten el estribillo lúgubre: este no ¡esto no! hasta que el alba los rodea con sus claro-oscuros y los arroja derechos y desconsolados sobre los pedestales.

* * *

•Porque yo he perdido la fé, como ellos, girando dentro del círculo oscuro de mi pensamiento y en la hoguera del tédio, que me abrasa la cabeza, he dejado caer todos los átomos creadores y una tras otra las sensibilidades pasionales y se ha hecho un torbellino de cenizas. No queda sinó este cuerpo, cuyas células palpitan sin virtud, como las tumbas, dentro del gran lago de mi sangre y debe morir disgregado y desvanecido al fin en la vida de la materia, que no tiene término....»

* * *

Yo me detuve muchas veces á mirar, tendiendo los brazos y manoteando todavia las últimas quimeras de la imaginacion, que marchaban rápidas á la hornaza y ví crecer y hacerse honda la sombra, que me envolvía, y

me busqué sin encontrarme ya, deshecho en hilos negros flotando dentro de la tiniebla....



Giré entonces en remolino con ella, cansado y melancólico, envolviendo á las estátuas en su peregrinacion. Me alargué, doblándome en líneas serpentinadas para entrar en el pecho y ver el corazon de esos que estan allí acostados mirando las tapas negras y veia la viscera irse de un lado á otro, como un péndulo y sentia la voz de los espectros noctámbulos chicotearme los oidos con el grito rechinante: ese no ¡adelante! sigue tu camino cuerpo esfacelado ¡otro! otro mas ¡hasta que esta noche las he visto á todas circundar mi escritorio danzando y señalándome con las manos oscuras y han mordido mi cerebro con la salmódia fatídica: tu tampoco eres virtuoso! adelante! muere! muere!



Mendez se levantó y tomó con violencia la pistola, mientras seguia la tormenta estrepitando. Avanzó con el arma á la altura de la sien y con la izquierda dió vuelta la fayebe

y el huracan atropelló adentro brutal y bárbaro. Sonó un tiro y él se precipitó con su cuerpo convulso en medio de aquel fúnebre torbellino, cayendo sobre la baldosa del balcon, mientras sentia que el frio de la salvaje escena le trituraba los huesos y le quitaba la vida.....



II

D. MANUEL DE PALOCHE

Y OTRAS ALCURNIAS

Genaro llegó como siempre á las nueve á pedir órdenes y al intentar entrar al dormitorio, fué casi rechazado por la violencia del huracan. Tanteando entre la oscuridad y llamando á Mendez al salir al balcon, tropezó con sus piés en el cuerpo tirado del médico. Se agachó temblando para moverlo y en seguida creyéndolo muerto sintió un gran frio y dos lágrimas dolorosas que asomaban. Rodeó la cintura del suicida y lo levantó para acostarlo en la cama, mientras el viento se arremolinaba furioso contra las paredes del dormitorio y la lluvia habia inundado el cuarto hasta el medio. En seguida tomando las batientes, que se sacudian aquí y allá con estrépito, con ese extraordinario vigor de sus

músculos, los cerró y parecía entonces que todos los rumores se habían alejado gran trecho... En la atmósfera quieta con la luz, que había prendido lo mudó Genaro; mirando la cara y el cuerpo ensangrentados y tuvo miedo de estar solo allí y corrió hasta el fondo dando alaridos, para llamar gente.... Nadie contestaba. Él debía dejarlo para llamar un médico y en la urgencia del caso misérrimo, sabiendo que los amigos de Mendez vivían en el centro de la ciudad, se dirigió después de haber tapado cariñosamente el cuerpo del patron, bajo el torrente de la tempestad, hacia la casa de D. Manuel de Paloche y otras alcurnias, curandero con fama en el barrio de excelente componedor de huesos rotos y articulaciones dislocadas y especialista en la curación de las heridas. A medida que iba llegando, oía la voz de Paloche hacerse cada vez más fuerte y lo vio á través de los vidrios empañados en su estudio iluminado y distinguía apenas las hijas sentadas, escuchándole con gran atención y la luz saltaba fuera así mismo alumbrando el fangal tembloroso de la calle y la cadena, que iba de poste á poste....

—¿Quién es? salió preguntando Paloche y otras alcurnias, enarbolando un fémur largo y

blanco. ¿Tú, Genaro? ¿Qué quieres á estas horas? ¿El doctor necesita acaso mis servicios profesionales? ¿Quiere que lo acompañe en alguna difícil operacion?

—No, señor, contestó Genaro: es para él que vengo á buscarlo; está herido.

—¿En qué region? preguntó Paloche, muy sério.

—No sé. . . . en la cabeza. . . . vamos pronto.

—¿Como no sabes? Todo el mundo debe saber eso.

—Así será. . . . apure, señor, porque el patron está lleno de sangre.

—¿Una hemorragia? ¿y no has cohibido tú la hemorragia, Genaro, y no has hecho la antisepsia, practicante liliputiense?

—Yo no sé lo que Vd. dice. . . . vamos de una vez, exclamó con tono enérgico é impaciente Genaro, y lo tomó del brazo izquierdo, mientras D. Manuel amenazaba á las hijas, todavia vociferando: dentro de una hora vuelvo. . . . tú Clarisa. . . . el maxilar inferior; tú que vas á estudiar odontologia y toda la patología del hueso. . . . para dentro una hora. . . . cuidado con no saberlos. Y á Vd., D. Enrique. . . . Genaro tembló todo oyendo ese nombre. . . . «le recomiendo, segun Paloche, me la perfeccione. Ya fue-

ra D. Manuel, conversaba todavía: Tú lo conoces pues á ese Valverde, buen médico, le enseña anatomia á mis hijas... un poco calavera.... Genaro seguia caminando con tétrico silencio, porque sabia todo el mal que esa figura lúbrica de Enrique Valverde venia haciendo en el barrio de tiempo atrás.

*
* *

D. Manuel de Paloche y otras alcurnias tenia grima y dolor por la condicion oscura de su origen y allá en los vericuetos de su desencuadrada inteligencia empezó á crecer el fantasma de las grandezas. Miraba á su familia, que vivia hasta entonces con la honrada pobreza de su trabajo y deseó para ella riquezas y renombre. Entró á soñar y á moverse como sonámbulo y su fantasia á calentarse en las visiones de todo ese brillo efímero de la gran vida moderna, que él leía afanosamente descrita en los periódicos. Esos apellidos de clásica herrumbre, que suenan asi mismo como ecos de las añejas glorias, le hacian perder el juicio, y miraba con emulacion esas gentes venturosas, que pasan tan despreocupadas en los festivales espléndidos y ruedan en el torbellino de

los corsos, y entran de noche entre el esplendor de los comedores, lucientes del brillo diáfano de la cristalería y de los chispazos de las cosas de plata. Tienen muebles oscuros y grandes, con columnas y chapiteles, y molduras graciosas, y flores en festones y bajorelieves maravillosos y pequeños, veteadas de manchas y rasgos raros y alabastrinos; la rosada piedra de mármol...y las sillas de marroquí negro y cabezas de amarilla tachuela, arrimadas al borde de la mesa y el gran centro de oro fragante de las guirnaldas multicolores y el crujir de las sedas del traje largo con caireles de azabache y damas y señores del brazo llegando al comedor en la línea del frac elegante y alto...y después el teatro; sus hijas en un palco, el pecho desnudo palpitando en la brillante luminaria y debajo el hemicírculo oscuro de la platea y butacas y claros, y más butacas y claros atrás, atrás y muchedumbres hormigueantes en las desazones pasionales, suscitadas desde la enorme boca abierta del escenario y ondear de tules los vestidos y brotar chispas de fuego blanco y tembloroso de gargantillas y solitarios. Hundido en estas meditaciones y para conseguir tamaña bienandanza, dió en la rara manía de creer que su profesión de cu-

randero tenia con la medicina lógicos engranajes. Empezó á pasar noches enteras en la lectura de los libros de esta ciencia, con tan mala suerte y atascamiento tan extraordinario, que se transformó en un ser extraño y ridículo y llenó su casa de tristezas. Creyó de esta manera llegar á descubrir algun remedio, que fuera como la panacea universal y asomó entónces sus crestas el masaje, que, en vez de darle fortuna y renombre, debia mas tarde echarlo á rodar perseguido por los corredores y los patios cuadrados del manicomio. . . . Y empeoró la dolorosa locura, obligando á sus hijas al estudio de la medicina y se las veia en las mañanas heladas acercarse tiritando al banco á repasar sus lecciones. Abandonó á sus viejos amigos y buscó la sociedad de estudiantes, cayendo en la amistad del peor de todos: ese Enrique lúbrico, cuya siniestra silueta esbozaremos mas tarde. . . . El pobre hogar fué muriendo en aquel ventarron de la demencia y empezaron sus pisos, y las alfombras y los muebles á llenarse de polvo, y los rincones de la caliginosa y sucia tela de araña, y á cubrirse de musgo resbaladizo el patio y á levantarse espesos y verdes los cicutaes y los abrojos, mientras caminaba por los cuartos la madre como melancó-

lico duende, asistiendo al doloroso derrumbe....

*
* *

Los dos hombres caminaban debajo de los paraguas, hundiendo los piés en el barro, iluminado de repente por el chisporrotear de los relámpagos, mientras el horizonte negro se rasgaba hecho trizas aquí y allá en las deslumbradoras iluminaciones y el agua iba cayendo sorda y rumorosa sobre las combas huecas de seda, que se movían á un lado y á otro, sacudidas por el viento. Caminaban mirando al suelo para buscar los pasos, á beneficio de los repentinos incendios, detenidos y titubeantes á veces en medio de las tenebrosas y enceguecidas oscuridades. Pasaban las boca-calles con los botines pesados del barro denso, mientras los charcos achatados, salpicaban á todo viento chorros de líquido fango y los zig zag de las centellas se reflejaban por todas partes en el espejo de las aguas detenidas. Y como si aquella luz se fracturase en prismas escondidos detrás de la negrura, estallaban por todas partes zonas de vivos colores y celajes con formas de mónstruos maravillosos y aterradores, mientras las oscuridades, mezcladas con los

estampidos del trueno, giraban léjos, como si fueran mundos sacudidos en las alturas y arrojados de astro en astro.

Llegaron á la casa de Mendez y subieron la escalera, que sonaba en el chapaleo de piés y botines de fango y entraron en la atmósfera tibia, tranquila y cariñosa del dormitorio, en medio de las penumbras, en el vago y tembloroso rayar de la vela de estearina....

*
* *

Estaba Mendez acostado en su cama insensible y yerto, con los párpados cerrados y el rostro sucio de grumos apelotonados de sangre rojiza y largas hebras fijas se diseñaban hasta abajo sobre el planchado blanquísimo de la camisa. Habia puntos y puntos escarlatas por todas partes, manchando la pared y las sábanas y aparecian aquí y allá zonas húmedas y rosadas y se veian, cerca de la ventana, á los grandes espacios oscuros de la primera hémorragia. Mendez respiraba, dormido en aquel silencio, detrás de los bigotes negros y aglutinados, mientras Paloche con su cartera de cirujía desplegada y lucientes y bruñidos los instrumentos, lavaba la herida y desprendia con gran cuidado los coágulos. A medida que estos iban

cayendo aparecia mas purpurina y húmeda la superficie y se veian allí mismo estrias de un rojo vivísimo, hasta que se destacó como en estereotipía la herida profunda y negra. Paloche levantó un poco la esponja y dejó caer un hilo de agua largo y tibio un gran rato y tomando un estilete, sintió que tropezaba adentro con las rugosidades de una fractura.

—¿Qué hay, señor? preguntó Genaro, que vió pasar una nube por el rostro del curandero. ¿Es grave la herida?

—¡Oh! muy grave.

—Entonces voy en seguida á buscar un médico.

—¿Médico? contestó Paloche. ¿Con esta perversa furia de afuera? ¿Estás loco, Genaro? Tú no los conoces... y este frio de Judas... á ellos que están calentitos entre las frazadas.

—No importa eso, D. Manuel... yo lo traeré, si Vd. cree necesario. Porque si sucediera una desgracia, ¡con qué coraje me presentaria yo á la madre!

—No se trata de tanta cosa, pues.... Curará con la rigurosa antisepsia.... yo lo curaré... para eso estudio cinco horas diarias y tus desconfianzas me irritarán, señor Genaro.

—Pido disculpa, contestó este.... pero Vd.

sabe todas las gratitudes del corazón que tengo para él.

—Bueno, bueno, dijo Paloche. Mañana que venga la señora y los médicos amigos de él, tendremos consulta.... yo diré, discutiré, probaré y resolveremos, y traje en seguida un gran colchado de algodón fenicado, con que envolvió la cabeza de Mendez, que comprimió con una venda larga encontrada en el estudio del médico.



III

GENARO

Genaro, sentado á los piés de la cama, lo veló esa noche.... Aquella escena, producida como corolario lógico de las profundas desolaciones del espíritu, sorprendian su voluntad enérgica y resuelta.... Era un sombrío misterio. ¿Por qué morir sin razon, tan jóven, viviendo entre el agasajo humano? con esa niña Dolores que lo miraba pasar por su casa con tanta tristeza en el semblante hermoso de mármol y D. Cárlos no la miró nunca, nunca mas, orgulloso, cruel y frio despues de una noche de baile y todo porque donde está ese Valverde indecente, entra la desgracia con sus lutos.... ¿y por zonceras? porque ella es el ángel bueno de la casa y la virtud misma.... ¿Por qué morir sin razon tan jóven y hacerse pedazos la frente donde la madre cariñosa lo besa siem-

pre. ... esa gran madre de sesenta años con la cabeza blanca de nieve y las mejillas rosadas y frescas todavía.... porque solamente se debe hacer eso cuando uno está deshonorado y las gentes cuchichean en voz baja, cuando pasa y nos señalan con el dedo las manchas sucias, que llevamos en la cara.... entonces sí... se clava uno el puñal en el corazón, y se acabó todo... pero así como D. Carlos, nó, nunca! porque se dejan lágrimas y lutos y no se sabe la razón. El había observado en Mendez algunas cosas extrañas. Había perdido la voluntad para el trabajo y no le importaba nada—y se acordó que alguna vez le dijo: yo soy Genaro, como los presos. Arrastro dentro del pecho una larga y pesada cadena, que me aplasta y ya no puedo con ella.

Que cosa curiosa son estos señores, seguía meditando Genaro en aquel silencio del dormitorio, con esos trajes lindos y limpios parecen vestir á la felicidad, pero no es así... ninguno de ellos goza paz y sosiego en el corazón, como si tuvieran un martillo adentro, que les machacara una alegría cada minuto. Cuántas veces yo le he dicho á Santa: si pudiéramos entregarle á D. Carlos un poco de esta bienaventuranza que tenemos.

Así iba pensando Genaro en la ingenuidad

varonil y fuerte de sus veinte años, mientras los rumores del viento se desvanecían lejos y los ecos de la lluvia volaban perdidos en el espacio y los nubarrones gruesos se habían dispersado, arrojados de allí con el ímpetu del huracán.... El cielo azul y limpio tenía placida semblanza y los astros maravillosos, innumerables y fijos, titilando en la mansa tranquilidad de la atmósfera, envolvían la tierra dormida, en las medias tintas ténues de la difusa luz. Había paz profunda y húmedas frescuras, y en aquellas vagas claridades se distinguían lejos, lejos en las calles las aguas detenidas y quietas, que reflejaban la comba inmensa y apacible. Era una de esas noches serenas del cielo de nuestra patria, tan espléndido y tan bueno á veces en las castas y religiosas resignaciones de su color azul, suave y blando descanso al ojo humano, exacerbado en las reverberaciones fulmíneas de las tormentas. Es el cielo, que reza como arrodillado la eterna y dulce plegaria y derrama la luz de las estrellas en el ambiente tranquilo de la naturaleza, y el fecundo rocío sobre hojas y flores que mitiga como bálsamo las tristezas de la noche tenebrosa.

Así era también bueno y amable con aquel pobre herido el corazón de Genaro y sobre él la desventura ya se cernía con las garras de

sus tempestades y sus venganzas de muerte. Miraba los vidrios, velados de la humedad ligera del vapor de agua y detrás las gotas colgantes, como cristalizadas de la tersa superficie y oía en aquel silencio caminar y cruzar el reloj en el tic tac monótono y una infinita piedad se apoderó de su espíritu y de rodillas rezó por Carlos Mendez, dentro de su alma casi con llanto. En ese momento empezaron à formarse líneas blancas en la puerta, que daba al balcon dibujando un rectángulo luminoso: eran las penumbras de la aurora que iban entrando empujadas de afuera, mientras la vela temblorosa esfumaba en las nuevas claridades su luz mortecina y fugitiva.



Genaro tenía veinte años, el organismo robusto y alto y los ojos grandes, serenos y serios. Hablaba poco y había en su carácter dulzuras y abnegaciones é intrepideces terribles. Todas sus cosas estaban en orden; las guarniciones bien negras, bruñidos los platinos, luciente y sin manchas la caja del coche, los caballos limpios; un doradillo brioso y una yegua oscura de manos finas y largas, ágil y nerviosa. Todas las mañanas á la misma hora

estaba el coche á la puerta y á fuerza de conocer los menores detalles de esa vida azarosa del médico, concluyó por experimentar los mismos sufrimientos y sentía hondamente las cosas irascibles, que atormentaban el espíritu de Mendez. Alegrias pocas, malas noches muchas; siempre vivir entre el dolor, exasperarse en la impotencia, tener las intuiciones de muchas perfidias y alguna vez un poco de gratitud....habas contadas.



La hermana se llamaba Santa. Vivía con la madre trabajando en una pieza del conventillo largo, estrecho y hondo, con patio de ladrillo, que estaba cerca de la casa de altos. Allí se veían frente á cada puerta tinajas y bateas y braseros de hierro y cuerdas extendidas con ropas colgantes y húmedas, y chicos sucios por todas partes, y mujeres descalzas de brazos arremangados. Genaro estaba acostumbrado á defenderla desde chico y no hubiera consentido sin pelear que nadie le tocara el ruedo del vestido; y á misa y á los paseos del domingo la acompañaba siempre y su sueldo servía para sus juguetes y los graciosos vestidos; y así crecía hermosa y morena, envuel-

ta la efígie en los reflejos de sombra de su cabellera negra.

—Tú vas á ser buena siempre, le decía, como si tuviera el presentimiento de alguna cosa funesta.

—Sí, Génaro; buena como tú dices que era tata.

—Tata era bueno y honrado, contestó Genaro y la besó en la frente. Tú no te acuerdas porque eras muy chica... pero cuando murió yo estaba arrodillado cerca de la cama y le mojaba la mano derecha con mis lágrimas... Todavía tengo en el corazón las cosas que me dijo... «Esa chiquita va á ser tu hija, no olvides nunca tu nombre». Después yo ví entrar al cura, que le puso la extremaunción en los piés y en las manos y el te tomó en sus brazos todavía y te miraba largo tiempo, sin hablar ya, ni respirar, con una gran gota de llanto, que no resbaló nunca de sus ojos con los párpados abiertos y las pupilas grandes y fijas. Tú no te acuerdas porque eras muy chica... Tenía los ojos azules...

—Como los míos. Genaro, no es cierto? Así me lo has dicho otras veces.

—Sí, como los tuyos, con ese color del cielo en los días serenos de sol... y muchas veces, cuando volvía de noche de su trabajo y yo es-

taba al lado de la vela de sebo, leyendo la cartilla, él me contaba las cosas de su tierra,—un pueblito todo blanco, al lado de la playa, donde los pescadores cantaban con las piernas desnudas hasta la rodilla, sacando en hileras paso á paso la red, que traía agua verde y pescados —y á mí me enseñaba las cantinelas que tenían como rumores y estruendos de borrascas y bofetadas del mar contra los barcos perdidos y solitarios....

—Yo lo conozco al hermoso pueblito por el retrato que está en la cabecera de la cama, repuso la niña, con su mar grande adelante y la corona de las montañas que lo sostienen.

—Algunas veces, continuaba Genaro, tembándole la voz de ternura, él me decía con tristeza: tal vez ya no vuelva yo á mi país y, cuando yo entonaba los versos del himno, ese que tú también cantas en la escuela, me abrazaba estremecido y me decía: «Es necesario quererlo mucho al pedazo de tierra donde has nacido como yo al de allá».... y apuntaba lejos con el dedo, como si quisiera alcanzarlo... Porque parece, que esa tierra era hermosa y desgraciada y sus hijos fueron todos á morir en las batallas de gloria, como dice nuestro himno; y por eso mismo todo el mundo sentía lástima por ella, pisoteada por ex-

tranjeros, porque uno quiere siempre mucho á los que sabe, que están sufriendo y tiene odios de puñaladas para los otros, y yo no se porque te miraba tanto á veces y se ponía sombrío.

—Tú tambien me miras así á veces Genaro, interrumpia la niña, y me das mucho miedo.



Eran las cariñosas pláticas á menudo en los paseos de los domingos ó sentados en el cordon de la vereda del conventillo, y así fué haciendo Genaro en su corazon un altar grande para ella, iluminado de todas las auroras místicas de la pureza como esos de las iglesias con columnas y nichos y vírgenes de blanca vestimenta. La llamaba Santa desde chiquita. El la protejia con el molde férreo de su alma y cuando en el dia y durante su trabajo se acordaba de ella, le parecia oír las notas largas y quejumbrosas del órgano achatarse, como en adoraciones, delante de su persona y serpear inacabable la modulacion, que va revelando en sus sonidos las pasiones de la muchedumbre arrodillada.

¡Oh entraña dolorida á quien sacuden los vientos de los fuelles ¡como danzan dentro del

armazon de tu madera los gritos de la vida humana, y cómo se rompen en las vibraciones de tus lengüetas y en la convulsion rumorosa y estridente de los tubos de lata las largas carcajadas de los que acechan la inocencia y apuran en la orgia beoda el momento de morir!...

¡Qué pronto vas á cantar, entraña dolorida, para la pobre Santa, la fúnebre elejia que tiene manchas en las estrofas virginales y suenan en el ardor de las cosas lúbricas!.... porque yo he visto las canas de las viejas de cincuenta años cubrirse con el crespon de la deshonra y sentadas en los rincones de sus casas, llenar los largos silencios solitarios con las lágrimas del recuerdo lastimoso.... aquellas criaturas ideales, el amor de los amores del alma materna, extraviadas en los charcos cenagosos, y los hermanos caminar con la cabeza erguida y feroz, hundidos los ojos allá lejos en el negro infierno, iracundo de los rencores inmortales....



IV

CATALINA MENDEZ

Cuando despertó el médico dos días después, estaba su cuarto en la luz. Veía en frente el retrato del padre que pendía oblicuo de la pared de su gran cordón azul y sentía como si una cosa le apretara las sienes y levantando la mano para tocar, observó que estaba flaca y las uñas negras y sucias. Quedó suspenso y como soñando, cuando se apercibió que tenía un pañuelo grande de seda atado á la cabeza.

Por qué? dijo para sí.... y trató de incorporarse y no pudo, porque el cuerpo le dolía y no tenía fuerzas. Miraba al rededor, como un sonámbulo, con cierta inconciencia, la mesita de noche llena de libros, al lado de su cama y las cuatro ó cinco sillas que estaban por allí. Vió los ojos negros, serenos y tristes de Genaro, que ponía su dedo índice sobre los labios como para imponerle silencio.

No la recuerde, señor, por favor le dije en voz baja, no la recuerde.

Y á quién? contestó el médico, abriendo los ojos.

Entonces sonó en el silencio una voz—una voz que él conocía,—un arrullo dulcísimo lleno de ternuras inefables. Hablaba lentamente, como persona dormida, con alguien que estuviera muy cerca. Decía con el ruido leve de un murmullo: este hijo vivió siempre solo.... saben ustedes.... nunca quiso estar con nosotros... tanto que lo queremos.... ¿por qué no busca su casa?... los niños adorables ... las cunas de pino bajitas que se mecen con el pié.... las cunas pobres.... en las noches de invierno sentada al lado de la mesita cosiendo el percal....la lámpara de kerosene con pantalla, que ilumina mi regazo y hecha un manto de sombras al techo de zinc yerto.... yo tomo mi rebozo de lana y lo arrojo sobre sus piecitos blancos y desnudos que tiritan.... mi niño y mi sol...pedazo.....

Genaro, gritó el médico: ven pronto, álzame!

La vió entonces acostada sobre el catrecito de hierro con la cabeza blanca y los ojos cerrados en el abandono celestial del ensueño. La vió á través de un velo con transparencias ténues y seráficas, como cuando se tienen lágrimas en los ojos silenciosos. Tenía un ves-

tido negro y largo, que la cubria toda y un pañuelo de espumilla en el cuello, el mismo que se ponía para adorar á Dios con los hijos, cuando eran chicos. Dormía; la mejilla rosada en la palma de la mano izquierda, mirando hácia él santa y tranquila, moviendo los lábios, como si conversara todavía: corazon.... amor mio.... Genaro se habia arrodillado con la frente hasta el suelo y el médico hacia por incorporarse de nuevo, cuando sintió crujir el catre y elevarse su espléndida figura divinizada. Avanzaba lentamente, temblando, agarrándose de todos los muebles, y, cuando estuvo cerca de él que besaba sus cabellos blancos, en medio de sonrisas llenas de lágrimas, ella le hundió el rostro en el pecho—todo su rostro—como si quisiera buscarle el corazon con sus sollozos. Movía á cada momento su cabeza blanca y adorada y todo su cuerpo estremecido para rechazar la impetuosa congoja de aquel prodigio de alegría infinita. Habíale rodeado la cintura con sus brazos temblorosos y sobre su pecho, mas cerca, mas cerca todavia, tenia los gritos de la pasion sobrehumana en sus palabras ininteligibles: este mi hijo solo.... queria morir.... dulce amor mio!... todavia mi niño y mi sol....



Largas veladas fueron esas de las noches de invierno. La madre se lo pasaba sentada á los piés de la cama, cabeceando á veces y rehaciendo otras en la memoria toda aquella vida, que hubo de concluir de tan lúgubre manera. Hacia tanto tiempo que no habia vivido con Cárlos, que su voz, sus ideas, y todo aquel mundo nuevo, en que ella habia entrado tan de repente, le producía sobresaltados. Lo veía mu- chacho jugueton y alegre, amigo de todas las pependencias, audaz en la pelea y temerario en el entrevero: mas de una vez lo habian traído á su casa con la cabeza rota. Se acordaba del día aquel en que le encontró en el patio al lado de las higueras, delante de un gran fuego: estaba pálido y sonriente y á ella le pareció, que temblaba y que aquella blancura tenia los matices fugitivos de desvanecimiento. Lo sentó en sus faldas con lágrimas en los ojos, para preguntarle muchas cosas; pero, á poco, la infantil y tostada efigie fué tomando la estupefaccion inmóvil de los muertos.

Se asustó ella, buscó inquieta por todas partes y vió que un hilo de sangre salia del pecho, colorado, largo y silencioso, y caía gota, á gota, á gota... Fué una lucha á trompadas. El le habia deshecho el rostro al adversario, que le hundió un cortaplumas en el pecho....En estos

casos, él quemaba sus ropas, callado la boca, en el último rincón del patio.... En los días de tormenta, cuando el huracán se hacía pedazos, como animal bellaco, contra las piedras, y resaltaba lejos, con sus parábolas borrachas y enloquecidas de reboatos, á estrellarse en las paredes como furiosa catapulta, él se arrojaba entero, entero, perdido su cuerpo en las órbitas raudas del remolino, y echaba su cabeza gozosa entre el diluvio de las aguas, en los charcos hasta la rodilla... el huracán que revienta los techos de los ranchos, levanta por los aires las chapas de zinc y arranca los álamos de cuajo que se acuestan en la calle largo á largo. Honda fascinación ejercía sobre su espíritu el peligro. Montaba en pelo cualquier caballo, siquiera fuese un potro, y se arrojaba adelante con él en desenfrenada carrera, cacheteándole el pescuezo á un lado y otro para dirigirlo; y de noche, en el comedor, cuando estaba sacando cuentas en la pizarra, salía fuera corriendo á entrar en la tiniebla lleno de desazones....

Algunas veces, desde la ventana, lo miraba jugar á la rayuela, ese símbolo con que los chicos pintan con tiza sobre la piedra la imagen de la vida humana.... Están los primeros pasos alegres sobre los dos rectángulos acosta-

dos, de donde tan fácil es sacar el tejo, y después la cruz de los años juveniles, sobre la cual uno marcha á horcajadas. Están los primeros ensueños y las sonrientes imaginaciones y allí se agitan los ojos negros y los perfumes celestiales de la primera mujer, que acaricia el espíritu con sus alas de seda blanca de angel dormido. Las dificultades para sacar el tejo á punta-piés, y el martirio del primer cariño—todos los ritmos del alma enamorada para el ensueño paradisiaco, y las estrofas de la inteligencia, y después la tortura del amor despreciado con su congoja sorda y terrible, y los primeros horizontes, surcados de oscuridades funerarias y el cuerpo arrojado al fin en la desesperacion de la noche sombría y loca.... ¡Cruz de la rayuela! Cuantos meditabundos de diez y ocho años te llevan á cuestas en este fragoso Calvario, en la primavera de la vida; que tiene el color rojo de la cereza y la transparencia deliciosa de las hojas verdes! Qué poco dura la maravilla de tu cielo, cruz de la rayuela! y los esplendores de la vegetacion, en el prado de la existencia, lleno de leticias deliciosas! Vienen los cajones, dos cuadrados, que se sientan sobre los años juveniles, como torres de bronce, y los bonetes que nos envuelven la cabeza, porque así marchamos á guisa

de galeotes en esta mazmorra del mundo tan estensa y el cono agudo del infierno, donde los que juegan no pueden hablar, como si para llegar hasta allí hubiera sido necesario dejar trozo á trozo las hebras del alma y los fragmentos de la lengua en el camino. Parados en un pié sacan los muchachos el tejo de una sola leche como para significarnos, que de los mas inconsolables dolores no se triunfa sino merced á titánico esfuerzo y contemplado detrás girones de la carne en los zarzales del camino. Llegan al fin á la amplia curva del cielo, donde se sientan, y pasean tranquilos, y se mandan, como los astros, rayos de luz, y conversan, y sonrien y salen á paso lento como los triunfadores, porque solamente los chicos pueden jactarse de haber vivido alguna vez en las regiones de la eterna dicha. Y si algunos de vosotros, que teneis barbas negras y canas en la cabeza, habeis llegado al cielo antes de morir, levantad la mano, porque habeis realizado el milagro de la salamandra, que en las consejas de antaño pasaba á través del fuego sacando ilesa su alma, llena de brillazones, y su caparazon roja y negra de deslumbradoras escamas.



En esas noches pasaban por la inteligencia de la madre todas las escenas de la niñez. Aquella vez que ella había tomado un látigo iracunda para castigarlo y Carlos pateando el piso de madera tuvo las palabras de la rebelión sacrilega.... Ella se sentó en su silla de hamaca, con el corazón lleno de dolor, y él, dominado, se acercó despacio, con los brazos caídos, temblando los labios, á pedirle perdón, y se estuvo muchos días así, haciéndole caricias, y la noche lo encontraba arrodillado al lado de ella para acompañarla á rezar. Recordaba los días de Semana Santa, cuando el viejo sacaba de la biblioteca el drama de la pasión, escrito por él en versos sencillos. Reunidos en la sala, leía en voz alta las estrofas, é iban pasando las escenas de aquel sublime apostolado y á través de ellas, las virtudes y el trabajo de sacrificio, con que se habían construido ladrillo sobre ladrillo las paredes del hogar bendito. Oh las viejitas adorables, que usan manto negro, porque se quedan solas y vagan por la casa buscando las memorias de los que ya se han ido al cielo á esperarlas! Él dormía á esas horas su sueño todavía agitado de convaleciente y ella sentaba delante del candelero con pantalla azul, lo veía á los catorce años volver con los botines llenos de tierra, de

las zanjias lejanas con enojados ramos de violetas. La Virgen de Dolores, con el corazon atravesado de muchos puñales, recibia la ofrenda piadosa y mas tarde, cuando creia que podia tener frio, se acercaba en puntitas de pié á la cama, como hacia ahora que tenia treinta años, á mirarlo dormir. Despues se habia hecho muy estudioso: parecia que un mundo de luz iba entrando en su inteligencia, á medida que sus hilaridades infantiles se desvanecian. Todo leia; los poemas indios, las leyendas graníticas de los tiempos prehistóricos, el salmo, el himno y la epopeya; la crónica y la historia, ese romance doloroso, en que los pueblos se abrazan para marchar como síntesis hácia la muerte conquistando y redimiendo una por una las cosas ideales en las ásperas bregas de sangre.

Veía á los de su tiempo mojar la pluma en los estercoleros del hueco y en el cajon de basuras, que amanece todas las mañanas en la puerta de las casas con papeles y barro aceitoso, inmundada col y caracuces con tendones y puntas negras de carne. Esa pluma la mojabán los viejos caballeros con espuela de oro en los torbellinos azules diáfanos del firmamento y estallaban de sus puntas astros y auroras y síntesis sublimes de la vida humana,

donde la pasión cruje y castañetea su sempiterna danza macabra. Oh progreso! A veces se ponía á escribir y de allí lo arrancaban los brazos suaves de la madre, que llegaba despacio en la alta noche, llevando en la mano derecha el candelero de vidrio. La luz de la vela de estearina entraba con sus rayos amarillos y temblorosos en las ténues iluminaciones del quinqué, con su esfera redonda y azulada y la pantalla de blancas opacidades. Luchaba con la forma y cantaba espectáculos de la naturaleza y las intuiciones de su espíritu juvenil y al rato, descontento y huraño, colocaba sobre el tintero grande de bronce montoncitos de papel y poco á poco el fuego los iba devorando, para no dejar sinó negras superficies, que se retorcian irguiéndose como si tuvieran vida, y se desmenuzaban llenas de crugidos. Así su espíritu en esas precocidades intelectuales iba perdiendo de su energía, hasta tornarse sombrío y amargo, entrando cada vez mas en los hondos desfallecimientos, que son como el prólogo de la catástrofe futura. Un dia se fué de la casa y anduvo mucho tiempo errante hasta que los padres oyeron decir que se habia hecho médico. Veia todos los enfermos, porque era bueno en el corazón, y entró por mucho tiempo en el rancho pobre y en el

cuarto desmantelado del conventillo. Echó su cuerpo á morir en las epidemias, cansado de estar solo, sin mas objetivo que el tran-tran monótono de todos los dias, y se apoderó de su alma un profundo disgusto. Vivió mucho tiempo, contemplando la degeneracion de aquella gran nobleza del ejercicio de su profesion. Veia algunos médicos arrebatarse los enfermos, hacer alquimia, murmurando el dia entero de los demás, perder en las lubricidades del comercio vil las insignias caballerescas del sacerdocio. Entonces lo aferró con su garra fria el tedio y vivió con ese gran personaje sombrío en el corazon. La madre habia oido despues que se habia ido de la casa paterna hablar mucho de su hijo; la chismo-grafia del lugar se habia apoderado de su cabeza de soñador dolorido y habia hecho de él un misántropo. Era un irascible, un perdido insoportable y hasta brujo, por lo que veian filtrar tarde la luz de sus ventanas. Qué importaba eso? Si ella tenia en el corazón todos los alborozos y habian en aquel cuarto como deslumbramientos de cielo, porque la cama, donde estada el enfermo podia muy bien ser aquella su cuna de la niñez, que tenia colcha de raso blanco y cortinas azules, y ella encontraría en su alma las encantadoras armonias

para hacerlo dormir como entonces. Porque los muchachos suelen ser malos y se van de la casa como si eso no lo hiciera sufrir á uno—pero despues, si caen enfermos, los vamos á buscar siempre, porque ellos se han llevado todas nuestras alegrías.

Qué feliz era ¡Como le temblaba el corazon cuando él en su delirio pronunciaba su nombre.... Si ella lo hubiera podido despertar y mecerlo el dia entero contra su pecho y abrigarle la frente herida con el calor de su seno tibio! Miraba su tez cobriza y recia, sus ojos grandes y castaños y el surco aquel de la frente tan hondo y tan movible... Ella le conversaba muchas veces en la noche tan larga, en aquel profundo silencio, partido por el tic-tac del reloj y el rechinar agudo de las carretas que venian entrando. Eran las melancólicas historias aquellas, los recuerdos inefables de los que ya no existian, que se iban desatando poco á poco y poblando de ternezas el dormitorio.... la casa donde él nació, las higueras, el comedor y el padre muerto,—todo aquel mundo de inolvidable amor, que iluminó su fantasia de muchacho. Eso estaba tan atras, allá tan en la sombra, lleno de hojas secas, extraviado en el tiempo todo su perfume.... Asi eran tambien ahora, llenos de amable delicadeza, los

ritornelos en esa voz de la madre, que sonaban en aquella atmósfera fría de su cuarto como los écos del hogar per^{lido}.

* * *

—Te acuerdas, Cárlos, de la leyenda de Pedro de Valbuena, el negro caballero?

—No, madre, no me acuerdo.

—Sin embargo yo te la conté muchas veces en el comedor de casa, en las noches de invierno, al lado de la estufa, cuando eras chico.

—He olvidado tantas cosas, en esta vida estúpida de fastidio.

—Si tu quieres, voy á leértela, para matar las horas tan largas.

—Desde que tus has venido, contestó Cárlos, tengo una cosa tan dulce en el espíritu, que desearia oírte siempre.

—Tanto mas, repuso la vieja, en cuanto que eso tiene contigo mucho que ver. Escucha.



V

LEYENDA

Eran los condes de Valbuena señores de fértiles campiñas y alpestrés cordilleras y Pedro, el último vástago de la noble estirpe. Tenian su castillo en lo mas abrupto de la roca sobre despeñaderos, de cuyas piedras filosas cuelgan las águilas sus nidos. Por el sendero escarpado en la parda y desnuda peña, habian padres y abuelos vuelto mas de una vez victoriosos de las reyertas de sangre con los vecinos y el laud de los ministriles cantaba en heroicas silventenses las hazañas y las glorias. Su armadura de hierro tenia negro color y yelmo de visera levantada y penacho de plumaje oscuro y sobre la banda de seda roja extendida y atravesada el ala del cuervo, recamada en seda negra, emblema de su casa y colores de la dama de sus pensamientos. Su bridon de guerra, un moro robusto, solía

acercarse al amo, retosando en la esplanada y moviendo aquí y allá la cabeza, cuando él lo montaba, la maza colgada del arzon, escudo de luciente acero y la enorme espada al cinto con empuñadura de oro. Muchas veces, al caer la tarde, solían verlo perderse lentamente en las tortuosidades de los desfiladeros, sentando con violencia su casco sobre el fragoso sendero con retumbamientos, que morían en el bártro por donde saltan los torrentes. Iban lejos, al poniente, al feudo de Isabel, la hermosa castellana, de negra y larga cabellera, como el ala del cuervo, que vestía rojo cendal y traje largo de cola de brocato blanco y paje de oro á la rodilla, de donde colgaba el bolsillo de terciopelo azul. Fueron amores en los grandes salones del castillo, en medio de las estupefactas panóplias de los abuelos, que tuvieron la magia de los cánticos de la cítara de bronce y el perfume agreste de los líquenes de la helada cumbre y se cantó la divina poesía del coloquio de la fiereza y de la gracia, en elegantes trovas, en las mansiones señoriales de entonces.

* * *

Gran tropel y rumor hubo un día en el cas-

tillo. Iban llegando los viejos escuderos del padre, que conservaban en las miradas de águila la tradicion de las feroces contiendas, la manopla de aros de hierro sobre la guardia de la espada y pajes, y halconeros y juglares de traje de malla roja y jubon grotesco, el birrete con visera en punta y soldados y siervos de la gleba. Sentada Isabel en el gran sillón de cuero negro con relieve de endriagos y feroces vestiglos y arabescos extraños y espaldar altísimo, de cuyo centro surgian grabadas en escudo de oro las armas de la familia, saludaba con graciosa sonrisa al cortejo de vasallos, que desfilaba á rendirle homenaje. A su lado, de pié, las damas de su compañía y Ricardo, el rubio paje, que hacia vibrar del laud la sinfonía estremecedora de los écos de la montaña y narraba las leyendas intrépidas y los sombríos conciliábulos de lo conseja. Fué llegando Valbuena á paso lento en medio de la doble fila, el yelmo en la mano izquierda, la efigie hermosa varonil y de luciente azabache la ensortijada melena.

Dobló sobre mullido cojin la rodilla y dijo: porque esta espada está cubierta de la hoja de encina, con que se teje al gallardo guerrero la corona, esta espada gloriosa de mis abuelos, que yo arrojo á tus piés, reina de la

hermosura y de la virtud, concédeme que á tierra de Palestina llegue á redimir con mi sangre, si hubiere menester, el Santo Sepulcro de la ira musulmana. . . .

— Nunca fué albergue mi casa, oh Valbuena! de cobardes sentimientos y á mengua tendrían los dioses tutelares, que en cuadros nos contemplan, que en el castillo de Insuriz se aconsejara jamás cosas que á caballero no correspondan. Dios proteja tus armas, Pedro mi señor, y se canten tus empresas en estrofas de inmortal epopeya.

Vosotros todos, dijo el caballero negro levantándose, que habeis escuchado fuertes palabras de divino lábio, inclinad como yo la frente ante la majestad de Isabel, la magnánima! Oh mi viejo castillo! sombras gloriosas que vagais por corredores y patios en la noche serena del cielo, velando la verecundia inmaculada de vuestras memorias, si estais de pié todavía, arrayanes y rosas, id arrojando por el áspero sendero por donde pasa la castellana heróica! Himnos de mi juventud, montañas de la patria mia, vientos que de gemidos llenais el abismo donde el torrente muje, y aguas de esmeraldas que rompeis las notas de vuestras gaitas quejumbrosas en el arrecife lejano —te acompañen estos rumores de la naturaleza, excelsa criatura

porque eres divino celaje, mecida en el arrullo de abandonada tórtola solitaria! Así tu puedas, Isabel, mientras yo combato por el honor y la fe, vivir todas tus horas entre la alegría del sol de la aurora, cuna de los mares de oro, que descienden sobre la tierra, en hilarantes haces fecundos, aquel sol, que iluminó esplendente las hazañas temerarias y las cortes de amor de nuestros abuelos! Así los bardos, que llevan la lira de la congoja salvaje á cuestas y van cantando de tierra en tierra el esplendor de los amores inmortales y los dolores del adios, lleguen á tu castillo, dulce dueña, y te cuenten en la noche de los salones melancólicos, que el negro caballero los colores de Isabel de Insuriz en soberbias lides triunfar hiciera, este Valbuena que te da el alma hasta la muerte y sus dominios señoriales.

Las notas del angelus entraban por puertas y ventanas y, arrodillados, rezaban todos y fueron desapareciendo sus pasos férreos lejos entre la cantinela monótona de las letanías. Ya sola Isabel, se asomó al grande ajimez del centro del castillo y vió lejos desaparecer al caballero como abandonado sobre su moro, el penacho de negro plumaje, oblicuo hácia el horizonte.

Pasó mucho tiempo: una tarde estaba Isabel sentada, mirando los senderos lejanos perderse en los valles y reaparecer culebreando, enhiestos otra vez en la falda de enfrente. A sus piés el paje rubio, compañero de las horas solitarias.

—¿Tu crees, dijo Isabel, que volverá pronto el caballero de la negra armadura y cendal con ala de cuervo?

—Yo no sé, gentil señora, pero muchos que van á Tierra Santa á pelear por la fe, á morir ván. Mucho dijo de estas cosas Pedro el Ermitaño en sus predicaciones.

—¿Por qué hablas asi, paje?

—Porque Rodrigo, el feroz castellano del barranco, ha muerto á manos de musulmanes, y los hijos de Almodivar, el viejo loco que tiene luengas las greñas é impreca como un endemoniado en los dias de tormenta, han mordido el polvo tambien y porque ademas . . . y se detuvo Ricardo, titubeando, á mirarla.

—Tu no sigues. ¡Que cosa lúgubre te pasa por los ojos!

—Nada, doña Isabel, contestó el niño; imaginaciones juveniles, que me conturban. — Pienso que si escudero fuese, yo tambien estaria vengando tanta inícua muerte. Esta ambicion de renombre quita sueño, señora.

—Yo te conozco, Ricardo: pretendes engañarme. Tu eres alegre, como la alondra que se cierne cantando lejos en la altura y como los ruiseñores, que trinan y gorjean en la maleza de la selva. Tu rostro ha tenido siempre los rayos deslumbradores del regocijo, menos hoy.... Qué te han contado los pastores de la comarca? Tú has ido á tomar lenguas....

—Fábulas, señora; fábulas melancólicas, que ellos recojen de boca de los romeros, que vuelven de Tierra Santa con fantaseos de cuentos inverosímiles.

—¿Y qué te narraron, pues?

Era un juglar, Isabel, un viejo de barba de oro, ropas raidas y desvencijado laud que recitaba en monótonos cantares como el caballero negro, indomable en sus ímpetus temerarios, la vida noble rindiera en desigual combate. Qué barahunda aquella! y derrumbe de mazas sobre turbantes y fulgurar de curvas cimitarras con empuñaduras de rubíes y blasfemias y alaridos de muerte. Fué chisporroteo de hojas bruñidas hechas pedazos en el hierro de la coraza y el magnífico caballero, como arrasadora tormenta, derribando huestes de sarracenos. Y su penacho de plumas de cuervo, volando aquí y allá blandamente, mecidas en el ambiente, sonante de los bramidos de la bata-

lla y el puñal traidor, que le dividió la roja banda y el ala negra, mientras sus brazos caían adelante para ceñir el pescuezo del moro. Entonces el corcel estremeció los valles con su relinchar iracundo y precipitó su cuerpo en el torbellino de la carrera. Tú ves, Isabel, cómo estas hazañas, cantadas por el juglar, están fuera de lo humano y son fábulas y leyenda.

—No debe ser tal, contestó entristecida la castellana de Insuriz, porque los valerosos son los primeros que mueren en las batallas.

Se arrodilló á orar y sus rezos se perdieron con los quejidos del Ave María. Era el momento en que el sol se esconde detrás de la última abra, en el desfiladero mas lejano, y en que salen de los valles las brumas tristísimas del Angelus; la hora de la plegaria, cuando las cosas sosegadas de la naturaleza han perdido vivacidad, cánticos y color: Suenan en la profunda quietud de la dilatada campiña los tañidos plañideros, que mueren lejos en la garganta de la montaña estéril y triste, debajo del cielo de indefinido color.... Entonces vienen los heraldos de la noche, como pueblos innumerables á desplegar en silencio en el espacio sus enormes banderas, que tienen para el ojo humano transparencias cenicientas que flotan y van y vienen. Las auras cansadas de volar

libando néctares de las margaritas del prado, se quedan dormidas en las cavernas del monte y los pájaros se esconden debajo de las ramas, que pierden sus intersticios luminosos y los torrentes ahogan sus rumores en el pedregal de su cauce. A esa hora vuelven tambien los labradores del trabajo, la azada al hombro y la campana que vuelca su copa arriba y abajo los sorprende en el medio del campo con sus vibraciones argentinas.... Se arrodillan con el sombrero en la mano un gran rato, mientras en el occidente hay todavía una franja, que tiene el color desvanecido, de las rosas pálidas y detrás se levanta como esfinge siniestra la superficie extendida de las sombras.



Volvió Valbuena á su castillo, despues de mucho tiempo, una noche de invierno en que largos copos de nieve venian cayendo por la atmósfera quieta como alas cándidas de muertas palomas. Empezó á subir la cuesta con sandalias y bordon de peregrino, helados los piés que se hundian en la crujiente y húmeda escarpa. Miraba las faldas de las montañas blancas de aquella triste mortaja y los árboles, que pretendian sus ramas, cubiertas de

las frías cristalizaciones. No se oía en aquel silencio, sino sus pasos y los borbotones del torrente descendiendo á saltos. Era una de esas noches, en que la luna atraviesa así mismo las densas capas de nubes grises é inunda la campaña de ténues claridades, aunque su disco apenas puede distinguirse detrás de la inmensa bóveda cenicienta. Veía aquí y allá la mancha negra de la cabaña de los pastores de su feudo, de techos blanqueando en la atrevida línea oblicua. Apareció al fin en frente la enorme zona oscura de su castillo con almenas y torreones y flechas agudas y altas de minarete. Llegó al foso y se detuvo: nadie había levantado á esas horas el puente levadizo, ni la esquila del cuerno de caza había dado aviso de la llegada de un caballero, ni había guerreros para recibir al huésped según sus merecimientos. Entró en lá oscura boca del zaguan con tinieblas y oscuridades de subterráneo y pasó por cuartos y corredores. . . . Silencio. Cruzó los patios blancos y llegó al gran comedor, donde siempre lo esperaba la roja y ámplia lumbré de la chimenea en sus días ateridos. Ni fuego, ni voces humanas . . . Todo era silencio tétrico, Subió escaleras, entró en los terreones, cubiertas las paredes de musgo en verdes tapices y dió vo-

ces estentóreas, que se desvanecieron eco tras eco, mientras seguían bamboleándose en el aire y cayendo largos y silenciosos á millares los copos de nieve. Llegó al fin á la gran sala del castillo, donde estaban alineadas las armaduras de hierro de los abuelos.

Allí entró su espíritu en los ensueños tenebrosos de la desesperanza y se sentó resuelto á dejarse morir. Aquel silencio era el luto que sus dominios vestían por la sublime criatura fenecida, la dueña heroica de Inzuris y aquel hondo sosiego tenía todos los soliloquios del rezo funerario. A poco de estar allí, empezó á sentir en aquella lobreguez como leves chillidos, rechinamientos y choques metálicos y crujidos sordos, como de articulaciones de hierro que se desplegaran y ruidos de pasos cautelosos á un lado y otro. Después vió, que las panoplias se iban moviendo con caminar de rítmicos estampidos, como si fueran marchando á compás de invisible y misteriosa música y sentía claramente, que pasaban cerca de su persona y le decían cosas como susurros de enigmas. Qué hondos pesares lo invadieron: el hastío entró con sus garfios á rasgarle el corazón! qué miserable y bellaca existencia la suya! qué vacío profundo y qué helada sordomudez tenían todas aquellas memo-

rias! Cuando él venia subiendo la cuesta, encontraba gentes mústias que se retiraban de su presencia y cuando, tomando del brazo á uno de esos fugitivos, quiso lenguaje de verdad, oh señor, le contestaron, que no sabeís? Ha muerto en las torturas del abandono de amor la castellana de Inzuris y todos los lugareños cantan la leyenda elegiaca y las gentes de vuestra casa al feudo de Isabel partieron.... Sacó su espada Valbuena y hubiérase dado muerte á no haber las planoplias levantado voces y rumores tumultuarios.

Mejor era no haber nacido, Pedro, gritaban los abuelos de hierro, ó haber muerto á heridas de yatagan infiel en Tierra Santa. Cobardia no usaron jamás los condes valerosos de Valbuena, ni sacrilegio, ignominia ó mengua contemplaron las paredes vetustas de esta morada. Anda, mal caballero! Se acabará contigo tu casa y la historia de muchos siglos de gestas y de renombre. Muere: eso es mejor, que tener en vida dolorosa brega ó poblar otra vez las calladas cortes del castillo de gritos y cantos infantiles. Echa de esta manera lodo y baldones sobre los sacrificios y la sangre derramada por los abuelos, para darte casa y prosápia. Muere: te has quedado solo; de todas maneras no rehagas el hogar moribundo

de tus padres. Estos viejos huirán para siempre la deshonrada mansión, páramo yerto, donde no flotan siquiera, como hebras de luz, las rubias cabelleras de los niños, ni hay castellanas altivas, hermosura de la casa, virtud, gracia y ornamento.

—Pero la muerta Isabel, rugió el caballero levantando amenazador la espada, ¿quién me devuelve, genios airados de mi castillo glorioso, la celestial criatura? ¿Este silencio, que me perturba la inteligencia, no es acaso silencio de muerte?

La voz corrió, contestaron las panoplias solemnes, que Isabel, de letal morbo afectada y próxima al descanso eterno, al confesor pidiera ver tus viejos escuderos y tus siervos. Estos partieron en la madrugada.



—Un caballero, de extraño continente y ademán descompuesto, quiere gracia obtener de ser traído á vuestra presencia, oh señora.

—¿Su nombre? dijo Isabel, con su voz débil de enferma.

—Que en las batallas de Palestina lo había hecho inmortal, contestó.

—¿Y sus armas?

—Sobre negra casaca la cruz de la guerra santa.

—Y dime, Ricardo, ¿sobre el escudo, acaso, no traía roja banda?

—Como si luto vistiera, no trae colores ni emblema.

—Yo no quiero que ese caballero entre..... Dile que gracias le mando por su cortesía... que esta moribunda sus hijos bendice.... Tú ves, paje, lo que pasa....el otro día al lado de este fuego, aquí en el aire tibio del comedor de mis padres, un trovador cantó las estrofas de la esperanza y la alondra delante de mis ojos levantaba tan alto el vuelo, lo que dicen que trae la buenaventura. Y, sin embargo, yo no lo veré mas á mi glorioso señor.

—Pero ese caballero, este bolsillo de terciopelo me entregaba, contestó el paje.... Reliquias son, me dijo, de un compañero de armas, herido en Tierra Santa. De rodillas delante de ella lo abrirás, y me despidió casi con voz sollozante.

* * *

Alto, la tez tostada, en la puerta apareció Valbuena, mientras Ricardo sacaba del bolsillo la roja banda y el ala negra del cuervo, dividida por yatagán sarraceno.

Se acercó lentamente con los brazos ríjidos, temblando dentro de aquel mundo de sus adoraciones inmortales.

—Oh contristada flor de la montaña, dijo el caballero, que tienes el color de las nieves y frios pétalos, pálida vision de mis noches solitarias de Tierra Santa! alma criatura, que has perdido gota á gota tu sangre en las horas de dolor!....

—Gracias sean dadas, Valbuena, al Dios de los ejércitos, que otra vez hasta aquí te ha conducido, contestó Isabel.

—Yo beso tu mano de mármol, oh divina mártir! y así entren en tus dominios los tepoches primaverales y resurjan en tu pálida efigie los colores de la vida.

—¿Por qué tanto tiempo glorioso señor, sin llegar á mi abandonado castillo?

—Estas heridas, enfermo mi cuerpo tuvieron, frágil y moribundo.

—Ay! sollozó Isabel, no mentia el juglar de la barba de oro. La noticia de tu desventura las fibras de mi alma rompieron y poco á poco este cuerpo fué cayendo, hasta el borde del sepulcro.

Nó, tú vivirás, contestó el caballero. Pronto la nieve disuelta hará que los picachos tengan su pardo color y en los senderos de la monta-

ña bordes habrá de flores cubiertos y crecerán en el prado las yerbas silvestres, que derraman en el ambiente exquisitos perfumes.

* *
* *

Así fué: los senderos de la montaña los vieron otra vez caminar del brazo y las auras tibias despertaron la vida en la juvenil pareja enamorada y alondras y ruiseñores saludaron los admirables coloquios con su eterno cantar. Una noche Eros paradisiaca entró en el dormitorio de Isabel con su cuerpo extraño de alabastro y sobre su traje de novia colocó rojo cendal y negros azahares que recamaban en el brocato las alas extendidas del cuervo y... despues las cortes del castillo de Valbuena resonaron de cánticos y de gritos infantiles y flotaron negras cabelleras y fué apellido de larga y gloriosa historia.



VI

COROLARIOS

En ese momento los dos leían, la mejilla cerca de la mejilla, mientras la vieja hacía resbalar el índice debajo de las últimas líneas de la leyenda y la luz azulada se difundía sobre sus rostros fijos en el cuento maravilloso. Era uno de esos libros de papel áspero y granujiento, vetado de manchas amarillentas, encuadernado en la tapa de cera de pergamino, con hojas corroidas aquí y allá... libros viejos que van desapareciendo, como los monumentos á quienes el tiempo lima las saristas y borra á trechos las inscripciones y ennegrece el mármol.

—Tú crees entónces, empezó Carlos, que no hay vida posible, si no se rehace el hogar paterno?

—Si, creo.

—Y que es necesario que haya muchachos

incómodos, que llenen la casa de ruidos, como dicen los abuelos aquellos!

—Incómodos los niños ajenos, contestó la vieja, los propios nunca!

—De acuerdo: pero tú no piensas, madre, que los tiempos han cambiado, y las castellanas del día, se mueren de amor, casándose con otro...

A veces... Yo he visto, pobres mártires, que llevan á cuestas la cruz del abandono y la riegan con lágrimas, que no se ven, esas que se derraman para dentro y caen gota á gota á horadar el corazón.

—Rara avis, vieja, muy rara, repuso Mendez....

—No tanto como tú crees. Has vivido muy poco y metido demasiado en tí mismo. .. yo te aseguro que en el mundo hay mas virtud de lo que Vds. se imaginan. Hablo én plural, por que conozco toda una generacion de indecisos, que piensan que pueden estar solos y justifican la vida estéril, murmurando de la mujer, como de traste viejo. Encuentran al fin una, á quien quieren y de ella se avergüenzan y tienen niños, á quienes no se atreven á dar su apellido. Se les vé caminar agazapados contra la pared, mirando para atrás y meterse á hurtadillas en el silencio de la media noche á

visitar su familia—esa que los demás arrojan á la calle en la luz plena....

—Y quién te ha dicho todo esto?—preguntó Cárlos, que sentía su espíritu y el mundo de su inteligencia derrumbarse ante la palabra serena y triste de la madre.

—Aquí te esperaba, dijo la vieja sonriéndose; tú eres tambien de los que piensan, que se puede vivir cuarenta años, sin salir del limbo y que cada familia que vá desapareciendo en la muerte, no deja un caudal de enseñanza, por que estas viejas á quienes ustedes conmiseran y asisten al desfile sombrío, no han salido de sus ingenuidades infantiles. ¡Ah! pobres muchachos, enfermos de la imaginacion dolorosa, que pretenden torcer la lógica de la existencia, en pos de engañosas quimeras y que leen demasiado los libros de otros enfermos!.... Así van despues caminando y entran cada vez mas en la helada filosofia de las desesperaciones sin consuelo, para morir solos y abandonados, sin que haya nadie que lleve flores á sus sepulcros el dia de los muertos.

Y con los brazos de temblores rodeó el cuello del hijo y lo miraba, abrazándolo fuerte como si alguien estuviera en la sombra acechando para arrebatárselo.

—No, madre, dijo Mendez, yo no quiero hacerte sufrir. Tus congojas me hacen mal.

—Yo tiemblo, Cárlos, pero no por ti solo, por todos esos hermanos tuyos, que de repente abandonan el hogar y los padres y tienen grima atroz que los tortura.... Si ellos supieran, que este libro de la vejez, que tiene bondas arrugas, está escrito con las cosas marchitas y místicas que uno vá encontrando en el camino desventurado y que los hijos graban en las últimas páginas blancas el epitafio lapidario....

—Oh, santa y divina! gritó Cárlos, estrechándola contra su corazon....

—Porque es así. Cada hijo empieza y cierra un capítulo y allí descansa uno, como el caminante al lado de la piedra miliaria; pero si los hijos se van, se llena de lágrimas la copa de alabastro de nuestras almas, que tiene diafanidades de cristal y que van cayendo y tañendo las armonías de la misma romanza que nos habla siempre del hijo, que está lejos. Y despues, sabes tú lo que sucede? continuaba la vieja transfigurada, tomando al hijo de las manos y mirándolo cerquita; sucede, que cuando no hay un hogar escondido, caminan los hombres á los cincuenta años sin rumbo y de noche nunca les llega la hora de la retirada. La casa está fria y sola, y en invierno, cuando ellos

sienten la necesidad temprana del calor de la cama, cuando cae la lluvia helada y frecuente y hace cantar los vidrios con su monótono tamborileo y zumba el viento afuera, y es tan delicioso sentir su propio cuerpo rodeado de las perezas cariñosas de nuestras casas.... Oh, como piensan entonces, que serian felices, si hubieran muchachos altos y delgados, que prendieran las astillas del espinillo estridente en la chimenea del tibio comedor y niñas de grandes ojos azules, leyéndole las historias suavemente ideales del tiempo viejo..... Y despues está el café, que los atrae, el club que los llama, la orgia que pagan para que otros se diviertan y ellos no pueden ir, porque tienen frio y están achacosos. Entonces entran á la cama y llega el sirviente que está borracho del vino, que roba de la bodega.... ese es el, que les sirve el té de la noche, que ellos no duermen, la noche interminable, donde no se oye mas ruido que los golpes secos y sordos de la tos, que les fractura el pecho, exasperada en las oscuridades solitarias. Y la escarcha sube y hiela las rodillas y se siente que la sangre se va deteniendo y cualquier dia es bueno para morirse solos, sin que haya, quien se arrodille y reze y llore, cuando nos traen la eucaristía.... porque yo he visto á esos otros viejos, que han adqui-

rido el derecho de morir como justos, levantar tan alta y solemne la cabeza en ese momento en medio de los hijos arrodillados y sollozantes....

—Pero dónde está, oh, mi madre santa! la castellana de Insuris? eso no se plasma con el barro de la calle, interrumpió Cárlos. Es necesario encontrarla, tenerla en el corazon y vivirla.... Esos tiempos han muerto para siempre. Dónde están los bardos que cantan de tierra, en tierra el esplendor de los amores inmortales? Sabes tú lo que hacen hoy? Cantan la blasfemia.

—Ya lo sé.

—Y pretenden resignar en santuario extranjero el yo intelectual de todo un pueblo, la efigie deslumbradora, que nos tipifica y nos separa de los demás y todas las maravillas de los orbes de luz, que pueblan é iluminan este espacio que es nuestro y la inmensa sábana verde y el cielo azul que se derrumba á pique, que son nuestros y de nadie mas.

Porque Mendez era así: tenia sus cuartos de hora impetuosos, en que se movia su tez y el surco de su frente como si lo cruzaran relámpagos. Su palabra se desenvolvía irritada en atroz sarcasmo y agitando la mano derecha, como quien arroja anatemas, estigmatizaba to-

dos los vasallages. Creia que los pueblos iban fatalmente á la creacion de su propio idioma, los pueblos que tenian tradiciones gloriosas y confines de baluartes alzados hasta el cielo en frente de las razas conquistadoras y rios que achatan hasta el horizonte la superficie de plomo movediza en el vaiven sempiterno del oleaje.

Yo quiero con esto significarte, continuó Men-
dez, que hay muchas necesidades hoy, intere-
ses sórdidos talvez; no entro á juzgar; pero
seguramente existe una manera especial de
apreciar la vida, que nos aleja de la lira ima-
ginativa de la edad media.

No son los tiempos, que han cambiado: es
que ustedes han perdido la ingenuidad, conti-
naba la madre, en su cavilacion estéril y sempi-
terna y han roto el divino instrumento del
espíritu en el choque inerte de todas las des-
confianzas. No son hombres: no tienen volun-
tad y no aman, porque para eso es necesario
tener niñerías y fé y abandonos en la suprema
dulzura. Son los negros caballeros, que han
perdido la virtud del creyente y que ya no vuel-
ven de Tierra Santa.

Esas son leyendas, mi madre, que tienen la
melancólica semblanza de los siglos muertos, y
se hechan á través de la existencia desastrada

y despiertan en el espíritu el anhelo inmortal de vivirlas con sus amores y sus heroismos; pero la vida es otra. Es trivial y desolada y achatan los cánticos que germinan gloriosos en la inteligencia.

—Porque Vds. filósofos de la desesperacion, alejan de si las flores de la dicha, seguita la madre, y rechazan el regocijo que las enamoradas de veinte años les presentan. Y mientras graban cada dia una nota agria del epitafio suicida, ellas á la tarde, las suaves criaturas riegan los prados de violetas y heliotropos, con la cruz del abandono á cuestras y quedan asi pensativas un gran rato, rezando por los que las hacen sufrir... y se levantó la vieja para retirarse.

Era la media noche: el reloj tañendo á intervalos iguales las notas argentinas de la hora, partia el silencio del dormitorio y de toda aquella lóbrega naturaleza, que dormia afuera. La madre envuelta en el triángulo del chal de espumilla con relieve de negras rosas y mórbido fleco, caminaba acompañada paso á paso por aquellos sonidos, pero Cárlos extendiendo su mano derecha y resbalando hasta los pies de la cama, alcanzó á tomar con las palmas suavemente aquella blanca cabeza de sesenta años.

—No te vayas, le gritó, yo te voy á decir de Dolores del Rio, porque es á ella á quien tú te has referido en tus últimas palabras.

—Ya lo sé, Cárlos; no va á ser la tuya una historia de amor, como la de Isabel de Inzuris, sinó leyenda de orgullo, que retoba y oculta la nativa generosidad de tu espíritu.

—No, madre, yo te voy á contar todo, para que tú veas, que he tenido razon.

* * *

Yo había traido hasta acá adentro, á su espíritu, ves? y se apretaba el corazon con su mano en garra,—yo era dueño de todo ese esplendor.... mi casa se habia llenado de todos los júbilos.....pero una noche en un baile, como te cuento, pongo á Dios por testigo, le apreté de tal manera la muñeca, que se dejó caer pálida sobre una silla...ya hace dos años.... un momento antes yo le habia regalado un ramo de violetas y ella me contestó que éramos muy jóvenes todavia y que yo estaba loco y que no debia pensar en casarme.... Yo me acuerdo bien; porque esa noche vestia un traje de seda celeste y escote de encajes y tenia un cinturon de moaré blanco con aguas de nácar, que se movian en la luz..... Sus ojos tenian

el azul oscuro del cielo de la noche y su efíje de marmol parecia cosa de alegria celestial. Así yo me fuí á mi casa con un gran luto en el corazon y me venian acompañando, como con susurros las hebras negras de su cabellera abundosa y todas aquellas músicas y los rumores del sarao esplendente y yo tenia como abrojos que me raspaban el pecho y una cosa tonta, que me aturdia la inteligencia.... Yo recuerdo que caí sobre la cama y escondí la cabeza bárbara dentro de las almohadas y lloré, lloré con un sollozo de adentro que me fracturaba las costillas y que no se acababa nunca.

*
*
*

Así se ve á veces los rayos del sol de verano rajar la tierra árida y los arbustos doblegar sus hojas mústias debajo del incendio, mientras las flores dejan caer lánguida sobre el gajo la corola ardida y en la desolada estepa el silencio y las tristezas de aquella inmensa hoguera... y el que observa mas tiempo ve desaparecer arrugadas las flores y las hojas y perderse las yerbas del prado y sobre la tierra blanca, endurecida y desnuda, caminar apresuradas las hormigas formando doble línea quebrada y negra, mientras pasan saludán-

dose las unas á las otras y siguen la marcha interminable...

Despues cae por mucho tiempo la lluvia abundante y cristalina, que infiltra, ablanda y ennegrece la tierra y se esparce por todas partes un vaho húmedo de deliciosa frescura. Los pétalos resurgen y se avivan; los colores reaparecen; el prado cargado de semillas brota otra vez y se cubre de los hilos chatos y filosos de la yerba verde y por el ambiente corren por todas partes á miriadas los átomos de invisible perfume.

Así el llanto á veces, de clemente piedad, llena el espíritu,—el llanto formidable en la oscura noche, que no tiene testigos y aplaca y endulza la pasion enloquecida y los amores desaparecen casi, detrás de nosotros en la vaga penumbra de las reminiscencias.



VII

DOLORES DEL RIO

Esa noche fría del baile estaba el dormitorio de Dolores iluminado por una pequeña lámpara que difundía penumbras azuladas á través de la pantalla de seda. Aparecía la cama en el centro, como una zona larga de negra y luciente madera, alto el espaldar y la curva, que lo terminaba, tallada en artísticos relieves de hojas y flores, y extendida la verde colcha de raso. En los espejos del tocador y ropero, allá en el fondo, se veía la imágen luminosa de la lámpara, cuya copa de plata blanqueaba brillante sobre el negro mármol de la mesa de noche, jaspeado de vetas y bizarras figuras de nácar. Pendía sobre la cabecera el dosel y colgaba el cortinaje elegante de un solo costado recogido abajo en un moño gracioso y abollonado, mientras del otro costado, se erguía au-

gusto y derecho el reclinatorio—el almohadon de terciopelo arriba, cariñoso en la superficie cuadrada del verdinegro color y enfrente colgado de la pared el crucifijo de onix. Pero lo que llamaba la atencion en aquel dormitorio era un gran cuadro de marco de bronce, singular en sus caprichosos arabescos. Era una parda cruz de gruesa y cuadrada piedra, destilando humelades salinas sobre la cumbre de escarpada rompiente, flagelada por la borrasca embravecida, espumoso el oleaje gigantesco. Abrazada del pedestal, colgante el cuerpo en las aguas revueltas y salvada del naufragio eterno, la blanca y semidesnuda pecadora, la cabellera rubia de oro muerto crugiente y sedosa en el estallido crepitante de las espumas albas del mar...

Llegó Dolores muy tarde en la noche—los ojos grandes y oscuros de apagada lumbre, suavísimos y húmedos de azabache y hecho de gentil delicadeza el óvalo del semblante pálido y perfecto. Estuvo un rato, como absorta mirando las paredes, tapizadas de lampás rosado y los anchos pliegues rígidos del techo mientras dejaba, sobre el sofá de terciopelo granate, la capa larga de paño blanco y en la guantera de cristal de dorados bordes, arreglaba los guantes de piel de Suecia largos y an-

gostos en su color madera y movia al rato su cuerpo alto, negra la espalda de la voluminosa y ondulante cabellera. . . . Sentada despues en la orilla de la cama, desabrochó el corpiño, que tenia pintado á mano en la tersura del raso maravilloso ramo de lilas y sus manos fueron cayendo abandonadas y como inertes á lo largo de la falda cubierta de encajes y mas allá de la blanquísima urdimbre de filigrana, se veian adelante dos caireles de rosas vellosas, que descendian hasta el ruedo. . . . Quiso rezar y arrodillada en el reclinatorio, volvió á su memoria entristecida toda aquella escena del baile, que le habia herido el corazon de muerte. . . . porque Cárlos era malo y no debió nunca cerrarle el brazo con enojos en la mirada, ni decirle las frases sarcásticas. Despues se acercó lentamente á la cama y se acostó así vestida, mirando aquel cuadro y los cabellos rubios de esa mujer, salvada del naufragio eterno, hundida en el almohadon cuadrado, sobre el terciopelo negro de su cabellera snelta, espléndida la efigie de mármol y melancólica el alma, sollozante por la desventura del injusto abandono! Cuántas de vosotras, elegantes criaturas, que caminais el sendero floreciente de la vida, en medio de los festivales de luz y de corolas, ebúrneo el brazo desnudo y el escote, cuántas

llegais en las madrugadas á los dormitorios iluminados, con la garra de la pesadumbre en el pecho y las amarguras de la pasion escarne-cida!....



Se durmió despues.... . Soñaba que todas las visiones que flotaban en aquel ambiente enamorado, habian perdido las alegrías frescas. Hacia frio en su cuarto á pesar del abrigo de los cortinados y de las alfombras, el frio de muerte que arruga la piel y hace doler el co-razon.... como sucede, cuando se hace peda-zos y se oscurece la luz, que ilumina los pano-ramas acariciados con esperanzas y plegarias en los soliloquios de la mente—esas vastas na-turalezas, pobladas de fantasmas angélicos, que cantan la égloga y el idilio, danzando carolas alrededor de las cunas soñadas. Qué poemas cruzaban su inteligencia en aquel ajitado dor-mir!....El duo que se canta de lejos y los ra-yos de las pupilas, que se encuentran en el aire sereno y diáfano, los rayos que llevan en su seno titilar de almas. . . Santo! santo! echan á vuelo las campanas, porque las glorias del cielo circundan las sensitivas enamoradas y hay auroras y soles y primaveras, que tiem-

blan por el cruzar turbulento de la divina sifonia. Yo riego los prados todas las tardes, allí donde crece la diamela, porque quiero mandarles en una bandeja de plata flores, que tengan pétalos blancos. Tan sombrío ... por que la lucha le ha grabado un surco en la frente; pero yo tengo alegrías de ángeles y todas las serenidades azules del cielo en mi alma. Ven conmigo dentro de estas aureolas, Cárlos! Yo te tomo la cabeza y te beso y lloro y tengo los ojos contentos, detrás de las lágrimas. No vas á decirlo....yo estoy herida.... escucha cómo se queja la tortola, que me dá picotones, tubando dentro del pecho. Santo! santo! porque las campanas tocan el Angelus, la melancólica trova de amor, porque yo rezo y cubro de flores á tu retrato, ese que guardo en turíbulo de oro....



—¿Te acuerdas, aquella noche de estío?. Los mansos canales del Tigre y las costas verdes y opulentas de vegetacion y los sanzales, que arrojan las hebras largas en las aguas oscuras y los remeros bogando en el silencio de aquella naturaleza tenebrosa y cruzar de luciérnagas luminosas con arrullos de arpas lejanas y

perdidas en las sombras, vibrando endechas inmortales ... Porque Dios es bueno y deja caer fragmentos de celajes sobre la tierra para los que aman; por eso nos decíamos de cerca todos los cánticos divinales y yo sentía en el corazón tu voz, cómo dulcísima esquila, temblando, repetirme los ritmos de la pasión enamorada. Te acuerdas como pasaba la luz fugitiva de las casas debajo de nuestra canoa y cómo quedan detrás ondulando los reflejos. Tú me decías: yo iría contigo, Dolores, en pos del esplendor de los astros, envuelto en la paz serena de tu espíritu, porque tú eres angelical en el seno tranquilo de este escondido rincón del Paraíso.

—Escucha, Carlos. Las melodías de la noche llegan en la brisa leve, que corre, saturada de húmedos perfumes y los deliciosos arpegios suenan en los comedores felices. Ves? Pasa la mancha oscura de un palacio rodeada del tupido ramaje, como una enorme cosa de luto, salpicada de chorros de luz. Oh! las penumbras amables que defienden las cunas de los ardores del sol!

--Como la sombra de tu negra y larga cabellera y la lumbre suavísima de tus ojos mitigan las visiones tormentosas del espíritu. Yo te amo, Dolores... he dicho al fin la divina

palabra. Yo me acuesto en esta pasión, buscando, como en el seno de mi madre, la lluvia de rocío blando, que baña la frente con el murmullo quieto de los besos.

—Pasan cantando, Cárlos... Son felices. Parece un coro y dicen los versos, que tiemblan en el ambiente, con susurros de aguas y hamacarse de canoas, que se deslizan....

—Sí, alma divina! sabes tú lo que narran?

—Oh, nó! ya están muy léjos... se han desvanecido en la sombra.

—Narran leyendas y entregan á la guitarra melancólica los poemas del sentimiento. Sienten, Dolores, las fragancias de la madre selva?

—Nó, nó! Tú te acercas demasiado á la costa verde con la canoa. Yo tengo miedo, que las ramas sollozantes me lastimen el rostro. Qué es esta flor que he arrancado flotante en las aguas oscuras?

—A ver, alma divina! Esta es la flor del seibo, que adorna la ribera por todas partes.... Son los rubies de la enmarañada y verde maleza, que dicen sus amores á los bosques infinitos de juncales, esas líneas negras, allí paradas y rígidas, que reciben la sombra corpulenta de los sauces.

—Por qué nos detenemos?

—Son camalotes, Dolores, que traen festo-

nes y hojas de calas y panojas de flores azules, que besan la proa de la barca y se buscan entre ellos en su nadar lento y silencioso.

Qué son esos gigantes negros que avanzan allá lejos?

—Son los álamos que tocan las estrellas con las copas y se tuercen y se abaten en los días de tormenta, zumbando las hojas.

—Oh, la divina naturaleza donde cantan los zorzales escondidos y tejen los benteveos el nido de sus amores! Cómo pasan las luciérnagas luminosas, como astros perdidos en la noche oscura y cómo zumban los grillos! Dios mio! tú has abandonado los remos, Cárlos... los he sentido tocar la popa.... Yo tengo miedo.... Qué pequeña es la barca y qué chicos somos debajo de esta inmensidad celeste, con toda la muchedumbre innumerable de soles luminosos.

—Somos pequeños....pero Dios hizo la pasión mas grande, que sus creaciones. Deja, Dolores, que la sublime magestad de la noche envuelva la canoa y la arrebate consigo la tormenta, que ya empieza.

—El canal se abre, qué aterradora negrura! Yo voy á rezar, porque la plegaria es suavísima, como la bondad de la mirada de Dios.

—Reza, si tú quieres, mientras la corriente nos lleva á fracturarnos contra las murallas lóbregas del cielo.

—Vuela la barca. . . . Deténla por las lágrimas de tu madre . . . Las costas desaparecen y las luces de las casas se han transformado en vislumbres, que aletean, como si quisieran apagarse.

—Eh! nó, nunca! porque yo he perdido las sonrisas y tengo la mueca horrible. . . . Nunca! porque las alegrías de mi alma las ha cubierto la vida con el manto de esta noche infinita. Yo quiero morir contigo dentro de este nubarrón de tinieblas. Tú ves lo que pasa. . . . las estrellas han disparado del cielo y llegan las rachas violentas: las olas se agitan, la canoa salta enloquecida de cresta á cresta y cruje como si quisiera hacerse pedazos!

—Piedad! Toma los remos y volvamos á las orillas mansas. No te muevas, haces tambalear la barca. . . .

—Yo me acerco á tí, Dolores, mientras corremos por las oscuridades del rio de luto y vamos á entrar en la zona de los relámpagos. . . .

—Qué frio estás!

—Ya tengo las manos muertas. . . . déjame, que toque siquiera tu traje blanco de raso y

me las abrigue... Yo quiero descansar mi cabeza sobre tu pecho para que tú me beses así... así...

—Dios mio de misericordia! Hemos entrado en las nubes del cielo y nos precipitan lejos en las hondonadas de las aguas profundas.... Mira cómo se parten y se nos vienen encima las montañas de las aguas del rio malo. . Yo me siento morir ...

—Sí, Dolores! muere, muere! Yo te voy á mirar asi estirada y rígida en el fondo de la barca—como estatua de nácar, blanqueando luminosa entre las oscuridades de la tormenta.

—Adios, Cárlos. Mi cuerpo se seca en el hielo moribundo; adios mis amores juveniles, mis muertos amores . .

—Qué hermosa eres! ángel celeste que tienes el rostro blanco, cincelado en el marmol de tus carnes por divino artista! Oh, Dolores! que te has dormido para siempre! Cómo beso de rodillas tus lábios, que ya no se mueven y cómo veo, en el fulgurar del cielo irritado, tus ojos negros y grandes y abiertos en la tranquila contemplacion de los horrores de estas soledades vastas.... Qué linda y hecha de negra espumilla, tu cabellera, cnyas hebras suavísimas me acarician el rostro, calentado por los incendios bruscos de esta negra y sobre-

saltada caverna y azotado por el látigo del ciclón iracundo. Cómo descansas, dentro de la paz infinita, con tus manos de alabastro reposando á lo largo del cuerpo..... Yerta! sublime mártir! Cómo tiemblo aquí al lado tuyo! ¡Luz y candor de mi alma solitaria! envuelto así mismo por el perfume delicioso y frío de tu muerta persona! Quiero perecer yo también en este supremo desgarramiento y que me fulminen las centellas del cielo con sus atronadoras reverberaciones y me sacudan las brucas pavorosas de la noche y los saltos de las tormentas arremolinadas en los vértigos oscuros, porque yo soy el réprobo, que abrazo este cuerpo de mármol adorado, que tiene el corazón cubierto por los crespones allí tejidos por mi sombría inteligencia! Yo me acuesto para siempre á tu lado en la cavidad de esta cripta que se bambolea, entre las nébias del huracán, como una cuna enloquecida.....



Flores del ceibo, rojas flores de terciopelo, que venis adornando el ataúd flotante, que llega á los canales con la marejada cenicienta y turbia en la mañanita fresca, corolas celestes

de los verdes camalotes y sombra mansa de los sauzales, que protejeis del sol á la canoa funeraria!... cómo se inclinan rezando todas estas maravillas, y cómo se doblan los juncos verdinegros para saludarlos. Qué gorjeos, y qué cánticos de dulzura infinita, qué admirables sinfonías de la verde espesura y qué gritos de los matorrales, tripudiantes en el éxtasis de la vida, acompañan el lento nadar de la barca!.... A ella misma le decían los isleños que tienen la tez de bronce, que en la tormenta nocturna, habían muerto Cárlos y Dolores y que ellos habían visto pasar los cuerpos rígidos en la canoa de cedro.



Se despertó Dolores con el sol alto y los ojos llenos de lágrimas, abatida por la pesadilla dolorosa... y vió sobre la mesa de noche una carta, cuyos bordes tenían ribete negro. La abrió y vió la firma, mientras una lluvia de pétalos cenicientos y secos cayeron sobre su pecho desnudo. De pié ya y con la carta desplegada en la mano temblorosa, empezó á vagar por el cuarto, sin leerla de miedo de aquel luto y su rostro se cubrió de las sombrías arrugas de las corolas mustias, mientras el sol

del invierno llenaba de alegrías calientes el señorial dormitorio, deslizándose sus rayos entre los encajes aéreos y juguetones de su vestido largo de baile . . . Decía la carta . . . «Con este lapicero de oro que yo le devuelvo, escribo á V. las últimas palabras. En adelante lo usaré de acero, con que se gravan las resoluciones irrevocables. Le mando tambien esas flores, que no han tenido casi tiempo de secarse. Han durado sin embargo lo necesario para convencerme, que habian sido regaladas por el cariño mentido. Mejor: volveré otra vez á entrar dentro de los panoramas de mi corazon, donde tengo el derecho de viajar solo y no saldré mas de ellos, para no entregarle á nadie ni una sola de sus palpitations. Esos regalos míos, que Vd. tiene, hágalos ceniza ó lo que Vd. desee . . . pero fijese, que guardados en sus roperos, habrán empezado desde hoy á ser cosas, habiendo sido ántes perfumes y éter sutil y vibraciones enamoradas del espíritu . . . Sea Vd. feliz . . . me parece que no le podria augurar nada pero . . . consiguiéndolo, habria entrado Vd. en la mas supina vulgaridad.—*Cárlos Mendez.*»



Dolores, con la carta abierta en la mano, se

quedó tonta, como si un peso enorme se hubiera precipitado brusco sobre su cabeza, mientras los pétalos secos se habían ido desparramando en silencio sobre las alfombras. Sin saber cómo, se encontró cerca del ropero, extendió el brazo y sacó el cofre esmaltado en elegante mosaico. Dió vuelta la llavecita y miró adentro, sobre terciopelo azul, el relicario de oro muerto y solitario en el centro, que guardaba las primeras flores secas dadas y recibidas y la piocha de estrellas luminosas, moviéndose sobre el dorado resorte con temblores de chispas, que él le había regalado el día de su santo y el collar con hileras de perlas ovaladas de lucientes y blancas opacidades y ramos marchitos exhalando el perfume agreste del heno. Pero ella vió también lo que se había desvanecido para siempre: las estrofas escritas y recitadas en los íntimos y enamorados coloquios y esplendores de naturalezas contempladas del brazo y oyó susurros de plegarias castas y cánticos de inmortales esperanzas y vió todo ese mundo de almas pensativas, eslabonadas con cintillos de diamantes, ese mundo vivido y adorado, que tenía fechas y besos de sus lábios y que ella había calentado tanto tiempo en los amores de su corazón. Adios, congojas de los cariños fenecidos para siempre!

Sobre papel de seda fué disponiendo en silencio, solitaria siempre, los estuches de alhajas y los ramos de flores; pero cuando tomó de su pecho el ramo de violetas, que Mendez le habia regalado la noche del baile, sintió como abrirse la fuente cristalina de sus lágrimas que cayeron á empapar aquellos recuerdos. Hizo con ellos un montoncito, que contuvo con vueltas de una cinta ancha y celeste, y como si temiera que fueran profanados, caminó ella misma hácia la verja con la efigie tristísima, inclinada sobre ellos. Allí estaba Genaro con el sombrero en la mano y un pañuelo suyo de seda azul, que extendió para recibir aquello. ¡Pobre alma de angustias! pensaba en aquel profundo silencio Genaro y cuando fué á dar vuelta la esquina, vió á Dolores, que lo miraba todavia, salir á la vereda, caminando despacio hácia él, siguiendo esos recuerdos, olvidada en su traje de raso lila, cinturón de moaré y maravilloso encaje



VIII

ALEGRÍAS DE GENARO

Habían pasado dos años. Un día Genaro estrelló contra la verja de la casa Del Río al doradillo desbocado...marchando por las quintas con el cupé para caminarlo. De repente empezó el animal á erguir la cabeza con brusco movimiento y á saltar á un costado resoplando y á temblar todo su cuerpo, como invadido por visiones pavorosas. Genaro, alto sobre el pescante, trató al principio de calmarlo con frases cariñosas, pero el animal como enloquecido levantó la grupa y retumbó el coche de la coz formidable, se sintió el crac un tiro cortado y entre la ruedas y el animal vertiginosamente tendidos, se levantaron nubarrones de polvo, que iban quedando atrás, mansamente suspendidos en la atmósfera, como un largo cortinaje ceniciento. El caballo había

mordido el freno, el espumarajo rojo en la boca, babeando aquí y allá los copos, indócil á la rienda, tensísima en los puños robustos de Geñaro, que volaba con su alto cuerpo, arrebatado en aquella tormenta. El tren hizo un ángulo...el coche se precipitaba contra un enorme álamo, al cual estaba apoyada Dolores, mirando como petrificada la escena. Genaro soltó una rienda y echando el cuerpo adelante, empezó á gritar: «guarda, niña Dolores, guarda», y con las dos manos aferró la otra rienda y todos los músculos de su brazos dieron un brinco, contraídos en endurecida comba, el dorso de Genaro encorvado hácia atrás en seguida, rozando el techo del coche y domada la boca en medio de los alaridos salvajes de triunfo, que se atropellaban, saliendo de su garganta enronquecida. Fué arrojada la fiera cuatro varas mas lejos, contra un pilar con sangre y bramidos en la feroz sacudida, crujientes y descompaginados los elásticos y largo á largo en un prado, cayendo el cochero con todo el peso de su cuerpo por encima de las lanzas agudas de la verja...

*
* *

Dolores, temblando se acercó á Genaro á preguntarle si se había herido.

—No, niña; poca cosa, contestó éste; no ha pasado de un buen susto, y se acercó al caballo, sacudiéndose el polvo del saco, lo desprendió con la mano derecha de las varas y empezó mas lejos á hablarlo dulcemente, palmeándole el pescuezo y el lomo, y acariciándole las crines. Poco á poco fué el doradillo sosegando sus estremecimientos y acallando los bufidos de terror y empezó á relinchar luego cuando lo hubo reconocido.

—Cómo se ha quedado quieto, niña Dolores; fíjese, empezó Genaro un poco sobresaltada su inteligencia, nerviosa por el peligro corrido y por la brusca caída, mala comparacion como los hombres que nos sosegamos, cuando nos hacen cariños. .Si yo le pego, me mata este bárbaro, como cuando uno recibe una bofetada, ve por todas partes luces de sangre.

—Y en el coche no habia nadie? preguntó Dolores en voz baja.

Parece destino de la providencia, niña...de las pocas veces, que no sale la señora.

—Y está buena ella? añadió tímidamente Dolores.

—Oh! muy buena... y muy contentos todos... Figúrese, que el otro dia me dijo D. Carlos: estoy aburrido de esta oscuridad; abre las ventanas.

Y los médicos, D. Cárlos, dije yo, que han mandado eso?

Yo soy tan médico como ellos, abre no mas; lo que pasa es que se dan unos sustos fenomenales, cuando asisten algun compañero. Yo entonces obedecí y le juro, niña, que conforme vió la arboleda de las quintas y entró el sol á su cuarto, le vino como una grande alegria en la cara y me estrechó contra su pecho y yo sentí que me picaban los ojos y que dos gotas calientes me caían por la cara.

—Todos los enfermos, que mejoran se ponen contentos, murmuró Dolores, y él es igual á todos.

—No, niña, es que D. Cárlos es bueno y ahora sabrá usted que ha cambiado mucho. Usted se acuerda que tenia cosas ímpetuosas y ese surco, que parecia se lo hubieran hecho de una puñalada y eso le oscurecia la cara. Bueno: ahora ni rastros: la frente limpia y clara, y blanca y serena, como se pone el corazon, cuando uno reza el rosario.....Y antes él estaba siempre solo y no hablaba jotacon esos librajos de medicina y otro grandes con grabados que asustan: un poeta que dicen, que estuvo en el infierno y un príncipe, que á fuerza de cavilar tristezas, nunca hacia nada, hasta la última lámina en que le dió rabia ma-

tó á toda la familia y murió él tambien.... Todo eso, ve usted niña, lo tenia disgustado y con cansancios, porque yo sé que él tiene la cabeza un poco turbia, un poco no se cómo; pero su corazon es de oro, y yo le he visto apretarle un dia la muñeca á un hombre, que azotaba un chico y doblarlo como un junco y tenia una rabia tormentosa en los labios y en las pupilas negras y todo su cuerpo se levantó como un gigante. Pero desde que está la madre, tiene unas alegrías de chico jugueton, de esos que retozan por los campos boleando cachirlas con los alambres largos ó los que se atropellan en las peleas del rescate....

—Entonces es ella, interrumpió Dolores, la que le alegra la vida, oh mi pobre madre que has muerto!

—Bueno, niña, no se entristezca así, dijo Genaro. Yo tengo muchas cosas lindas que contarle.... Es por la madre y por otras razones tambien y casi estoy contento, que se haya estrellado el doradillo contra el pilar .. Pues como le venia diciendo, desde que está la señora, se entretienen de noche en leer historias....

—Y qué historias? preguntó Dolores con curiosidad, fascinada su inteligencia por aquella charla ingénuo y llena de imágenes sonrientes.

—Figúrese Vd., niña... la otra noche, una de un caballero que usaba armadura de hiorro... Yo lo oí enterita, desde el vestíbulo, donde me estoy de noche esperando por si me necesitan... Es el caso, pues, segun parece, que en aquel tiempo no se peleaba como hoy á cuerpo gentil, sinó que usaban unas defensas, á las cuales llamaban yelmo y coraza, segun seguia leyendo la señora, y otras cosas que deben ser como los parapetos de hoy. Pero lo curioso es, que ese señor iba á partir para una tierra, á quien llamaban Santa á cada rato, sin duda porque allí no se cometen pecados mortales.

—Pero, Genaro, fijate que estoy muy deseosa de saber esa historia y tú no me la cuentas nunca.

—Ah! bueno: no la incomodo? niña Dolores

—Absolutamente, Genaro: sigúe no mas.

—Si tendria asuntos el tal caballero: figúrese, que hablaban de las armas de la familia, que yo no sé lo que es, pero se me figura que ha de representar eso, como una marca con garabatos, de esas que usan los estancieros, ó como esas figuras, corazones, mujeres y calaveras que se pitán los marineros en el brazo y en el pecho con tinta azul.

—Nunca te he visto tan conversador, Genaro, dijo Dolores riéndose.

—Es que Vd. no sabe, niña, que yo tengo siempre en el corazon tantas cosas cariñosas, que lo aturden y ahora mas que don Cárlos ha vuelto á la vida y que sé que Vd. va á tener alegrías.

—¿Por qué me dices eso, Genaro? preguntó Dolores con amargura.

—Porque ha de saber Vd. que ese caballero tenia atravesada en el pecho una ala de cuervo y rojo cendal, segun leian esa noche, que eran los colores de la dama de sus pensamientos y que despues, sin saber yo cómo, resultó ser su novia, que tenia la cabellera de ébano lustrado, espléndida como la suya, niña Dolores.

—¿Y qué aconteció despues?

—El se fué á despedir para irse á Tierra Santa, porque en ese tiempo se usaban esas cortesias . . . no como ahora, que se van sin decir nada y se enojan á veces sin razon y no piensan que sombras de luto y que lágrimas quedan solitarias, segun le decia la vieja á don Cárlos en unos consejos que le dió.

—Hubieron consejos tambien, Genaro, esa noche?

—Si, niña . . . y qué consejos . . . pero espérese un momento. . . porque el caballero aquel parece que no volvia y corrieron voces, que habia muerto allá lejos, á estar á lo que le dijo

á la niña un payador rubio en unas décimas, que tenían furor de batallas, que parecia el muchacho como si las estuviera peleando... Y ella á entristecerse y á caminar largas horas pensativa, mientras el invierno venia con sus ventarrones y la montaña á desnudarse de sus pastos y la escarcha helada á bajarse desde arriba, disparando los pájaros y volando lejos las golondrinas, que cruzan como flechas y todo el campo á quedarse como muerto en la fria dormidera y los árboles sin hojas con las ramas duras y puntiagudas como chuzas é inmóviles como los esqueletos .. por lo que pienso que el invierno de entonces era mas ó menos parecido al nuestro....

—¿Y despues qué sucedió? preguntaba Dolores, temblando de emocion.

—Sucedió.. espérese un poquito... déjeme recordar... El caballero volvió á su castillo, cubierto de nieve, pero por el camino ya le habian dicho unos hombres que la niña Isabel habia muerto.

—Habia muerto, gritó Dolores sin poderse contener. Y era cierto eso Genaro?

—Déjeme que le cuente no se aflija tanto. El se metió en la sala y sacó la espada para matarse; pero entonces hubo un acontecimiento, que yo no entendí muy bien... por

que los abuelos lo retaron, y como era muchos me hago cargo que podian vivir en ese tiempo los años de Matusalen, que segun decia mi padre, es el hombre mas viejo que se ha conocido. Lo cierto del caso es, que el caballero entró otra vez en la casa de la niña Isabel, que estaba moribunda, y desde entonces empezó á mejorarse y le vino como de perilla una primavera, que segun el cuento, hizo saltar la yerba y las flores de entre las piedras y cubrió de alondras bulliciosas¿Quiere Vd. hacerme el servicio, niña Dolores, de decirme qué bichos son esas alondras?

—Son unos pájaros muy hermosos, que se ciernen cantando en las alturas.

—Eso mismo leyó la señora y habló de un mundo de soles espléndidos y de estrellas á montones, que iluminaban las noches silenciosas de la montaña. Y despues se casaron y tuvieron chicos muy gritones en las cortes del castillo, como dice el cuento que ya se acabó. . . .

—Pero faltan los consejos, Genaro, dijo Dolores.

—Ah, bueno, niña. . . . porque don Cárlos se quedó muy pensativo y se pusieron á conversar. Ella le decia, que es necesario tener familia, porque sino anda uno en el mundo, como

decimos en nuestros refranes de pobres, como pan que no se vende, sin tener quien le haga la comida y le tienda la cama y sin que haya quien lo acompañe á rezar las oraciones y se vive así tiritando de frio en los cuartos oscuros, abandonados y solitarios. Despues él le contó otro cuento al oído, pero parece que la señora no le dió la razon y yo me acordé mucho de Vd. sobre todo cuando ella le decía: «no va á ser la tuya historia de amor como la de D. Pedro, porque así se llamaba aquel caballero, sino leyenda de orgullo de esas que maltratan la nativa generosidad de tu espíritu»: palabras que no entendí, pero que deben haber sido muy fuertes, porque D. Cárlos se quedó como en la misa y como con nubes de tristeza en cara....

—Todo eso será muy bueno, Genaro, replicó la niña, pero yo no veo hasta ahora las alegrías que me prometiste.

—Si me permite, niña Dolores, me voy á sentar un rato en el cordon de la vereda, porque no me siento bien.

—No, Genaro, aquí en el banco del jardin, porque se está reuniendo mucha gente.

—Muchas gracias: que buena es usted, contestó Genaro, y atando al poste con la mano

derecha á duras penas al doradillo, fué con la cabeza descubierta á sentarse. . .

Pues, como le venía diciendo, prosiguió el jóven, despues de eso la señora se fué á dormir con ese su pelo blanco, lleno de reflejos de luz, como esas nubes, que van como volando, hinchadas de escarcha, delante del cielo y con ese modo de caminar, que parece una gran santa tranquila y divina. D. Cárlos, entonces, se sentó en la cama y me llamó. Y vea usted, niña Dolores, hace tiempo que tengo deseos de contarle esto y yo pasaba á menudo por aquí y la miraba con esas intenciones del alma y con alegría en los ojos. . . . porque Santa, mi hermana, me habia dicho, que Vd. tenia en el corazon, como el luto de las ánimas esas, que vagan en los cementerios de noche y cantan las canciones de la pena dolorosa y llaman á las personas queridas, que no van á visitarlas. Pero yo tenia vergüenza y no me animaba y al rato ya me daba un gran sentimiento de no haberlo hecho; hasta que una noche, yo pasé cantando, una de esas noches llenas de las aro-mas de las quintas y claras como la luz de la plata Vd. estaba en el jardin con su abuelito.

—Es cierto, Genaro, tú cantabas no sé qué cosas tristes, con tu voz dulce y purísima.

—Y le aseguro, niña Dolores, que en los temblores de mi garganta me pegaba sacudones el corazon, porque no puedo ver sufrir injustamente y mas vale que Dios le parta á uno de una vez el alma de una puñalada, si no se ha de vengar.

—Pero esas melodias tuyas, Genaro, eran muy melancólicas, yo lo recuerdo muy bien.

—Qué esperanzas! niña Dolores, cómo se conoce que la música fué cayendo sobre su corazon, que está de luto. Eran las alegrías de todas las cosas, que yo hacia cantar en la guitarra y yo veia, como de dia, los mistos saltar contentos de rama en rama y besarse las torcazas en los caminos, donde, segun dicen, hablan de los amores que no acaban sinó con la muerte y se me aparecian muchachos, remontando barriletes derechos y fijos, de cola larga, con gritos y algarazas de mandinga y la veia á mi madre y á Santa en el cielo mecidas por las alegrías de los ángeles.... Entonces yo le queria decir con esos cantos, que alguna vez se acaban tambien las penas sobre la tierra.

—Qué bueno eres Genaro.

Y D. Cárlos tambien, niña Dolores, y para seguirle el cuento, me llamó y me dijo: alcanza Genaro esas cosas, que estan en el cajon de

la cómoda, y yo le traje el atadito aquel que Vd. me dió, se acuerda? El sacó el relicario y lo abrió, mirando las flores secas con los ojos atentos, mientras la luz hacia saltar chispas del brillante de la tapa y tomó el collar de perlas y lo extendió sobre sus rodillas. Yo me habia sentado en el vestíbulo y estaba en la oscuridad, mirando todo aquello y lo vi temblar con un ramo de violetas secas en la mano y acostarse y quedar dormido con todo eso cerca de sus lábios como si lo hubiera estado besando. Un rato despues, la llama de la vela dió dos ó tres saltos rápidos, iluminando su cara pálida y tranquila y se hundió al fin en el tubo de bronce del candelero y se hizo todo alrededor una cosa de tinieblas....



IX

ENRIQUE VALVERDE

Las gentes de los alrededores se habían ido aglomerando poco á poco, extraviadas en los comentarios de aquel extraño acontecimiento y formaban grupos, de donde salían diálogos animados y llenos del gracejo nativo de nuestros hombres del pueblo. No se atrevían á arrimarse á la verja por la reverencia, que les inspiraba el rostro augusto de Dolores del Rio y la miraban de lejos, muchos de ellos sacándose el sombrero con alegría.... Narraban la cosa, atribuyendo á milagro los unos y á pericia los otros, aquel hecho heroico y contemplaban sobrecojidos la bizarra figura de Genaro, que tenía en ese momento el dulce premio de aquel diálogo afectuoso con la celestial criatura, que le escuchaba como arrobada y estática, la cabeza inclinada hácia el pobre cochero y ellos estaban acostumbrados á respetarlo por su fama de temerario y

por las hazañas terribles, que se contaban por allí en los fogones de los ranchos. Llegó también don Manuel de Paloche, ginete en un rocicante tordillo blanco, con pestañas y ojos lagañosos de albino y traía en un pañuelo las yerbas, con las cuales preparaba sus pócimas y hacía sus prodigios de alquimista y acercándose á Genaro, que ya salía con un brazo caído y pálido el semblante, ofreció hacerle no sé que emplasto que en un santiamen lo pondría como nuevo. Genaro le dió las gracias y don Manuel se perdió entre los corrillos y se oía su voz pregonar las mágicas virtudes y deslumbradores efectos de sus métodos de curacion y en su razon despeñada por aquella locura, siguió bullendo un gran rato el estri-billo de sus seis horas de estudio y los libros de medicina y el elogio de sus panáceas.

Los grupos se fueron dispersando poco á poco á sus quehaceres cada uno y saludaban á Santa, que llegó toda acongojada á estrechar al cochero entre sus brazos. Este caminaba á paso lento, al lado de la hermana, riente y dichosa, en los quince años de sus ojos azules, crujiendo el vestido de percal planchado, mientras el doradillo, traído de la rienda por sus amigos, arrastraba pesadamente el coche desvencijado, y Genaro miraba con cariño angus-

tioso la hermosa efigie de Santa y tenia como celos de aquellas reverencias! ... Cuántas veces las espléndidas orquideas, que se guardan en el invernáculo tibio y profundo de nuestras almas, allí donde tiene su nido de religiones el honor del hogar paterno, cuántas veces doblan marchitas las hojas y las flores delicadas y juveniles, abrasadas en los rayos del sol, que filtran á través de su techo de vidrio ... Así Genaro tuvo temblores de los músculos de la frente y sus ojos brotaron siniestra luminaria pavorosa, como la llama atornasolada de los ojos felinos en la oscuridad, al ver que Enrique Valverde habia acudido detrás de Santa y se acercaba á ellos. Cancha cuando yo paso, D. Enrique, pensaba el alma atormentada de Genaro, y, sobre todo, acuérdesese lo que yo le digo en este momento: conmigo y con los míos.... pocas polkas. .. é involuntariamente echó mano á la cintura y descubrió el mango de un puñal de níquel bruñido, del cual estallaban chispas. Enrique siguió su camino sin inmutarse, pero dejó por allí el calor de sus ojos de sátiro.

* * *

Este Enrique Valverde cruza de cuando en cuando las páginas del libro, como tañido de

nota siniestra, á semejanza de esos toques lentos de campanas, que se oyen á veces á la tarde y van señalando como con piedra miliaria, los últimos minutos de los moribundos y entran ondulando á las casas donde la gente sencilla reza la oracion de la agonia. Es la mala pasion, la zona de fuego, que suscita en su camino chisporroteo de relámpagos, esos que preparan allá abajo, en el horizonte las grandes y tormentosas catástrofes de la naturaleza, ángel del mal, que va diseminando en su camino los gérmenes de muerte. Murió en sus manos el honor de Paloche y el idilio de amor de Dolores del Rio tuvo en sus vínculos fracturas, siquiera sean momentáneas, y el corazon de Genaro entró por él en las lóbregas oscuridades del rencor y de las venganzas. Signió el fascineroso elegante hácia la casa de don Manuel de Paloche, moviéndose con los contoneos de un sátiro y despedian sus ojos lubricidades calientes, mientras cantaban en su inteligencia las frases de la ironia amarga. Sin haber vivido casi, era á los treinta años un escéptico deshonesto y las mujeres se sentian mal al lado de él y tenian terrores y desvanecimientos secretos, cuando las miraba. Nunca encontró en su inteligencia nada, que fuera virtud. Veia á los hombres trabajar, su-

frir y morirse y las mujeres atareadas cuidar con lágrimas los hijos y decía: todo lo arreglan estos para vivir en paz: uno trabaja y el otro paga; no tienen ni siquiera el valor de los brutos, que se exponen á ser apaleados ó heridos, si cojen por ahí un poco de carne ó pasto ... Me quieren hacer creer que á través de los tributos que pagan á sus instintos, está el alma cumpliendo su mision sobre la tierra, cuando yo sé que el hombre trabaja para tener con que satisfacer sus sensualidades y la madre vela para que el hijo no muera, no por sus gracias encantadoras, ni por necesidades de cariño, sino porque no tiene ganas de sufrir, y esas muertes producen mas dolor que si le amputaran á uno una pierna sin cloroformo. Yo se que á la noche le dan aquí y allá, meciéndolos en las cunas, pero no creo que hagan eso para que los hijos descansen... Mentira... están fastidiadas de los gritos desazonados de los chicos y quieren descansar ellas y tirarse á la cama largo á largo... No creo en necedades ideales... ni en ángeles de cabello de oro, ni en fantasmas celestes, que pueblen sus viviendas, ni en ensueños melancólicamente imaginativos, porque yo veo palpitar y arder la carne detrás de toda esa estéril metafísica y sigo mi ca-

mino. Hay que verlas en sus cuartos iluminados, resplandecientes los espejos, echar sus trajes sobre el sofá, como la hetaira griega el peplo desabrochaba de arriba abajo, para arrojarlo al pié de la tribuna de los jueces. Miran la blanca piel de mórbidas y alabastriñas ondulaciones y levantan alto los pechos de mármol y tiemblan sobrecojidas, mirando á la puerta, si se producen ruidos en las casas, como si alguien llegara á sorprenderlas en sus desmayos Entran á la cama á pasitos cortos y en las sombras y en el sueño de la noche cruzan los perfumes del ámbar y las visiones afrodisiacas de los paraísos orientales. Este era Enrique Valverde, médico, á pesar de no haber estudiado nunca, de estatura mediana, flaco y pálido de cara, gran bigote negro y patilla recortada en punta.



Llegó Valverde al estudio de Paloche, á esa pieza cuadrada, que recibia luz de dos ventanas, que daban á la calle, por donde entraba en ese momento el sol moribundo, dibujando en el piso alfombrado la imájen oscura de la reja. Allí habia matraces y alambiques y tubos de ensayo y grandes bolsas de yerbas en

revuelta confusion frascos dispuestos en hileras, llenos de líquidos negruzcos. En la pared se veía una copia del cuadro de Rembrandt, la lección de anatomía y rojas caras de cera con músculos, nervios y arterias al descubierto y dos esqueletos frente á frente. . . . Estaban allí estupefactos—blanca la desnudez del hueso—con sus cráneos redondos en la muda seriedad de la órbita enorme y oscura, bipartida la nariz en sus huecos sucios, horrible la mueca de las arcadas dentarias de brillante marfil, rechinando todavía el caquimno lúgubre de la muerte. . . . y el tubo de las vértebras encorvadas del cuello, erizadas de puntas y las curvas ríjidas de las costillas con sus grandes intersticios, por donde pasaban en ese momento, jugando los esplendores del sol, inmóvil y arrojada adelante la base del torax, que hacía pensar en los tiempos, en que el ritmo de la respiración y el sincronismo de los latidos sacudían en sus células las tormentas de la vida. Mas abajo el vacío del vientre y la cuenca de la pelvis amplia y la línea de los huesos largos, parados sobre el pié deformado y ennegrecido en sus ligamentos resecos y las dos manos descarnadas con rijideces de tentáculo, pendientes y abiertas adelante, como implorando, por misericordia la paz eterna,

allá en el descanso oscuro del cementerio, donde comieron sus carnes los gusanos, que van y vienen, suben y bajan, ondulan y serpean, temblando, entrando, saliendo, húmedos, escurridizos, colmenas de la muerte que tienen color de nácar y palpitan apuradas hacia las regiones tenebrosas del no ser.....



Cómo se están ahora quietas estas dos, pensaba Valverde...yo las he conocido en vida. Eran lindas pecadoras, que juzgaron necia la miseria helada é insomne del conventillo y salieron del brazo á la calle, caminadoras de las veredas oscuras, chistando de acera á acera. Mejor para ellas; se envolvieron en la seda trasparente de la noche orgiaca y entregaron la vida á la copa del vino, que tiene el color del sol, crepitante de espumas y que concluye siempre en la bacanal sombría y funeraria...Cuanto antes! Mejor eso, que ver á cada paso la desventura y dorsos encorvados como animales en el trabajo rudo y ser mujeres de borrachos, que tienen la mirada lóbrega y baba en los labios azulados y les flajelan las mejillas al lado de las cunas, donde están con los ojos abiertos los hijos infelices...antes que

ser madre de criminales, que nacen malditos, y viven desde niños entre las congojas del hambre y la lonja del látigo silbando sobre sus cabezas, repelidos á puntapiés de las moradas ricas, donde se acercan á veces á pedir luz y calor y cariños y aliento para continuar la salvaje odisea... para no bajar nunca la dignidad y la frente, sirviendo señoras que tienen las frias crueldades y las exasperaciones inmotivadas de la histeria, perras sarnosas de las cocinas y de los patios, tratadas como heraldos siniestros de todos los desastres y arrojadas á dormir en las covachas del fondo... Ser madre así, con toda la infinita y lacrimosa ternura, para ver á los hijos mas tarde tambalearse de vereda á vereda escarnecidos por la befa de la multitud cobarde ó extender la mano ladrona y desazonada y marchar hácia los techos bajos de los presidios con las ropas salpicadas de sangre.....

Mejor es entrar, como ustedes en las regiones frias de la muerte prematura y cambiar la morbidez opulenta de las carnes pecadoras por las líneas del esqueleto ríjido... A esta Luisa, que está aquí á mi derecha, la he visto muchas veces arrebatarse hombres con el esplendor de sus grandes ojos oscuros y la otra,

con el contoneo del cuerpo flacucho y alto, prometer deleites inconfesables...hasta que una noche de invierno, de esas que tienen la serena y helada inmovilidad, salian del brazo con las carcajadas juveniles de jolgorio....Tosieron las dos y despues con breve intervalo, sintieron en la boca un líquido **saladó** y caliente y llegando al farol de la esquina escúpiéron sangre en el pañuelo de seda blanco y se miraron con la palidez del terror y á su casa volvieron en silencio y mas sangre y tos áspera y raspante de esa, que lastima las entrañas y poco á poco el abandono y el frio de las estepas inhospitalarias en sus cuartos y la tez lívida en las demacraciones sombrías. Yo las he visto despues en la sala del hospital, cerca las dos, tener las alegres alucinaciones de la tísis y conversar de esperanzas y´dejar caer al rato la cabeza muerta sobre las almohadas y mirarse, así todavía, como se miran ahora, con los párpados abiertos y las pupilas empañadas é inmóviles... ..



Muchas razones habia, para que D. Manuel de Paloche tuviera con Enrique disgustos acres y esas repetidas visitas lo molestaban so-

bremanera. El habia sorprendido algunas cosas, que le tenian irritado; y asi que cuando, al entrar con Clarisa á su casa, lo vió sentado en el estudio, no pudo disimular su impaciencia

—Buenas tardes, dijo secamente. ¿Que hace Vd. por aquí, doctor?

—Ya lo ve, D. Manuel.

—Hacia dos dias que teníamos el gusto de no verlo.

—Gusto que se prolongará, señor Paloche, porque pienso hacer un largo viaje.

Clarisa se estremeció....

—Segun parece, doctor, á Vd. no le agrada su profesion, dijo Paloche, que se alegraba de la noticia y dispuesto ya á ser menos violento.

—Ni me agrada ni creo en ella, contestó Enrique recio y frio.

—Le habrá dado á Vd. muchos malos ratos.

—Bah! la observacion me ha enseñado á no tener sensaciones intelectuales.

—¿Ni entusiasmos por la mision sublime del médico? interrumpió Paloche.

—¿Mision sublime? ¡Qué disparate! Cómo se conoce, que Vd. vive siempre en sus megalomanias. La medicina es una religion,

que no tiene apóstoles y un culto sin sacerdotes.

—Cómo así? dijo Paloche poniéndose serio....

—A no ser que Vd. crea tales á los mercaderes del templo y congeture, que son martirio las apostasias ridículas de los que huyen los furores del contagio, como turba de conejos, asaltada por una jauria de perros.

—¿Y los que quedan? ¿Y lo que arrostran la epidemia y rinden la vida noble y generosa?

—¡Oh diablos! replicó en seguida Valverde; esos han tenido la desgracia de no huir á tiempo...á estar á lo que se dice de ellos, en los conciliábulos, donde se dilanían las mejores reputaciones y se enlodan los caracteres mas caballerescos cuando no agregan, que esos pseudo-heroismos son hijos de la vanidad de renombre.

—¡Que infamia! exclamó don Manuel, que empezaba á cansarse de tanta blasfemia y no podia tolerar que se mancharan así sus ídolos. ¡Qué infamia! es necesario, señor, pensar entonces, que aún entre las personas ilustradas hay mucha maldad....

—Sin duda, porque nacen malos y agigantan con el saber y la elocuencia la perversa pasion. Y se complacen en la mentira vulgar, llenando

de muertos y de domicilios falsos las listas de enfermos, que ostentan á cada rato y llamados á consulta, dejan caer el veneno de la desconfianza en el seno de la familia atribulada y algunos son capaces de meterse en las casas á hurtadillas, á concluir la obra de la difamacion maligna.

—Sabe Vd., señor, le dijo Paloche, irritado, que no estaria Vd. mal en el capítulo de los perversos?

—No niego, contestó friamente Enrique. Porque al fin, en vez de ser los enfermos pobres desventurados, como suele Vd. decir, son cosas, señor Paloche y cuando mucho problemas, que sirven para establecer la superioridad de un médico sobre otro. . .Allí están los grandes salones de los hospitales, donde se pierde el apellido y donde se sienten todas las mudas desesperaciones del dolor, que no encuentra cariños. Allí tiritan en invierno casi sin cobijas los miembros desfallecidos y enfermos, temblando en los escalofrios húmedos. . . .En la noche yerta imploran á veces la misericordia de un vaso de agua, tímidos y delirantes de fiebre, mientras pasa soñoliento y rezongon el sirviente y se acerca la hermana pálida y diáfana la cara del reflejo de la toca rígida y blanquísima, para hablarles

con el crucifijo de bronce ennegrecido de las glorias de la vida eterna.... á ellos, que anhelan el sol y la sangre roja, que les caliente las entrañas y desean los besos y el amor de los hijos y piensan en la vieja madre que morirá en el sucucho del conventillo de dolor y de miseria....y siguen siendo problemas y sobre sus rostros mismos, se agitan las discusiones de los médicos y se irrita el amor propio de cada uno.

—¡Calumnias! señor, gritó Paloche pálido de terror....

Hasta que una mañana, siguió Valverde con su tono glacial, amanecen estirados sobre la mesa de mármol del anfiteatro en la ríjida tension del cadáver con los párpados entrea-biertos y el ojo opaco y frío, mientras la gruesa tijera de diseccion les divide las costillas, que crujen y el cuchillo corta el abdomen inmundo y la sierra raspa, roe y raja la calavera, que se mueve de aquí para allá con impotentes y horrendos vaivenes, mientras pueblan el ambiente las risotadas juveniles que tienen la saña del sarcasmo y la voluptuosidad brutal de la carnicería....

Paloche seguía retrocediendo, mientras temblaban los claroscuros de los rincones al centro y se esfumaban los contornos de los objetos y la tiniebla invadía el ambiente, con fantasmas sordos y terribles vagando y envolviendo todo en crespones impenetrables y se destacaba con siniestra y vaporosa transfiguración el rostro de Enrique. Poco á poco sus labios se habían puesto gruesos y negros en la contracción agria de la befa y las mejillas abotagadas y violáceas y el cráneo tomaban dimensiones monstruosas, chato sobre el cuello infiltrado y reventaban por todas partes los montones pálidos de gusanos en rapidísimas espirales corriendo y con llamaradas de fuego exhalaba su boca el calor de la osamenta en el hervidero de la putrefacción de sus carnes. Paloche corría perseguido por aquella horrible alucinación, que caminaba á saltos por la atmósfera y lo alcanzaba en los rincones y se deslizaba con él por las paredes negras y lo circuía implacable en su zona mefítica. Clarisa acongojada, le seguía de cerca, asegurándole que ya no había nadie en el cuarto, pero este caminaba acurrucado y dando tendidas violentas, se asomaba por encima del hombro de la hija, las pupilas revueltas y extraviadas y bajaba otra vez la cabeza entre los ester-

tores del terror helado, siguiendo la lúgubre carrera. Apareció al fin una luz en el fondo de la casa que avanzaba lentamente con el sigilo esquivo de las apariciones y empezó á iluminarse una figura de luto altísima con las mejillas escavadas y llenas de sombras, los ojos fijos de vidrio y la espalda cubierta de la toca gris de la enmarañada cabellera y seguia dibujándose cada vez mas cerca, hasta que resplandeció en la tiniebla del cuarto, con todas las afonias del dolor imbecil la efigie macilenta y muda de la madre. Clarisa la abrazó temblando, la arrastró cerca del padre, que estaba todavia en cuclillas en un rincon y se vió entonces serenarse á D. Manuel de Paloche y á las arrugas del terror, sucederle en la cara las amargas tonalidades del desprecio. Besó á la melancólica y desventurada sonámbula, peregrina de la noche inconsciente del espíritu y léjos puso la mano ámplia y rígida, que se acható sobre el pecho de la niña, que con la cabeza agachada empezó á caminar lentísima hácia su dormitorio . . .



Algunos dias despues de este suceso, una noche fria de esas, que á fin de otoño, ya tienen

todas las ásperas crudezas del invierno encogido y tiritante, en el silencio de aquel barrio solitario, iluminado apenas por la difusa claridad mortecina de los faroles de las bocacalles, una de esas noches, que se sueñan, para los comedores virtuosos, en que el caño de la estufa resopla apurado y sacudido por la llamada, que se levanta de la hoguera, se sintieron sonar en el estudio de Paloche los chasquidos de la bofetada seca y se oían rumores de pasos precipitados, que se arrastraban con violencia sobre la alfombra. De los postigos entreabiertos, saltaba á la calle un chorro de luz y en ese resplandor, se dibujaban á cada rato dos sombras con encogimientos y saltos de tigres y se veía la zona larga de los brazos estenderse y contraerse con rumores de golpes de mazas y pasar enredados los bultos en un remolino vertiginoso y se sentía afuera el tan, tan, tan de los cuerpos retrocediendo léjos en las embestidas feroces.....Derepente, en la luz oblicua, se vió dibujarse en el suelo los contornos lóbregos de un cráneo altísimo y los arcos de las costillas, con sus curvas oscuras inclinadas adelante en rápida y temblorosa carrera, mientras saltaban por la otra ventana las manchas tenebrosas de las órbitas funerarias del otro cráneo, que

se movía sobre la línea de las vértebras como un péndulo enloquecido y maldito. Desaparecieron en seguida y mientras la luz volvía á estenderse tranquila y á iluminar el colchón de polvo de la calle, sintióse un crujido, como de fracturas de huesos largos, que se hubieran hecho añicos con horrísono y prolongado castañeteo y el rumor de mil pedazos azotándose en el ambiente en todas direcciones, quebrados y pulverulentos los reboques y retumbando las figuras de cera desvencijadas en el piso y entre la polvareda de las viejas alfombras sacudidas, el ruido de los dos cráneos fofos rodando y sonando lúgubres por el pavimento. Hubo entonces un grito como un largo lamento de dolor. Parecía en el silencio tenebroso de la calle, como la protesta contra aquella lucha sacrílega, cómo si hubieran derramado lágrimas las órbitas de aquellos dos espectros mudos y los pulmones se hubieran despedazado en el supremo sollozo de la muerte y anduvieran pupilas por allí apagadas y frías, mirando la escena macabra y de los cráneos doloridos en los choques sucesivos, vibraran satánicas sinfonías. Eran como estampidos de inteligencias, que estallaran en aquel salvaje y último martirio y brincos de corazones petrificados por el granito, que

las congojas fijan en sus fibras cada minuto, mientras llegan todavía los ecos desfallecientes y moribundos de las algazaras hilarantes de la orgia bulliciosa, frenética de danzas y besos.... Dulces criaturas, amables pecadoras de la noche, flores de luto de los ciénagos oscuros! acaso los átomos de vuestro cuerpo hayan volado á dar vida á los pétalos de las rosas de Mayo en las primaveras de otros continentes y las camelias, que adornen el traje blanco de alguna nóvia, le cuenten al oído la balada sombría de vuestra vida.... mientras los cráneos con su mueca inmóvil, miran á un lado y otro el rostro herido de D. Manuel de Paloche y el fascineroso Valverde cruza la luz oblícua, que sale de las ventanas arrastrando de la cintura á Clarisa y la madre acurrucada en un rincón, solloza la desventura del hogar deshonorado y se oye lejos, lejos el ruido del carro de basura, que va llegando despacio á recoger en la madrugada las astillas del esqueleto blanco, para que tengan en el osario el descanso eterno y la paz infinita de las cosas muertas....



X

GENARO ENFERMO

Esa tarde fría de Junio, llegó al conventillo Genaro, acompañado de Santa y mientras le conversaba con dulces palabras, como siempre, entró la madre acongojada. Lo abrazó, retrocediendo en seguida, porque el joven sintió un crac doloroso, como si se le hubiera roto un hueso.

Qué hay? hijo mio, preguntó Teresa.

Nada, mama, aquí en el hombro....me parece que la eslilla no anda bien....

Llamaremos un médico?

Bueno ...ya veo, contestó Genaro, que esto es algo mas de lo que yo creia....

Santa, corre pronto y trae el primero que encuentres.

No, mama...mejor es que vayas vos.. dejála á Santa aquí, dijo Genaro, como si tu-

viese miedo de pensar, que la hermana iba á salir sola y podia sorprenderla la noche.



Estuvieron un gran rato solos. Genaro la miraba contento y le conversaba todos los episodios que habian sucedido en ese tiempo de la enfermedad de Mendez.

Casi estaba alegre de aquello, porque le permitiria estarse unos dias con su familia, así hablando y jugando con la hermana y acordándose de cuando eran mas chicos y el padre los llevaba á pasear por la ciudad cerca del rio.

Te acuerdas Santa, cuando yo bajaba á las toscas, decia Genaro y me arremangaba los pantalones hasta la rodilla y entraba al agua, lejos, lejos como si quisiera alcanzar los botes y tu entónces me llamabas y te ponias á llorar?

Mama siempre dice, que tu eras muy travieso, Genaro, y que ahora ya no sos como antes.

Es cierto: á veces me miro en la cabeza tantas cicatrices, que me quedan de las peleas con los muchachos. Oh! qué vida aquella, Santa, que parece que á uno le andan hormigas

y corre y salta por la calle y mira á todas partes como si tuviera una tormenta adentro y se pelea y se ensangrenta la cara por cualquier soncera y se corre en pandillas, haciendo barullo y rompiendo á pedradas los faroles de las esquinas; pero despues que tata murió, ya tenia catorce años y me dijo que tu ibas á ser mi hija, me entró una cosa seria y me puse á trabajar con don Cárlos, que era tan bravo y áspero entónces. El tenia veinte y cuatro años y parecia un viejo de setenta.

Yo me acuerdo, Genaro, que me daba miedo andar con vos por la calle.

Entonces yo era muy ladino y me trezaba á cachetadas y á tajos con una cortapluma vieja, que parecia un serrucho con cualquier muchacho que te mirase fuerte—porque á veces son muy burlones y atrevidos y á las chicas no las dejan quietas.

Que susto tuvo mama, aquella vez que entraron los serenos á buscarte, añadió Santa.

Oh, ya me acuerdo, contestó Genaro, riéndose y se comprimió el hombro con una contraccion de dolor.

Los fragmentos de la clavícula habian crujido.

Me acuerdo, siguió Genaro al rato... Era porque el alcalde nos apaleaba á cada momen-

to, porque le matábamos los teros del patio y nosotros le teníamos rabia y cuando uno está así, mejor es vengarse de una vez.... Entonces habia unos hombres, que segun decian, eran enemigos del gobierno y nos dijeron que ningun Argentino debia dejarse pegar...y una noche de lluvia y barro, que Dios lo mandaba, caminaba el alcalde medio encojido, como si fuera á robar. Lo enlazamos y empezamos como veinte á cinchar y lo tiramos al charco de la calle y eran unos refregonos en la arrastrada aquella y unos aullidos, como cuando le sientan una pedrada en el lomo á un perro flaco.

Así llegabas tambien á casa á veces todo roto y sucio, dijo Santa.

Porque los muchachos andan á gusto entre los barriales y se ponen como locos y gritan de contento cuando están metidos en las lagunas hasta la cintura.

Te acuerdas del hijo de Rosa, la vecina, que se ahogó en uno de los charcos? dijo Santa, como con tristeza....

Porque así son, Santa ... Adonde hay peligro entran y son capaces de subirse á la puntita de un álamo á robar un nido por dos reales y cuando disparan hay que verlos.. cualquiera dice que es de miedo y no es así..

Corren por los callejones y les golpean la boca á carcajadas á los hombres y les arman una guerrilla del diablo á cascotazos.

Como me gusta conversar con vos, Genaro, interrumpió Santa, dándole un beso y mirándolo con admiracion, como si comprendiera que era su amparo...

Y á mí tambien...y estas cosas de los chicos me dan alegria...y despues á uno ya le parece imposible que haya sido de ese modo... porque donde hay un barullo, allí van todos corriendo y marchan con los músicos siempre adelante mirando con envidia los fusiles de los soldados y se juntan sin hablarse antes en que parte, como esos pájaros, que andan sueltos y de repente vuelan derecho, como si sintieran de lejos la griteria de la bandada. . . Pero mirá en algunas cosas, se parecen á los chacareros, que siembran la tierra...porque para cada mes, segun me cuenta el hijo de Paloche, hay sus semillas y ellos son así para sus juegos. Remontan barriletes todos á un tiempo y despues parece que se aburren y se cansan de lo mismo. Juegan al rescate y á la rayuela y despues viene la moda, como dicen ustedes del trompo y de otras diversiones y estan siempre como enojados pensando alguna diablura para pasar el dia....

Mientras nosotras, dijo Santa, nos estamos con la costura en la falda y hacemos andar la máquina el día entero.

Cuando son grandes, como vos, si, interrumpió Genaro... pero antes peinan y miran las muñecas rubias y les conversan muchas cosas y las ponen al sol, para que se calienten en invierno y las acuestan con ustedes, haciéndolas dormir con sus cantos. Te acuerdas, cuando yo me sentaba al lado tuyo y me obligabas á tocar la guitarra y cantar décimas para hacerlas dormir?

Tu tocas la guitarra siempre en lo de D. Carlos y nosotros te oímos desde aquí....

Eso no lo puedo dejar.... Todas las noches... y la he adornado con cintas azules y yo no sé si será una barbaridad, que voy á decir pero yo la quiero, como si fuera otra hermana, que yo tuviese y se todas las canciones del barrio y á veces me siento á tomar mate con los gauchos, bajo las carretas de noche al lado de la fogata y les aprendo todo lo que cantan.

Genaro se calló un rato mirándola. En seguida su abierto y simpático semblante se puso oscuro con una espresion de odio y de pena.

Quién te regaló ese moño de seda, que te has puesto en la cabeza?

Pero ya no te acuerdas, Genaro? Vos mismo, el día de mi santo.

Pero cómo no. Sí. Ya me acuerdo, contestó Genaro, serenándose. Y ese día le dimos á la bordona un gran rato.... y á ver .. A que no sabes el cuento, que acompañé cantando esa noche?

Ya lo creo que lo sé.

A ver, decilo

*
* *

Santa tenía doce años, los ojos azules, la tez y el perfil bellísimos, nítido y rosado el color. Se destacaba en el marco de su cabello oscuro el moño de seda,—delgada y alta, en su traje largo de percal.

Esperate, dijo Santa. Era una linda mujer que tenía la cara de seda y los ojos como el mar

Tú sabes, qué color tiene el mar? preguntó Genaro.

No sé. Nunca lo he visto.

Tata me lo ha dicho muchas veces.... el color del campo, cuando anochece y decía, que cuando está quieto, tiembla por arriba el agua como los pastos en el viento. Y después, que sigue Santa?

Tenía una casa muy grande de piedra, alumbrada por farolitos de papel.

Bueno. Y qué más?

Y habia un mago con una capa de terciopelo negro con estrellas y un par de alas grandes de murciélago. La niña tuvo miedo y le pidió, que al cielo con Dios se la llevara y despues ya no me acuerdo.

El mago la alzó sobre las alas, siguió Genaro y llegaron de noche.

Sí, interrumpió Santa. Ahora si sé. Pero las estrellas los miraban y no los dejaban pasar. Si me dejas ir hasta el cielo, yo te doy mi vida, estrellita, le dijo la mujer llorando.

No, porque vienes con el hombre malo. Per-sinate, contestaron....

La niña se hizo el nombre del Padre y el mago se deshizo en la oscuridad y ella se cayó rodando, pero las estrellas á millones, alumbraron sus largos vestidos de tules y la acostaron atravesada en el cielo estirada y salpicada de brillantes, donde duerme siempre en el silencio de la noche....



Teresa entraba el concluirse el cuento, seguida del Dr. Valverde, que estuvo un rato, mirando á Santa. La cara de Genaro tembló y cuando el médico se acercó á preguntarle qué tenia, contestó recio y violento:

Nada, señor....

Cómo nada? me han dicho que te has roto la clavícula.

No es cierto.

Tu madre lo ha dicho.....

No es cierto, le repito.

De manera que no tengo nada que hacer aquí.

Nada.

Pues se necesita audacia, para incomodarlo á uno de esta manera.

Yo no lo he mandado buscar á Vd.

Pero es tu madre.....

Bueno: últimamente, saltó Genaro levantándose con ímpetu ... cuánto se le debe?

Valverde se mordió los lábios y contrajo todos los músculos de su fria cara y se retiró envolviendo á Santa en una mirada procaz y cínica. La niña tembló ...

*
* *

Por qué eres así con el doctor? preguntó la madre.

Por qué? No quiero deberle nada á ese hombre.... entiendes? rujió Genaro, porque lo odio. Mañana vas á pagarle la visita, entiendes?

Y qué hacemos ahora Genaro?

Dile á D. Manuel de Paloche que venga.

La madre salió, volviendo al rato con el curandero y especialista en fracturas cuya voz venia oyéndose desde lejos.

A ver, Genaro, dijo D. Manuel.

Aquí está ... este hueso señor Paloche.

D. Manuel cortó la manga de la camisa y tanteó con su mano derecha la clavícula. Hizo una mueca...

Hum! dijo, fractura... masaje suave, emplasto y vendas.

Y procedió. El pobre Genaro sudaba debajo de la mano del curandero que iba y venia lentamente sobre los fragmentos.

Aguántate, Genaro, estoy haciendo la coaptacion, murmuró Paloche...

Pero al rato se detuvo, porque lo vió palidecer de dolor, mientras con voz irritada le decia el jóven que cesara.

No me extraña, exclamó Paloche.... Siempre hay incrédulos, para estas maravillosas invenciones.

En seguida hizo traer un brasero y en un gran cucharon puso pez y minio hasta que hirvió todo y sobre una badana cuadrada lo derramó, estendiéndolo con un cuchillo. Una vez enfriado el emplasto, lo colocó sobre el sitio de la fractura y puso el brazo de Genaro en

cabestrillo, sujetándolo al torax y al hombro con una larga venda . . .

Ya está, Genaro, treinta dias de inmovilidad.

Pero D. Manuel, contestó Genaro, me ha quedado mucho dolor en la rotura.

Oh eso no es nada. Son los efectos premonitorios del masaje, que exacerban las puntas del hueso y apresuran la cicatrizacion.

Si señor, contestó el jóven sin entender una palabra. Muchas gracias . . .

Y otra vez Genaro, es necesario tener mas fe en los hombres de ciencia. Siento, que el Dr. Mendez esté enfermo porque este seria caso de consulta, y dió vuelta D. Manuel tranquilo y satisfecho y Genaro oyó que le decia á la madre: posibles complicaciones . . . vértice del pulmon . . .

*
* *

Mendez, que supo lo sucedido con Paloche, llegó esa noche, apoyado en un baston, envuelta la cabeza en un pañuelo de seda y despues de haber arreglado aquel pobre brazo, le preguntó á Genaro cómo habíale sucedido eso.

Fué así, señor . . . que el doradillo se desbozó y se tiró derecho contra la niña Dolores.

Eh! Bárbaro! no puede ser. Qué estás diciendo, Genaro?

Lo que oye, D. Carlos... pero yo largué una rienda y con la otra en las dos manos, lo quebré en la boca y lo saqué léjos, muy léjos..

Y ella? preguntó con empeño el médico.

Nada, patron. un buen susto y me hizo sentar en el jardin y estuvo conversando un rato, tan buena ella, que parecia un ángel...Y ya me olvidé de todo, hasta que me enfrié y entonces me apercibí que no podia mover el brazo..Tambien yo creo que nadie que converse con ella se ha de ir sin quedar prendado!

Estuviste allí mucho? tiempo preguntó Mendez como distraido.

No se cuánto, patron—pero los minutos se fueron pronto, porque yo le estuve contando el cuento de la niña Isabel y D. Pedro.

Tu le has contado la leyenda?

La que, patron....Eso que la señora leyó una noche en su cuarto, fué lo que le dije, y habia de ver, cómo se ponía ella de todos colores y cómo sufría con las tristezas de la niña Isabel, hasta que vino lo de los muchachos, que gritaban en los patios del castillo y entonces fué un coloquio, D. Carlos, porque se le puso la cara serena y los ojos con luz de alegría y me repetía muy risueña y con-

tenta á cada rato que le dijese los consejos que le dió su mamá.

Y? contestó Mendez, vos le contaste eso? Porqué nó? y qué malos consejos le podia dar la señora, que habla siempre con palabras de Santa?

Supongo que allí se habrá concluido el diálogo, dijo el médico con inquietud.

Pero que, patron, si yo estaba como borracho del golpe y como con un deseo de hablar de todo y me fuí no mas en la conversacion mas lijero, que un reloj á quien se le rompe la cuerda y cuando le hablé de que Vd. me habia pedido el collar y el relicario....

Qué te dijo? interrumpió Mendez sin poderse contener.

No, no me dijo nada, D. Carlos; de juro que no podia hablar en ese momento— porque le temblaban los labios y el cuerpo y le blanquearon los ojos como si se fuera á desmayar.... Pero despues de su ditámen, me ofreció, que me quedase y que me iba á hacer curar y que se yo cuántas otras cosas lindas me dijo, que ya el servicio que yo le habia hecho, no valia dos reales.—Qué lástima, D. Cárlos, que yo no pueda tocar la guitarra.

No, Genaro, eso no debes ni intentarlo siquiera....contestó Mendez enternecido.

Porque le aseguro, patron, que esas bondades me hacen entrar en calor el corazon; y le habia de componer á la niña Dolores unas décimas, mas lindas que el cielo.

Gracias, Genaro.

*
* *

El habia dicho: gracias. Por que? Acaso las sombras que lo conducian esa noche á su casa, enflaquecido y débil, estaban llenas del viejo mundo de amor, que no habia muerto y aquel pobre muchacho habia penetrado en su espíritu con la ingénuu bondad y habia arrancado el crespon, con que él habia cubierto la memoria de Dolores del Rio? Ella caminaba con él con los grandes ojos iluminando el sendero, y sentia las hebras de su larga y negra cabellera rozarle el rostro—ella misma con su hermosa efigie de mármol..... Habia adquirido fuerzas. Se apoyaba en aquel brazo mórvido; y miraba su mano blanca estendida sobre el traje de seda oscura, embriagado y estático en aquella contemplacion.. Dos años habian pasado, desde la noche del baile, sin alegrías preparando en su vida solitaria en aquel abismo de la eterna cavilacion, la última hora irreparable....y ella habia perdonado,

porque le temblaban los labios y el corazón, cuando Genaro le conversó de aquellos recuerdos..... Hubieran sido preferibles todos los martirios, antes que aquella honda cosa vacía del tedio. Era mejor, aunque fuese de lejos conservarla consigo para lastimarla á cada rato y maldecirla....y despues él se miró en el espíritu y encontró que ella se habia ido para siempre, al rato, al día siguiente, porque esos ángeles frágiles y buenos tienen miedo de morir en las criptas oscuras del rencor y del odio y estienden las alas y vuelan lejos, besándonos la frente á pesar de todo. Si se fueran solas y nos dejaran siquiera el recuerdo de la luz de sus ojos y el timbre de la voz argentina ó algun fragmento del amable espíritu...para tener algo en que pensar...pero no....Se llevan todo y cuando estamos solos y agachamos la cabeza para escribir, no las encontramos ya, ni ruedan mas con la pluma como antes, entre los negros rasgos. Tal vez no son ellas, que se van. Es el orgullo, que pulveriza esos mundos diamantinos y las animadas estatuas, enamoradas de aquellos fulgores, para quedarse solo, sombrío y gigantesco, señor....Despues pasa el tiempo. La sangre cae como una gran ría mansa y se detiene sobre el arenal desierto y lo fecunda y las lá-

lágrimas de las madres son la fuente del rocío fresco; y crecen las yerbas y reaparecen cantando las angelicales criaturas. Como lo acompañaba Dolores esa noche, susurrando las dulces palabras del amor y de la esperanza, mientras él se acercaba á la mancha oscura de su casa de altos y veía de lejos brillar la luz en su dormitorio!

* * *

Cuando entró, estaba la vieja sentada á los piés de la cama, leyendo el libro con tapa de pergamino, corroído en sus bordes, lleno de viejos cuentos. . . . el volúmen de la leyenda.

Qué libro es? preguntó Cárlos.

Un libro que tiene cien años, contestó la madre, inútil por consiguiente. . . .

Bueno, viejita, dijo el médico dándole un beso. No vas á ser irónica esta noche. Escúchame, y se acercó al oído de ella y le dijo cosas, que la hicieron estremecer de alegría. . .

Iré sí, exclamó la madre, mañana si tú quieres, yo le pediré para tí su mano.

Una hora mas tarde, Catalina llegaba de su cuarto con una vela, hasta la cama del hijo, que dormía tranquilo. La luz iluminaba su

rostro y la blancura de su cabello y se estuvo un gran rato, con la cabeza inclinada mirándolo y poco á poco acercó sus labios y lo besó apenas en la frente, cubierta del negro pañuelo de seda.....



XI

CONFERENCIAS

Estaba el abuelo del Rio, sentado en el comedor, el viejo guerrero de ochenta años, que tenia en su corazon, como la síntesis de diez generaciones de nobleza. Hizo él tambien la Patria en las batallas ciclopeas, rojas las laderas de sangre, cuando la razon y el derecho humano dirimieron con la conquista el gran problema. Entró envuelto en su capa en la tiniebla de los cuartos esquivos y misteriosos de las conspiraciones, donde los écos del sentimiento comun se fundian en rojo crisol, transformados en propósitos heróicos y sombríos hasta la muerte. Fué agitador despues de las turbulentas asambleas populares, cuando en el vaiven formidable de las muchedumbres tumultuarias, estrepitaban las rabias libres y salvajes. Eran los años juveniles

aquellos, en que el ojo rie y se tiene la barba de seda y oro! Bajo la fria garua, en la inmortal mañana gris, amaneció la ciudad mas temprano y llegaron sus hijos en tropel á la gran plaza. Un murmullo de voces aquí y allá, un rumor largo y sordo, grupos y corros y confundirse de gente y correr agitado de un lado á otro y puños que se levantaban amenazadores y sigilosas y violentas disputas y de repente sonar de un costado gritos atronadores....

Y se oían la diatriba acre, el comentario sarcástico y las palabras burlonas y los epítetos feroces. Iban llegando nuevos grupos y arrojando á la hornaza el vigor de las palabras ardorosas y se veían como ondulaciones en la masa apiñada y ralea de repente y recomponerse en otra parte, no resistiendo á veces el nuevo empuje del gentío rebozante. Estallaban risotadas numerosas y diálogos rápidos y dicharachos plebeyos y mordaces, con silenciosos apretones de manos aquí y allá y palabras de esperanzas y de gloria. Había silencios repentinos y luego palmoteos y reboatos bramando de punta á punta, creciendo hasta el colosal rimbombo, que rodaba en vértigos con la turba heróica y arremolinada, mientras los oradores pululan en medio del tumulto y arrojan el

verbo apocalíptico del espíritu nuevo é irritan la pasion generosa.

Los gritos de godos, hijos de tal por cual, hendian el aire sibilando y mas lejos apóstrofes, que eran como alaridos de rencores seculares y fulminaciones de odios sobre la frente de todos los déspotas del mundo, manchados de sangre y de exterminio.

Eran réprobos y aglomeraciones de cosas nefandas y fragmentos del caos ignominioso y miserable, abominaciones incestuosas, que tronchan las alas fulgurantes de los pueblos en marcha hácia el ideal y menguados anacrónicos, que enlodan del honor humano la immaculada vestimenta, hasta que se hizo una barahunda, con resonancias prolongados de colmenas enfurecidas, mientras la gente sube y baja las escaleras del cabildo y es atropellada por la muchedumbre, circuida, interrogada, azotada de aquí para ella y se pedia á gritos la presencia de los tribunos, hasta que fueron libres.....



Asistió á las batallas gigantescas y la victoria bendijo á los soldados, que marchaban cumbres abajo, las filas brillantes, empinadas y

movedizas de las bayonetas de cuatro en cuatro. Escribió la Biblia despues en el Congreso de Tucuman, emanacion ese libro de todas las justicias, fragoroso raudal de la poesia de todos los derechos y mas glorias tola-
via y dilatadas sombras despues . . Los hermanos contra los hermanos, la lucha de años, bregando todos en las batallas de muerte, por encontrar la fórmula de la vida nacional perenne, porque el edificio de la libertad, se ha hecho con el fosfato de cal de los huesos y con los grumos de sangre, de la mitad de los pueblos, que se despedazan en sus voragines y la conquistan muriendo...

* * *

Todos sus hijos habian desaparecido, entenebrada la mente en las luchas civiles, y cuando él construyó su casa en el barrio de Almagro, que era un rincon solitario de aquella patria, que él habia cobijado con su cuerpo herido mas de una vez, solamente Dolores lo vinculaba á la tierra, de nivea tez de mármol y negra y abundosa cabellera de raso. Tenia la cabeza blanquísima y las canas finas y sedosas corrian echadas hácia atras, descubriendo la frente amplia, surcada de

arrugas transversales. Eran sus ojos negros, rasgados y chispeantes, á pesar del círculo ceniciento y opaco, que habia rodeado la cornea y el arco de la ceja izquierda grueso y abultado, sombreaba la órbita, bajando rapidísimo y levantándose cuando conversaba. La barba larga y rizada, y el bigote invadian la mejilla y los pómulos, á semejanza de hermosa cristalización, límpida y nítida y transluciente, que dejaba ver la línea recta de la nariz fina y levantada, esa barba que él solia acariciar, con la mano de piel escamosa, amarillenta y seca jaspeada de manchas pequeñas de cobre viejo. Era su cuerpo encorvado y alto y caminaba con un baston por la casa, que Dolores habia convertido en un nido tibio para abrigarlo.



La estufa del comedor estaba prendida en esa noche de invierno. El carbon enrojecido dejaba levantarse á millares lenguas ardientes y azuladas, que volaban rápidas, como á quererse escapar por el caño de zinc negro. Una nube de chispas estallaba dentro de la cuenca de hierro, castañeteando, mientras aparecian llamas mas largas y amarillentas, víboras

triangulares, que se erguían serpeando y lamien-
do un rato la circunferencia y se hundían en
brasa. Cada una de ellas murmuraban roncás
canciones, que sonaban dentro del caño, como
si evocaran viejos rezongos de algún conciiábulo
siniestro y doloroso. Al rato se estendi-
ó vivísima y quieta, sobre la reja de la estu-
fa, la lumbre escarlata y de cuando en cuando
aparecían hilos de fuego en el aire rápidos y
fugitivos, en medio del gran reflejo purpurino
y crujían chispas á veces, á semejanza de esos
tiros lejanos, que se sienten á largos trechos en
la noche, que sigue á los combates. Caliente
y cariñoso estaba el comedor, con su gran
quinqué de kerosene que pendía sobre la me-
sa, envueltas las barras de hierro, que lo sos-
tenían en tul transparente y azulado, que lo
circuía todo, difundiendo las medias tintas de
suavísima luz sobre la alfombra espesa, blanda
y señorial en su color hoja muerta. Ilumina-
ba el negro cristalero de jacarandá, elevado
como una gran torre de ancha base, con colum-
nas y espejo en el centro y elegantes y ar-
tísticos tallados de bajo relieves, á través de
cuyos vidrios aparecía la superficie iluminada
de los utensilios de plata. Los cortinajes, que
descendían desde lo alto de las puertas, que da-
ban al jardín, estaban recojidos en graciosa

curva á un lado y otro y dejaban ver los vidrios opacos de humedad, á traves de los cuales se discernia lejos en el patio, como en una penumbra, la imagen del comedor y la luz tenue del quinqué y las sombras desvanecidas de los retratos de la familia y la línea tenebrosa y larga de la vieja espada.... .



Dolores, de pié, cerca de una de esas puertas y el abuelo en su sillón de siempre al lado de la estufa. Inclínaba ella un poco su cabeza sobre el pecho y parecía mirar la enmarañada mancha informe de la arboleda del fondo, mientras él jugaba tranquilo y risueño con el borde de su capa, que caía en abollonados pliegues hasta el suelo. Contempló este un rato aquella angelical criatura, que lo rodeaba el día entero con sus cuidados y que lo retenía contento sobre la tierra; y le hacía amar el sol y la vida á él, que solía tener el deseo de dormir en paz al lado de sus hijos, mientras el reloj movía en aquel silencio el péndulo redondo de bronce, arrancando en cada tic-tac un segundo al tiempo, para arrojarlo al pasado.

Qué piensas? Dolores, preguntó Del Rio. Parece que estuvieses triste.

No, papá! (asi lo llamaba siempre). Miro la noche serena y fria y veo á través de los vapores del vidrio, levantarse blanca la luna allá lejos, y pienso que felices somos nosotros, que tenemos fuego y alfombras.

Tienes razon. Cuántos hay que trabajan á esta hora con los miembros ateridos y cuántos no saben si habrá mañana pan y calor para sus hijos....Y mientras uno es jóven no es nada; la estufa está en la sangre, que hierve. Se sale á la calle, se trabaja y se corre y se toma alcohol como nosotros en las guerras. Pero despues ya no es lo mismo; el cuerpo se hace pesado.

Tu eres robusto y agil, papá, interrumpió Dolores.

Si, pero me dan ganas á menudo de quedar quieto y de encojermene en un rincon, para aprovechar todos los átomos de calor, que irradia mi cuerpo. Parece que haciendo eso, pensáramos en la otra quietud mas grande y mas profunda que está por llegar.

Oh, papá querido, tu vivirás muchos años dijo la niña, mirándolo con inquietud.

Eh! no tanto, Dolores. Fíjate cómo me gusta estarme al solcito—Te aseguro, que eso me abrasa la ropa y mirá qué diferencia hay entre los que van á vivir mucho y yo.. Esta mañana á las doce, estaba yo sentado al sol, con

mi sobretodo de pieles y lo ví pasar á Genaro, contento en sus veinte años y en mangas de camisa.

A Genaro? preguntó Dolores con ímpetu.

Como nó: y con un brazo en cabestrillo.

Entonces ya esta bueno papá?

Así parece y yo le pregunté si lo habia asistido Valverde, que es el único médico que anda por acá desde que Mendez está enfermo.

Ese nó, me contestó, como si tuviera rabia. Me vió D. Manuel de Paloche y una vez D. Carlos, que ya está casi bueno.

Yo le dije entonces que si Mendez volveria, y me replicó en seguida emocionado: yo le aseguro, Señor del Rio, que volverá.

Y yo lo extraño mucho, Dolores, y me gusta su carácter impetuoso y sus exaltaciones y oirlo conversar irritado y arrojar anatemas violentos sobre todo lo que es malo..., un poco como yo en aquel gran dia, cuando culebreaba como un endemoniado entre los grupos y azuzaba las iras de los amigos.

Y cuándo vendrá? dijo Dolores echándole los brazos al cuello, como si quisiera ocultarse.

Con ese mismo tono tuyo me hablaba Genaro.

Es que yo te voy á hacer una confesion.

Tú, confesiones?

Si, yo—

Y cual? preguntó sorprendido el viejo.

Yo tambien lo estraño á él ..

Tú ¿y qué marravilla es esa? Es un caballero á pesar de lo que ha hecho, y un amigo nuestro, y ademas hace falta que vengan á visitarnos, porque los dos nos quedamos callados un largo rato, como si ya nos hubiéramos dicho todo y los viejos, que vivimos aislados del mundo, necesitamos que nos traigan los ruidos de afuera.

Oh papá! ojalá venga pronto, exclamó Dolores.

Y yo tambien deseo que tú vuelvas á la sociedad, que hace tiempo no frecuentas. Es necesario, porque la vida solitaria entristece y apoca nuestra inteligencia. Y uno se hunde en su propio orgullo y se hace huraño y misántropo y cuando llega á viejo, recien se apercibe, que todo aquel mundo de nuestro espíritu era una ficticia fantasmagoría. Las honestas conversaciones enseñan, corrijen y enaltecen.

Si, contestó la niña, iré otra vez á las fiestas y te llevaré bien abrigadito, encerrado en el coche.

Asi me gusta que seas siempre; no como

este tiempo pasado, en que tú caminabas tan melancólica por la casa y llenabas de pena el corazón de este pobre y viejo amigo tuyo.

*
* *

Dolores lo abrazó y le prometió todo. Ella iba á ser alegre y á cantar el día entero como los pájaros. Volvería á su tocador y á sus trajes ricos y sería la elegante mujer adorable de antes. Así mismo que en invierno había fuego en toda la casa, ella iba á separar las cortinas para que entrara el sol á inundara de luz las habitaciones, porque se piensa mejor y se ama la vida más intensamente entre las claridades tibias. Desde entonces, arrojadas fuera las penumbras y los silencios, las notas del piano correrían de un lado á otro, desatando las divinas armonías, esas filigranas melódicas, que cuentan baladas de amor y hablan el misterioso y patético lenguaje del cielo lleno de brumas y describen la serena y etérea transparencia de la noche. Porque ella pensaba desde entonces pasear del brazo con su viejo abuelo por las alfombras y admirar aquellos copos blancos y sedosos de su cabeza y pedirle le narrara siempre los episodios de su vida gloriosa. Estarían en el comedor mucho tiem-

po, delante de aquellos retratos, para que él le contara todas las leyendas de honor de aquellos muertos y las horas vagabundas del exilio y la miseria y el nombre conservado sin tacha. Y de noche hacia propósito de abrigarlo bien.

Con su gran boa de lana, envuelto en su capa delante del fuego y sentada sobre un taburete, iba á colocar la nuca sobre sus rodillas para mirarlo y escucharlo y no lo dejaria dormirse como solia hacerlo, llenando el comedor con sus cantos y con su charla apurada, llena de ingenuidades infantiles. Despues pensaba llamar al sirviente, hacerle calentar el aposento y planchar las sábanas, para que se acostase, cuando ella hubiera colocado sobre su mesita de noche desparramadas las pocas flores que podia encontrar en el jardin. En seguida se iba á sentar á su lado, para leerle entretenidas y honestas historias y arrullarlo con su voz melodiosa, hasta que el sueño se apoderase de todo su cuerpo y ella lo viera descansar con el rostro blanco y tranquilo. Porque al fin el invierno crudo habia de cesar y ella entonces, abriria las ventanas bajo el sol mas tibio, para llamar las ráfagas primaverales henchidas de perfumes y saldria con él del brazo por los rojos senderos del jardin, pidiend-

do frescuras á la sombra de la arboleda, para que le narrara la novela de aquellas plantas. Desde chicas las habia cuidado y sostenido el tallo flexible y débil y habia asistido á todos sus misteriosos amores y enfermas y mústias á veces, las regaba, hasta que brotaran flores, anunciando la juvenil resurreccion y su mesa se cubria del fruto ópimo y sabroso. Entonces en aquellas noches, sentados en el jardin, escuchando los murmullos de la brisa entre las hojas y el gorjear del canario en medio de la luz del comedor, mirarian cruzar los bolidos, como chispas extraviadas en el gran incendio de las constelaciones bajo la infinita majestad del cielo. Y asi por mucho tiempo hasta que un dia le iba á revelar todo, al viejo sublime y santo.... el ímpetu desordenado y celoso de aquel hombre, la marca roja de su muñeca y la angustia de sus noches insomnes.....Ella habia perdonado y en el abandono visto crecer á pesar de todo su pasion; porque las grandes pesadumbres son generosas y el amor irri-tado y entristecido se agiganta en la savia amarga y fecunda del dolor y habia rezado por él muchas veces en las pensativas oraciones de sus dias largos. Ella lo conocia bien; era como un chico bravio de esos que viven y crecen en la calle, chicos semi-salvajes, que

no se sabe si tienen padre, ni casa, y que se despedazan á veces enfurecidos el cráneo contra las piedras, pero que son amables y esquisitos en su tierna sensibilidad, cuando la dulzura los llama, y la blandicia les roza la frente oscura y les cierra los ojos el beso de la mujer. Si él volviera! Ella iba á mitigar el ímpetu acerbo de su espíritu, rayo de luz de sus noches; y sentía entonces ser mas que su novia, una afectuosa y grande alma de madre, meciedo la cuna enorme celestial de penumbras, donde estaba acostado el gigante vencido y feliz, agrupado su cuerpo bajo el mismo delicioso de la inefable caricia.

* *
*

Daban las nueve de la noche en el silencio del comedor. El viejo sentado en el silon, se habia dejado vencer por el sueño y Dolores detrás de él apoyada al respaldo tenia la mano perdida entre sus cabellos blancos. Se sintió entre los toques de la hora el brusco rodar de un coche, un portazo, las vibraciones ruidosas de la campanilla y al rato entró un sirviente con una tarjeta que Dolores leyó. Decía: Catalina Mendez.

La haremos pasar á la sala? papá, dijo la

niña, enseñándole la tarjeta al viejo, que se había despertado sobresaltado.....

No, hija mia, aquí.—En la sala entran todos, hasta los indiferentes, los enemigos y los tontos. Esta es la pieza en que la voy á recibir. Es una amiga de nuestra casa. Ella debe estar aquí entre el calor, que nos abriga á todos y se adelantó á recibir á la señora, que entraba.

Esta abrazó y besó á Dolores en la mejilla y estendió la mano hácia el viejo, que la apretó temblando y arrimó un sillón, haciéndola sentar cerca de la estufa.

Qué felicidad es esta, doña Catalina? Pocas veces esta casa habrá recibido honor mas grande!

Ojalá! sea tanta la felicidad, contestó la señora, como es grande su renombre.

Antes, dijo del Rio, en esta ciudad, cada uno era un glorioso, de erguido y temerario rostro y había hazañas en las páginas del libro de nuestras familias, cuando desafiábamos airados las inciertas oscuridades del porvenir, la mano puesta sobre el puño de la espada. Ahora no es asi..... Somos viejos y muy poca gente se acuerda de nosotros. Así son las cosas. Para que lo vean á uno es necesario mostrarse á cada rato. La humanidad olvida facilmente, sobre todo á los que se esconden y despues no hay

derecho de exigirles tampoco que sepan, qué color tenía aquella sangre, que derramamos en los campos de batalla.... Hace tanto tiempo de eso... el color se desvanece y la sangre se la comen los prados y se la llevan los rios para siempre.

Qué ideas tan tristes tiene Vd. esta noche, señor del Rio, interrumpió Catalina. Y si eso no fuera olvido? Si fuera demasiado que hacer? Fíjese que aquí cada uno hace varias cosas á la vez. Todos corren y viven agitados y ansiosos, como si cada cual quisiera dejar una huella profunda de su paso.... Eso que se llama ambicion en muchos y que se combate tanto, no es para nosotros sinó la necesidad fatal de llegar pronto á alguna cosa grande.... Eso es nuestro purgatorio....

Cómo alientan sus palabras, replicó del Rio; yo veo en ellas el espíritu altivo de su familia.

Porque es necesario reflexionar, seguia la señora como dominada por aquella idea.. A mí se me ocurre, que todos estos apuros derivan de este desequilibrio: somos demasiado pocos y tenemos un pais demasiado mucho y perdone Vd. esta fraseologia paradógica.

Por las enseñanzas, dijo el abuelo, que derivan de sus palabras, yo le decía á Dolores hace

un rato, que las visitas de los buenos amigos dan alegría y valor... Porque nuestra vida es un poco monótona; hay que confesarlo. Imagínese que cuando Vd. llegó, yo estaba dormido al lado de ésta.... Y hay que ver que mi hija ha cambiado mucho de un tiempo á esta parte y eso me ha hecho mas soportable vivir.

Pero, papá, interrumpió la niña ruborizada, por qué le dices estas cosas á la señora?

Oh! déjelo que hable, hija mia, contestó Catalina. A los viejos es necesario no contradirnos; nos gustan que nos acaricien y nos adulen, sino nos ponemos nerviosos como chicos mal criados.

Rétela, Catalina. Si Vd. supiera lo que me ha hecho sufrir.

Yo nó, contestó Dolores. Son cosas de su cabeza, señora. Papá siempre crée, que es cierto todo lo que piensa de mi...

Con que creo ¿nó? Figúrese que siempre queria quedarse sola y no ir á fiestas y de repente la sorprendia en su cuarto, como si hubiera sollozado y unas extremas sensibilidades por cualquier desventura, que le narrasen y yo veía que todas esas ternuras la estaban dejando trasparente.

Qué ridiculeces, papá. Yo me enojo contigo y me voy, dijo sonriendo Dolores y poniendo

el dedo índice, sobre sus labios, agregó: me voy á preparar el thé. pero tú no le cuentes mas estas cosas á la señora; porque se vá á aburrir y no te visitará mas—y se retiró sonriendo y saludando con las mejillas sonrosadas y sintió en su espíritu como una cosa alegre, que la hacia caminar ligero por la casa y al llegar á su dormitorio iluminado, se miró en el espejo y se comprimó con las palmas el cabello en las sienes, moviendo rápidamente con cierta coqueteria la cabeza á un lado y otro.

*
* *

Hermosa y buena, dijo el viejo cuando hubo salido Dolores..... Si no fuera por ella me hubiera muerto quizá....

—Vd. nunca ha pensado, señor del Rio, que algun dia podria irse de su casa?

—Sí, alguna vez. Al fin eso es lógico. Yo he visto pues lo que sucede con las que se quedan solteras. Parece que estuvieran de mas en todas partes y suelen caer en último término á las casas de cuñadas perversas y son objeto casi siempre de una conmiseracion burlona. Es un porvenir nada agradable.

Sin contar, agregó Catalina, que suelen quedar solas y sin amparo y condenadas á vivir

retraídas de la casa á la iglesia, llevando una existencia estéril y nerviosa.

—En fin, si eso sucediera, si se fuese Dolores algun dia, contestó el viejo con voz temblorosa, yo tendria, lo digo ingenuamente uno de los disgustos mas grandes de mi vida. Para nosotros, que estamos tan viejos, son seres muy necesarios. Saben y hacen todo y la previenen á Vd. en sus deseos, consiguiendo alejarlo de esta manera, de todas las pequeñas molestias, que los detalles de la vida acarrear consigo y lo hacen vivir dentro de la órbita tranquila de sus espíritus, como si supieran que cuanto mas anciano es uno, mas necesita que lo acaricien y le perdonen muchas cosas.... pero tambien creo que no hay el derecho de ser egoistas....

Me alegro encontrarlo tranquilo en estas reflexiones, dijo Catalina, porque yo traigo una mision árdua y delicada.

En sus manos finas de embajadora elegante, ninguna mision puede perderse, contestó sonriendo del Rio.

Gracias, mi viejo amigo, por su galanteria, pero lo invito á que se fije que se trata de cosas muy serias.

Me pone en cuidado, Catalina. Qué hay?

Hay, que mi hijo quiere volver á su casa....

Pero cómo no? Eso mismo le decia hace un momento á mi nieta. . . . ese deseo de que él volviera.

Pero hay tambien, señor del Rio, que el doctor Cárlos Mendez pide por mi intermedio la mano de la señorita Dolores del Rio.

Eh? qué dice Vd., señora! contestó el viejo con tono agrio, parándose y mirándosela intensamente. La mano de Dolores?

Casi sin que se conozcan ellos? Porque al fin se han visto dos ó tres meses á intervalos y no parecia pues que Y despues él se ha retirado y en esta casa ya no se ha sabido nada—á no ser que esas tristezas de Dolores derivasen de disgustos. Pero si ellos no se aman, señora? Donde? y cuando? y en qué tiempo? Su mano? No: es imposible. Confiese que ha tomado Vd., señora, el papel de diplomático á lo serio y este es una estratagemma suya.

El viejo habia levantado su cabeza y se paseaba por el comedor y todo lo hablaba con precipitacion, como si tratara de aturdirse y como si hubiera visto claro en muchos acontecimientos extraños y misteriosos. Aquellos cambios de carácter de su nieta, el piano cerrado tanto tiempo, la vivacidad juvenil perdida, su paso lentísimo por la casa y

ciertos crujidos como de páginas de libros, que ella estuviera leyendo y dando vueltas á altas horas de la noche, cuando él ya estaba cansado de dormir.....que se conocia, que estaba despierta y él oía desde sus cuartos los pasos de ella lejanos y callados. Se acordaba de ese desorden de su casa y un abandono que no habia visto antes. A veces hacia decir que estaba enferma y sus ojos negros habian adquirido una expresion de amargura tan grande en aquel rostro palidísimo. ¡Pobre viejo inservible que no habia comprendido aquel dolor mudo y habia visto caminar por su casa tanto tiempo aquella hermosa tristeza, sin tener para ella la dulce ternura, que tanto agradecen las almas, que no pueden decir que sufren....



El viejo volvió de sus pensamientos y vió á Catalina Mendez, parada en frente de él, contemplando, con la cabeza inclinada, como si perdonara aquel soliloquio.

Señora, pido á Vd. disculpa por mis distracciones dijo el abuelo; pero me parece que Dolores debe saber esto antes.

Ya esperaba, Señor del Rio, esta contestacion

suya, porque estas pasiones son heridas desgarradas, sobre las cuales los padres no deben pasar la mano áspera, para que no se trasformen en frenesies violentos y comprimidos, que anonaden y maten.

Nunca! exclamó el Rio. Los viejos son los que deben morir. Ha visto Vd., Catalina, cómo se desgaja el ombú, que no tiene savia? Sus ramas mas agudas se agachan, sin hojas y cenicientas hace tiempo y penden resquebrajadas, moviéndose en el viento; las otras resacas y ásperas, mostrando las puntas de su trama desfibrada se hienden en canal á lo largo, carcomidas aquí y allá, mientras el tronco va desapareciendo á trozos, dejando gigantes cas cuevas oscuras, hasta que no queda á flor de tierra sinó un crater amarillento coronado de puntas y ángulos. Así debemos irnos nosotros... á pedazos, y dejar claridades y humus para las plantas juveniles.

Señor del Rio, interrumpió Catalina, sus palabras son dolorosas y extraviadas.

Y qué quereis que os diga Catalina? que mienta resignaciones que no tengo? Nunca haré eso. Yo he visto morir á todos mis hijos uno despues de otro, sin derramar una lágrima. Mi cuerpo se ha envejecido y está seco como el ombú, y tengo en el corazon cuevas

oscuras, cavadas por los arañazos y los desgarramientos de sesenta años de combates, Nada ha quebrado hasta ahora el fiero vigor de mi espíritu. Se que mis años estan contados y asi mismo esa sombra eterna, que va á llegar no me asusta. Yo soy un intrépido, Catalina...y el viejo levantó su cuerpo en medio de la luz azulada y arrojó hácia atras su cabeza soberbia y brillaron los ojos con todas las audacias del esplendor, mientras los músculos de su frente crispados aceptaban el nuevo reto del martirio.

Como eran grandes, los hombres de entonces, exclamó Catalina, arrebatada ella tambien por el ímpetu de aquella palabra magnánima ..Yo inclino mi cabeza delante de todas las memorias, que Vd. ha evocado y que tienen tantos temblores de heroismo y quiero besar su mano agradecida por este nuevo sacrificio.

No, Catalina; no me diga estas cosas, porque yo pertenezco á ese grupo de hombres que se enternecen con las palabras de la dulzura...Yo cedo por ella... por los dos, que van á empezar ahora á vivir y á sufrir...y me cuesta no digo que no, porque al fin este cariño mio por Dolores, era una sensacion perenne de lánguida y sollozante ternura, como si yo fuera un desventurado pordiosero y no

un hombre....y yo no he sido varonil, ni he tenido en este caso la fortaleza, como con mis hijos y cuando pensaba que podia perderla, el corazon se me ponía triste y se me llenaban los ojos de lágrimas....

*
* *

En ese momento entró Dolores, seguida del sirviente, que traía una gran bandeja cincepada de flores y abigarrados arrabescos y sobre rosadas servilletas las tazas de te de porcelana. Ella sirvió á los dos viejos, que estaban parados en el medio del comedor y tomó su taza, yendo á sentarse un poco lejos, como si no quisiera interrumpir el diálogo; pero ellos quedaron en silencio y levantaban entre sorbo y sorbo los ojos á mirarla. Al fin la llamó del Rio y le dijo:

El Dr. Mendez.....

Si, papá, interrumpió turbada la niña.

El Doctor, pues, siguió el abuelo, pide permiso para volver á nuestra casa.

Tú me has dicho que deseabas eso, dijo Dolores.

Y además, balbuceó el viejo, por intermedio de la Señora pide tu mano.

Yo? no se.... Tu lo estimas y lo quieres,

decía á saltos bruscos la niña. Dijiste que era un caballero.... pero yo haré lo que tu desees.....

Un rato despues, Genaro, tieso sobre el pescante, llegó á casa de Mendez y vió á éste salir ansioso á abrazar á la madre y oyó que la Señora le repetia: «si, muchacho si, que vuelvas.

*
* *

El abuelo del Rio se retiró lentamente hácia su dormitorio. Estaba distraido y sus sensaciones lo absorbian, sintiendo fuera pequeño su pecho, comprimido por aquella garra áspera. Llevaba erguida su cabeza alta y brillante, como emergiendo de la zona oscura de la capa, que lo envolvía y al llegar al umbral, sintió roces ligeros sobre la alfombra, como si alguien lo siguiese. Era Dolores, que le preguntaba detrás de él, por qué no le habia dado el beso de despedida como lo hacia siempre.

Un olvido, hija mia. Aqui está y le besó la frente.

Hubo un rato de silencio.

Tú estas triste, empezó Dolores. Yo no quiero que suceda eso.

Oh, no! Dolores, contestó Del Rio.

Si, si yo te conozco. No has sido amable con tu nieta. Por qué está triste, mi viejo papá querido? agregó la niña, abrazándolo del cuello en medio de las infantiles entonaciones de su voz tiernísima.

Es que las novedades de esta noche. Dolores, han sido tan extrañas y me preocupa tanto la nueva vida que va á empezar para ti.. Tu comprendes que es muy natural este olvido en mí. Pero este rato de conversacion contigo me alegra el espíritu. Te daré otro beso mas y hacemos las paces

El viejo acercó sus labios á los cabellos negros de la nieta, inclinando su cabeza y fué aquel cuadro una lluvia finísima de hebras y copos niveos y lucientes que le acariciaron el rostro de mármol; su caballera negra destacándose en medio de aquel aéreo y jugueton encaje de armiño.

*
* * *

Dolores entró á su dormitorio, cuando el reloj daba la media noche, mientras una vela de estearina, alta sobre el candelero de cristal, iluminaba el cuarto, la llama triangular y viva lejos, serena y fija detras de los espejos lucientes. Se arrodilló en el reclinatorio á

rezar sus oraciones, pero su espíritu no encontró al recojimiento. Había fiestas en su cabeza y panoramas de inquietos júbilos y todo aquel silencio parecía cruzado de estremeedoras sinfonías. Se acostó y cerró los ojos, como si tuviera miedo, que aquel ensueño se desvaneciera y entonces vió llenarse de fulgores el ambiente y brillar el gran cuadro de bronce de la blanca y semidesnuda pecadora salvada del naufragio eterno, que estaba colgada frente á su cama y todo aquel mar agitado gigantesco se aplanaba lejos en largas y mansas ondulaciones, transformado el espumaje revuelto, que azotaba el escollo en una blanca superficie tranquila, que se hamacaba con blandos vaivenes y quietos murmullos. Al redor de la rompiente las aguas hacían vibrar en su seno, como una orquesta de violines escondidos. Ella veía á través de la diafaneidad de esmeralda una multitud de dioses mover los arcos lentísimos y distinguía sus trajes de algas perfumados de salinas emanaciones, los brazos desnudos de coral y sentía cruji-dos de espumas y chocar de perlas, como si acudieran en tropel á rodearla para alejar de su mirada el divino concierto. Ella los oía como si estuviera ebria del mareo de las ondas y bajo el plácido eter diáfano, aparecía en su

sueño corriendo hácia la playa una vela cándida, tendida al viento, mientras la glauca planicie estaba dormida y desmayada en el beso del sol. En la ribera se oyen lejanos y alegres cantares y la novia, la cabeza circundada de la flor del naranjo, arroja á la barca, que resbala, la larga faja del tul.... Erguido sobre la proa, el gallardo y juvenil navegante... Ha cruzado los peligros del mar entre las hondas negruras de los ciclones, cuando estos silban y ladran sus bárbaros peánes, que rimbomban lejos, lejos y sacuden el aire caliginoso, que tiembla saltando de espanto... á traves de la borrasca.. de los bufidos exterminadores de la borrasca, que modela aquí y allá, por todas partes las ondulantes cordilleras, que suben y bajan la cresta de espumas. Contempla desde el crujiente maderamen de su buque las jarcias rotas, las velas rajadas y las parábolas rápidas y violentas de los mástiles que se acuestan al fin en la brusca tiniebla naufrágica... Oh felices! los que han encontrado en la barca salvada, donde descansar el cuerpo yerto! como besa el velo perfumado el navegante! Cómo salta á la playa, y cae de rodillas en la estática contemplacion de aquel ensueño de amor de sus largas noches marinas! Cómo murmuran lentamente las ondas la oda nupcial bajo el plácido azul!

Dolores salió en la mañana al jardín, mientras Genaro llegaba con una carta, que le alcanzó con el sombrero en la mano. Era sencilla y corta; y tenía perfumes de violeta. Estuvo mirando un rato el sobre, que estaba escrito con su letra sobre el rosado color. Al retirarse dijo á Genaro: que esta bien....que lo esperamos y lo miró irse, acordándose de aquel dia, en que ella lo habia seguido, cuando se llevaba todos sus recuerdos....



XII

EN LA FACULTAD DE MEDICINA

*Examen de D. Manuel de Paloche y otras
alcurnias*

Fué un gran día aquel para la Facultad de Medicina. D. Manuel de Paloche y otras alcurnias cumplia cuarenta años y debia repetir su exámen de anatomia. Los estudiantes preparaban la algazara formidable. Durante ese año, en que D. Manuel frecuentaba dia á dia la clase, habian tenido tiempo de conocer el atropellado desbarajuste de aquella inteligencia. Era la segunda vez que repetia la prueba y comentaban en anécdotas risueñas sus contestaciones disparatadas, llenas á veces de profunda intencion. Sorprendia su manera sentenciosa y solemne de decir algunas cosas y revelaba en sus contestaciones cierto corte ori-

ginal de pensador. Sabian los estudiantes, que Paloche no habia podido retener la anatomía porque habia ido perdiendo la memoria, á medida que el juicio iba tomando las de villadiego.



Toda esa endiablada trama del cuerpo humano con vislumbres de púrpura caliente, la red intrincada del sistema nervioso, arrojando filetes en todas direcciones cargados de las emanaciones vibrantes de la vida para la nutricion y el movimiento y la masa roja y resbaladiza de los músculos habian perturbado su cerebro. El esqueleto bailaba en la noche al lado de su cama la danza macabra y él buscaba sin encontrarlos muchas veces los nombres de sus caras, bordes, epífisis y apófisis y agujeros. Derepente iba caminando y lo perseguia un ojo. Blanqueaba delante de su pupila con el grande óvalo y se iluminaba por dentro en el resplandor rojo de la retina. Paloche veia amenazas en aquel color escarlata y daba una tendida violenta; pero las visiones se multiplicaban y aparecian en todas partes pupilas burlonas y agachadas como en acecho. Paloche sacudia sus hombros diciendo: ya

triunfaré, y seguía su camino. Tropezaba de repente en el cono rojo del corazón. Oía el tic-tac que parecía un rezongo siniestro de derrota, y veía el torbellino de la sangre, atormentado por la necesidad de arrojar la vida á la célula, surcar los canales nacarados de las arterias, cuyos nombres había olvidado. No importa, adelante; yo daré exámen, pensaba y cuando despertaba en su dormir agitado, sentía dentro del pecho el sonido rítmico y espe-luznante: tic-tac-tic-tac. A veces estaba tranquilo estudiando y recibía con temblores la visita del cerebro, ese gran señor olímpico del organismo. Se detenía al lado de él con los extraños culebros de su trama delicada, blanda y marmórea partido en dos, como si eso fuera el espíritu humano; la mitad sensatez y luz y la mitad demencia y sombras. El se hundía en sus meditaciones. Confesaba que no sabía el cerebro. Lo único que se acordaba era la situación de esa fresa roja de la glándula pineal y eso porque según el sábio aquel estaba escondida allí el alma. Gracias á la naturaleza que la metió donde no se viera. Qué rasgo de genio! Miren ustedes, pensaba D. Manuel, si estuviera en los ojos, como dicen muchos, aleteando en plena luz! Qué espectáculos desagradables!....

Paloche era ilustrado. Había leído mucho. Se deleitaba en los grandes hechos históricos. Encontraba sublime la pasión de Jesús. Veía la gran trayectoria de la cruz á través de los siglos, pero cuando estudiaba las curaciones rápidas de esos enfermos, arrodillados á los piés del Nazareno, implorando salud, no encontraba lógico el milagro. Para qué ese divino derecho? No era mejor haber buscado el remedio universal en la naturaleza y haberlo transmitido á la posteridad? Si él lo encontrara! Qué gloria y qué riqueza! Se hizo caminador de la campaña y volvía á su casa con grandes atados de yerbas. Compró retortas, hornos y morteros. Parecía un alquimista y pasaba á veces la noche, mirando la ebullicion de sus pocimas. Creía, que en algunas de aquellas condensaciones oscuras iba á encontrar la panacea y fué el precursor de los partidarios de la quinta esencia, y de esos tranquilos sábios de las diluciones infinitesimales. Tuvo enfermos, que tragaron aquello y sucedió lo de siempre. Unos curaban y otros morían. Ninguna de esas cosas suyas era la panacea. Era necesario buscarla en otro principio. Despertaré la vida moribunda con el movimiento, decía. Asomó el masaje, pero para eso era necesario tener un título para librarse de muchas maja-

derias. . . . Ya no estaba aquel malvado Valverde para certificar las defunciones. Se matriculó en la Facultad. Al principio suscitó el asombro. Era la primera vez que había un discípulo de esa edad y los estudiantes lo miraban como á un animal curioso. D. Manuel de Paloche llegaba siempre con su libro de anatomía debajo del brazo y conversaba con los muchachos mucho tiempo. Estos le vieron al rato la tecla en la punta de la nariz y la hicieron sonar. . . . Paloche se destornillaba entonces. . . . Narraba sus curas milagrosas. Definía el masaje y lo dividía en capítulos desde el vaiven suave, con la blandura de la caricia, que cura las palpitations y las gastralgias, hasta el brutal apretón que despega las conyunturas crónicamente enfermas. Tomaba actitudes de exorcistas y era un elocuente narrador de su manía. Llegaba á la Facultad con su aire de buen hombre, la galera en la nuca, la nariz arremangada y corta, los ojos vivos y pequeños. Fuera de aquello era reflexivo y hasta risueño y jocoso cuando olvidaba sus desgracias. De cuando en cuando algún chispazo de filósofo. . . .

Ese día lo rodearon todos. Estaba mas parlero que de costumbre. Empezó á juzgarlo todo, profesores, ciencia y estudiantes. Hizo con brillantes coloridos la psicología del *Pan francés*. Los muchachos lo escuchaban.

Es una arma terrible en manos de ustedes, exclamaba Paloche. Es la sátira escrita con los piés y la ironia, que flagela con polvo y ruido el rostro del maestro. A veces aquel sonido acompasado, que se inicia tímido aqui y allá y puede llegar hasta el estampido, significa el desenfreno del espíritu, jocoso por su uniformidad y violento por su fuerza, que anoda la timidez, achata la ignorancia y arroja lodo y baldones al profesor tiranuelo. Con estos últimos, sobre todo, no se gastan palabras y entonces el *pan francés* podría sintetizar todas las reacciones y todos los denuestos.

Es la audacia y la protesta y el guante arrojado altivamente al orden y á la disciplina y el porvenir tal vez entregado á las seriedades y á la sabiduria de relumbron. Al lado del niño, que borronea el cuaderno y corroe el libro en sus bordes, el adolescente ha encontrado esta mueca, sin conocer tal vez su espíritu espléndido y filosófico, sin saber que en el fondo es una mezcla de amena é insolente procaicidad y de los últimos retozones infantiles;

una síntesis que condensa el prurito de la burla y es la chacota y la ira y la impaciencia y la lluvia de mordientes alfilerazos.

Bravo, gritaron todos, aplaudiendo al cantor de la elocuencia unísona del taco y D. Manuel estrechaba las manos de cada uno recibiendo todo género de buenos augurios para su exámen. . .

*
* *

Con gentil continente y sin par donaire y ademán tranquilo y sosegado, caminando con su libro de anatomía debajo del brazo y el gesto placentero, se sentó D. Manuel de Paloche y otras alcurnias al lado de la mesa de exámenes. Presidia el Dr. Polifemo.

Era la sala una vasta pieza rectangular y angosta, cuyas paredes se levantaban empapeladas, ostentando aquí y allá retratos, las glorias médicas allí conservadas—y se unían al techo blanco y liso con festones de flores de yeso en su bordes y corona grande en el medio, de donde pendía oscilando una lámpara. En el centro del rectángulo adherido á la pared un púlpito, con anchas figuras alegóricas y las sillas dispuestas en hileras, dando frente á la mesa.

*
* *

El doctor Polifemo tosió, señalando uno de los examinadores.

El cerebro, dijo éste muy serio.

Organo del pensamiento, contestó en seguida D. Manuel, aunque no reze la doctrina con la religion cristiana.

No se le pregunta eso, dijo frunciendo el entrecejo el profesor....Siga Vd....anatomia del cerebro.

Yasiento del espíritu, que los sabios colocan...

Vuelvo á repetirle....anatomia del cerebro.

Éso contesto pues, señor, replicó Paloche irritado.

Se sentian risas comprimidas.

Por qué yo no soy, seguia éste, de los que se someten á aceptar opiniones, sin discutir las y al fin creo que deben siquiera dejarle á uno la libertad de hablar.

Las risas se acentuaron.

Recapacite, señor Paloche, y cíñase á la pregunta.

Estoy ceñido, señor profesor—Pero antes de entrar al fondo del asunto, hago observar, que un órgano de tanta importancia, merece sus consideraciones psicológica.

No divague...al grano, al grano, señor.

No es divagar hacer psicologia, contestó recio Paloche.

Basta, rugia Polifemo y tosió—Las risas se multiplicaron con cierta seguidilla sorda.

* * *

El doctor Polifemo indicó á otro profesor, para que examinara...

El corazon, señor.

En este caso, no voy á empezar con la vulgaridad de que es un músculo hueco, porque esto repugna á la altivez de mi alcurnia intelectual. Prefiero decir que es allí donde los sentimientos tienen su nido palpitante.

Está Vd. dando exámen de anatomia, dijo Polifemo.

Pase lo de músculo hueco, contestó Paloche, pero no puedo dejar en silencio las relaciones que tiene con el cerebro, por sus nervios, arterias y venas.

Cómo se llaman? preguntó el profesor. En este momento se habia hecho en la clase un poco de silencio.

La aorta y las carotidas, contestó D. Manuel triunfante y las venas...las venas.... Paloche no se acordaba y retiró su cabeza hácia atras.

Portas: sopló un estudiante.

Portas replicó Paloche... Hubo como un

espasmo de todos los torax, como un salto brusco del diafragma mientras éste seguía impertérrito: tanto señor profesor que los antiguos las llamaban: porta malorum como que los males de la humanidad nacen de los sentimientos exagerados y de la exacerbación de las pasiones....

Basta, señor, basta. Esto es insoportable decía el profesor, en momentos en que estalló sonora é irresistible la carcajada.

El doctor Polifemo se apretó el vientre, para no reirse y tosió con toda calma y señaló á otro de los profesores. Era necesario agotar todos los medios para que el fallo fuese justo.

Este levantó un hueso y dijo: el esfenoides, señor?

Ah! Si. Hueso largo.

Qué dice?

Corto, señor profesor, base del cráneo y...

Le preguntó, dijo el profesor, revolviéndose con rencor en el sillón, la anatomía del hueso, sus relaciones y órganos que lo atraviesan.

Estábamos en los preludios del *pan francés*. Algun tacazo aquí y allá, ciertas cepilladas tímidas del piso y una atmósfera de inquietud y de algazara.

Como venía diciendo, contestó Paloche, ese hueso forma la base del cráneo, y su cara supe-

rior lleva el nombre de silla turca, con ese bárbaro exotismo y con esa nomenclatura de ultratumba, que nos ha sido regalada por los autores, porque si uno piensa con serenidad no puede menos que criticar acerbamente....

Basta, basta, repetía el profesor levantándose.

Polifemo tosió, agitó la campanilla con sonido estentóreo, mientras un hurrah! de palmoteos, y de carcajadas y de retumbamientos del piso desordenado, saludó las últimas palabras de D. Manuel de Paloche, que movía la cabeza á un lado y otro, repitiendo: Estaba escrito. Tan luego este maldito esfenoideas, que nunca me lo pude meter en la cabeza.

*
*
*

D. Manuel se retiró entristecido. El esfenoideas lo perseguía y se le hincaban en las carnes sus apófisis. Llegó á su casa desvencijada al caer la tarde. En su rincón acurrucada estaba la mujer demente mientras Adela, la última hija leía un libro de medicina. Paloche entró con violencia y se lo arrebató y lo arrojó al medio del patio. En seguida abrió su biblioteca y fueron los volúmenes uno tras otros á sacudirse desencuadrados contra el

cercos de moras. Volaron los morteros y las retortas de vidrio y los tubos de ensayo y los matraces y se hicieron añicos retumbando por el piso de ladrillo. Aferró un hacha y mientras las mujeres se retiraban asustadas al fondo, D. Manuel hizo saltar los vidrios de la biblioteca y rajó á lo largo sus tablas y las despedazó en fragmentos. El barrio se llenó de rumores, mientras los lanzaba fuera. Corrió á la caballeriza, donde el jamelgo tordillo, blanco, flaco y sucio comía con el pescuezo estirado y se echó al hombro un gran monton de paja. Colocada en el medio del patio, despues de haberle agregado las bolsas, que contenian sus yerbas milagrosas, le prendió fuego. Comenzó el crepitar esidente y humo en grandes globos oscuros, que se atropellaban arriba y la llamarada á cundir én devoradoras líneas ardientes, hasta que se produjo un rumuroso resoplido. Eran cenizas y chispas, que saltaban arrebatadas por las columnas de fuego, que habian hecho una colosal hornaza, mientras los fragmentos de la madera se encendian arrojando humo de sus puntas. Se veia en aquel esplendor la silueta oscura de Paloche caminar agachada aquí y allá y recojer los libros y tirarlos al fuego desencuadernados. Este recrudescia á cada rato en violenta llama-

rada, apoderándose de ellos devastador y voraz mientras, caída la noche los reflejos de la hoguera se dilataban lejos, iluminando las quintas vecinas.

*
* *

Todo el barrio acudió á la casa de D. Manuel y penetraron muchos al patio y querian apoderarse del pozo, para apagar el incendio. Pero la figura amenazadora de Paloche, que caminaba al rededor del brocal de ladrillo con el balde en la mano los contenia. Cárlos Mendez llegó tambien acompañado de Genaro. Todos los que estaban por allí en el tumulto aquel le abrieron paso, mientras el rostro de Paloche se serenaba. Mendez le dió la mano y las gracias por el señalado servicio, que habian recibido aquella funesta noche.

—Nada, nada, doctor, son deberes de compañerismo, dijo D. Manuel . . . Imagínese que estos individuos querian impedirme quemar los libros.

—Pero por qué hace Vd. eso? preguntó el médico.

Por qué? y Vd. no sabe? Esto estaba escrito, D. Cárlos.

—No entiendo.

—Los he incinerado por inútiles.

—Le confieso, que no alcanzo las razones de este acto.

—Yo le explicaré, Para curar enfermos es lo mismo tener libros, que no tenerlos. La naturaleza es la que cura.

—Me permito no pensar como Vd. tan en absoluto, decia con toda tranquilidad el doctor Mendez.

—Y despues seguia Paloche, tenga Vd. la desgracia de ser un intelectual y hágase un sabio. Eso bastará para que nadie lo llame.

—Lo encuentro escéptico como los viejos médicos. Yo creia, D. Manuel, verlo mas juvenil y contento.

—Yo, contento? Ha gozado Vd. la completa alegria alguna vez? Vd. tiene treinta años y ha encontrado razonable pegarse un tiro. Yo le pregunto ahora si las tristezas y los ímpetus que le agitan á uno la cabeza, no lo han encañecido prematuramente.

—Es cierto, contestó Mendez.

—Quiere Vd. estar contento? Yo le voy á decir lo que tiene que hacer. Busque el sueño que significa la inconciencia. Atúrdase en la orgia, donde los sentidos fascinados lo arrebatan fuera de su ser moral. Embriáguese de vino, de perfumes y de melodias; tenga el espas-

mo del goce y la ausencia frenética de un cuarto de hora. Así será feliz.

—Pero quién es Vd.? preguntó Mendez, asombrado de aquella figura extraña, que se erguía iluminada.

—Escuche toda la historia. No me interrumpa. Despues se lo voy á decir. Ya los rumores de la fiesta se han desvanecido y Vd. ha vuelto al silencio de su casa. Por la mañana ha despertado de su sueño. Aparece entonces la grima y le empieza á lastimar el pecho. Camina con Vd. y se sientan á su lado en la mesa y es la profunda cosa amarga y el mas allá, que le tortura la cabeza cada minuto y que Vd. no conseguirá nunca

—Confieso, agregó Mendez, que yo no lo conocia á Vd. bajo esta faz

—Por eso me pregunta quien soy. Bueno.

—Yo soy un loco. Pero yo tambien querria que me enseñaran un hombre cuerdo No levante la mano para decirme que no es cierto . . . Yo he vivido oscuro y virtuoso mucho tiempo. Pero tengo, como casi todos mi demonio, que me hace salir de quicio. Veo la vida de los demás como un sueño embriagador y eso me entristece. Yo me siento pequeño y necesito ser como ellos; quiero renombre y riquezas. Entonces leo todo lo que encuentro á mano y

no como, ni duermo, ni descanso. Me preocupa la idea de los enfermos; empecé á asistir y observo que muchos se curan en mis manos, sin conocer yo la enfermedad. . . . Me hago herborista, buscando la panacea con paciencia y tenacidad. No me da resultados y resuelvo estudiar. Doy exámen y se pretende que yo me atasque la memoria con nombres bárbaros y entonces los profesores apalean mi inteligencia y la revolucionaria manera de razonar sobre los órganos. . . . Pero esta derrota no destruirá mi iniciativa y no hará morir mi panacea.

—Vd. tiene una panacea y ha quemado sus libros, cómo se explica eso? dijo Mendez.

—Sí, la tengo y yo la haré célebre y para qué necesito libros. Yo los tengo aquí y se dió un gran golpe en la frente.

—Vd. la hará célebre? dice. . . .

—Sí, yo. . . . porque en este mundo nadie le va á dar á Vd. la mano para levantarlo:

—Y de qué manera? preguntó el médico.

--Escribiendo.

—Pero para eso se necesita inclinacion y saber hacerlo.

—Yo estudiaré. Escribiré prosa y haré versos.

—Dios lo libre, señor Paloche.

—Escribiré un poemaépico sobre mi panacea.

—Le aconsejo que no lo haga, dijo Mendez, que veía volver la locura y temía alguna exaltación.

—Que sí, repetía Paloche—Treinta cantos..

Las curas maravillosas y citaré los casos extraordinarios. Seré el gran terapeuta milagroso.

—Pero no sería mejor, dijo Mendez, que Vd. volviera á cuidar las tierras de sus padres? No le daría mas tranquilidad eso?

—Las tierras? A mí. No me conoce Vd. Ahí está mi hijo Juan, un degenerado, indigno de su prosapia, metido en la chacra el día entero detrás del arado. A mí. Bah! A un Paloche? Con esos consejos no vamos á conservar la amistad, D. Carlos—y le estendió la mano como para despedirle.

Mendez la estrechó con gran pena, meditando sobre la suerte de tantos, que son y no parecen, como D. Manuel de Paloche y los veía salirse fuera de su círculo y desmoronar sus casas y perderse para siempre.....



XIII

IDILIO

Estaban sentados los dos en la sala de la casa del Rio, en esa noche fria de Julio, él con su levita negra cruzada y abotonada hasta abajo, el cuello alto y blanquísimo, rozando la barba oscura, mientras el gran moño de la corbata de raso salida adelante, prendido el alfiler de oro, que engastaba un topacio cuadrado de suave y transparente luz amarillenta.

Eran sus ojos grandes y castaños de dulce y triste mirar esa noche, como si tuvieran destellos de aquel su espíritu pensativo y reflejárán el cansacio de sus soliloquios de filósofo. Habia en su rostro pálido y varonil y en la frente que solia contraerse con brusquedades ásperas

de pasion tanta placidez, en ese momento, que hubiérase dicho, que un hombre nuevo y resignado habia entrado á vivir en su viejo mundo sombrío, sacudido por la interna y desesperada lucha. Parecia un combatiente, de esos que vuelven de la batalla el rostro ennegrecido de su sudor y pólvora y encuentran al fin la cristalina fuente del sendero y refrescan allí la cabeza desgredada y se sientan y duermen entre el murmúrio del agua, que cae y sedesliza lejos.

Al lado de él, silenciosa tambien, Dolores del Rio, hermosa en su traje de seda lila, cubierta el busto de una bata negra de terciopelo y prendido aquel ramo de violetas amarillentas y marchitas, que Mendez le habia regalado la noche del baile. Ella habia pasado el dia tan largo, caminando por la casa, agitada, saliendo al jardin y cruzando los senderos en medio de las figuras caprichosas de la arboleda desnuda y rígida, que se dibujaban en el piso y paseaba en medio del sol á veces, como si quisiera mezclar los esplendores de luz de su corazon á la alegria de sus rayos.... En medio de todo á pesar del frio, ella vagaba gozosa sobre la alfombra de hojas secas, que cuchicheaban debajo de sus pasos, con estridentes murmullos y miraba volar los jilgueros, que

se detenían en bandadas inquietas, columpiándose en las puntas agudas de las ramas. Los veía moverse, distraída, y saltar á los canteros y correr apresurados estendiendo las alas y volver á posarse, inclinados, sobre los rosales deshojados á picar los últimos botones marchitos. Caminaba en el delicioso encanto arrullada por el júbilo inimitable de aquellos gorjeos. Había allí himnos y madrigales estremecedores, como en el ruido de las plumas de oro. Los bordes del verjel tupido y verde del follaje de las violetas temblaban en el roce del ruedo de su vestido y las corolas abrían los pétalos zafireos cerca de sus grandes ojos virginales. Estendía la mano para cortarlos. Miraban entonces la gentil enamorada y le ofrecían el ramillete sutil y finísimo de sus perfumes. Miriadas de alas volaban de sus corolas á saturar de esencias el largo vestido de paño gris, mientras los lazos del cinturón de seda resbalaban besando la copa de la camelia, abierta y marmórea. . . . Bajo el aroma en flor, á través de la exquisita emanación de las bellotitas amarillas, que empezaban á brotar, de blanca trama sérica en sus prismas delezna- bles, cruzaba Dolores la mañana, meditando las auroras de otros tiempos. . . . los paseos de dos años atrás por aquellos mismos senderos

protejido su rostro por la primavera riente de su sombrero de paja, de ala ancha, rutilando de lejos los rubies esféricos del gran ramo de cerezas, sujeto al ángulo que forma la copa con un alfiler de oro.....

Era el idilio, que le llevó esa noche muchas veces al dormitorio y la hizo mirarse en el espejo de sus roperos y sentarse á leer los manuscritos de Mendez y soñar con aquel naufrago erguido sobre la proa de la barca, entonando la melopea de amor. Se sentó al fin á la mesa, al lado del viejo abuelo y conversó tantas cosas amables, mecida en el gárrulo abandono de las alegrías que no tienen palabras, arrullando el vasto comedor silencioso con la amena y elegante frivolidad de sus cuentos. Luego esos silencios suyos tan de repente, sin razon, en medio del diálogo fino y chispeante de gracia y la voz grave y solemne del abuelo, llevándola otra vez al glorioso comedor....Y conversaba de nuevo con cierto apuro afanoso, como si los panoramas, maravillosos de áureo y estival esplendor y parleros boscajes pasaran uno tras otro á través de su memoria y no tuviera tiempo de encontrar las frases para revelar el temblor profundo y fugitivo de las sensaciones felices. Era como un éxtasis coronado de la seráfica

luminaria de la beatitud celeste. Oh los creyentes! cómo serian venturosos, suponiendo la vida del cielo, igual al divino aturdimiento de la pasion que se reconcilia y perdona!

Por eso, cuando daban las ocho, ella tomó al abuelo del brazo, juguetona y risueña y lo llevó á la sala, como si tuviera necesidad de infundir en su alma envejecida toda la poesia enamorada de su espíritu. Le hablaba de sus recuerdos juveniles, de aquel gran ciclo de gloria gigantesco en su sombra heroica y hercúlea que calentaba todavía su soberbia cabeza de ochenta años. El se sentia feliz. Dolores lo arrebatava, á pesar de sus resistencias calladas, dentro de aquella embriaguez de la dicha y lo hacia revivir en esa hora resonante de sobrehumanos frenesies. Estaba casi alegre. Encontraba lógico aquel bienestar de la niña. Si no fuera porque aquella casa se iba á quedar tan fria y desierta y con tanta melancólica reminiscencia. ¡Que hondo sentimiento de ternuras nos arrebatava siempre la noche de los blancos azahares!

Ella se arrodilló cerca de la chimenea, un frontis de templo en miniatura, de mármol ceniciento y amplios razgos rojos, que mostrava su boca oscura y helada. Hizo

traer brasas y pequeñas ramas secas y empezó á salir humo negro y denso hácia el caño. Estallaron aquí y allá vivaces y pequeñas llamas, como culebreando entre los intersticios y ella colocó despues las astillas del sauce, suspendidos entre la reja broncea de adelante y la pared de hierro del fondo. Empezaron á salir hilos y nubéculas de humo, luego se hizo un cuchicheo estrídulo, gritos y gemidos lastimeros y se desató el lenguaje jovial de las chispas con la brevedad cáustica del epigrama. Surgieron lenguas de fuego trémulas y teñida de esfumaturas irídeas, que se retuercen en el brazo ardiente y cantan en el beso fugitivo la estrófa de los madrigales enamorados, mientras la brasa de los bordes, que tienen la inmóvil seriedad roja, se cubre de arboles diáfanos. Por arriba revienta al fin el espasmo sonoro de la alegría del fuego entero, entero. Los fragmentos del sauce arden por todas partes, llenando de esplendores la masa de hierro con anchos reflejos sobre la alfombra, como si todas las figuras geométricas, dibujadas un instante en lo alto, se hubieran confundido en formidable abrazo, crujiendo y escopeteando la carcajada demente del himno báquico, con ruido de fracturas de copas y retintin de cristales y chirridos de líquido am-

bar derramado, mientras el caño oscuro muge tartáreas octavas de epopeya y arrebatara zumbando la columna de humo. Al rato caen debajo de la reja transversal, cenizas y puntas de fuego, deshecha y moribunda la brasa.

Los dos estaban sentados cerca de la chimenea. Los reflejos rojizos iluminaban el rostro del abuelo, brillante la barba cuadrada y larga, y los cabellos en el esplendor cayendo, sobre las espaldas en largos bucles de nazareno, mientras el terciopelo negro restallaba, como de bruñido espejo la imagen temblorosa de la lumbre.... hasta que Cárlos Mendez entró y fué el abuelo del Rio á recibirlo....

Poco hablaron de ellos esa noche, por lo mismo, que tenian tanto que decirse. Pasearon del brazo, se acercaron al fuego, miraron uno despues de otro los grandes cuadros, cuyo marco dorado habia perdido su brillo y que tenian aquí y allá zonas negruzcas, agrietadas las telas de colores apagados y sombríos, esos viejos anacoretas, de rostro enjuto y arrugado, que viven todavia en muchas casas y las vírgenes, que destacan entre la seca tiniebla de las telas sus perfiles cetrinos. Dolores le enseñaba los retratos de su padre, rodeado

de la lúgubre y funeraria leyenda y la madre pálida y diáfana, caminando hácia temprana muerte melancólica y mártir. Ella tenía temblores en la voz, cuando él se detenía en el medio de la sala tibia é inclinaba un poco su oído para escuchar mejor. Se había propuesto no perder ni una sola de sus palabras. Su voz era una armoniosa sucesión de sonidos, que hablaban en lenguaje patético de la vieja historia de amor, como si fuera una gloriosa resurrección. Así esas músicas populares de las correrías de niños oídas más tarde, ya ancianos, nos traen á la memoria los emblores de las horas placenteras de entonces Se sentía feliz al lado de ella. Estrechaba aquel brazo mórbido y oía crujir la seda, rozando las alfombras. Había perfumes en su camino y regalaba al ambiente el ritmo acariciante de su voz fresca. Era la gentil triunfadora tímida. Él la hacía vivir esa noche, dormido el florido rostro divino, en el embeleso sobrehumado de su corazón, que tenía la profunda fruición callada. Pero así tan cerquita, caminando, conquistada en la órbita de luz de sus ojos, ella iba á sentir las ternuras inenarrables de su arrepentimiento magnánimo. Si no saltaban de repente fuera hechos pedazos en la frase ardiente y dominadora

los nimbos de aquel poema de pasión, era porque él los había lastimado con sangre, cuando era el perverso, que tenía el bárbaro desaliento suicida. Él quería caminar mucho tiempo, genuflexa el alma, ante la magestad de aquella dulce hada quimérica, vivir dichoso, para que los horizontes sombríos de su vida se iluminaran un gran rato del esplendor de su mirada tan etérea. Él tenía miedo. No quería que aquello fuera un sueño efímero y que Dolores se acordara que él la había hecho sufrir dos años las pesadumbres silenciosas. Retiraba un poco su brazo entonces para mirarla. Ella seguía conversando tranquila y dichosa de alegría....

Esos eran los mismos muebles de caoba y terciopelo rojo. Allí estaban los cuadros de otros tiempos y aquel piano derecho, y mudo y lúcido. Él los saludaba, como á viejos amigos. Cada uno de ellos conocía algún secreto de aquel primer idilio muerto y había oído acentos apasionados, cuando él le traía flores á la noche. Cerca de la chimenea, habían conversado antes muchas veces, meditando la vida eternamente deliciosa, siempre juntos, absortos en la profunda inconciencia del ensueño enamorado, el poema largo é idílico hasta la muerte, sin sospechar siquiera los

dolores futuros. Y luego Enrique Valverde, que pasaba tanto por la casa ...la puñalada brutal y rencorosa de los primeros celos, la decision salvaje de fracturale á ella su cariño en el rostro, pulverizado volando á los vientos, las arremetidas bruscas de su corazon, y el luto de su cerebro crucificado.....

Esos ascetas lo miraban en esas noches con todas las flacuras lívidas de largas y penitentes maceraciones. Se asomaban de los grandes marcos dorados, cuando él hablaba las palabras irritadas y la veian á ella retirarse con las manos entrelazadas adelante, la cabeza inclinada sobre el pecho de sollozos, lentísima, la curva de la cola de su largo vestido, desliziándose silenciosa. La noche antes del baile, cuando él entró con la cara descompuesta, y estuvo amargo y usó la sátira procaz, la vieron levantar hácia él los ojos tristes y lagrimosos para decirle: eres injusto y malo, injusto y malo y cuando salió fuera tormentoso los ascetas lo seguian mirando y señalándole en las arrugas de sus rostros las horas del remordimiento. ..Y ahora estaba otra vez allí y era señor de aquella espléndida criatura, que le mostraba todos los juguetes de la sala apurada, y dichosa, como si todas aquellas pequeñeces dieran forma tangible á las aéreas

nimiedades sonrientes de su imaginacion. Como aman las transparencias del tul, estas Diosas de lo infinitamente pequeño, pensaba Mendez mirándola, como se deleitan en el espejo, que restalla luz y refleja las nítidas viviendas, y se marean en las aguas del moaré que ondea, como idolatran las joyas y las blandas caricias del terciopelo ...

Se habían sentado al fin en el sofá rojo. Ella tenía en sus manos una miniatura de marfil, una novia que ofrecía en el altar su corona de azahares.

—Espléndida, dijo Mendez; una obra de arte.

—Ya antes estaba. No recuerda Vd?

—No recuerdo. Tanto tiempo y tantas cosas que han pasado ...

—Hubo un momento de silencio. Ninguno de los dos se atrevía á continuar de miedo de rozar la herida.

—Sabe Vd. que he observado una cosa? dijo al rato la niña.

—Qué? Dolores.

—Vd. está muy silencioso.

—Es cierto. No hago sino escucharla. Quiero llevar en mi cabeza toda su alma de santa bondadosa y empezó el médico á mi-

rar los cuadros, que estaban enfrente, como distraído.

—Qué atractivo tienen esas pinturas, que las mira tanto?...

—No vé, Dolores. Fíjese qué ráfagas de alegría cruzan las telas oscuras. Ese anacoreta que está allí y tiene el libro abierto con tapa de pergamino, ha levantado su cabeza para mirarnos mejor. Parece que reflejara en sus ojos la suprema felicidad del arrepentimiento. Eso hace olvidar los cilicios, que le rasgan á uno las carnes.

• —Porque siempre hay quien reza por la desventura y Dios escucha la plegaria, dijo Dolores.

—Benditas sean las celestiales criaturas! exclamó Mendez.

—Vd. sabe dónde está el premio? preguntó la niña.

—Mendez movió la cabeza sonriendo.

—Yo se lo voy á decir. Hacer el bien significa adquirir la perenne dulzura del corazón. Eso si que es vivir en la luz. Ese es el premio.

—Yo he tenido la intuición de ese estado psicológico, nunca lo he vivido, murmuró el médico, como si hablara consigo mismo.

—Y sabe Vd. lo que sucede despues? siguió Dolores. Vé ese cuadro, que está sobre la chimenea?..... Un mártir con las órbitas excavadas y el rostro seráfico, rodeada la blanca cabeza de una auréola de luz.

—Si, dijo Cárlos, arrebatado por aquellas palabras. Veo, que ha arrojado hácia atrás su cabellera, la frente elevada, abalanzando su cuerpo en un espasmo de éxtasis pasional y detras la sombra profunda de una selva tenebrosa, que lo va empujando.

—Qué más? Cárlos.

—Y los reflejos dorados de la lumbre que aletean sobre la tela.

—Y qué más? qué mas? insistió Dolores.

—Yo veo sus heridas ahora, dos enormes llagas oscuras en las manos y los piés de sangre.

Se habian levantado los dos, acercándose al cuadro.

—Y qué mas? seguia la niña, conteniendo la profunda emocion.

—Mi herida, Dolores, dijo el médico y tuvo un vigoroso estremecimiento, el frontal hundido, el grumo negro de la fractura.... Oh desventurado hermano mio!...

—No! no! no! Mire mas arriba en el ángulo de la izquierda....

—Angeles, que asoman las mejillas rosadas y arrojan palmas y lirios.

—Y hablan el lenguaje del perdon, replicó Dolores, y de las glorias que no tienen ocaso. Tú no eres, Cárlos, un desventurado....

El médico se comprimió la cabeza con ambas manos y la movia con tristeza.

—Ya sabia esto, dijo al rato. Ya mi madre me lo habia dicho. Tú vas á ser feliz porque ella es generosa y buena. Yo, Dolores, he delinquido ... ya lo sé; pero despues he castigado con una bofetada feroz esa perversidad, y hubiera deseado quemar todas mis pasiones en aquel fogonazo y hubiera deseado morir. Por que yo presentia entonces, la honda voluptuosidad de esa eterna paz... rodeado de la estrecha cosa lóbrega del sepulcro, mirándome acostado dentro de mi traje negro y despues el vacio infinito y la sordomudez de todas las cosas vivientes.... Yo me habia olvidado de tí y de mi madre y era un espectro en aquella casa helada y desierta. Mejor era morir ..

—No, Cárlos. Yo no quiero que sufras, interrumpió la niña con ímpetu sollozante. Yo no quiero que sufras. No! No! Tú no tienes la culpa, porque sos asi ya.... como el náufrago que se tambalea sobre el último

madero y la onda bárbara se lo arrebató. Como quieres vivir tan solo, Carlos! así... sin querer á nadie... cuando se tiene un corazón como el tuyo... sin tener una frente blanca que besar ... porque nosotros siempre somos un poco chicos para que sea lógico, que nos acaricien la mejilla y después...

—Dolores, interrumpió Carlos con tristeza... tu vas á padecer mucho al lado mio, porque eres un espíritu egregio y una delicada mujer angelical... Si tú me has perdonado yo me iré para siempre. Mi cabeza no es sana.

—Tú, irte? No. Yo no quiero, contestó la niña, poniendo sus dos manos estendidas sobre los hombros de Mendez, y mirándolo con los ojos llenos de lágrimas. Yo no quiero. Yo te voy á decir la verdad. Cuando sucedió eso, no tuve nunca rencor contigo. Me dió tristeza, y te queria lo mismo. Y mas á todas horas, en el comedor, y en la sala, en todas partes y tenia, así mismo una suprema dicha de vivir con aquel dolor, y si te hubieras muerto después cuando la herida, yo te juro, que me habriadejado ir al sepulcro despacio, para sufrir mucho, mucho, infinitamente con la angustia de tu recuerdo...

Dolores apoyó la frente sobre el pecho de Carlos y escondió en su seno los sollozos,

mientras éste temblando en aquella emocion, le acariciaba el cabello, diciéndole al oído dulces y enamoradas palabras y los últimos restos del sauce ardieron crepitando, como si quisieran iluminar aquel minuto sublime.

Fueron amores, cobijados mas de una vez por el ojo curvo y ceniciento del cielo, la enorme parábola de éteres grises, surcada á veces en líneas serpentinadas por fajas resplandecientes, la luminaria del sol, abriendo canales, de bizarra y desordenada forma, á través de la capa plomiza y fria. Sentian retumbar el trueno lejano. Miraban en silencio detras de los vidrios las gotas gruesas y veian los pájaros rodar en el aire, como huyendo de la tormenta. Zumbaba el viento, elevando al cielo revueltos nubarrones del polvo y se desataba la lluvia larga y rumorosa. Oian crujir las celosias y el estampido de las puertas contra los marcos, mientras se agitaban en el ventarron las ramas desnudas de los árboles y movian sus flechas en amplio balanceo los álamos de las lejanas quintas. Cerca el uno del otro.... del brazo.... se miraban. Era el diálogo de siempre. Conversaban en el camino los rayos oscuros de las pupilas y brotaba luz en la interseccion. Eran las anacreónicas del viejo idilio.—El pasaba en su coche

en las tardes primaverales y ella lo sentía de lejos en el salto brusco del corazón. Y después quedaba por allí siempre en su memoria vagando al lado de ella con su cara seria y triste y sentía como metálicas y profundas vibraciones. Eran los ecos de su voz. Solían hamacarsetambién entre el juego sonriente de los diálogos picarescos y chistosos. Ella le contaba sus sensaciones infantiles de terror aquella primera vez que lo había visto.... Porque él era el brujo solitario, según sus amigas, de rostro tenebroso, que celebraba satánicos sábados en la noche profunda y se oían rumores en la calle silenciosa. Después supo, que él escribía poemas á esas horas y se entretenía, leyéndolos en su cuarto para aturdirse. Pasaban después al comedor y se sentaban cerca del abuelo del Río, que leía cerca de una ventana, mientras la lluvia fuera subdividida en gotas oblicuas y rápidas, caía delante de sus ojos, como cohortes innumerables en fuga de perlas diáfanas... Conversaban largo rato, hasta que llegaba la noche y se prendía el quinqué azul y se añadía carbon á la estufa y aparecía la mesa blanca, con su centro de cristal festoneado de aromas y camelias, luminosas las copas, y las servilletas levantando el vértice del cono, fuera de sus aros de plata.

A veces los sorprendian las breves primaveras que entran con sus ráfagas tibias en el aire glacial de Julio. Miraban rejuvenecerse la pradera, que bebia apurada la atmósfera húmeda y vivian alegres entre las saluciones de los colores vivaces al lado de los verjeles, por los senderos rojos del polvo de ladrillo. Se detenian á cortar flores y se entregaban en esos regalos mutuamente el diálogo de la gentileza y del perfume. Bajo el cielo de azul sereno, en medio de la lluvia de los rayos de oro. A traves de la sublime bendicion primaveral, al lado de las corolas de terciopelo multicolor. Llevando del brazo aquella criatura ideal, sentia Mendez revigorizarse el espíritu. Quería luchar y resurgir para que su vida estéril de misántropo, se perdiera para siempre. Era el enamorado de las ásperas batallas futuras. Iba á trabajar de nuevo y á derramar su sangre en la lucha si era necesario y á dispersar las maléculas de su cuerpo. Era casi un creyente. Soñaba el amor por la vida perenne, mirando á Dolores, que era su inmortal égida alabastrina y sentia extrañas dulzuras tranquilas y todo ese mundo atropellado de sus pasiones navegaba lejos y perdido tal vez para siempre. Llegaba despues á su casa, leía y meditaba. En vez de

aparecer sombras funerarias, como antes, á rasgarle las carnes, con las amargas visiones, acudían en tropel aladas deidades celestiales, que lo ayudaban á escribir los cánticos gloriosos de la esperanza. Oh! si él no tuviera esa cicatriz de la frente, ese feo costurón frenético que no alcanzaba á cubrir con la onda negra de su cabello!



XIV

EROS PARADISIACA

Amó otra vez sus libros, estudiando en las horas que se retiraba de la casa del Rio. Era necesario que su nombre saliera de la oscuridad. El tenia esa deuda de gratitud con el padre y habria para las criaturas, que lo acompañaran despues á vivir, flores en el sendero y dichas y plácemes. Escribió para ella historias de amor, delicadas fragancias, miniaturas de marfil y con esa fantasía que habia creado los poemas macabros de las sombras, encontró el lenguaje del éter azul y pidió á la angelical inocencia de la naturaleza dormida bajo el cielo gris del invierno, las esencias misteriosas de sus linfas quietas. Eran los cuentos aquellos, embalsamados de aro-

mas, eflorescencias primaverales de la selva, con la divina orquesta juvenil de los trinos al lado del arpegio dulcísimo de las alas tendidas hácia los nidos. Vibraciones de cítaras y torsos ebúrneos de diosas inclinadas, suscitando al lado de la playa de los mares glaucos la sáfica melodía inmortal y mas léjos la sombra gigantesca del Partenón, estremecido entre las notas de la sinfonia esquiliana, cobijando la larva enamorada y eterna de Leandro. Habia laudes en sus cuentos y trovadores de rodillas delante de las zahareñas castellanas medioevales, el aro de hierro en el índice rodeado de la garra del halcon, con la derecha abierta señalando los cedros seculares del Líbano irredimidos... La leyenda de Ildegarda, una blanca pasion, coronada de ciprés, fria dentro el arabescado manto de reyes y muerta de amor en el beso del caballero arrodillado, que le traía la ofrenda de su negra cabellera. Luego el cenobio, el amplio hábito de burda y flotante estameña, la barba de plata enmarañada hasta la cintura, ceñida de cilicios, monje y sombrío caminador bajo las bóvedas oscuras, entre los ecos lúgubres del Miserere. Le dolia el cerebro de escribir. Pasaban las épocas susultantes en aquel romancero secular y leían todo eso

viviendo entre el claro sol de Helenia, bruscamente arrojados de repente, en medio de las brumas, donde las vírgenes enamoradas, orlado de camelias el largo vestido de raso, palidecen moribundas, soñando las fulgurantes mañanas del epitalamio. Y al lado del Tirreno, entre el crepitar de las espumas, saturadas de los efluvios de los limoneros, erguidos á lo largo de la rivera, susurrando entre las hojas de estrofas del cancionero de Laura.

Tenia ímpetus el poeta, y gallardas batallas íntimas y versos sollozantes en el abrazo fraternal del amor y de la muerte y procedía con el pecho abierto, la clava en la diestra, como un gigantesco espíritu libérrimo. Enamorado del arte, que no tiene ritmos preestablecidos, siendo en el sensual y profundo sacudimiento, usando las palabras de todos los idiomas por él conocidos, como si tuvieran cuna de hermanos, cantaba sin saberlo él mismo ingénuamente, la salvaje apotéosis del yo, sectario como era asimismo de la forma sencilla que encanta y no deslumbra con las bruñidas y perpétuas reverberaciones. Escribía en los poemas microfonianos el recóndito susurro de amor en la naturaleza. Era el connubio misterioso del rayo de luz, que

penetra la verde trama de la planta y el oído atento escuchando el ritornelo de los besos furtivos. Eran las glorias de la corola abierta en el abrazo fecundo, la bendición del color y del perfume, la carne blanda y sabrosa y húmeda del fruto... Eran las armonías de las fuerzas invisibles, que cruzan el universo en sempiterno maridaje, el crujir del polen, los ecos del lenguaje sutil de los astros y susurros de besos y la elocuencia del cuchicheo de las aves, sentadas en el nido. Cruzaban niños á veces—chicos.—Cinco años. Ella, de espléndida aurora, blanquísima, caminando á pasitos cortos y mirando á cada rato su vestido nuevo de lanilla rosa... El en su traje azul, la gran solapa abierta adelante de la camiseta rayada, la gorra de marinero atrás, la frente brava tostada en pleno sol. Conversan y pasean del brazo y salía finísimo de la lira de Mendez, como lamina-ria de oro, el aleteo inarticulado casi de las sensaciones precoces, el yámbico breve resbalando apenas sobre la inconciencia del idilio infantil. Con ruidos en sus versos de brisas parleras, suscitando las sonrisas de bosque en bosque, narradoras inquietas del chisme oído en el gran coro de amor de la naturaleza. Con diálogos de flor á flor eternamente, en-

viando la quinta esencia de su cuerpo en los átomos del aroma, que se encuentran y se confunden en ardiente abrazo. Y roces microfónicos de la estendida y larga ondulacion del mar manso, que reproducen los suspiros de las parejas dormidas sobre el gran almohadon de algas. Con sinfonias calladas y estremecimientos apenas perceptibles de ternura; y blandos arrullos de lábios en medio de las silenciosas oscuridades, que cobijan el gran himeneo lánguido de la tierra, mientras los pobladores brillantes del cielo de la noche, envuelven y ocultan sus amores en el velo azul. Algunas veces estallaba el plectro con todas las sonoridades esquilantes. Cantaba los amores brutales de las alturas huracánicas.... El aire sin vientos, dormido; el cielo quieto, tenebroso y siniestro. Despues el vértigo de las nubes en el oscuro seno y los ósculos formidables y el abrazo titánico, que enjendra el incendio del relámpago súbito en todas partes y las fragorosas detonaciones dilatadas. Y mas lejos los vendavales sibilantes, agachados en la tendida violenta de la carrera, persiguiendo los senos opulentos y vaporosos de los nimbus, alcanzados al fin, hechos pedazos, la espuma blanca y transparente aquí y allá y borrados por último del

espacio, en medio del parto fecundo de las lluvias zumbando arremolinadas.

*
* *

Entraba honda la garra en el corazón juvenil y una tras otra desfilaban las hebras de luz de la trémula pasión.

Los primeros encuentros, la imagen penetrando átomo por átomo. El encanto de la voz y la sombra de la mirada dilatada en el ser profundo de cada uno. Todos nuestros pasos con ímpetu vigoroso hacia ella, en los paseos, en el teatro, en la iglesia y después solos, caminando silenciosos, seguidos de cerca en todas partes por el fantasma de la celestial visión. Luego la timidez y el temblor de los labios y el deseo de decirle de una vez la honda y agitada congoja de adentro y todos los calientes soliloquios de la inteligencia, y los combates de la incertidumbre y los espasmos de las alegrías felices. Como escriben ellos siempre toda la novela del espíritu delirante y naufrago casi en esa borrasca! Soñadores huraños, y vencidos sombríos de la pasión! Caminaban todos en las páginas de Mendez, acariciando la divina forma! La arrebatan con ellos, entre las auroras, mezclándola

á la difusa penumbra rosada y vaporosa del crepúsculo, poetas que cantan sin palabras los frenesíes del amor correspondido. Luego los sueños; mirarla siempre, vivir con ella, solos, léjos de los rumores mundanos, caminando las alfombras del humus fecundo y verde, abrazados hasta la muerte debajo del cielo oscuro de la noche ...

*
* *

Al lado de ellos leía Mendez la historia de los mártires del desden...Espíritus suaves algunos, que recojen la crucifixion y viven mucho tiempo de la savia amarga. Perdonan siempre en la conciencia dolorida y aman á pesar de todo. Recuerdan toda la vida pensativos y cariñosos la era dulcísima. é imploran aun despues que la esperanza se ha perdido, y cuando la mujer está lejos y encanta el hogar de otro, ellos se cierran solitarios con su pasion y mueren con ella, idólatras sublimes y silenciosos. Cerca de ella, feliz de sentirse su dueño, desnudaba el médico el alma ruda de los que exigen con imperio el vasallaje de las personas que aman—esos que muerden sus cariños én el rabioso impetu de los celos. Los veia en los bailes

frenéticos, recibir el no frío y fino en pleno torax y desgarrarse con la uñas las carnes y tronchar en fragmentos dentro de su corazón el ídolo y correr desatentados y locos haciendo con los sollozos formidables sonar enronquecidas las sombras de la noche. Otros ensayan la risa jovial y ostentan la indiferencia y fuman el gran cigarro habano, con los aires del mas clásico: «qué me importa» Buscan amores en cualquier parte, víctimas del temor ridículo, lastimados por los alfilerazos de la crítica y viven queriendo convencer á los demás que han olvidado la vieja historia de amor. Liliputienses! Al lado de éstos, veía Mendez á los que tienen cada célula viviendo la fúnebre congoja, los que han perdido la fe y la voluntad, arrodillados ante la efigie fascinadora. Doblados en la derrota, marchan en la vida entre los crespones intelectuales del suicidio. En el viaje tristísimo, donde no pueden encontrar nunca la paz que consuela, describen las espirales, vacilantes y ébrios de aquella ponzoña que concluye al fin en la línea recta y rápida del pistoletazo sepulcral...

*
* *

Una noche habian arrimado dos sillones á la chimenea. Estaban en silencio, al lado de

una gran brasa roja. De repente vió Mendez, que Dolores estendia la palma izquierda hácia él.

—Qué quieres? le preguntó.

—Eros Paradisiaca.

—No la he traído

—Tú me prometiste . . .

—Un olvido

—No es cierto. Yo sé que la tienes.

—Y para qué al fin? Ya hemos leído muchas historias.

Pero no esa. Lo que hay que ahora que al señor poeta lo hemos aplaudido tanto, ya se ha hecho . . . difícil.

Siempre enigmática la señorita Del Rio.

Pero sin coqueterias. No como los que escriben.

Sigue el enigma

No me parece que eso sea tan oscuro, por lo menos para los que conocen á Vds.

Los? y que es ese plural?

Oh, Dios mio, exclamó Dolores, los poetas Es necesario convenir en que tienen razon.

No entiendo.

Todos los que escriben desean leer sus cosas; esa es la verdad. Molière le leia sus comedias á la cocinera. Muy raros son los que salvan

de esa tentacion y esos son los peores, porque son capaces de dormirse con sus versos debajo de la almohada.

Y quién te ha dicho eso?

No es necesario que le digan á uno todas las cosas. Supongo que me darás el derecho de pensarte....y lo mismo nos sucede á nosotros con nuestros tejidos y bordados y con cualquier traje ó adorno....Lo primero que hacemos es llamar alguno para que los vean.

Lo que te puedo decir, Dolores....

Qué cosa? interrumpió la niña.

Eres una divina invencible!

Gracias. Ahora quiero el trofeo de la victoria.

Aquí está.

Mendez sacó unos manuscritos.

Los leeré fuerte?

No, por favor. Es tan aburrido eso, contestó el médico.

Gloton, contestó riéndose la niña. Es lo que está deseando.

Amen, dijo Mendez y se arrellanó en el sillón, para escucharla. La niña leyó el cuento de Eros Paradisiaca....

* * *

«Caminamos por la selva, el uno al lado del otro, cuando la yema brota, y la hoja conver-

sa creciendo, y el insecto cruje callado entre la yerba ... porque yo tengo en el pecho, para tí, un ángel con alas rojas, que late y late temblando con sus plumas de seda.

—Chist! no hables fuerte! yo voy á poner mi mano pequeña y blanca sobre tu boca, mientras el gorrion travieso se inclina piando y espiando sobre esa rama, ves? que está allí arriba;—el pícaro gorrion, que hace un momento ponía su piquito cerca de la compañera para susurrarle las cosas del sentimiento, que no tienen forma de lenguaje posible.

—Yo te entrego. Oh, Eros! este mundo mio grande y doloroso, iluminado por tus ojos azules y melancólicos, hecho con las vibraciones de tu divina persona, el encanto de tu voz y el ritmo blando de tu respiracion acariciadora ...

—Chist! no hables tan fuerte! porque las gotas de luz, que pasan al través de las hojas como agujas de oro, se llevarán mas tarde tus palabras, cuando el dia caiga y desaparezcan del verde de la selva silenciosa....

*
* *

Entonces estalló sobre sus cabezas toda la sinfonía formidable de la naturaleza. El cielo separó los troncos ciclópeos vió lentamente y

penetró en la selva—azul, inmenso—con toda la maravilla de sus colores y el sol, sacudiendo de las greñas á las penumbres, reventó en un océano de luz á chispazos y chisporroteos prodigiosos. Los pájaros pasaban, zumbando en bandadas parleras y bulliciosas, llenando el aire de cánticos y gorjeos. Iban y venían en torbellinos innumerables. levantando el vuelo y descendiendo, hasta rozar con las plumas multicolores sus frentes estremecidas, en medio de aquel sobresalto infinito de la vida, mientras las flores erguían sus corolas altivas y los árboles proyectaban mas léjos sus ramas como brazos gigantescos.



—Yo quisiera morir aquí, sostenida mi cintura por tu brazo robusto, teniendo mi cabellera por almohada, para que tú me cierres —los ojos azules y melancólicos. Cava mi sepulcro al pié del cedro, debajo de esas violetas, porque yo quiero que los pájaros acompañen con sus cantos mis ensueños y las gotas de oro del sol rodeen como una guirnalda mi frente pálida de muerta! Acerca tu oído; escucha los murmullos del ángel con alas rojas, las deliciosas y sonrientes quimeras... los ni-

ños juegan, las almas juveniles se abrazan en el éter sutil y tranquilo; hay hogares con esplendores de virtud, y cunas que ondulan, y endechas tiernas, nenias moribundas....

—Oh, Eros!.... yo tengo miedo... los hombres tenemos ásperos dolores de la mente, y espasmos de soberbia que mancharán la casta modestia de tu espíritu yo tengo miedo ...no hables tan fuerte, para que Dios no te oiga.

*
* *

Entonces cayeron al suelo á millares, las unas sobre las otras—á millares,—las hojas secas y amarillas, y las flores desprendidas de sus gajos; y Eros, transfigurada, divino fantasma, con la cabeza echada hácia atrás, estática en el cielo y en el sol—cayó de sus brazos para acostarse y morir sobre el sepulcro marchito Vestia un traje blanco de raso con festones y guirnaldas de azahares y tenia zapatitos con hebillas de plata, envuelto el cuerpo rígido—largo á largo—en el tul transparente de las novias!

Dormia...su almohada fueron las ondas voluminosas de su cabellera rubia y las gotas de oro del sol rodearon como una diadema su frente pálida de muerta!

*
* *

Así pasaron el mes de Julio—el uno para el otro. Se impregnaron recíprocamente de todos los átomos de su ser moral. El carácter de Mendez se modificó en las caricias de su voz, en esos diálogos, en que Dolores le entregaba toda la infantil y juguetona resignacion de su espíritu. No era pues toda la vida humana, aquella que él habia estudiado y sentido hasta entonces. Habia fuera del círculo frio y siniestro en que su orgullo lo habia encerrado, fuerzas mas sanas, mas varoniles y era aquella niña que le hacia vislumbrar el mundo nuevo y juvenil. Sentia la necesidad de ser comunicativo. Hablaba de sí mismo. Decia como era, sin ambages, ingenuamente, chispeantes á veces, profundo y elocuente en los arrebatos de su poderosa inteligencia y tenia en sus palabras como un espejo á través del cual se veía su espíritu, lleno de transparencias. Eran sinceros los dos. Fueron niños, mucho tiempo, aturridos casi en aquella pasion regalándose flores y chiches deliciosos, mirando á veces el anillo de oro muerto, que tenia grabada la fecha memorable. En la sobreexcitacion de la fantasía, todo lo inventaban para pasar las horas entretenidos, con esa instable volubilidad y con ese olvido de las cosas reales, que hace parecer un sueño—un alegre sueño inmortal—esas únicas y espléndidas horas.

Un día le preguntó Dolores, cómo había sucedido eso de la herida.

Fué así, contestó Cárlos. Al día siguiente del baile, yo me creí un hombre libre. Ya me había librado, con tu permiso, de ese demonio.

Gracias, dijo Dolores. Y despues?

Estaba en lo del demonio preguntó Cárlos.

Por lo menos muy cerca de ese personaje.

Eueno pues; salí á la calle y caminé mucho porque queria ver bien cómo era un hombre libre. Genaro me seguia con el coche y me miraba con una seriedad triste. Ya habia vuelto, te acuerdas? con aquellos regalos.

Sí me acuerdo.

Y yo esta noche los he traído, añadió el médico.

Gracias. A ver, démelos pronto—y la piocha salió temblando y chispeando de su estuche de terciopelo azul.

Quieres que yo te la coloque? preguntó Mendez.

Pero no me vaya á hincar la cabeza, señor.

Ya está.

Dolores se levantó y se acercó á un espejo.

Déme el collar.

Aquí lo tiene, señorita y Mendez lo levantó á la altura de sus ojos.

Démelo.

No.

Por qué?

Yo quiero rodear su cuello con él.

Majadero! tome y la niña inclinó un poco su cabeza hácia el novio, mientras este dejaba caer el collar.....

Y? preguntó sonriente Dolores.

Y qué?

Cómo me encuentra?

Espléndida.....

Y el demonio?

Cuál?

El del cuento.

Tiene la tez de mármol y grandes alas de seda.

Se imagina que yo le voy á perdonar eso?

No sé. Qué va Vd. hacer?

Vengarme. Traiga ese almohadon cerca.

Yo?

Sí, Vd.....y ahora arrodílese.

Qué altivez. Yo soy un humilde vencido.

Sabe Vd. con quién está hablando?

Vd. es una celestial criatura.

No se repita. Ya me lo ha dicho muchas veces.

Quién soy? adivine.

Vd. es todo, Dolores, mi corazon, mi voluntad, el númen de mi inteligencia.

Qué monotonía, por Dios. Adivine quién soy.

Qué se yo? Vd. será mi madre, antes, mucho tiempo atrás.

Es desesperante. Acérquese. Venga. Yo se lo voy á decir al oído.

Ella tomó la cabeza entre las manos y acercando sus labios trémulos de emoción, le dijo en voz tan baja, que parecía un murmullo suavísimo y lejano y trepidante de amor.

Quieres saber quién soy?

Sí, Dolores, contestó el médico, mientras sentía correr por todo su cuerpo el frío del estremecimiento.

Yo soy Isabel, la heroica castellana de Insuriz, la de la negra, luenga y ondulante cabellera, peregrina de las noches tristísima del abandonado y viejo y solitario castillo.

No, no! Tú eres toda la leyenda, exclamó Carlos, echando su cabeza hácia atrás; todos mis cantos, la embriaguez de la dicha eterna y el sol deslumbrador de la nueva vida... Tú eres Dolores, mi pequeña Dolores amable, suave, de filigrana como el encaje, ideal como la primavera.

Es cierto, es cierto, repitió la niña, los ojos llenos de sonrisas... Tú eres mi señor y mi poeta glorioso... Mirá la piocha, Carlos.

Tiembla de chispas.

Mirá cómo reflejan las perlas, la lumbre de la estufa.

Tienen las alegrías de la aurora....Son alfombras de pétalos de rosa que se rasgan en sus esferas. Quieres Dolores darme tus manos?

Sí quiero....

Yo las voy á mover de un lado á otro con suavísimos vaivenes. Sabes tú lo que es eso?

Sí sé.

Dímelo.

No: dilo tú.....

Es una cuna de alabastro....Si tuviéramos un velo azul para adornarla y una cinta de faya de nácar....Hace frio, Dolores, y las cunas pueden morir en la atmósfera helada.

No. Yo tengo una pequeña colcha de raso que palpita. La voy á abrigar con mi corazon...Acerquemonos á la ventana...Tú, pequeña qué Dolores, quieres ver el cielo de la noche

Espérate. Voy á secar con mi pañuelo la humedad del vidrio.....

Eternamente asi... es verdad?...

Sí Dolores, eternamente....

El cielo estaba sereno y claro y se veian aquí y allá brillar algunas estrellas, mientras la luz de la luna, que se ocultaba detrás de la

arboleda, invisible para ellos, se difundía, haciendo transparente la atmósfera. Había en toda la casa un silencio profundo, solamente interrumpido por el crepitar de la leña y el ruido de algún trozo de brasa, que caía sobre la reja. Estuvieron silenciosos un largo rato en la elocuencia prolongada de aquella emoción....

*
* *

Él le contó aquella historia, cuando dos ó tres días después empezó á sentirse tan solo y á encontrar tan fría la vida. Se imaginó que leyendo y trabajando iba á poder llenar sus horas, pero empezó á no encontrar objetivos y á sentir en la garganta sensaciones de acibar. Era cierto, que él había olvidado á Dolores y no tuvo jamás debilidades plañideras y femeninas, pero aquel gigante récio del tedio, á quien esa pasión había arrojado lejos, volvió á achatarle el cráneo con su férrea manopla. Iba á veces á ver á la madre, pero ya como hombre desfalleciente y cuando ella le aconsejaba con dulzura, concitándolo al trabajo, contestaba: para qué y para quién? Siempre habrá en el cajón del escritorio, para las tres varas de tierra, que necesito. Decía estas cosas

no como un vulgar pesimista de esos, que encuentran el mal en todas partes y lo escriben para producirlo, sino como hombre que habia acumulado rencores contra sí mismo, hasta que en medio de aquella tormenta, despues de dos años de apurar soliloquios, buscó en la muerte el camino de la paz eterna.

*
* *

Ya iba á llegar Setiembre. Era necesario buscar la casa, en que se iba á iniciar la nueva familia. Al fin dió con una, que satisfizo á todos. Era de gran patio y anchos corredores á un lado y otro, espaciosa y alegre, con arboleda en el fondo, el algibe de baldoza lucientes y azuladas. Puso muebles modestos, porque no sabía de otro modo y resultó una extraña casa de soltero, que Dolores transformó mas tarde en una encantadora vivienda. A ella la veian salir á menudo y entrar á las tiendas y pasar muchas horas cosiendo . . .

*
* *

La última noche estaban sentados los dos en la sala un poco silenciosos, en el aire tibio y lleno de brumas, mientras penetraban por las ventanas abiertas las fragancias del jardin. De

repente sonaron en la calle los trinos de varias guitarras y se elevó una voz purísima y melodiosa, lleno de entonaciones profundas de sentimiento. Mendez irguió la cabeza, inclinando el oído y se levantó.

Quién es? quién canta así? dijo conmovida Dolores.

Es Genaro, contestó el médico.

Qué bueno parece, exclamó la niña.

Es un corazón, Dolores. Tiene la dulzura de un niño y es temerario y terrible en su valor. Ha sido siempre mi mejor amigo y estos cantos son un tributo que paga á su cariño por nosotros

Salieron á la puerta á escucharlo. . . .

*
* *

Genaro habia visto á las flores en la mañana difundir aromas, cuando el sol las besa. Son como las flores los que se aman!

*
* *

Tienen auroras, luz y alegrías y lóbregas noches. Cierran sus pétalos, visten de luto, bajo esa cruz caminan, sufren y mueren. Cómo solloza el almame su guitarra de sentimiento!

* *
*

Llega la primavera, vuelan los pájaros sobre los campos desiertos. Son felices. Levantan en el pico pequeñas ramas torcidas y hojas secas. Tejen el nido de sus amores entre la flor del durazno.....

*
* *

Cantan volando, con las alas estendidas, que parecen largos flecos de seda y se pierden lejos en el azul del cielo.....Buscan rayos de sol para sus nidos....

*
* *

Pian en la tiniebla y no duermen y levantan la cabecita inquieta hácia las estrellas y en cambio de sus cantos, le piden para los hijos luz y piedad á los soles de la noche y asi rezan mucho tiempo, mirando esos compañeritos, que tiemblan allá arriba silenciosos.

*
* *

Genaro habia visto á las flores difundir aromas, cuando el sol las besa y palpitar de sentimiento el alma de su guitarra, para que ellos fueran felices, Carlos y Dolores, como los pájaros que tienen nidos, como las flores de la mañana....

*
* *

La voz de Genaro se iba alejando entre la bruma, mientras la luna que se levantaba en el

horizonte difundia ténues vislumbres en la densa capa de vapores y una que otra luz mortécina se veía aletear apenas en las casas del barrio. Se abrazaron en el umbral, frente al silencio de aquel jardín, que ellos habían caminado tantas veces de la mano, en medio de las penumbras de la noche. Parecían una visión Osiánica, apenas iluminada por las moléculas de luz de auroras boreales ocultas en lontananzas infinitas y la canción de Genaro, que ya se desvanecía tan lejos, los ecos de las tiernas baladas, que hacen estremecer de amores los lagos azules y despiertan la embriaguez de la vida en la noche polar y eterna.....



XV

EPITALAMIO

Hubo mucha agitacion en la casa del Rio, en aquel hermoso dia primaveral de fines de Agosto. Dolores se despertó mas temprano y salió al jardin, caminando del brazo con el viejo un gran rato, sin conseguir que éste iniciara ningun diálogo. Parecia triste y sus palabras tenían una extrema dulzura y aquel almuerzo fué casi silencioso. A la tarde llegaron algunas amigas y grandes ramos de flores y estuches elegantes, que ellas miraban revolviendo todo con gran curiosidad y admiraciones de todo género y los disponian en su dormitorio aquí y allá sobre la alfombra y en las sillas y sobre la verde colcha de seda. Largo y estendido en el sofá de rojo terciopelo, estaba el traje blanco de novia. Propendia léjos la cola brillante de raso, adornada de gaza la bata, las guirnaldas

de azahares de arriba abajo de la pollera, tomadas con un elegante moño de moaré, mientras el velo transparente caía al rededor de él, como abandonado al acaso. El abueio del Rio parado cerca del porton de reja de la verja miraba en silencio salir para la casa de Mendez los cajones rectangulares, en que se iba la ropa de la nieta; oyendo desde allí el cotorreo rumoroso de las niñas, que hablaban todas juntas, mientras cerraban y abrian estuches y él las veia ir y venir agitadas por el cuarto de Dolores, contemplando con la cabeza agachada aquel aturdimiento.



Por la noche se reunió mucha gente en la vereda de la casa, formándose corrillos bulliciosos y se veian mujeres con grandes mantos negros espiarlo todo, cuchicheando sobre la belleza del ajuar y la esplendidez de los regalos. Habia mucha crítica y los comentarios no eran favorables para Carlos Mendez. Su cara seria, que imponia respeto, lo austero de sus costumbres y las contestaciones recias, que le habian oido alguna vez, lo alejaban de sus simpatias, y se oían augurios siniestros para la pobre niña. En cambio ese gran cala-

vera de Valverde, que se paseaba por allí con algunos amigos, era el mismísimo mandinga irresistible, conquistador y travieso, risueño y amable y toda aquella siniestra historia de Paloche y las aventuras galantes y peligrosas, que de él se contaban, lo habían hecho el hombre á la moda. Por eso sentian cierto secreto, placer y un prurito de curiosidad, cuando él se acercaba á alguna de ellas, á conversarle, y mejor todavia si eran anécdotas verdes y picantes que hicieran vislumbrar veladas las visiones de la orgia lasciva....

*
* *

Cuando Mendez bajó de su coche y subió á la casa, Enrique, un poco léjos, en medio de sus amigos, dijo, señalándolo:

El imbecil! Allí lo tienen....Se ha instalado ahora. Puede estar tranquilo porque va á cumplir su mision sobre la tierra. Ha pasado toda su vida, enclaustrado como un fraile, sin conocer mas mundo, que el de su biblioteca y ahora hételo! aquí, saltando fuera.... Se casa pues y no sabe cómo cantan y mueven la cola las sirenas. Ahora, mis amigos, seguia Valverde, calcando las frases con tono socarron, es necesario dejarlo, porque ese predes-

tinado vá á formar familia y se sonrió maligno y diabólico.

Dicen que tiene talento, observó uno de los amigos.

Sí, contestó Enrique. Escribe. Es tan infeliz como eso. Vive emparchado de genio y de misteriosas y serias austeridades y no conoce la calle.....Es un pobre diablo, que se imagina que los hombres son como él los piensa y vé crímenes y cosas deshonestas en el mas nimio desliz, eso que nosotros encontramos lo mas natural del mundo.

Cómo se averiguará la muchacha, con su insoportable carácter? dijo uno de ellos.

Qué! mi querido amigo! Si es un ingenuo y un anacrónico. Ella vá á ser la dueña absoluta. Imagínense, que en vez de echar su cuerpo á través de la vida audazmente, como nosotros, ha preferido pegarse un tiro. Con eso está todo dicho.

Por amor, tal vez?

No, contestó Valverde. Quién sabe? Yo lo conozco. Es un orgulloso y un gran aburrido.

En este tiempo? que imbecilidad, replicó otro.

Es que Vd. no sabe, que así son estos lógicos que forman familia y cumplen la consagrada mision, repitió Enrique, con su aire burlesco y agrío.

Porque para eso, Don Carlos, le habrá pedido plata á Vd., rugió una voz detrás de él y al darse vuelta, vió la cara sombría y tormentosa de Genaro que estaba cerca. Valverde no se inmutó. La apóstrofe violenta se habia estrellado en su frente impassible y se contentó con murmurar, dándole la espalda; para tal amo, tal serviente.

De todos seré serviente, repuso Genaro, con tono amenazador, menos suyo.

Mejor es retirarse, dijo Valverde tranquilo y frio, si no me voy á ver obligado á castigar á este insolente.

A mi? gritó Genaro, con voz ronca. Vd? castigarme? Ni mi padre! Ni mi patron! Castigarme? Vd? á mi? Vd? Agua!!!

Los amigos de Enrique se prepararon á repeler la agresion, pero Genaro habia sacado su puñal y lo levantaba en el puño vigoroso, mientras la madre y Santa acudian á contenerlo. Se tranquilizó, retirándose con ellas. Pasó á través de toda la gente, que se habia reunido á los gritos de la disputa y repetia el jóven entre dientes: canalla! lengua de víbora! yo te la he de cortar algun dia.

*
* *

Mientras esto sucedia afuera, en la sala ilu-

minada y llena de perfumes habia muchas niñas, que esperaban la llegada de la novia, impacientes porque nunca concluia de vestirse y se sentian desde allí los diálogos de los amigos de Mendez en el comedor. Habian rodeado á D. Manuel de Paloche y otras alcurnias, grande y viejo amigo del abuelo del Rio y á quien Cárlos y él habian pedido que no faltase. Sentian hacia tiempo una profunda conmiseracion por sus desventuras y lo habian ayudado en su pobreza de todas maneras. Vestia D. Manuel una gran levita negra, rodeado el cuello alto por algunas vueltas de una ancha corbata de seda oscura. Estaba tieso y satisfecho y habia resuelto hablar poco; pero en seguida, arrebatado por las bromas semi-sérias de aquellos, sobre su poema futuro, empezó á sentir como desazones y pruritos por dentro y atropellada su cabeza por un torrenté desbordado de ideas y de palabras y ya no pudo contenerse. Habló de medicina, de los métodos de curar, de las injusticias de la Facultad, de ese ogro siniestro del esfenoides y de sus esperanzas de gloria y de riquezas. Todo eso lo iba diciendo con una extraordinaria volubilidad, saltando de un tema á otro y concluyó por declamar aquella primera y famosa octava:

Canto el masaje Dioses del Averno!
El arte de curar maravilloso
Que en el Parnaso, consiguió el eterno
Laurél de gloria

Bravo, muy bien! dijeron todos.

Qué les parece, señores? preguntó Paloche.
Épico! épico!

Seguiré entonces: oh Musas! ..

Por favor, interrumpió el mas jóven, podria
dejar eso para otro dia, señor Paloche?

No, mi amigo.... El masaje, elevado á pana-
cea universal, causará una revolucion en la te-
rapéutica y yo lo digo en las dos últimas es-
trofas: porque ese hecho necesariamente im-
plica.

Que quede suprimida la botica....

No entendemos, D. Manuel.

Pues es fácil. Yo lo canto en el libro octavo
del poema. El ejército de los masajistas rom-
pe en masa sobre esos negocios de inútiles
drogas y los destruye oh! una lucha colosal
con sangre é incendios ... porque así sola-
mente se anonada la tradicion y la rutina. Les
recomiendo el octavo canto.... y hubiera se-
guido D. Manuel, contento de navegar dentro
de su locura á no haber entrado el abuelo á
invitar á los jóvenes á pasar adelante....

Fueron entrando estos á la sala y se colocaron frente á las niñas, con ligeras inclinaciones de cabeza. En el medio quedaba vacío un ancho pasaje, en cuyo fondo veíase arder la estufa y dispuestos aquí y allá grandes ramos de forma elegante y caprichosa, mientras la araña del centro con cuatro grandes lámparas de tubo derecho y deslumbrador y largos caireles de cristales prismáticos, brillaba de vivos matices de atornasolado y movedizo color. Llegó el abuelo del Rio, trayendo á Dolores del brazo, espléndida la efígie pálida debajo de la frente coronada de azahares, con su largo y albo y nítido vestido de raso, la cola como acostada, rozando con leve estridor las alfombras. Tenía el gran ramo de las mismas flores artificiales en la mano derecha y el tul prendido con la piocha temblorosa y chispeante, cayendo abandonado hasta el suelo. Catalina Mendez tenía el hijo á su derecha, colocado al lado de la novia. Este se encontraba tranquilo, y como distraído en medio de todos y miraba los muebles mudos testigos de todo el idilio y parecía no acordarse sino de aquel futuro tan nuevo, que desplegaba adelante sus senderos y todo este grupo estaba en el ancho pasaje frente á la estufa, mientras los amigos de un lado y otro formaban larga fila, como á rendirles homenaje.

Apareció el jóven sacerdote, con un libro en la mano—un noble rostro blanco, lleno de dulzura, de grandes ojos castaños é inteligentes y se paró frente á ellos, vestido de la blanca casulla, colgando de su cuello la estola de brocato, recamada de oro. Su voz suave se levantó en medio del silencio. Leta la epístola de San Pablo, que une en Jesús y en la Iglesia las almas y los cuerpos en la vida, y manda el amor hasta el sacrificio y la muerte y ordena al hombre entregar á Dios la mujer santificada, «sin mancha, ni arrugas». Cerró el libro el padre y dirigiéndose á la novia, dijo:

Señorita Dolores del Rio, quereis al Sr. Carlos Mendez por vuestro esposo?

La niña inclinó la cabeza asintiendo.

Os otorgais por su esposa y mujer?

Sí, contestó Dolores, con la cabeza un poco inclinada y con voz apenas perceptible.

Recibislo por vuestro esposo y marido, segun lo manda la Santa Madre Iglesia?

Sí.

Cuando Mendez hubo contestado las preguntas, el sacerdote, pronunció con voz solemne estas palabras: Yo, en nombre de Dios Todopoderoso, os bendigo y os declaro unidos en matrimonio y levantó la mano abierta, que fué lentamente bajando y describió una cruz

cerca de la frente de los novios, que se tenían en ese momento de la mano.

*
* * *

En seguida del Rio abrazó y besó á Dolores en la frente, mientras Catalina casi sollozando, acercaba su cara á los lábios del hijo, feliz en aquella victoria de la vida sobre las desesperaciones, que ella habia ganado con su cariño. En seguida Cárlos estrechó la mano del anciano, mientras Dolores y la madre mezclaban en los brazos la una de la otra—sus alegrías y sus lágrimas. Se acercaron despues las niñas á felicitar á Dolores y ella le regalaba á cada una un boton del ramo de azahares y las presentaba á Mendez. En seguida los jóvenes fueron uno á uno á saludar á los novios y Cárlos conmovido y casi aturdido en medió de aquellas alegrías, equivocaba los nombres de esos muchachos, que les habian perdonado tantas veces, las irascibilidades y los ímpetus de su carácter. Cuando llegó D. Manuel, Dolores tuvo para él palabras de profundo agradecimiento.

Oh, figúrese Vd. señora, contestó éste, estos servicios entre colegas no se agradecen. Es un deber ineludible.

Estallaron luego del piano los primeros acor-

des de una marcha nupcial en medio del murmullo general de los alegres diálogos y los novios del brazo paseaban por la sala seguidos de muchas parejas, mientras se desataban las notas melodiosas, poblando de armonías la vieja sala señorial, que parecían cantar para todos el poema de los augurios felices. De repente los novios y Catalina desaparecieron, pero el abuelo del Rio cerca de la puerta del dormitorio, de donde contemplaba la fiesta, vió salir y siguió lejos la luz de los faroles del cupé que daban saltos —en aquellas calles sin empedrar—en medio de la noche.

*
* *

A las doce la casa quedó sola. El viejo empezó á caminar por la sala con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos fijos, la barba cayendo blanquísima en medio de la luz. Había vivido tanto ya, que podía pensar en morir tranquilo, ahora que Dolores se había ido para siempre. Sin embargo, la vieja casa, que tenía tanta honda tristeza en sus muertas memorias, era sinfonia vibrante, que sacudía toda su grande alma aguerrida y acompañaba su camino con sus écos melancólicos. Como resonaba el comedor, llenas las paredes de aque-

llos retratos de héroes, con su chimenea deslumbradora y roja, como resonaba de la voz juvenil de sus hijos, y como corrían á través de esos dormitorios oscuros las respiraciones de su descanso profundo.... como antes, cuando él llegaba al lado de ellos en puntitas de pié para no despertarlos! Cómo pasaba gloriosa y mártir la noble efigie de la madre y lo envolvía en el murmullo de sus alas de santa.... allí mismo, como en otros tiempos, cuando él llegaba de sus campañas y colgaba al lado de su cama la vieja espada! El no debía desaparecer entonces, mientras pudiera verse el rostro y el cuerpo, lleno de cicatrices y rutilara á través de ellas la sangre, que había saltado á chorros en medio de los bramidos del combate. No! hasta que esas banderas, que forman los trofeos, sobre los cuales había descansado su soberbia cabeza de batallador, no perdieran los colores corroidos por el tiempo y no se disgregaran las panoplias de sus armas de guerra, átomo por átomo! Él no debía morir, mientras conociera los muebles de aquella sala, donde en la noche se reunió tantas veces la familia y donde para cada uno de sus muertos se había levantado el túmulo tenebroso, cubierto de la negra guadrapa.... cuando él encorvado y viejo cortaba flores del jardín y

teja sereno guirnaldas para los féretros, que le arrebatan para siempre la sangre de su sangre! Porque él erguia esa noche su cabeza luminosa de reflejos sidéreos y miraba con sus fieros ojos indomables todo aquel inmenso escombros y solo oía entre las piedras palpitantes aquí y allá el nombre de sus hijos que le narraban con sonoridades de epopéyas las inmortales proezas. Se dibujaban cerca de los cuadros líneas serpentinadas y fulgurantes y cruzaban aquel ambiente de relámpagos, que tenían escrita entre sus rayos indelebles la honra inmaculada de su casa. Él no debía morir, mientras pudiera conocer aquellos uniformes, rasgados de las anchas heridas de bayoneta, atravesados por agujeros oscuros, que conservaban entre su trama los últimos latidos de aquellos corazones moribundos! Por allí vagaban todos en su memoria. Vivían la noche semi-insomne de los campamentos, bajo las tiendas en hileras y caían despues con el ceño torvo y el pecho abierto por la metralla frente á los cañones enemigos. Porque en esa su casa hubieron llantos de madres, que besaban los recuerdos abandonados en sus cuartos en el delirio de mortal congoja, y esposas prosternadas, sollozando de esperanzas y de plegarias. Vistieron luto despues y caminaron há-

cia la tumba de la familia, desparramando lirios, violetas y anémonas. No debía irse para siempre ese viejo abuelo, que era el guardian huraño y gigantesco de la grande urna solitaria, en que se habia transformado la casa del Rio, que conservaba en sus criptas el alma elocuente de tanta verecunda memoria. Nunca! Sentarse allí, tocar todo, defenderlo de la mirada y del pié profano, ser la enorme pupila melancólica, centinela dia y noche, moviéndose inquieta de un lado á otro, para que no se quedaran solos los queridos fantasmas y tuvieran flores en las primaveras y sombras estivales de arboledas y lumbre en los dias atenuados. Porque al fin allí estaba el cariñoso mundo que le hablaba de Dolores á cada rato. La sala, su piano, aquella copa de agua cristalina sobre su mesa de noche y el perfume de toda su angelical persona irradiando en el ambiente... y ese jardin que ya brotaba en el seno del calor y de la luz y que él iba á carpir y regar, para que tuvieran ramos ellos en sus centros de mesa. Y sentia el viejo revolotear al rededor de su cabeza de nieve, las hadas que inspiran las aéreas y alegres imaginaciones y entró retozando en su cuerpo como una oleada bravia y prepotente de resurreccion, como si para guardar todo aquello hubiera recobra-

do la gallarda fiereza de los tiempos juveniles aquellos, en que el ojo rie y se tiene la barba de seda y oro....

*
* *

Se arrodilló el gran anciano en medio de la sala con la frente en la luz, los ojos elevados, en el ensueño de las beatitudes estáticas y con voz alta dijo, como si rezara en medio de sus hijos: Aparta de mí el caliz, Dios del dolor! Cuando la noche de la inconciencia descienda en mi cerebro, yo lo apuraré con estas manos secas! Cuando mi memoria y mi voluntad se hayan perdido y yo no conozca los uniformes desgarrados y sangrientos y mi brazo inerte y mi pupila indiferente y fria, ya no puedan defender estos recuerdos! Cuando yo camine como un sonámbulo, dentro de la lóbrega sombra de mi inteligencia y sea la última y muda y moribunda larva de la vetusta y desgajada mansion.... Entonces morirá del Rio, desfibrado todo su cuerpo y deshecho en la grima desgarradora del recuerdo. Adios! á los pobres corazones queridos, que han entristecido mi casa yéndose para no volver mas, y van á incinerar al fin al roble gigantesco, que ha bebido ochenta años los éteres de la naturaleza, sin doblar jamás la copa opulenta de hoja y ramas en las tormentas fulmíneas de su larga vida!...

LIBRO SEGUNDO



I

LA NUEVA CASA

Seis años después el abuelo del Rio cumplió su promesa. Sus pupilas eran dos manchas redondas y cenicientas. Sus cristalinos se habían petrificado y las cataratas habían llenado para él al mundo de claroscuros. Ya no pudo ver los uniformes desgarrados y sangrientos y dejó de ser el guardian celoso de aquella casa, que era la urna que encerraba el muerto corazón de la familia del Rio....Entonces murió. Sus dos últimas lágrimas las enjugó Dolores sollozando inclinada sobre su frente, mientras el arco abultado de la ceja izquierda del guerrero moribundo descendía sobre el párpado casi á ocultarlo, como en los días de las batallas legendarias. Su mano de piel arrugada y manchas cobrizas bajó despacio en las últimas respiraciones sobre la mejilla de la chiquita de

los cuentos, una adorable mariposa de cinco años, que volaba por toda la casa, dejando caer perfumes y el polvo de oro de sus alas, conversando el día entero los diálogos de las alegrías inquietas. Dolores y Carlos arrodillados á un lado y otro de la cama velaron un gran rato aquella grande y varonil efigie muda, blanquísima en las sombras de la noche.

*
* *

Sobre su negro féretro la bandera á traves y la espada á lo largo, festones de aromas y coronas de violetas. Algunos soldados, los compañeros de las viejas glorias, iban caminando al paso en el cortejo. No hubo música, ni estruendos de fusilerías ni humaredas de pólvora. No era posible. Había estado de sitio y estaba prohibido morirse. Mucha gente márchaba entonces muy ágil y suelta de movimientos, porque le habían al fin arrebatado ese grave impuesto, que se llama libertad... Derechos no existían, pero deberes tampoco.... Se hacía vida de patriarcal paciencia, á pesar de haberse concluido el pan y las riñas de gallos.... Los pensadores de ese tiempo traducían así el latínico aquel: *panes et circenses*.... El ejército estaba lejos, peleando en lucha fratricida. Como

siempre! Cuántas cosas hacen los soldados intrépidos, que no quieren hacer! En el cementerio nadie habló. Los escondidos de las criptas pudieron esta vez siquiera recibir esa honradez que llegaba, en medio de la augusta religión del silencio, donde cabe todo lo sublime... Mejor eso que los panegíricos y los epitafios, que no son capaces de sintetizar los martirios y los heroismos de cualquiera de esos guerreros oscuros. El cajon, sostenido con sogas que pasaron por el hueco de las manijas amarillas de bronce fué resbalando despacio al sepulcro donde quedó estendido al lado de sus hijos, muertos por la patria todos ellos. Carlos Mendez entregaba una por una las coronas con religiosa piedad, pensando que aunque despues no vaya nadie allí á visitarlos, esos sarcófagos no quedan solos, porque la bandera los cobija y se desmenuza y se incinera y se dispersa con ellos en el viaje eterno... Oh si no fuera por sus caricias silenciosas, quién sabe si aquella seria la mejor manera de morir! Estan tan abandonadas á veces esas pobres urnas gloriosas! Poco á poco se fueron yendo todos y Carlos empezó á vagar por todas las calles, como si no pudiera salir de aquel mundo funerario, arrodillado despues sobre el sepulcro del padre, escuchando toda la profunda y

tétrica poesía. La voz de Genaro que le pedía órdenes con el sombrero en la mano lo despertó y lentamente salió del cementerio y se hundió con la cabeza agachada en el asiento del carruaje. Genaro emprendió la marcha crujiendo y castañeteando las ruedas sobre las combas resbaladizas del empedrado de entonces, hasta que se hizo un roce rápido uniforme y sin estrépitos, al llegar al colchon de polvo de los suburbios.



Era á principios de Setiembre, en la estación variable y movediza, en que el durazno se cubre de la flor maravillosa y rosada, en que pululan las yemas y empiezan las hojas á desplegarse. Entonces hay dias primaverales que llenan el espíritu de la admirable y tibia sensación de la vida que resurge y la golondrina cruza los suburbios con las alas extendidas en su volar violento y se posa tranquila sin moverse ya en el borde del techo. Al que vió en invierno los cercos de sina-sina desnudos y retorcidos y la arboleda, perdida la morbidez opulenta de la forma, transformada en una selva de ramas ríjidas, delgadas y puntiagudas en el mudo ensimismamiento de la vida la-

tente y dormida, llena de asombro la contemplacion de todos los pequeños estremecimientos que anuncia la llegada de la admirable mensajera con ropaje de flores. Bajo el cielo mas puro, en medio de los rayos del sol mas espléndido, que antes, hay familias innumerables de pájaros, que revolotean en bandadas y saltan de rama en rama y llegan perfumes de heno exquisitos y hay noches serenas, que hacen descubrir la cabeza y buscar la brisa fresca y admirar y bendecir los astros. Pero el invierno no ha concluido. De repente se levanta en el horizonte el paño oscuro de la tormenta, que asciende con siniestro sigilo; la naturaleza tiembla sacudida por el furor y los estampidos de los ciclones y el frio y el barro vuelven á azotar léjos las cosas tibias de la primavera. Entonces por la mañana suele la campaña todavia cubrirse de la blanca mortaja de la helada hasta que otra vez se levanta la temperatura y en las ráfagas cariñosas estalla la pompa multicolor de las corolas y se extiende mas tupido el verde tapiz del bosque. Es en esta estacion que empiezan á desarrollarse los sucesos del libro.

Mendez entró en su casa transformada en un pequeño paraíso. Es linda y aseadita con su patio grande de baldosas rosadas y nítidas. Tiene dos corredores divididos por un ancho pasaje de piedra cuadrada y él la solía contemplar á veces sentado en el rincón fresco del corredor á la izquierda mientras el sol la baña en frente. Desde allí veía á través de los árboles del jardín rasgos de cielo azul á lo lejos y los cirrus cándidos como un montón de tules que vagan y se mecen y ondean en la luz. Abajo, cerca de la pared que la enredadera tapiza con sus barbas el arco de hierro, de donde cuelga la roldana del algibe y engasta un medio círculo de sol y diez perales, que son todo su bosque delicioso y verde, blanco de flores y lleno de cuchicheos y de murmullos. Mas lejos una abra elegante, formada de un costado y otro costado por los troncos de la parra enhiesta, áspera, verdinegra, agrietada á lo largo y descascarada á trechos. Están tristes los sarmientos secos y nudosos, que se entrelazan arriba formando la bóveda amplia, porque no han recibido todavía el beso ardiente y esperan los rayos de oro para la uva, los rayos que ya palpitan en medio de la algazara canora de los nidos. A diez metros y debajo del corredor de la derecha ocho tinajas de cedro, pirá-

mides truncadas con la base en alto abiertas para recibir la tierra negra. De allí surgen esbeltos y largos los tallos verdes de las calas, con su monopétalo en forma de cartucho nacarado y en el medio el estambre grueso, erguido, amarillo, cubierto de pólen fecundo. Después diseminadas en el césped, que se extiende debajo del bosque, las flores, las maravillas diminutas del color y de la gracia, las hadas encantadoras con los matices del iris en la frente. Tienen su lenguaje. Hablan el idioma de las caricias perfumadas, que se arrojan las unas para las otras, cuando el día nace y llena el mundo de hilaridades y cuando cae y envuelve á las formas todas en su enorme manto escarlata de moribundo. Debajo del corredor las habitaciones, por cuyas puertas abiertas de par en par, penetra á raudales la primavera en el aire tibio por las alfombras y en la penumbra de las cortinas que la defienden del sol.

*
* *

Mendez entró al dormitorio, llevando de la mano á la chiquita y vió á Dolores al lado de la cuna meciendo y cantándole á ese último hijo suyo, que estaba enfermo. Tenia su cuerpecito extendido y escuálido, las mejillas blandas y

caidas, envuelto en mucha ropa de lana. Respiraba con ansiedad y tosía derepente mirando al rededor con ojos grandes y abovedados, que salian de las órbitas, como á querer iluminar aquella intensa demacracion pálida, mientras el aire gorgoteaba entrando á través de los bronquios enfermos.

-- Cómo ha pasado la tarde? preguntó acercándose al niño.

— Muy mal, Cárlos, repuso Dolores. Ha tenido mucha fatiga.

— Es desesperante esto, murmuró con voz sorda el médico. Yo ya he hecho todo. He leido y buscado todo. Los remedios deben ser una grosera mentira y solamente un espíritu imbécil pueden creer en ellos. Y entre los libros y con toda mi vida pasada estudiando yo no lo voy á salvar, no, no.

—Cárlos, por favor, interrumpió Dolores, el nene te está mirando, como si supiera lo que dices.

—Tienes razon. Pero estas no son cosas que uno acepta resignado.... Y despues algunas veces pienso que me puedo haber equivocado y que tal vez hay algo que hacer todavia. A ver.

Ella lo cargó y el médico, separando un poco de ropa, inclinó la cabeza sobre el dorso

anhelante del niño y lo auscultó un largo rato.

—Y? dijo ansiosa la madre. Cómo está?

—No está bien, Dolores.

—Lo perderemos entónces? preguntó con miedo.

Oh Dolores! exclamó Cárlos, no pienses en eso todavía; puede ser que salve... pero tú eres santa y fuerte, añadió temblando y yo no me voy á mover de tu lado.... aquí me voy á estar... quiero mirarlo contigo mucho tiempo y conservar toda mi vida su recuerdo.

—Lo voy á acostar entonces Cárlos y ya no lo vamos á mover mas, pobrecito! para que se vaya tranquilo.

Y escucha lo que te voy á decir, seguia el médico. Cuando esto sucede en otras partes, nosotros somos el yunque donde cae el martillo y nos lastiman la reputacion y somos objeto de la diatriba, porque es necesario que alguien tenga la culpa de estas desapariciones, y no se aperciben que en nuestras mismas casas, con nuestras criaturas nos retorremos mas de una vez las manos en la impotencia. Qué injusticias son estas!

—Hay mucho que perdonar Cárlos, á los que mucho sufren.

Si fueran los padres todavía, seguia Mendez con entonacion casi violenta.... pero no por-

que estos se acuerdan que uno ha estado con ellos en todos los momentos, acompañándolos y que toda aquella congoja de la casa ha conseguido entristecer nuestra vida.... pero son algunos de estos otros, de esos indiferentes, que mandan preguntar por la salud de nuestro hijo, como si se les importara algo, deseando que haya un dolor en esta casa, que no ha tenido ninguno todavía....

En ese momento el niño tosió. Una tos áspera y larga que precipitó al torax en una convulsion agitada de movimientos respiratorios. Los dos acudieron á la cuna y en el silencio, que siguió despues, se sintieron en el corredor los pasos de un hombre, que iba y venia sin cesar, acercándose á la puerta, como si algo esperase, mientras las sombras de la noche iban llegando calladas. Al fin pareció decidirse: dió dos golpes á la puerta del cuarto de vestir, llamando á Mendez.

Quién es? dijo éste saliendo.

Genaro, señor. Yo soy. Hace un rato que estoy por acá, por si me precisan y me voy á estar toda la noche.

Gracias, Genaro.

Y tambien señor, seguia Genaro, retrocediendo como si quisiera atraerlo al médico, tambien quiero decirle una cosa.

Qué son estos misterios, Genaro? Habla de una vez.

Aquí no señor. Ella no quiere que yo le hable aquí.

Quién, ella? preguntó Mendez con impaciencia. Quién?

Oíga, D. Carlos, decía en voz baja Genaro. Hay que la señora mayor está esperando desde hoy en el zaguan y un rato despues se sintieron besos y un estallido de sollozos en aquella sombra. La madre y el hijo estuvieron un gran rato abrazados en silencio....



Bueno; mi pobre hijo, cálmese, le decía Catalina en voz baja, porque para eso nacimos, para entregar á la tierra, de cuando en cuando algun pedazo de nuestra alma....

Mi madre santa, exclamó Mendez, con los ojos llenos de lágrimas, antes que él, todos mis sueños y mis sacrificios.... que se borre todo y muera todo.... que yo sea estéril, como un desierto, inerte como una cosa vulgar y que yo vague dentro de las sombras de la demencia.... y muerto, muerto!...

Oh Carlos! contestó la vieja transfigurada, tú has sido lógico. Esta casa es tuya y en

cada palmo de pared está tu nombre escrito. Tú eres la enredadera enorme que la cubre, le da sombra y la protege . . . Acuérdate, que, si mueres, el tiempo destruirá la tabla de los pisos y todo irá cayendo en ruinas y Dolores te seguirá en el viaje eterno, y tu pobre chiquita va á quedar sola, en medio del frio y de la maldad del mundo, abandonada en todas las tristezas . . . la delicada sensitiva, defendida por el cariño de tu corazon . . .

Pero este que se va, interrumpió el médico, quién lo reemplaza?

Dios es bueno, murmuró la madre, y hace que las alegrías vuelvan al hogar místico y que palpiten de nuevo las criaturas en las cunas.

Dios! Dios! y siempre y á cada rato Él, que se olvida, que son los hijos mi religion suprema y que es por ellos, que yo pueda algun dia entregarle mi inteligencia y mis sentimientos. Él es la infinita bondad, madre, y debe desaparecer no se dónde, cuando suceden estas cosas.

Eres tú, quién habla? mi pobre hijo! y sin embargo has visto muchos dolores y me has narrado ejemplos de inmortal fortaleza. No te acuerdas de esos padres, que se debaten como titanes en la desgracia, y siguen la vida her-

cúleos, haciendo estremecer de vigor y aliento la casa? Oh tú crees, que eres el único que tiene el sublime derecho de sufrir? En cada rincon hay uno, al rededor tuyo mas esforzado y mas varonil que este filósofo desventurado.

No, mi madre; yo no soy un cobarde, dijo Mendez, secándose las lágrimas....

Ya lo sé; pero tus pasiones son frenesies, tu valor es el ímpetu temerario y enloquecido y tus dolores tienen estallidos sollozantes, que hacen temer por tí y por todos y es por eso, que yo le he dicho á Genaro, que te llame aparte....

Es cierto interrumpió Mendez; tienes razon, pero ahora yo sé lo que tengo que hacer.... Allí está Dolores, yo la he de confortar.... Mis ojos están secos y mi corazon tranquilo.... tú tienes razon, te repito.... pero á tí sola, entiendes, yo he entregado mis debilidades con el llanto que he derramado sobre tu hombro. Ahora ya no tengo flaquezas, y me siento lleno otra vez de la fiera alma de mi padre.

Catalina lo besó en la frente y entró del brazo con él á ver á Dolores, que calentaba contra su pecho el cuerpo del hijo.



El niño murió despues, una madrugada. Lo pusieron en un cajoncito de ébano que tenia por dentro un mullido colchado de seda azul y en la cabecera una pequeña almohada.

El chico estaba acostado de espaldas, con las manos entrelazadas, blanco y tranquilo. Su vestidito de muselina era cándido, como las canas de los ancianos, que mueren y habia sobre su cuerpo muchas violetas, las primeras sonrisas celestiales de la primavera. En la penumbra de la sala, caminaban algunas figuras, y se oían cuchicheos y mas adentro, en el dormitorio sollozaba Dolores, con la cabeza inclinada sobre la cuna. Así llega el dia, filtrando á través de la ventana, el dia de primavera delicioso y tibio inclinándose y titubeando en las sombras. Un poco mas tarde pusieron sobre el cajon una tapa de plomo, que tenia un vidrio cuadrado en la cabecera y los que estaban allí se acercaron por última vez para ver al muerto y mientras el hojalatero se disponia á tornillar la tapa de ébano, los padres llegaron lentamente de la mano como cuando eran novios y miraron.... pobrecito! alma de mi alma!.... porque entonces la sala estaba llena de luz y habia en el suelo esparcidos aquí y allá muñecos y caballitos de goma. Despues se paró un coche, con ese repiqueteo

brusco y ruidoso, el landó grande en que iban todos á Palermo y Cárlos, tomando el cajoncito debajo del brazo, lo colocó en el asiento de adelante solo y en silencio. Lo pusieron en un sepulcro de mármol, trajeron muchas coronas, llenos de solicitud algunos amigos, porque ya moria el dia lentamente en la Recoleta, entre los sepulcros alineados, como si los muertos se prepararan á caminar la última y melancólica jornada, los unos detrás de los otros, en medio de la primavera deliciosa y tibia, en la hora en que las flores tienen mas perfumes, mas murmullos los árboles y los pájaros mas cantos.

*
* *

A su vuelta Mendez encontró á Dolores, sentada sobre la alfombra, al lado del cajon del armario, donde guardaba las ropitas y los juguetes del hijo. Iba sacándola poco á poco y la colocaba en montones, que ataba con cinta de seda azul y en un gran cofre puso la pollera larga de cachemir blanco de su bautismo, y la capa de encajes y la gorra con puntillas y tul trasparente en el borde, que habia calentado su cara pálida en aquel gran dia feliz.

*
* *

Estoy arreglando su ropita, Cárlos, y quiero que nada se pierda. Ves? estos son sus escarpines de seda.... yo los voy á guardar bien.... el dia de tu santo tambien se los pusimos.... aquí están los caballitos, que eran su encanto.... Te acuerdas cómo los estrujaba entre sus manecitas?.... porque era tan inteligente y tan bueno: parecia apercibirse que queríamos mucho mas á la chiquita y siempre sonreia para no darnos disgusto.

Por qué no te acuestas? Dolores, interrumpió el médico con voz suplicante.... Tú estás enferma y es necesario cuidarse para los que quedan.

Y la chiquita, Cárlos, cuándo la traen?

Mañana viene.

No, Dile á tu mamá que no la traiga, porque yo ahora estoy tranquila.... siento que estoy tranquila pero si viene ella, tengo miedo de sollozar hasta morirme.

Si tú quieres, yo voy á guardar todo esto, para que descanses.

No, Cárlos. Siéntate aquí.... Tú eres bueno: vamos á vivir juntos con todos sus chiches, todo el tiempo y.....despues yo sabia, que Dios se lleva temprano á estas almitas bondadosas y á pesar de eso, te confieso, que no me parece que se haya ido ..

Por Dios, estas conversaciones no te hacen bien, Dolores ... Te voy á pedir una gracia Quiero sentir tu cabeza sobre mi hombro.

Bueno, aquí está....

Ahora duerme.

Espérate.... no vayas á creer, que es dolor lo que yo tengo, es una cosa tonta, que me traspasa la cabeza.

Por qué no tratas de dormir? Esto te haria mucho bien.

Nó. Todavía nó. Yo te voy á decir al oído toda su historia, porque tú no lo conocias bien. Por la mañana cuando te ibas, la casa quedaba un rato en silencio, porque tú eres un poco agitado.... este no es un reproche, Cárlos.... es un hecho no mas, que cito, porque yo no quiero que te ofendas....

Oh Dolores! Santo amor mio! exclamó Mendez, estrechándola entre sus brazos, yo te suplico, no sigas mas, en este doloroso delirio.

Déjame que te cuente.... despues él agitaba los bracitos y pronunciaba sílabas, como si tuviera alguna risueña vision y yo decia, que eran los primeros gérmenes del cariño que tenian ese lenguaje y sus ojos negros resplandecian de luz y de sonrisas sus lábios, cuando yo me acercaba á besarlo. Cuando yo, lo tenia cargado, hacia movimientos bruscos

para escaparse con la cabeza echada hácia atrás y los brazos levantados.... como si quisiera volar al cielo.... acompañado por las alegrías de mis ojos.... felices.... felices.... con estos sollozos. ...pobre mi corazón que se ha ido para siempre!...

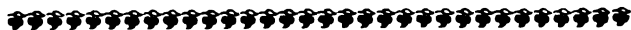


Ya era demasiado; y entre las sombras de la noche se hizo pedazos aquella copa de cristal frágil.... porque sucede que hay el deseo de ser fuertes, pero triunfa el recuerdo entristecido, que tiene la luz gris y hace al rededor nuestro el desierto infinito.... La florcita maravillosa, que miró un rato el cielo azul ha doblado su corola para buscar lánguida la tierra y desvanecerse en su seno húmedo! Cuánto tiempo hace, que al rededor de la cuna no hay gorjeos primaverales, ni besos de sol, ni cánticos de alegría enternecedora!



Así Cárlos Mendez la tenia abrazada en medio del cuarto contra su pecho y sus palabras y la extrema y casta dulzura de sus besos se mezclaban al sollozo, que no tenia consuelo...

Él le hablaba el suavísimo idioma de los recuerdos de amor, el divino diálogo al lado de la chimenea de la vieja casa, entre las augustas memorias de la familia, cuando las rachas doblaban las copas de la arboleda y se precipitaban en las calles zambando.... Le narraba así cerca del oído todas las infantiles imaginaciones de aquellos días celestiales y los cuentos y las leyendas que poblaban la sala de amables genios y de sonrientes quimeras y sobre su espíritu dolorido empezó á caer la blanda quietud del sueño, mientras su cuerpo estendido sobre la verde colcha de lampás adquirió el profundo descanso. Méndez erguido en la tiniebla, mas fuerte hasta entonces, que su dolor la miró dormir dentro de aquel silencio de la casa oscura, interrumpido solamente de cuando en cuando por los pasos de Genaro, que vagaba, como un fantasma en puntitas de pié por el patio, centinela desasosegado y triste, guardando la desventura de aquella casa, donde se había hecho hombre....



II

LA NOCHE DE UN CORAZON

Pero Genaro habia visto pasar muchas veces á Enrique Valverde por la calle del conventillo y las visiones oscuras que rompen la fibra honesta fueron entrando poco á poco en su espíritu. Alguno habia en la noche, cuando él estaba sentado á descansar, que le decía las palabras de la befa amarga y ese su corazon generoso empezó á tener las sacudidas bruscas del insomnio. Sus cariños ya no eran tranquilos y tenia abrazos impetuosos para la blanca cabeza de la pobre madre y á Santa la miraba con ojos récios y despues se retiraba á un rincon del cuarto sacudiendo con movimientos de desesperacion melancólica la frente te-

nebrosa. Cuidado con lastimar las almas afectuosas . . . porque detrás de la ofensa crecen y se agigantan los ódios eternos que alimentan sus tormentos homicidas en los soliloquios retirados y silenciosos.

Perdió sus alegrías y su traje mugriento y deshilachado en los codos y todo su cuerpo tuvo la piel áspera y granujienta del desaseo. El coche empezó á tener manchas cenicientas y rasgos largos y angostos y glomerulos aquí y allá de barro seco, que salpicaban del pavimento de las calles. Las ruedas súcias y fangosas chillaban de cuando en cuando al girar sobre el eje no lubricado de aceite y en los pliegues del espaldar colchado y blando y en los intersticios del marco de los cristales opacas hileras de polvo quietecito y como dormido. Las guarniciones de platino, con reverberaciones de luz y esplendores antes, empezaron á cubrirse de zonas amarillo-verdosas y el cuero blando negro y flexible se resquebrajaba reseco y descolorido con escoriaciones aquí y allá y puntas de hilo. Los caballos se enflaquecieron. Perdió su brillo de terciopelo oscuro la yegua, erizada de pelos el lomo, delgados y finos levantados en actitud de escaparse, asquerosas las patas y las manos, aglutinadas de sudor y lodo y el doradillo brillante en

sus buenos tiempos en su color oro muerto, largas y peinadas las crines como hebras de seda flotando y la cola voluminosa y ámplia en la base, enredada ahora con aspecto de largas y descuidadas greñas, con botones de abrojo verde y puntas y festones de ortigas.

*
* *

Un día Mendez, ya desesperado de aquella negligencia incorregible, lo echó de la casa. Así pasó algún tiempo pensando en aquel pobre muchacho que lo habia acompañado tantos años. Una noche la chiquita de los cuentos, sentada sobre sus rodillas, lo abrazó y le dijo:

—Pobrecito, Genaro, papá! y lo miraba con los ojos grandes y llenos de lágrimas.

—Ese hombre es malo, contestó Mendez— es un ingrato.

—Nó, Cárlos, interrumpió Dolores con tristeza—ese hombre tiene una gran pena en el corazon.

—Sí, papá, sí, papá....una gran pena.... por eso es que á la tarde viene y se sienta en el cordon de la vereda... Tiene ese poncho largo y me mira un gran rato como si no me conociera....y yo tengo miedo, porque le veo un cuchillo en la cintura; pero él despues pone

las manos juntas, como cuando uno reza y me dice tantas cosas amables, papá, y me besa la mano derecha, fuerte, fuerte. «Yo voy á venir todos los dias, dulce compañerita... hasta que me muera de hambre... cuando su papá no esté... yo voy á sentarme aquí y Vd. desde el umbral y vamos á conversar juntos, porque yo necesito saber que Vd. está buena siempre dulce compañerita... Aquí le traigo estas violetas... mire cómo tengo la cara lastimada de arañoses; yo pasé con todo mi cuerpo á través del cerco negro de moras, porque quería robar para Vd. flores de los jardines hermosos. Yo me puse esa vez, seguia contando la chiquita, yo me puse muy contenta y le dije: Gracias, gracias, Genaro. Entonces sacó del seno un cartucho de pastillas... este, papá, ves?... Yo las compré esta mañana, me dijo, y lo espí á su papá cuando se iba, para traérselas y hasta que yo me muera, le voy á dar todos los dias algun chiche para que pase alegre y entretenida su vida preciosa. Yo le voy á decir á papá, Genaro, que no quiero que te vayas mas.

—Nó, no le diga, me contestó, pero prométame cuando yo la llame á la tarde que va á venir á conversar con el pobre Genaro, asi... con su vestidito rosa y la gorra grande y blan-

ca de percal, porque le quiero contar muchas cosas á mi dulce compañerita. Se acuerda cuando en el coche de mimbre la llevaba á pasear por las veredas, y la gente se paraba á mirarla y á besarla y Vd. se reía con esos sus ojos asustados y despues yo le cortaba rosas y le hacia ramitos del jardin y de noche sentado en el banco del zaguan á mi lado le cantaba las canciones del corazon para que Vd. se durmiera?

—Vamos, chiquita, no quiero que cuente nada mas, dijo Mendez, que tenia miedo siempre por aquella cabecita volcánica.

—No se enoje, papacito, malo! contestó en seguida la niña acariciándole la mejilla y siguió conversando; una tarde llovía mucho y yo sentí que Genaro estaba en la puerta—venía con las botas sucias de barro y sin sombrero, con toda la cabeza alborotada y cuando yo le dije que entrara, me contestó: mire cómo corren, dulce compañerita, estos botes de papel por la corriente; y yo ví los barquitos blancos irse despacito corriendo y salí afuera á mojar-me toda detrás de ellos.

Oh! si yo no pudiera verla, cómo sufriría mi corazon, dulce compañerita, y me tomó en sus brazos Genaro y me llevó hasta el corredor, donde estaba mamá y cuando me hicieron eu-

trar yo oí que conversaban largo rato y como si Genaro llorase.



Todo eso era cierto. Dolores le habia dicho al llegar: Cuánto te agradezco, Genaro, que me hayas traído á esta pícara.

—Qué buena es Vd, niña Dolores, contestó Genaro; y yo que creía que Vd. se iba á retirar, si me llegaba á ver.

—Por qué, Genaro? Si tú tienes un alma tan afectuosa y yo ya le he dicho á Cárlos que te vuelva á tomar.

—Gracias, niña Dolores; pero yo no entro mas á esta casa, porque tengo como una lastimadura en la cabeza y cualquier palabra me ofende y me enloquece. Y Vd. sabe cómo es D. Cárlos.... Y despues yo siento que ya no soy bueno como antes. Vd. se acuerda cuándo eran novios y D. Cárlos se habia puesto tan amable y manso y paseaban por el jardin de la mano, al lado de los arrayanes, bajo el sol frio de invierno? Entonces yo tambien caminaba al lado de Santa con mi traje negro del domingo para ir á menudo á rezar al cementerio cerca de la cruz de madera sobre el sepulcro de tata. Pero ahora ya se acabaron todas las alegrías y todos los recuerdos.

—No es posible, Genaro, que tú pierdas así la vida generosa en la holganza, dijo Dolores con dulzura.

—Yo estoy perdido para siempre, niña Dolores, y todavía así mismo se me llena el corazón de consuelo, cuando veo esta casa, donde he pasado tantos años dichosos y puedo conversar con su chiquita.

—Pero qué cosa tan violenta ha pasado por tu alma, Genaro, dímelo y haré por tí todo para que vuelvas á ser como antes, porque en la vida se hacen estaciones como Jesús y se pueden tener, como El, las agonias del desaliento y caer melancólicos y sin esperanzas sobre el duro madero de la cruz y tener sangre en los piés y lágrimas en los ojos; pero debe sufrirse todo con valor y seguir la montaña del Calvario arriba, arriba, levantando como el sacerdote en la misa el cáliz de la amargura hasta las glorias de los cielos, porque cuando nos bautizan, Genaro, ya entregan nuestro cuerpo al dolor y el espíritu á las batallas bravas y varoniles.

—Con razon, contestó Genaro enternecido, yo le decía á mama que Vd. era santa y hablaba con palabras de ángeles del cielo, y así mismo Dios no quiere que nadie sea feliz. Se acuerda, niña Dolores, de su pobre chiquito?

—Pues, bien, Genaro, nosotros hemos ofrecido á Dios nuestro dolor como en holocausto y continuado la vida á pesar de todo. Tú tambien debes rehacerte y sacudir ese malestar y volver al trabajo, que da las alegrías de la virtud, que no debe morir nunca.

—Oh la virtud, niña Dolores... pero Santa ya no debe tener eso, gritó impetuoso Genaro, porque le ha salido paño en la cara y sus ojos azules están turbios y su ropa de manchas sucias y ha escupido la memoria de tata, que me alegro, sí, me alegro que se haya muerto y que ya no haya en la fosa ni siquiera gusanos y desearia que las ánimas se hubieran llevado sus huesos tan lejos, donde ya nadie se acordase que habia vivido.

—Qué dices, Genaro, exclamó Dolores del Rio temblando; esa es una blasfemia tuya.

—La verdad he dicho, la verdad he dicho, repetia Genaro, se lo juro por los llantos de mi pobre vieja, entristecida, y por esta cruz que yo beso de rodillas en el suelo, y se echó con toda la frente sobre la baldosa raspándosela porque yo los he visto á ella y á Valverde, ese canalla, conversaren la puerta del conventillo... pero déjeme no mas, niña Dolores...yo los voy á coserá puñaladas una noche que esté bien borracho y vea sangre por todas partes.

Genaro se levantó con el sombrero en la mano sacudido y violento el pecho. Tenia como un encaje transparente de lágrimas, que habian quedado colgadas entre los párpados y en sus ojos agrandados habia todas las resoluciones tranquilas de su molde rudo. Ese llanto llegaba hasta allí, como ecos de la nostalgia de su alma por haber perdido para siempre las dulzuras de aquel hogar y en sus gotas cristalinas habia reverencias y gratitudes eternas... El doblaba su persona ante aquella virtud inmaculada de Dolores del Rio, como los fuertes inclinan la frente, apercebida al combate y al exterminio cuando las manos de alabastro levantadas y abiertas imploran y caen sobre el espíritu áspero las miradas de la plegaria, y ella sabia que es necesario ser amables con la pobreza que sufre porque el latigazo duele y la palabra ágría y el reproche injusto la ofende. Así lo miraba á Genaro como con divina misericordia, como suele casi siempre el cielo azul y tranquilo contemplar las batallas de la vida humana. Su rostro tenia la melancólica ternura de los que observan con sentimiento el dolor ajeno y en sus ojos grandes y negros estaban escritas todas las estrofas plácidas del perdon. Vestia, á pesar de haber pasado algun tiempo de la muerte del hijo, el traje negro y largo

con que suele uno acordarse de los que no volverán jamás con nosotros y habia en toda su persona como reflejos apacibles y etéreos de la bondad infinita.

— Anda, Genaro, dijo al rato Dolores y acuérdate que es necesario ser buenos.

— Yo le pido perdon, replicó turbado éste, por todas estas cosas malas....pero yo tenía necesidad de decírselas á algunos para que no me reventaran el pecho.

— Sí, Genaro ...pero Dios solo es el juez de sus criaturas y la vida de cada uno á él solo le pertenece, porque todo lo sabe, todo lo ve y lo perdona, y cuando mas grande es la afrenta, mas cerca está uno perdonando de su divina misericordia.

— Yo, perdonar, niña Dolores.... ¡ah no! eso no!

-- Sin embargo, Genaro, el perdon es la mansedumbre que cae sobre el alma exacerbada de venganzas y la condicion necesaria para seguir viviendo y trabajando y mientras tú alimentas en tu cabeza el ódio implacable, tú caminarás hácia el abismo y te hundirás en él....

— Pero tata me dijo al morir que cuidase su nombre que no habia tenido borrones hasta entonces. Yo no puedo perdonar, niña Dolores, gritó Genaro levantando la mano derecha al

cielo ébria y temblorosa en su impotente desesperacion ...

— Entonces ya no reces el rosario, contestó ella con dulzura y tristeza, ni vayas mas tampoco á visitar la cruz de madera, ni busques los brazos tibios de tu pobre madre envejecida y enferma y no agregues mas cariño á los amores que has despertado en tu vida y sobre tu pasado honesto y altivo arroja la capa de goma que te ponias antes en los dias de las tormentas para que los arroyos de las zanjas se lleven todo para siempre.

En ese momento asomó su cabecita inquieta por el cuarto de vestir de Dolores la chiquita de los cuentos y viendo que Genaro se iba con la cabeza agachada, corrió detrás de él, llamándolo, mientras Dolores pensaba en la pena profunda de aquel inconsolable infortunio.

— No te vayas, Genaro, no te vayas, yo quiero que tú me lledes en el coche ...

— Si me voy para siempre, dulce compañerita, contestó él muy lentamente, como conteniendo un sollozo, pero ántes déjeme besarle por última vez la mano blanca, porque yo no sé cómo darle las gracias, desde que ha sido tan buena conmigo, y cuando de noche rece arrodillada en su reclinitorio bajito, acuérdesese

del pobre Genaro, que le ha traído flores de las quintas hermosas y ha echado barquitos á la corriente para que Vd. se alegrara. Amalaya! entonces los ángeles del cielo bajen á cantarle las canciones para que duerma feliz, el sueño de la noche al lado de la niña Dolores y de D. Carlos que la miran con ojos cariñosos, y...y escuche esta última cosa que le voy á decir. Yo le agradezco mucho á su papá todo lo que ha hecho por mí, pero...yo ya no sirvo para nada...Y Genaro fué retrocediendo un largo trecho, mirando y saludándola, y le decía á cada paso: adios para siempre, dulce compañerita!



Esa noche entró Genaro al conventillo, pasando entre un grupo de hombres sin saludar y cuando llegó al medio del patio, dió vuelta la cara y observó que se miraban entre ellos... Resbaló su poncho del hombro y envolviéndoselo en el brazo izquierdo se acercó con terrible gesto de ira.

— Ustedes se están riendo de mí, dijo porque no veo con las espaldas, y ni poncho necesito para ustedes y lo azotó contra la pared y sacó su puñal, inclinando su cuerpo adelante

para arremeter . . . Los hombres se arremolinaron, retrocediendo, mientras una mano callosa y áspera le detenía la muñeca y lo llamaba dulcemente. Genaro sintió que dos brazos le rodeaban la cintura y vió al rato aparecer debajo de su axila derecha la cabeza blanca de la madre, cuyo cuerpo fué alrededor de él girando, hasta mirarlo de frente sollozante . . . Genaro echó el puñal á la cintura y en silencio entró con ella á su cuarto.

Allí solos los dos se miraron un gran rato hasta que la madre dijo:

— Qué miedo he tenido, Genaro: por qué sos así de un tiempo á esta parte?

— Donde está Santa? interrumpió áspero el hijo.

— Ha salido, contestó Teresa con dulzura.

— Ha salido? dónde ha salido? por qué ha salido? dijo Genaro con impetuosa rapidez.

— Me ha asegurado, Genaro, que volverá pronto.

— Esa . . . esa ya no vuelve á su casa como antes; por eso me agita la terrible tristeza . . .

— Yo bien veo, contestó la madre, que tú ya no vienes á abrazarme de noche, ni á rezar conmigo y ya no hablas de las cosas del viejo que era tan trabajador y tan bueno.

— El es, madre, el que me dice todos los

días lo que yo tengo que hacer. . . . lo que yo tengo que hacer; pero así á sangre fría, no puedo, gritó Genaro; y entonces me emborracho.

— Oh! cuánto sufro por vos, mi pobre hijo... por esta mala vida tuya. . . .

— Y me emborracho, seguía Genaro, como si no hubiera oído á la madre—y tengo mala bebida y veo todas las cosas tambalearse conmigo por la calle y dar vuelta como un remolino y si los encontrara á los dos entraría como un asesino á degüello y sufro como una batalla adentro, cuando estoy sano, porque la cabeza me dice que son cosas que no deben hacerse y así no. . . . porque bebo y bebo y siento todas las bárbaras corazonadas y á veces quiero estar triste, como cuando murió tata y tengo gusto de quedarme así un gran rato, como si fuera yo un cajon de muerto forrado de coleta negra y me hundo cada vez mas adentro de todas esas vistas que parece que lloran á gritos una gran desgracia; pero si no hago eso, yo sé muy bien que Dios manda que uno sufra y trabaje y perdone, como decia la niña Dolores.

— Genaro, interrumpió la madre; todo temblorosa, si tú sabes eso, por qué no vuelves á tu trabajo, para que yo pase los últimos días de mi vida en la gracia de Dios al lado de mis dos hijos?

— Ay, mama! exclamó Genaro....es que tú no sabes lo que pasa; y eso es mejor....al fin alguna cosa hace uno cuando tiene el corazon negro; y yo le he visto á D. Cárlos encerrarse sin salir, tres dias en la sala oscura cuando murió el hijo y nosotros los pobres cuando tenemos penas nos emborrachamos y nos escondemos dentro de la bebida, como aturdidos y locos.



En ese momento en el cuarto de al lado sonó la voz dulce de Maria, la novia de Genaro confundida con el ruido de la máquina de coser y salian por la puerta abierta en tropel las notas melodiosas, entrando y dilatándose léjos en la noche oscura. Cantaba la cancion de las suaves resignaciones y decia en las tier-nas décimas una dolorosa historia de fraternidad y de abandono. Eran dos aves blancas que vivian piando sobre una misma rama y volaban juntas por el espacio trinando y entrelazando las alas para sostenerse y mirarse en el éter—las almas de dos hermanos muertos, que á Dios le pidieron les dejara peregrinar hasta los dias de la gloria eterna. Asi volaron mucho tiempo, en medio de los rayos

del sol, arrebatados en la misma nube cenicienta y bajita, sentándose al lado de los arroyos, que van murmurando en sus aguas quién sabe cuántos misteriosos cuentos, escondiéndose en la noche fosforescente de luciérnagas de los matorrales, cobijados por el cielo azul y las estrellas diseminadas que tienen la fresca lumbre apacible. . . . Iban y venían de la tierra al firmamento y llevaban las historias del mundo y los gritos de las criaturas humanas y cantaban después á su paso por la pradera verde las vidalitas del cielo. Pero una noche estaban ellos ocultos dentro la figura tenebrosa de un ombú y pasó el ángel malo con sus alas anchas y negras y arrastró á la hermana tímida y fascinada dentro la órbita vertiginosa de su camino y entre barrancas de arena plomiza y árida se perdió lejos con ella. Quedó el compañero solitario y la llamó mucho tiempo volando de zona en zona, separando el tupido follaje de los bosques y preguntaba por ella á las aves, que apuraban el vuelo, y miraba á todas partes con las alas abiertas y fijas en el espacio, que llenaba de las notas quejumbrosas de la melancólica vidalita celeste, que narra las leyendas enamoradas y los divinos soliloquios de la amargura. Se paró al fin, mustio, enfermo y envejecido sobre la rama

transversal de una cruz de piedra y encontró á la hermana, el plumage húmedo de lágrimas, acostada y moribunda y redimida de sublime arrepentimiento.



Almas exquisitas, sencillas sublimidades escondidas, cuyas estrofas virginales tienen el agudo y rudo arpejo de la máquina de coser amables cultivadoras del rosado clavel de la ventana, salpicados de puntos y vetas de nácar, cuyos tallos lánguidos y flexibles se mantienen agrupados por el moño de cintita celeste! Qué tarde, oh Maria va á llegar al oído de Genaro la filigrana de notas, que va repitiendo la palabra del perdon en el cuento del ave blanca con plumaje de cisne y gorjeos de calandria, no como antes en los tiempos que ya murieron—de las profundas alegrías, cuando él acompañaba con su guitarra la pesadumbre inmortal de los tristes enamorados. Trinaba la nota entonces inconmensurable, en los tiempos que ya murieron—cuando él también cantaba los poemas aprendidos en las vastas soledades mas ingenuos, mas melodiosos y originales que las armonias de Israel, que tienen los estampidos titánicos de las tempestades sidéreas, cruzados

por los éteres mas transparentes, ébrios de las fragancias de los rosales que brotan á millares de los cercos. Adios para siempre el pasado fugitivo, que viene saetando el dorso de todos los que viven con el éco de los júbilos que ya no se alcanzarán, á los mundos funerarios llenos de escombros! Adios el corazon afectuoso de Genaro hecho pedazos en las lubricidades de la deshonra!—Así las modulaciones envolvian su cuerpo gigantesco, parado en medio del cuarto, la cabeza oscura y la frente moviéndose en la tiniebla; cruzado los brazos empezó despues á caminar como un sonámbulo, con los ojos secos y ardientes hácia aquella pared, detrás de la cual cosia la mujer que habia entregado su orfandad á la nobleza de su corazon, como para decirle que todavia no habia muerto aquel viejo Genaro que cantaba sentado en la noche al lado de su cuarto las alegres serenatas. Retrocedia y avanzaba mirando siempre sin tener fuerzas para llamarla con el nombre suave de Maria, sin fijarse ya en la madre que lo contemplaba sentada en un rincon, como si oyera todavia en aquel silencio las palabras de Dolores del Rio: «ya no busques los brazos tibios de tu madre envejecida y enferma—y no agregues mas cariño á los amores que has derpertado en la vida». Cuando el canto cesó

y siguió solo el tiquitac de la máquina, ese armonium monótono que grazna las lamentaciones insomnes de la pobreza, Genaro pasó al lado de la madre sin besarla y sin hablar, resbaló rápido fuera de la zona de luz que estallaba del cuarto de Maria y en medio de las gentes del conventillo, que caminaban al lado de él como tenebrosos bultos, llegó á la puerta en silencio y la sombra de su cuerpo se des- hizo lejos en los negros lutos de la noche.

*
* *

Se hizo noctámbulo de los barrios oscuros, arrebatado en todas las desesperaciones vagabundas. Pasó debajo del puente por las altas veredas que corrian antes derechas, al borde las callejuelas siniestras, húmedas y resbaladizas de lodo, la boca de los albañales abiertas y negras, vomitando á cada rato los gargajos inmundos de todos los desperdicios, cuajados los bordes de grumos hediondos. Caminaba entre las emanaciones podridas, mirando una tras otra las casitas bajas, iguales en largas hileras, impregnadas de líquidos verdosos las paredes, el revoque hecho papilla y descarado á trechos. Se paraba en las ventanas de las zahurdas esquivas, en cuyo fondo blanqueaba

apenas la cama, heridos sus ojos por los vaivenes soñolientos de la silla de hamaca miserable oyendo estridentes cantares y el chistar ávido y desventurado y asomaba su cabeza por los vidrios terrosos de las tabernas y en la atmósfera llena de turbiones de humo, miraba los hombres beodos, apoyados los codos sobre la mesa, tragar con ojos revueltos los semblantes afrodisiacos de las mujeres macilentas, grabada la frente casi siempre de los estigmas indelebles de la crápula. Veia muchas veces danzar y girar las parejas al compás de la habanera, que hace arrastrar el ponche compadre y derrama en el ambiente la nota lasciva y hombres acostados mas tarde gruñendo el sueño borracho y mujeres azotadas—el rostro de moretones y de cuando en cuando el choque de chispa de los puñales, describiendo en el aire los gerglíficos homicidas. Empujado, comprimido á veces, era arrastrado de aquí por allá como un inconsciente por el tropel cosmopolita de una muchedumbre que apura la vida, buscando en los barrios tenebrosos con atropelladora ansiedad, los gérmenes letales y entraba aturdido dentro la barahunda estridente de los instrumentos de cobre que parecian rajar las paredes estremecidas y las puertas endebles con las broncas resonancias y escuchaba mas léjos la

melodías calladas de alguna guitarra y los sonidos de los órganos que rezongan en las bocacalles. Oía la carcajada de la orgia y los cantos de los coros de hombres y en los zaguanes oscuros ruidos de besos y las faldas de las mujercuelas perdidas flagelaban pasando sus piernas. A veces parado en la esquina miraba con ojos taciturnos las zonas de luz que se azotan á la calle de los reflectores redondos, chisporroteando sobre el ojo deslumbrado la larga columna de fuego y observaba los grupos apiñados contra las rejas y las protestas procaces de los leenones y las griterías del harem enloquecido y desnudo. Trecho á trecho sombras que ocultan algún siniestro poema de suciedad y de miseria y familias escuálidas asomando el hocico para husmear el vaho obsceno de la calle y niños sacudiendo en el aire negro el rostro atónito y los andrajos del traje que deja ver mulata la desnudez del cutis mugriento. De repente veía Genaro pasar entre los esplendores del reflector y entrar en la sombra desaparecer y dibujarse otra vez al rato en los rectángulos de luz mas cercana, la máscara tormentosa de algún borracho, tironeando las crenchas enredadas de la ramera sollozante batiendo mandíbula con mandíbula en los redobles apurados del terror. Permanecía soño-

liento, como si todas aquellas visiones del lodazal y los himnos perversos de aquella bacanal de la carne demente lo envolviesen, atrayéndolo con el arpon clavado entre las costillas dentro de la sima, salpicado su cuerpo de maculas, incineradas para siempre las generosas estrofas de antaño. Así entró en los fondines de pequeño mostrador en semicírculo, el cuadro de la reja de varilla larga de hierro en una punta encerrando las copas sucias y opacas y extendida la lata plomiza clavada sobre la madera, la estanteria al frente, llena de los frascos alineados del beberaje.

*
* *

Una noche estaba en el vano de una de esas portezuelas parada una figura alta y oscura que lo aferró de un brazo al pasar y lo llamó por su nombre.

Era una mujer flaca, con dos grandes ojos verdes, metida en una falda de percal rosa, un pañuelo grande de espumilla en el pescuezo. Genaro se dejó conducir como un autómeta. Entró en una pieza larga y rectangular, desnudas las paredes, los tirantes arriba rígidos y paralelos, cruzados de la roja alfagía de quebracho y el piso de tabla ancha y pulverulento,

con curvas y líneas serpentinadas y ochos oscuros y húmedos del riego grosero hecho un momento antes. Sentados al rededor en bancos de pino las parejas, sobre cuyos trajes y palabras arroja un gran borron de tinta negra la lanza aguda de esta pluma mia que va corriendo, mientras dos guitarras en un rincón templan la nota y se oyen los crujidos de las clavijas y el choc repentino de una cuerda que se rompe.

— No me conoces, Genaro? dijo la mujer.

Genaro la miró un rato ondulando, con cara de imbécil y la mirada siniestra de ebrio y dió un paso hácia ella, como si fuera á caerse, y en medio de la algarabía de risotadas y palabras inmundas oyóse por todas partes repetir: Genaro! Genaro! que cante, alcáncenle la guitarra—una copa, patron, una copa para el cantor y se sintió el crepitar de los bancos y el retumbar de las botas en el piso y roces de percales quebrando y arrugando su planchado. Lo rodearon todos mientras éste apuntaba con el dedo la cara de la mujer y le decia arrastrando las palabras: Si te conozco mucho: eras una lavandera,— pero en el patio del conventillo hacia frio y tú no trabajabas y no pagabas el alquiler.... entonces de un puntapié te encajaron en esta cuevay yo he visto otra

como vos que era honrada y despues se llenó la cara de paño y los ojos de la madre de lágrimas... y tú antes te llamabas Santa, cuando rezabas el rosario y te ponias el rebozo negro en la cabeza y el crespon hasta el suelo.— Se llama Clarisa Paloche, gritó un borracho, y de un empujon dió con ella de espaldas sobre el mostrador. Ahora sí, contestó lentamente Genaro, porque éstas se cambian nombre... pero tu no vas á hacer, proseguia acercándose al borracho con aire amenazador, y la cara oscura y terrible, tú no vas á hacer y esto nunca con Santa porque yo le he prometido al viejo vengar la porquería esa— y como vieran los otros que lo tironeaba del pañuelo de seda reciamente y acariciaba nervioso el mango del puñal, lo llevaron hasta la silla, sobre la cual cayó pesadamente, mientras una guitarra rodaba por el suelo, sonando como un lúgubre y prolongado quejido.



Genaro la miró un rato, la levantó lentamente, y despues de templarla se puso á cantar en medio de aquel coro silencioso... Pasaba á través de su embriagada inteligencia los fantas magoria extraña que aterroriza y vibraban

de las cuerdas roncós y pavorosos acordes. Cantó la leyenda sucia del carancho, que va lentamente revoloteando por la campaña con el pico estirado y olfatea el animal muerto y cae con las alas extendidas sobre el lomo rojo de músculos á posarse con sus garfios y pica y pica y desgarrá apurado en el bestial banquete y desnuda el arpa curva y hedionda de los huesos blancos.... como la desgracia que le pudre y le raja al hombre la ropa y se la hace caer á pedazos y le come poco á poco la carne y uno se seca al fin y lo echan á la fosa....

— Bravo! bien! oyóse gritar en medio de los aplausos, mientras un borracho le alcanzaba una copa. Genaro la apuró de un trago. En seguida inclinó la cara oscura sobre la guitarra y siguió cantando:

La laucha cruje, cruje todas las noches con los dientes de marfil largos y muerde la madera del zócalo y hace un agujero redondo... como la desgracia que pellizca, araña y taladra el corazón en la noche oscura de los silencios de cada uno....y la víbora que está debajo de piso y ve entrar luz se asoma y entona el canto agudo de muerte, que hace castañetear de miedo los dientes y saca afuera las dos púas movedizas y la cabeza y el cuerpo largo, extendido y serpentino que se desliza con roces ca-

llados como si caminara sobre terciopelo.... Así entran poco á poco las rabias y muerden y matan los tiernos cariños y erizan las tormentas de la sangre... porque el padre vé resbalar la culebra y erguirse sibilando y caminar parada sobre la cola á picar con ponzoña el pecho de la hija que duerme y encorvado la espera al pié de la cama y la cabeza de un tajo rueda por la madera, las lesnas de la lengua de fuera zumbando.

— Bravo! hurrah! resonó por todas partes en medio del crujir de los percales y del taquear retumbante de las botas. El bagual! el bagual! que cante Genaro el bagual. La paica mas comadre con zancadillas de milonga le alcanzó una copa. Genaro la vació en seguida y empezó á cantar:

El bagual es el potro de la pampa libre. Tiene las tormentas de los infiernos en las pupilas y corre con la cabeza agachada, terciéndose bellaco en el aire como una víbora, devora el camino y se hace pedazos en las cortaderas. Se levanta de un salto y sigue: relincha con espantoso alarido y chiflan en su ojo revuelto todos las rabias salvajes é indomables... y á veces vuela erguido, las crines al viento en fuga, sucias de abrojos y tierra—Los gauchos lo enlazan y lo atan á un palo del corral. Le

llevan agua y no bebe; le llevan pasto y no come y sin un quejido, echado para atras en actitud constante de sentarse sobre sus patas van apareciendo y formando arco sus costillas, hasta que un dia amanece muerto, con el cuerpo en tierra, colgado del pescuezo del palo homicida,— el ojo turbio, abovedado y frio de piedracomo los rencores que le secan el alma al hombre y mueren los sentimientos y le enfrian la sangre y le hacen tiritar el puñal, buscando la venganza.....

*
* *

La guitarra hasta entónces cruja con estrépito y tenía cosas roncacas, pulsada por la mano vigorosa de Genaro y en medio del silencio cruzaban como espectros aquellas visiones terribles. Poco á poco la música fué perdiendo sus cóleras y sus tormentos y desmayó en un triste de lánguida pena hondísima, como si se hubieran allí aglomerado todos los sollozos de una vida entera de martirio.

Era como una elegía murmurada en el adios del corazon á todos los cariños de la tierra, á los recuerdos juveniles que hablan el lejano y dulce idioma de la alegria, como si aquellas notas armoniosas en su melancólica pureza estuvieran

hechas con susurros de los últimos besos moribundos de alguna madre santificada y había trinos y arpegios y fugas tiernísimas, que desataban de su seno ruidos de lágrimas, esas que graban gota á gota sobre las congojas de cada día el epitafio del sepulcro.

Cuando se levantó para salir tambaleándose Genaro, le abrieron paso todos y, ya en la calle se levantó su voz con écos formidables y desgarradores. Saltaban las notas, se azotaban contra los vidrios, resbalaban sobre el lodazal á poblar de estremecimientos el barrio tenebroso, las palabras angelicales aquellas de la dulzura suprema, que le habian hecho pedazos el corazon, y el último coloquio con la chiquita de los cuentos Yo me voy para siempre, dulce compañerita . . . Cuando Vd. reze arrodillada en el reclinatorio bajito, acuérdesse de Genaro que le cantaba las canciones deliciosas para que Vd. se durmiera. . . porque yo he robado flores de los jardines hermosos y echado barquitos á la corriente para que pase alegre su vida preciosa; déjeme siquiera besarle todavía una vez la mano santa y bendita, dulce compañerita! Y la noche le arrebató léjos con los últimos écos de la tierna cancion desvaneciéndose y se perdió describiendo zig zag, zig zag, zig zag

En la madrugada, Carlos Mendez salió como siempre, á visitar sus enfermos y cerca de su casa, vió un cuerpo cubierto de polvo, tirado en la calle. Se detuvo y reconoció á Genaro, con el pecho desnudo, súa la camisa, abierta adelante y las ropas, á un lado el chambergo lleno de agujeros y grasiento y las botas con trozos de barro seco. Un gran rato estuvo mirándolo y, ayudado por el cochero, lo colocó como pudo sobre los almohadones y dió orden para que lo llevaran al conventillo. El volvió solo á su casa á pié con el menton sobre el pecho, las manos entrelazadas en el dorso, deteniéndose á veces como hombre absorto en una profunda meditacion.



III

LA PSIQUIS DESNUDA

Cárlos Mendez entró á su casa y se sentó en el corredor á la izquierda al lado de la mesa, donde solia escribir en sus horas de descanso. Su familia dormia y la quietud serena de ese hogar que él habia levantado para cobijar los poemas de su alma redimida tenia el amparo del sol, que empezaba á iluminar los frisos del techo. Sus esplendores iban descendiendo y apoderándose de las paredes y de los vidrios húmedos del rocío de la noche, hasta estenderse tranquilo y brillante sobre el color rojo de las baldosas. Miraba las enmarañadas líneas de las ramas de los diez perales y la amplia curva de la parra, llenos de intersticios

y de bizarras figuras luminosas, á través de las cuales se distinguia en medio de una nube de polvo de oro, la enorme y redonda centella del disco del sol encaramándose despacio en el horizonte resplandeciente, rodeado por todas partes del infinito azul plácido y bonancible. Allí solo, refrescada su mente en la brisa de la mañana, que traia los perfumes de las quintas y los zumbidos de la ciudad lejana que despierta, en medio del alegre gorjeo, cuyas notas agrupadas en el aire diáfano, traban la gran sinfonia auroral y bulliciosa, su espíritu entró en los hondos soliloquios, desgarrando á chispazos de filósofo el misterioso limbo, entre cuyas sombras parecia girar su vida y el alma de todas las criaturas, que van peregrinando á través de las páginas del libro.



Piedra sobre piedra habia visto crecer su casa un cuarto despues de otro, desnudos los pisos primero y mas tarde las alfombras tibias y los elegantes cortinajes, hechos con el rudo trabajo de todos los dias, el cansancio del músculo á la noche y la tortura de la inteligencia en el combate diario con las enfermedades. Muchos soles de estío habian en-

vuelto y calentado su cabeza atlética de luchador y el invierno con la racha helada, que enrojece y corta la oreja y entumece el cuerpo encogido lo acompañó en medio de la luz gris, á través de los fangales de los suburbios, entrando con el corazón bravío en las tormentas desatadas. En esos días nublados, cuando volvía de sus peregrinaciones y se sentía en su casa el portazo del cupé, salían al borde del corredor á recibirlo Dolores y la chiquita de los cuentos y lo rodeaban, caminando con él del brazo y empujándolo hácia la sala, como si una onda de alegría llegara sonando los cánticos felices, en medio de la sonrisa y de la charla adorable. Lo sentaban al lado de la estufa y él se dejaba conducir de la mano, como un gran niño distraído y sin voluntad, pareciendo que todas aquellas ásperas energías juveniles se hubieran ablandado y desvanecido en el arrullo de la caricia fresca, entregada su alma y adormecida en el murmullo de los besos infantiles. Sonriente y fuerte, conversaba largo rato con ellas, al lado del fuego crepitante, en medio de todas aquellas niñerías encantadoras de la sala esparcidas por todas partes, cuadritos, nimiedades, tierras cotas y espejos que reflejaban la luz del quinqué grande y redondo de porcelana azul y la lum-

bre rojiza de la chimenea, envuelto en aquel perfume de mujer, derramado en el ambiente soñador al lado de todas esas pequeñeces, que tienen los detalles del cariño elegante. Allí habían nacido sus hijos y crecido el bosque con ellos, las frondas arrojando lejos verdes y tupidas, como si fuera un techo viviente de cantos y de murmullos y en los rincones de toda aquella casa que se contemplaba triste en ese momento, estaba hasta la muerte grabada la elocuencia de la nueva vida útil y honesta.



Pero un día salió por la gran puerta un cajoncito de ébano y después.... quedó un recuerdo hecho de sonrisas y de gracias ya muertas cruzado de punta á punta del balbuceo confundido y adorable.... porque á veces le parecía oír todavía los gritos y las carcajadas metálicas de su chico, cuando él se acercaba jugando á besarle en la boca.... y así mismo que él letomaba el pulso esa noche, y había mandado poner en el cuarto un brasero, para calentarle los piés con botellas, sintió que el martillito de la arteria se iba olvidando poco á poco de golpearle el índice, hasta que se

perdió.... y él estuvo buscando un rato con los dedos convulsos mas arriba, todavia mas arriba y entonces vió que aquel bracito tlaco se quedaba frio, pálido y cereo. Despues sucedió esta cosa extraña: que todos los momentos silenciosos de la casa que los llenaba el chico con los movimientos bruscos y sus gritos inarticulados de ángel asustado estaban allí tan largos que no pasaban nunca..... mientras Dolores resignada y dulce lo consolaba en sus rabias dolorosas, cuando él en las noches siguientes arrodillado sobre el piso, percutia las alfombras, con los puños crispados, desesperado y demente.

Dolores! qué recuerdos! Así á través de la vida ella le habia ayudado á construir su casa, angelical y buena, en medio de las turbulencias de su espíritu, cuando aquel Cárlos Mendez suicida reaparecia á veces con el rostro lóbrego y el surco hondísimo de la frente en sus ímpetus agresivos.... aquel hogar limpio y nítido y dormido en medio de los esplendores del sol, entre las alegrías misteriosas del sueño sano y profundo. Cuántas veces desde su cuarto él la sentia de noche levantarse y mecer entre sus brazos aquel chiquito inquieto y cantarle en voz baja las melodías de las ternuras inefables, los versos sencillos

que ellas murmuran, calentando con sus pechos las frentes de los hijos, aquellos viejos aires maternales, que arrullan las cunas y repiten siempre la misma nota del amor sublime que vela y no descansa, como si esa pasión fuera igual en todos los tiempos.... Y después aquella chiquita de cinco años de pelo castaño y lacio, que él abrazaba entonces más fuerte que antes, porque cuando queda un solo niño, se levanta para él en las casas una onda de amor infinito, que tiene todas las crucifixiones del dolor y los desasosiegos del medio de perderla, esa flor adorada y vivaz, que llenaba su casa con los reflejos niveos de su piel tersa y fresca y cuyo perfume hubiera deseado que lo embriagara toda su vida . . . Porque era inútil todo; él podía estar lejos; pero aquel diminuto fantasma batía sus alas, apurando el vuelo para seguirlo y á cada momento aparecía en su memoria, así pequeñita corriendo y deslizándose por la casa deliciosa y lozana, como si estuviera presente siempre para decirle yo soy para tí la eterna alegría y soy perfume y me duermo estiradita en la cuna de tu corazón....pero tú tienes que ser bueno, porque sino la cuna salta y se enloquece y la niña dormida se aterroriza y se enferma y puede morir su pobre chiquita de los cuentos

tan curiosa y amable que todo lo observa y lo sabe esa pequeña maravilla de candor.... Por ellas el alma se pule y saltan lejos las asperezas y la barra de hierro que le atraviesa á uno el cuerpo, sacudida por la tempestad varonil y adusta la quiebran ellos, esos niños delicados que no tienen fuerzas.... Y cuando se enferman... Oh! entonces no se come, ni se duerme y toda la casa gira dolorosamente al rededor de las camitas graciosas y el mundo desaparece y uno suele llorar en silencio en los rincones oscuros, donde no lo vea la madre, que lo tiene en brazos y lo mece y le canta sin cesar. Y sucede entonces algunas veces que la fiebre desciende y la mejilla se llena y se enrojece y los niños buscan sus juguetes y se sientan en la cama, conversan y sonrien, porque Dios quiere que haya todavia sobre la tierra sol y alegrías y amores y cánticos y bendiciones y plegarias y esperanzas.

*
* *

Así de cavilacion en cavilacion, al lado de su alma resurgida al trabajo, Mendez contemplaba los desastres de las otras criaturas que vivian en el barrio y en su casa misma, Gena-

ro tirado en la calle, como una cosa muerta y sucia.... un alma desfibrada á quien la desgracia abate y desgaja.... una pasion generosa bebiendo con el alcohol el veneno del odio, pobre y grande espíritu moribundo, su compañero de tantos años afectuoso y fiel. Porque él tambien aquel muchacho robusto habia colocado su hombro para la recia faena y por la casa, que habia contribuido á edificar sonaban todavia los tiernos cantos y las dulces palabras, para que su hija tuviera regocijos y plácemes en los primeros pasos de su vida. Lo veía sereno y alegre manejar tieso del pescante, envuelto en los torbellinos de polvo, á través de los dias helados y de las noches lluviosas, sin tener la protesta áspera jamás, como si Mendez fuera el alma del padre, á quien él debiera acompañar siémpre. Recordaba que despues de la muerte del hijo, cuando él se encerró en la sala muda y fria y huraña y dolorosa, sentia pasos cerca en el silencio de la noche y de cuando en cuando en voz baja, melancólica décimas murmuradas, que le recordaban las palabras de la madre, cuando lo abrazó para despedirse en aquel dia de primavera triste: los ángeles que vuelan al Eden lejos entre los reflejos de oro del sol moribundo van á rezar por el padre, que

queda sobre la tierra á sostener el cansancio lúgubre de las frágiles criaturas, que los han velado enfermos.... Acuérdate de Dolores, abnegada y mártir y de tu hija que te llama ansiosa y te busca por todas partes. Entonces una mañana Mendez salió soñoliento y enflaquecido y vió á Genaro dormir á una vara del umbral sobre la baldosa, mirando la puerta, estirado su cuerpo, la mejilla juvenil y tostada, en la tranquilidad profunda y feliz del sueño, descansando sobre la palma izquierda. Por eso cuando Dolores le dijo que Genaro tenia una gran pena, y supo toda la siniestra historia, se retiró entristecido, preguntándose si habia tenido el derecho para arrojar de su casa á ese corazon desventurado en vez de ser amable y bueno y mitigar tanta desgracia.

*
* *

En esa línea recta sobre la cual caminaba el alma de Genaro, Santa debia morir.... Pero tenia los ojos azules del viejo y habian rezado juntos sobre su verde sepulcro y todas las horas de la niñez vagabunda estaba presente á protegerla su mano gallarda temblando en el ímpetu del coraje.... porque ¡las hermanas son la joya y el candor de la casa y ay! del

que toque esos reflejos inmaculados de las cosas celestes! Así su espíritu ingénuo se hizo pedazos cuando aquella blanca vestidura de su primera comunión y el tul transparente, que blanqueaba largo de nieve hasta el suelo, se desgarraron en la cima oscura y empezó á beber y tuvo las profundas amarguras, porque el alcohol agiganta el dolor y los ódios y suprime la voluntad, y rodó como una cosa funeraria á través del ciénago y arrojó los pedazos de su carne para morir en la vorágine aquella, pero ya sin ser bueno; por eso saltaban todas las noches por las calles lóbregas, los fragmentos del corazón en las canciones siniestras y dolorosas . . . Pero allí estaba todavía Enrique Valverde, su compañero de estudios, que caminaba, derramando la perversidad, frío genio del mal, insolente y lascivo, marchando en su malignidad deslenguada en medio del derrumbe y Mendez, esa mañana, en el tripudio de la asociación vertiginosa de ideas, lo veía á Genaro abrazarse de aquel ódio y sentía los rumores y la clarividencia de la profecía trágica . . . vengada así su honra y la casa de Paloche, cubiertas de musgo las paredes, invadidos los patios de malezas, viviendo adentro como fantasmas melancólicos sus dueños . . . Porque esa ha debido ser en

todos los tiempos la vida humana. Hay quien nace para erguirse y horadar la muralla de bronce que las cosas de la vida arrojan sobre nuestro camino y algunos que traen de la cuna los gérmenes fatales de todos los desmoronamientos y á quienes la educacion no fortalece y la plegaria no salva, porque no conciben en otra forma la nocion y los fines de la existencia, mientras otros caen agobiados por el mas pequeño dolor, incapaces de la lucha serena y tenaz y se hacen tahures de los garitos emocionantes y precipitan al báratro peldaño tras peldaño dentro de la miseria moral.... Así Mendez veía en la historia de su país apellidos gloriosos desaparecer y muchas honras mancillarse y surgir con estrépitos de genios otros, y contemplaba la marcha de los hombres, aferrados á las esquirlas de las rocas del sendero, mirando á un lado y otro los rezagados y los moribundos de la lucha titánica....

*
* *

Por eso veía tambien á todas esas criaturas vivir en la sociedad, en ese gran medio sintético, personificado mas tarde por él en la figura de vagabundo glorioso de Bohemio y

en aquella divina Eros, que es la eterna alma femenina, hecha de pétalos, de sonrisas y de hebras de luz. Los hacía vivir en su imaginación al lado de las criaturas y había construido para ellos casas y una ráfaga del esplendor de las muertas divinidades Olímpicas cruzaba á través de sus amores y del heroísmo de la epopeya y en un capítulo de sus manuscritos, que tiene por título «Los cuentos», canta la desaparición de aquel genio y se complace en volver á la vida á Eros Paradisiaca, como para significarnos que en tierra inmortal vivimos y libre y grande y gloriosa por los siglos. Porqué él era de los que pensaba que cada uno de nosotros arroja algún átomo cada minuto, para forjar la síntesis-patria y recibir su poderosa influencia colectiva y que morimos jóvenes en el prodigioso derroche del organismo y de la mente, porque tenemos apuro para hacerla grande y glorificarla *in æternum* por su idioma y concluir de una vez la maravillosa amalgama de razas, que veía operarse necesaria é ineludible para tener nacionales y varoniles pujanzas.



Arrebatado por su pensamiento al lado de

ese Bohemio, que hacia la formidable irrupcion tempestuosa observaba Mendez toda una familia de megalómanos, viviendo en plena quimera, como don Manuel de Paloche. Enamorado de la vida ficticia, entregan la fantasia al desborde. Sueñan la riqueza fácil y el poder y la gloria sin desgarramientos de carnes entre las ortigas del camino, sin desalientos, como una perpétua marcha triunfal y cuando la pobreza entra con su careta monstruosa por el derroche y se siente hambre y frio, los hijos enflaquecen y no duermen y el nombre de ellos muere en la indiferencia, ó es ludibrio cotidiano....oh! entonces se hacen perseguidos y deliran y tienen la lamentacion cobarde de las mujerzuelas ó buscan á quien coronar de espinas y arrojar desnucado sobre las tablas del cadalso, porque nadie quiere tener la culpa de sus propias desgracias. Asi esas prerogativas la riqueza, el poder ó la gloria, que son un derecho del trabajo, de la inteligencia y de la virtud, se transforman en esas cabezas enfermizas é ineptas para conseguirlas en fuente nefasta de todos los desastres y aquella casa de Paloche entristecida y lóbrega era la prueba irrefragable de tamaña verdad. Muchas veces Mendez en su vida silenciosa de observador habia visto estas enfermedades propagarse é

inficionarse casi todos y los pueblos enteros agigantada la noción de las cosas, precipitar en el derroche irracional, como empujados en masa al abismo y estudiaba esas megalomanías colectivas y meditaba entristecido las ruinas futuras y las deshonras nacionales asomando su cresta tenebrosa y las muchedumbres enloquecidas inaugurar las eras fascinerosas de la historia.



Recordaba entonces, que solía sentarse á escribir borroneando como él decía, muchas páginas, sobre todo en las horas largas de invierno. En el comedor, al lado del dormitorio de sus hijos, sintiendo desde allí el respirar rítmico y tranquilo del sueño sano, arrojaba al papel sus fantasmagorías de poeta y el pensador de todas las desesperaciones suicidas de antaño, se había transformado en un robusto filósofo, enamorado del esplendor de la vida, que lucha, sufre y trabaja y fascinado por las divinas visiones de las cunas, que tienen penumbras y cortinajes de seda azul. Se acordaba de aquella gran madre de sesenta años, de la leyenda de amor y de gloria de Pedro de

Valbuena, porque sentía calentado el dorso del fuego de la estufa y crepitar la leña, en medio de la paz angelical de aquella su casa dormida. Le parecía entonces que una oleada de vejez ardiente lo invadía, que su cara tenía ásperos y arrugados surcos, cándida la barba flotando envuelto en su larga capa de anacoreta gigantesco y fatigado, la cabeza descubierta y nivea de copos; mientras al lado de él los hijos de tez morena y ojos negros delgados y altos movían las astillas de la chimenea para avivar la lumbre y la chiquita de los cuentos, una hermosa efigie de diez y ocho años leía las historias ideales del tiempo viejo. Conversaba con ellos largo rato narrando los episodios de su vida y sacudiendo hácia atrás la cabeza vigorosa y espléndida. Iluminaba con sus grandes ojos soberbios en la victoria tenaz el ancho camino recorrido y arrojaba su alma desnuda, llena de cicatrices, en aquel comedor de sus hijos, como una sombra enorme debajo de la cual pudieran cobijarse y adquirir frescuras y aliento en todos los tiempos... y ellos entonces de rodillas con las palmas abiertas en alto, recojían aquella única herencia... Mendez seguía escribiendo y soñando abstraído en su mundo interno y los silencios de la noche profunda lo encontraban allí sentado hasta que

la mano blanca de Dolores entraba entre sus cabellos alborotados á despertarlo. Entonces se sentían murmullos de besos y cuchicheos y anables reproches y Mendez rodeaba con su brazo derecho aquella cintura, la cabeza de Dolores apoyada sobre su hombro, suelta la cabellera negra; sobre las alfombras se deslizaban con pasos callados y cerca de la cama de la chiquita en la penumbra de la alcoba la miraban mucho tiempo en silencio. Allí delante de aquella admirable gracia dormida en medio de la paz angelical del recinto, contemplaban la inmovilidad de aquel cuerpecito acostado á lo largo en el reposo profundo y había emociones y sonrisas y sonaban de nuevo las estrofas del recuerdo y del amor eterno.

*
* *

Mendez despertó de aquel largo ensueño, como si hubiera vivido muchos siglos y desgarrado el velo que cubre el alma de muchas generaciones. Quedó mústio, porque aquella triste y amarga filosofía, cruzada por el resplandor rápido y fugitivo de las cosas felices parecía la imágen de la vida misma, á guisa de hombre que tuviera dolor y miedo de sus audacias intelectuales y sintiera flagelada su ro-

busta y nueva organizacion moral y el viento helado del viejo excepticismo lo quisiera otra vez arrebatat en sus remolinos. Pero la chiquita lo tenia abrazado del cuello y se sonreia y batia palmas y le acariciaba la frente con sus besos. Decia las frases juguetonas y le narraba las infantiles leyendas, con que solia entretener á sus muñecas y le repetia no sé qué extraña fantasmagoria, donde habia lámparas maravillosas y monstruos horrendos, que ella habia visto pintados en sus libros. Duró un gran rato aquel enamorado coloquio y fué diálogo de esos que resbalan fuera de la pluma humana y se escriben solamente allá arriba en el gran libro de los cielos abiertos, entre las maravillas de azul, con acero humedecido en las chispas de oro de los astros.



Dolores del Rio estaba allí tambien mirando la escena y cuando lo vió tranquilo besar la frente de la niña, se acercó á preguntarle por qué habia vuelto tan temprano.

— Hoy es mal dia, Dolores, contestó Mendez á pesar de este gran sol benéfico. . . . No se puede vivir siempre entre la alegria.

— Qué hay, Cárlos? dijo Dolores ansiosa.

— Oh nada ; no te asustes. Son presentimientos funestos, inducciones de mi pobre cabeza : no hagas caso.

— Por qué no has venido, papá, á jugar conmigo esta mañana ? interrumpió la chiquita.

— Porque no quería despertarte....pero ahora estoy contento, aquí con ustedes y no hablemos mas.

— Pero que pasa, Cárlos? Estas reticencias tuyas son siniestras. Tal vez mamá está enferma, Dios mío, exclamó Dolores.

— Eh ! qué ? No ! eso nunca ! contestó levantando la cabeza Mendez, que no habia pensado jamás que pudiera enfermarse la madre. Lo que pasa es esto, siguió él un poco mas tranquilo : esta mañana he visto á Genaro borracho y durmiendo en la calle, con la cabeza en el barro y yo veo muchas cosas terribles en el sendero por donde camina ese muchacho.

— Siempre te entristece el recuerdo y la vista de Genaro. Por qué no permites que vuelva ? Esas desgracias las suele mitigar el cariño.

— Si, papá, repitió la niña, que venga Genaro.

— Bueno, mi chiquita: hoy mismo si llega á la tarde, dile que yo quiero que entre otra

vez y yo necesito eso, seguia dirigiéndose á Dolores, porque esta casa mia está llena de su bondad y de su heroismo y como si un recuerdo brusco de dolor lo hubiese asaltado de repente, levantó á su hija en los brazos y entró á su cuarto.



Abrió el ropero y empezó á descolgar trajes y los fné amontonando sobre la cama y como si fueran corolarios de lo que habia pensado en todo ese rato de silencio, le decia con rapidez á Dolores: todo esto para Genaro.... luego cuando vuelva, porque anda muy sucio y andrajoso y no tiene botines ni sombrero y que entre y salga y que haga lo que quiera, porque yo ya no le voy á decir una palabra y quiero que todos estén contentos en esta casa... porque es cierto que yo tengo aspereza á veces que ofenden y no he debido olvidarme que él me ha salvado la vida.

— Oh ! Cárlos, tú te estás reprochando culpas que no has cometido, dijo Dolores.

— Sí, contestó Mendez, temblando de emocion, pero no hay derecho de hacer sufrir á los demás porque cada uno de nosotros tiene una grande urna, donde encerrar los gritos amar-

gos del espíritu y estos chicos no deben sentir nunca nuestras violencias....Y además, fíjate que Genaro tiene la camisa mugrienta y llena de colgajos....que se ponga estas, y sacó algunas del ropero.

— Son las del frac, Cárlos; qué quieres que haga, Genaro, con eso ?

— Ah ! es cierto ...yo ya no sé lo que hago, como si tuviera remordimientos....bueno, es lo mismo estas otras, toma y dale dinero... que se lo presto ... él podrá trabajar y devolvérmelo porque es muy hidalgo y de los que mueren antes que aceptar limosnas y hay que tener cuidado de no hacer, ni decir nada que lo haga acordar de sus desgracias.

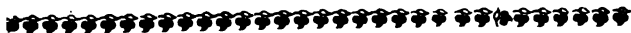
— Qué bueno eres, papá, interrumpió la niña besándolo.

— Genaro va á volver, mi chiquita, y la va á llevar como antes en el coche y vamos á oír otra vez su voz en esta casa, como en los días felices; y decia todo esto con precipitacion, como queriendo convencerse que eran quimeras erróneas de su mente, todas aquellas lóbregas imaginaciones homicidas.



De repente se detuvo. Alguien hablaba en el corredor y las palabras llegaban hasta el

cuarto, las últimas frases de la leyenda «y las cortes del castillo de Valbuena resonaron de gritos y cánticos infantiles y fué apellido de larga y gloriosa historia.» Era Catalina Mendez Estaba mirando á su hijo, apoyada en la columna de hierro, que sostenia el techo del corredor, las mejillas sonrosadas de la vieja sangre rica y generosa, el cabello blanquísimo y luciente de áureos reflejos verdosos, partido en centro del cráneo por una línea de nácar y recojido atras en el rodete de voluminosa trenza. Avanzaba lentamente, envuelta en su chal de espumilla con relieve de negras rosas y mórbido fleco hácia el hijo que venia con los brazos abiertos y la cabeza erguida y vigorosa, trémulos los labios, pronunciando su nombre. Despues se abrazaron un gran rato silenciosos, y el cielo se hizo mas puro, y el aire mas diáfano y estalló por todas partes el himno glorioso de la perseverencia en la vida, á pesar de todo y sobre todo los desastres, vencidos para siempre los deliquios en aquel gran momento, como si á torrentes llegara la savia para que la planta irguiera su copa otra vez al cielo infinito.



IV

SANTA

A las doce entró Genaro al cuarto de la madre. Tres paredes y media y una puerta, un rectángulo de sol chato y frío, que entra por la media hoja abierta y azota los ladrillos del piso sucio, y arriba—á cinco metros—el techo sostenido por tirantes de pino—el techo oblicuo, inclinado y fujitivo en rápida pendiente. En el medio, frente á la puerta, la cama grande de madera, con sábanas de hilo amarillentas y gruesas, y á la derecha la mesa de pino con tres sillas de paja. Un crucifijo de bronce, con manchas negruzcas y granujientas, al lado de la cama, y sobre ella, en el centro, una quisicosa...una Madonna. En frente de la puerta, clavada en la pared por un barrote de fierro, un farol—un paralelepípedo con vidrios sucios. Sobre la mesa, á las doce, humeaba en el plato grande de lata la sopa ver-

de con olor á albahaca, y Santa, un poco retirada de la mesa, encorbada con violencia, comia en silencio. La madre tranquila y casi sonriente, en medio de las arrugas rojizas de su tez, alcanzó á Genaro el plato. Pero éste lo rechazó dulcemente, porque tenia en su mano derecha el puñal con mango grueso de nickel bruñido, del cual reventaban chispas. Miró á su hermana con una tormenta de rencor profundo en las pupilas y—Yo no tengo hambre, dijo, yo tengo deshonoras, yo no tengo hambre, ni sed, ni nada....

Levantó y bajó el puñal para clavarlo en la mesa, el puñal centellante muchas veces, con un ritmo breve, rápido, seco, tac, tac, tac, siniestro. Todo su cuerpo vibró y cuando entró en el sol impetuosamente, para salir fuera, el puñal con mango grueso de nickel describió un semicírculo de fuego. Ellas—la hermana y la madre—sentada la una frente á la otra, se miraron llorando, sin sollozar en la suprema congoja de aquel momento; porque sucede que, cuando el dolor entra con sus gárfios de hierro en nuestras casas, se comen sopas y lágrimas en la mesa,—en la mesa que se queda en silencio.

Era la hora en que la ciudad se recoge y las sombras entran calladitas en las calles, despacio y cautelosas como si quisieran avisar que las castas divinidades del hogar iluminado nos esperan, y en que el farolero corre de vereda á vereda con su palo largo al hombro y su linterna en la punta. A esa hora se escucha en el horizonte—á los cuatro vientos—un enjambre prodijioso de zumbidos lleno de lamentaciones quejumbrosas, como si fueran pueblos innumerables huyendo á lo léjos en despavorida derrota. Son los ecos moribundos de los ruidos de la ciudad enorme, que se retiran en tropel á refugiarse en la noche. A esa hora Genaro estaba sentado en el cordón de la vereda, sonámbulo de la idea fija, cuando sintió que alguien se paraba en la puerta del conventillo. Saltó como una pantera—el puñal en alto—mientras el otro se daba vuelta tranquilo y le decía:

—Detente, oh romano, detente!

Genaro cayó de rodillas con los ojos secos y brillantes y pedía perdón.

—Me he equivocado, maldición de Dios! ya van dos veces que me equivoco.

—Tú eres feliz, oh microbio, pequeña cosa diminuta y espléndida, con tu saco roto y tus zapatos rotos; tú eres feliz . . .yo me equivoco siempre. Y el señor elegante dió vuelta sobre sus talones sonriendo.

Tal vez era un bohemio de galera de felpa y guante, uno de esos bohemios que echan á esa hora en las nubes el perfil pálido, delicado y griego, y la soberbia cabeza renegrida y soñadora de Apolo. Buscan toda la vida el hogar, desventurados caminadores, mártires de la concepcion perfecta, para no encontrar sino la fonda y el sepulcro! No hablan lenguaje humano porque tienen estrofas y cantan, en medio de todas las crucifixiones y las congojas intuitivas de las cosas ideales. Sus cariños son el cielo, los esplendores sobre-humanos del arte y solamente la divina semblanza de las cosas, porque la tierra no tranquiliza y la he-taira blanca—con carne de marfil—no sacia. Oh melancólicos vagabundos, apresuraos á morir!....

*
* *

Vino la media noche, la media noche lóbrega y fria, envuelto el conventillo en la penumbra gris del farol paralelipípedo. Genaro penetró en la pieza, desliziéndose trágico. Un momento despues sonó, en el patio silencioso y mudo, en espasmo de bárbaro dolor. Un rechinar de llaves, un chocar de puertas, cien figuras negras en el patio, moviéndose en espanto-

sos torbellinos, levantando los brazos con alaridos, que se entrechocaban con fragor lúgubre en la atmósfera fría, para caer al suelo hechos pedazos. No se atrevían ... Genaro estaba en la puerta, por donde en la mañana penetró el rectángulo de sol chato, y echaba á andar, como un espectro, con la mirada fija y extraviada hácia el horizonte. Entraron á la pieza y en la sombra informe,—en medio de las ropas revueltas,—apareció la línea de fuego del mango del puñal, que habia partido el vientre de la muchacha, del mango grueso de nickel bruñido, enhiesto y rijido, reventando chispas, chispas...



V

HUYENDO...

La madre de Genaro se quedó dos días sin hablar y sola y pasó para ella el tiempo rápido, como sucede en la inconciencia.... Pero después empezó á girar por el cuarto y á mirar el techo y los rincones, como si la muerta estuviera todavía por allí. Así se ve á los que pierden sus hijos y tienen casa grande, vagar por los cuartos, extraviados y noche y día apurar las horas, deseosos de acumular pronto sobre la desgracia muchas generaciones de años. Y la vieja empezó á olvidarse de trabajar y de comer, y la tina, que estaba al lado de la puerta del cuarto, y que era su batea, amanecía en esas mañanas de invierno hasta la noche con la misma pulgada de jabón y el brasero echado al suelo había dejado caer su

círculo de reja entre un monton de cenizas. El cuarto estaba en el mismo desórden, y á cada rato tropezaba ella con cosas que le hacian recordar.... Entónces con los ojos ardientes de tanto llanto se sentaba en su silla de paja del rincon á oscuras, porque las lágrimas queman los párpados y hacen doler el corazon, y queria estar sola, como si tuviera placer en que esa crucifixion mortal la hiriese el cuerpo cada vez mas.... antes que ver indiferentes que llegan á nuestras casas y no dan consuelo. Los que nos aman huyen mas bien en estos casos, porque se imaginan que les vamos á ver en el rostro el reflejo oscuro y mústio de los lutos del espíritu. Ay! si supieran que no tenemos mirada y alma sino para abarcar el dia entero el vacío inconsolable, que queda con trepidaciones y reminiscencias entristecidas ay! si supieran eso estos cariñosos que viven fuera, cómo vendrian mas á menudo á besarnos la frente....

*
* *

Pero ese domingo el conventillo estaba bullicioso: se oían gritos y cantos y chirridos de escobas sobre los pisos de ladrillos. Habia corrillos de hombres en animada conversacion,

complacidos en ese día de descanso, y mujeres agitadas en los cuartos, buscando las ropas aseadas de los chicos para llevarlos á misa, mientras estos se escapaban desnudos corriendo aquí y allá . . . porque los días de fiesta del obrero tienen aun cuando hace frío alegrías y transparencias tibias siquiera eso! Hay el deseo de salir fuera, á bañarse de luz y respirar el aire libre, y pasean con sus mejores trajes por prados, calles y plazas. Son las horas placenteras y únicas que les quedan para la familia y se les ve cargar los chicos y conversar con ellos y acariciarles con las manos ásperas y callosas las mejillas rosadas y los rizos y llevarlos de la mano al lado de las madres á pasear. Horas muy cortas que terminan á veces en las borracheras del vino amargo de sus aldeas que tiene el color del topacio. Entonan entonces en coro las melodías populares, —que suenan como los ecos de sus montañas y de sus bosques, y los murmullos del mar,— aquellas melancólicas cantinenas de los años juveniles, que son como el alma llena de lágrimas de la patria lejana que ya no volverán á ver. . . .



Maria tambien salió al patio esa mañana con

su vestido de tartan de cuadros rojos, y su pañuelo de lana en la cabeza con trama de flores vivísimas. Oh, la alegría de los quince años que hace mover ligero el pié y da esplendores primaverales á la tez morena y á los ojos negros! Sobre el pecho un ramo de violetas—esas de nuestras zanjas, que tienen colores de záfiro agrupados y ondas de suavísimos perfumes—esas que en los domingos de la niñez juntábamos volviendo ensangrentados de las guerrillas á pedradas. El cuarto de ella era limpio y cuadrado y tenia la cama de hierro en el centro mirando la puerta y la cómoda de pino á un costado y sobre esta, dentro un fanal de tersos cristales una vírgen con manto azul tachonado de estrellas. Habia violeteros de porcelana bordeados de rayas doradas y anchas y en el agua amarillo-verdosa flotaban corolas de violetas y heliotropos; porque hacia tiempo que estaban allí abandonados por la dueña cariñosa, mientras en el ambiente vagaban las altiveces y la religion de los santuarios. La máquina de coser con sus ruedas fatigadas en descanso silencioso giraba toda la semana contando en rápido tiquitac-tiquitac como sabe á dolor y á queja amarga el pan del pobre. Sin embargo, en los dias de sol era la pieza iluminada que mas miraban los jilgue-

ros piando en reposo sobre el cerco de due-
las.... porque los pájaros conocen y aman las
criaturas gentiles que cantan y les echan mi-
gas de pan y alpiste que ellos hacen crujir
comiendo, para llenar despues sus estancias
de gorjeos armoniosos y de los reflejos de oro
de sus plumas amarillas.



Un enorme ojo tétrico envolvía aquel cuar-
to.—Genaro, sensacion de terror, que lo pro-
tegia de lejos y velaba en la noche su inocen-
cia. Ella se adormentaba tranquilamente, me-
cida en aquelescudo sombrío, y por la mañana
arrodillada sobre el piso entregaba toda la
quinta esencia de su espíritu acongojado á la
memoria de ese hombre, que andaba huyendo.
Porque Maria habia sufrido las estrañas y
hondas fascinaciones y rodado con la fantasia
mucho tiempo dentro de aquella órbita domi-
nadora del espíritu de Genaro, terrible y gallar-
do, hasta que—sin saber por qué—una maña-
na ingénuo y adorable de luz—sintió en el
corazon que era su novia. El le habia dicho:
«Despues de mi madre, tú para siempre.....
el señor Mendez es bueno, á pesar de esas co-
sas furiosas que lo acometen de repente. El

nos ayudará á trabajar; tendremos dos cuartos aseaditos en una casita de ladrillo solos—y chicos despues que jugarán en el patio, llamándonos—porque yo necesito ser bueno como tú—y tener donde reposar esta cabeza tan conturbada y loca hace tiempo.... Yo siento á veces un fuego devorador adentro, y cosas feroces que me dan ganas de tirarme al charco por no matar á mi hermana .. porque yo te quiero.... Y ay! del que se atreviera á rozarte el cabello ó á tocarte el vestido.... yo le revolveria el cuchillo en las entrañas.... yo te quiero y te juro respeto asi».... y se arrodillaba en el suelo describiendo una cruz con el índice y besándola. El le decia estas cosas con la cabeza echada hácia atrás con todos los espasmos de la pasión, temblando todo su cuerpo,—hecha de sollozos y de tormentas la voz,—como si ese amor se hubiera hecho jigante por la savia enriquecida en el mas fúnebre de los dolores humanos. Ella, pobre alma solitaria, dobló su rostro pálido de emocion, como las flores sus corolas si las agosta el estio; y arrugó poco á poco su cuerpo delicado contra el pecho levantado y varonil de Genaro, como la sensitiva que encoje en la noche calurosa y arruga sus hojas verdes. El le dió un beso en la frente—lleno de todas las

castidades de su espíritu—en aquel gran día del sol diáfano y tibio. Desde entonces la máquina solía callar poco á poco, como si un pensamiento profundo fuera invadiendo la inteligencia de Maria, hasta llenarla por completo y se levantaba á mirarse en el espejo de marco de madera negra... y buscaba la amistad de su familia, la vieja y la hermana que vivían trabajando, y se asomaba á la puerta y miraba la casa de Carlos Mendez para ver si salía Genaro en el coche....



El sábado, despues del suceso trágico, ya de noche, Genaro pasaba rápido por la puerta del conventillo. Ella, que estaba parada viendo los trabajadores volver sudorosos, con el saco al hombro, se estremeció.... porque vió brillar sus ojos detrás del pliegue de un poncho que no le dejaba libre sino la frente y estendió la mano para tomar el ramo de violetas que él le alcanzaba.

—¿Y manía? preguntó Genaro con visible agitación.

—Está la puerta cerrada... no sé de ella.

—Es necesario que tú la veas, Maria.

—Ya hemos tentado; no quiere abrir á nadie....

—Es necesario.... no ha comido en tres días, seguía rapidísimo Genaro, vela y llévale de comer; y se daba vuelta á cada rato como si alguien lo persiguiera....

—Vete pronto, Genaro; yo te juro que la veré mañana mismo.... corres mucho riesgo aquí....

—Sí, María, me voy.... no quiero que me tomen, tengo algo importante que hacer todavía en el mundo. Y desapareció en las sombras de la noche. .. y ella volvió á su cuarto con una gran pena en el corazón....



—Aquí le traigo un regalo, mamá Teresa, empezó María entrando en el cuarto, enseñándole algo envuelto en un pañuelo de algodón.

—Gracias, mi pobre hija, contestó la vieja pálida y macilenta.

—Mire Vd., mamá: una gallina rica y gorda.

—Yo no tengo hambre de esas cosas; comeré si tú quieres y porque el buen Dios manda que uno viva... Y para quien, al fin, signió la vieja, como si hablara consigo misma; yo me he quedado tan solita...mejor sería morir para que me fuera pronto con ella.

—Viva para los que la quieren, para esta desgraciada que no tiene madre. Y se arrojó impetuosa Maria entre sus brazos abiertos y le llenó de lágrimas los cabellos blancos.

—Pobre vieja inservible, repetía Teresa, moviendo tristemente la cabeza, que estás dando tanto trabajo y sacrificios á este ángel.

—No, mamita! yo le voy á contar. Oiga Vd: he trabajado dos horas mas por dia en la máquina, contentísima porque sabia que le iba á poder traer este regalo, alegre, cantando como los pájaros. Vea cómo se equivoca Vd. pensando que yo hago sacrificios.

—Porque tú eres una santa, Maria, sollozaba la vieja.

—Así será... una santa de esas que hablan el dia entero,—feliz en esta gran dicha... porque Vd. me permite que esté al lado suyo, y que me siente así en el suelo y coloque mi cabeza en su regazo, mirándola—y mientras sus palabras descendian como gotas de bálsamo fresco sobre su espíritu atribulado, las violetas reflejaron sobre sus rostros diafanidades celestes, llenas de moléculas de esquisita fragancia. Y así, con la cabeza en su regazo, estiró los brazos para tocarle acariciadora la frente y la mejilla, mientras la vieja

con el torso inclinado dobló el rostro arrugado y la cubrió de besos.

—Ahora, continuaba Maria, yo me quedo con Vd. á vivir: voy á venirme con la máquina á trabajar á su lado y de noche la voy á acompañar para que recemos el rosario por el alma de los que han muerto y de todos los que andan por el mundo sufriendo.

Entonces hubo una mirada de Teresa, una brusca sacudida de su cuerpo, como si esas últimas palabras hubieran evocado algun recuerdo de terror, Maria se levantó y antes de salir fuera dijo: ahora que yo estoy resuelta á venirme, Vd. se va á callar la boca, y me va á dejar hacer, como si yo fuese una chica mal criada. Levantó el brasero: puso cilindros de trapos embadurnados con sebo y arrojó un fósforo de palo y leñitas arriba y humo y llamas sofocadas y despues poco á poco el carbon en fragmentos chicos y humo otra vez y chispas rojas crujiendo y saltando en todas direcciones y llamas y brasas... Colocó sobre ella la olla de barro redonda y cuidó con la espumadera el caldo y un momento despues entró corriendo con un mantel blanquísimo que extendió sobre la mesa y un pan largo y redondo. Por la puerta del cuarto entraba el sol, —cuando la vieja se acercó á la mesa en cuyo

centro estaba la gran fuente de lata humeante y sabrosa,—y fué comida triste, como sucede cuando faltan en la mesa las personas queridas...



Genaro empezó su noche vagabunda por las calles cercadas de cañas y pitas chatas y flexibles de aguijon agudo y negro. Iba caminando por las hondas soledades y pasaban á su lado despacio—como negros batallones en marcha silenciosa—tramas oscuras y dilatadas de sina-sina, grupos de eucaliptus con rigideces giganteadas, y enormes ombús sombríos que destacaban asimismo en la noche su mancha lóbrega. Su paso solamente en toda aquella zona—su paso lento como de hombre que camina sin rumbo. Eran noches frías y sin vientos, de esas que tienen mas profundo y mas tranquilo el cielo azul y mas millones de astros. Las familias se encierran temprano y los perros galopan ladrando á lo largo del cerco en la hora en que todavia se ven en lontananza brillar luces en las casas y llegan hasta los caminantes los resplandores del fogon y los gemidos de alguna guitarra en los ranchos por allí escondidos. Genaro seguia

caminando. Dobló esquinas y penetrando por prados de alfalfa húmedos de rocío—solo su alma—oía los ecos de sus pasos que se desvanecían lejos y de nuevo despertaban sucesivamente. Su pasión y la lógica inquebrantable que de ella brotaba le infundían extraordinario aliento. Su hermana había escupido la memoria honrada del viejo y debió morir.....y al otro que todavía andaba por allí lo haría pedazos en el exterminio de sus odios. La noche cada vez más alta y más helada rodaba con sus círculos negros al rededor de su figura de sonámbulo. Tenía envidia Genaro de esas sombras donde había tanta paz, porque pensaba que debía concluir pronto para descansar en la muerte con todas las sinfonías estridentes que le rompían el corazón. «Cómo son felices esos ricos que duermen allá pensaba; tienen casas tibias y pueden cuidar a la shermanas. Todo el mundo se apresura a rendirles homenaje y los hombres de la justicia hacen cosas terribles para complacerlos... mientras nosotros que estamos tan solos y tenemos tanto frío, somos los perros con collar de cuero que tiene puntas de tachuela adentro para que se nos claven en el cogote, si tiramos de la cadena....Y de yapa los amigos nuestros se rien y cuchichean en se-

creto con aires de mofa, si acontecen algunas de estas cosas desventuradas y dolorosas... nos raspan las heridas esos bárbaros con papel de lija ... En estos soliloquios Genaro se encontró sin saber cómo otra vez cerca del conventillo y vió las casas elevar sus siluetas umbrias en la penumbra movediza del farol de kerosene. Se detuvo á escuchar... Todos dormian tranquilos, menos en la casa de Palloche, donde habia luz y se oian ruidos y palabras de éste que llegaban hasta la calle, y una voz acompasada que declamaba versos. Genaro se acercó otra vez al conventillo y volvió á entrar despues en su noche vagabunda hasta la madrugada en que todo el campo amanece cubierto de briznas de nieve. En la helada de las noches tranquilas de fin de invierno que cubre las crestas de los pastos, interrumpida á trechos por espacios oscuros y húmedos, que blanquea de granos gruesos y endurece el camino crujiente y quebradizo y escarcha los piés ... A esa hora entraba Genaro—entre la bruma helada—debajo de los escombros de una tapera solitaria, que tenia en el barrio lúgubre leyenda y á la que nadie osaba acercarse.



VI

EL OCTAVO CANTO

D. Manuel de Paloche habia escrito su poema que estaba hecho de sonoros endecasílabos, viviendo todo ese tiempo merced á los socorros del hijo que trabajaba la chacra de la familia. Era un verdadero tratado sobre el masaje. Estudiaba todos los sistemas aplicados, salpicando aquí y allá los cantos con episodios de alumbradores para ensalzar la panacea. Al principio tropezó con muchas dificultades.... el verso, la rima, la diction poética y se pasaba las noches en blanco, con la cabeza entre las manos, arquitectando el extraño edificio. D. Manuel se enflaqueció, transformándose en una larga y enjuta figura de pómulos salientes y pera entrecana atormentado por ese lecho de Procuste de la poesía épica. Hubiera deseado romper la valla, y echarse sobre las octavas

para dilaniarlas y escribir tranquilamente como le dictaba el destornillado magin... Pero ese poema debía ser leído en la Academia Literaria de entonces y él sabía que... guay! al que toque las fórmulas consagradas por los siglos.

*
* *

D. Manuel vivió de poesía. Fué un sonámbulo de la rima y de la armonia imitativa. En sus sesiones de masaje, mientras pasaba la mano sobre la piel se quedaba de repente pensativo. Habia cruzado por su imaginacion una estrofa, que no lo habia satisfecho ó veía pasar la imágen de algun hercúleo masagista, curando todas las enfermedades y recibiendo el laurel del triunfo, en medio del clamoreo de la muchedumbre... Entonces hacia visajes. Habria los ojos desmesuradamente y levantaba el índice á la frente, mientras el enfermo experimentaba el sagrado horror del milagro, hasta que D. Manuel volvía á su faena otra vez con entusiasmo. Esos ensueños del paladin esforzado de la panacea universal tenían sus inconvenientes; porque no era lo mismo cepillar en prosa vil, que en medio de la canora resonancia épica y algunas veces D. Manuel entre el

caliente estro de sus octavas arrastraba consigo la epidermis ó concluía una fractura á medio hacerse. Pero que importaba. Eran esos los buenos tiempos de la fé sectaria en que la suggestion habia muerto al raciocinio y á la suspicacia. Algunas veces los hombres de la ciudad veian su larga figura caminar ondulando, la nariz en las nubes, los ojos perdidos en las órbitas, la boca entreabierta y se hacian á un lado casi con terror. El gran meditabundo seguía la soñadora peregrinacion. Era un nuevo canto que agregaba al libro ó la acariciadora sensacion de alguna milagrosa cura.

*
* *

Así escribió su octavo canto. La escena maravillosa toca en él los límites de lo sublime. Fué la narracion de una áspera y gloriosa brega y describió los cuartos oscuros en que empezó á elaborarse la nueva era y uno por uno los que formaban la herculea falange primitiva. Eran gladiadores de gran pecho levantado, exhibiendo en las conspiraciones de la noche el relieve enorme del músculo. Eran palabras bravias y la ingenua y violenta passion de los catecúmenos, que resonaban en la sinfonía estremecedora de sus versos. Aque-

llos iniciados de cuello de toro y piernas de coloso iban á seguir hasta el sacrificio en la lucha. Era necesario hacer la revolucion terapéutica. Lo decian en sus coros formidables, y en el violento apretón de manos que hacia crujir los huesos del carpo y sellaban el pacto solemne con la promesa sombría del juramento. Apareció un diario. La autoridad torció las narices. En él se escribía con grandes letras el violento propósito de guerra á los medicamentos . . . La autoridad, agitada en su gordo asiento de canónigo husmeó un rato la novedad y mandó destruir la máquina y revolver los tipos. Pero los masajistas, agachando el cuerpo gigantesco, caminaron mucho tiempo para recogerlos por el cuarto sin piso de la imprenta de aquí para allá, á semejanza de una ciclopea evocacion de la fauna prehistórica. No se atrevieron á no dejarlos vivir. Entonces chisporrotearon las fraguas y se levantaron con estampidos rítmicos las masas para caer sobre la superficie purpurina de las piezas rotas, las caras sudorosas y negras al rededor del yunque y resurgió la máquina derecha y se oía en la noche oscura el roce suave de las ruedas. Ya no fué diario. Era un largo y angosto papel impreso. La autoridad lo persiguió y publicó bandos, prohibiendo

su lectura. Pero el papel se multiplicó y penetraba en todas partes por medios arcanos y astucias misteriosas, como si un ejército de gnomos lo deslizara sin ser sentidos. Todos leían ese heraldo de la nueva era. . . .

La falange masajista creció. Las asambleas ya no se hacían á puerta cerrada. Había cierta insolente audacia revolucionaria en sus palabras y en sus maneras y se veían por las calles grupos que tenían la procaz vociferación y desplegaban su bandera al sol. La ciudad se estremeció porque los masajistas ofrecían la vida que no tiene término y los enfermos trepidaron de placer en sus camas y concitaban á los hermanos á cumplir la obra buena. Basta de pociones disgustantes, que hacen doler el estómago y provocan gastritis. Pronto se produjo en la ciudad un atronador susulto y giraron vertiginosas las multitudes en medio del estentóreo y dilatado fragor. Pasó sibilando la amenaza y entre la ensordecedora gritería viéronse los antebrazos erguirse temblando al cielo. Malo! La autoridad abrió el ojo. Hizo un cuarto de conversión y encarceló á los empasteladores de la imprenta; pero no bastaba. Era necesario cerrar ó destruir las farmacias porque allí estaba el mal y esa era la síntesis de aquel gigantesco clamoreo popular. Al fin

no pues!... La autoridad se preparó á resistir defendiendo las aguas minerales digestivas... Adios agapas succulentas, melancólico y desazonado desideratum de tantos años!... No era posible acceder porque la conspiracion se hizo diatriba en la prensa y asonada en las calles... Si se pudieran conciliar estas cosas... Ofrecieron un ministerio... Los masagistas contestaron *nao* y se prepararon á la pelea... La autoridad hizo una media conversion hácia aquella exigencia y encontró en los estatutos del estado un artículo aplicable ...

Las farmacias se transformaron en fortalezas. Se cerraron las puertas con grandes barras de hierro. Detras se levantaron barricadas; un maremagnum vertical de tarros, de espátulas y de morteros y el ojo agudo del tristel asomando por todas partes el círculo oscuro. Habia un violento olor de ácido cianútrico. Era la siniestra arma de guerra que iban á esgrimir los dueños pálidos.

La falange se acercaba, mientras las farmacias temblaban de terror. Habia el enfurecido rimbombo del exterminio en aquella marcha triunfal. Era un innumerable pueblo feroz que despedazaba las puertas, hacia añicos el cristal de los tarros y saltando y rugiendo de un lado á otro fracturaba las porcelanas y las

espatulas y el mármol de los morteros gigantes. A guisa de ciclopeos monteros levantaban, armados de hachas los brazos nervudos y dividian los mostradores crujientes y hacian astillas las tablas perpendiculares de los armazones y resonaba lejos y aterrador aquel barullò cáotico, mientras crepitaba el papel, rasgado de arriba abajo, cuyos arambelles colgaban entre un nubarron de polvo y saltaban, despedazados los caireles brillantes de las lámparas á garrotazos. Habia mil respiraciones jadeantes y un sacudimiento en todas partes, como si se estuviese por desgajar la vieja terapéutica, acosada por los violentos frenesíes de aquellos atletas. Que montones de escombros! Matraces rotos, cajones destrozados arrojando las yerbas secas y milagrosas. bordes filosos de vidrios, grandes combas de bolsas acostadas de traves y se sentia el retintin de los frascos contra la pared y se veia pasar zumbando el gran mechon de pelo del tricófero. Y rodaban en el torbellino los tarros de condurango que cesaba para siempre de curar el cáncer y cuadros y espejos y se quebraban las tinturas y saltaban los polvos fuera de sus recipientes y caian sobre los espaldares de las sillas rotas y se depositaban en montones aquí y allá mezclándose con los líquidos

alcohólicos y cruzando las emanaciones del éter y cal aséfetida, mientras ioduro de potasio allí en el suelo brutalmente se entretenía con tintura de belladona en promiscuidades ilícitas. Los masajistas parecían presa de un inestinguible furor de destrucción. Brincaban endemoniados de un lado á otro como flechas elásticas tropezando en la intrincada trabazón de aquel escombros, irguiéndose á saltos flexibles de felinos. Sus manos eran férreos arpones. El reboque caía en fragmentos. Sus pasos coces gigantescas. Las damajuanas rodaban lejos con tañidos anfóricos de larga y quejumbrosa lamentación hasta que pulverizadas, sonaba la cáscara de mimbre urdido chac, chac con un rumor sordo y fofo. Ya no había nada que despedazar. Los masajistas se miraron, enarbolando los tristeles cargados de ácido cianúrico. Era el trofeo de la victoria. Salieron á la calle la tez iracunda. Se mandó á la autoridad el ultimatum: desaparición por *in æternum* de todas las drogas. Esta abrió todos los ojos del opulento organismo. Hizo tres cuartos de conversión hácia la secta irritada. Iba acatando la dura ley del éxito y envió un parlamentario. Proponía tranzar.... *un modus vivendi*.... se estudiaría con gran tezon las virtudes de cada uno de

los medicamentos y se arrojaria á la calle lo inútil: . . . Los masajistas contestaron *nao* y atropellaron adentro . . .

*
* *

Empezó el incendio. Resopló brusca la llamarada del alcohol levantando cacharros. Incineró á belladona en lo mejor de su faena, y carbonizó á ioduro de potasio. Luego estendida en violenta carrera la zona ignea trepó los cajones, resbaló sobre el vidrio, quemó las bolsas y se deslizó con apuros de violenta y devoradora culebra. Y humo en colosales columnas y fuego y el torbellino de chispas azotadas al cielo y todos los ruidos y todos los ardores cruzando el espacio caliente. Cincuenta hornazas rodeando las falanges enloquecidas de clamoreos, cincuenta esplendores al rededor del horizonte. Arremetidas del fuego buscando los brazos gigantescos de la llamarada vecina y atronadores retumbamientos, sonoros poemas arrojados al cielo, que narran brutales y funerarios convenios. . . . El fuego, el fuego!! La muchedumbre erizada se azota á la calle volando las ropas, temblando los miembros. . . . La ciudad va á arder. Los iluminados levantan las greñas fulmíneas de las teas en son de

amenaza. La autoridad se asusta y completa la conversion. Decreta.

Pueblo: Nos que en todo tiempo hemos valido mas que vos, expontáneamente mandamos:

1° Queda suprimida en materia de tratamientos la libertad de pensar.

2° Elévese el masaje á terapéutica oficial.



Desde entonces floreció la salud. Los enfermos abandonaron sus camas, los miembros ágiles, los ojos brillantes. El estómago descansó y la alegría entró en el espíritu de todos los hogares, arrojando lejos las bizzarrías de las dispepsias medicamentosas. Creció una generacion atlética de esculturales lineamientos, de magestuoso andar y brazo gigantesco que tenían la pureza marmórea del color en la piel fina y tersa, las venas azuladas debajo regurgitantes en su camino de líneas quebradas, sin las máculas que las viejas sociedades llevan tan á menudo al sepulcro ... Buscaron la vida libre y abierta de los campos, el vital ozono que exacerba las metamórfosis celulares, el trabajo moderado que ahonda en la tierra el espolon del arado y vuelca el cesped á un lado y otro. Transformaron el verde de la

yerba nativa en la zona negra y húmeda aplanados y pulverizados los surcos, llenos de germinantes átomos dormidos. Esperan la semilla. La arrojan despues á manos llenas aquí y allá rodando en la dilatada superficie oscura desde el alba y bebiendo como los pájaros el centelleo auroral, mientras mas lejos camina con lento paso el buey uñido, arrastrando el arado. Mira la tierra con su grande ojo silencioso ese manso filósofo, que abre la entraña fecunda de los campos á la luz que despierta el calor de la vida, al agua que fertiliza, á la mente humana que aprende en aquel trabajo sosegado y tenaz que las conquistas destinadas á ser eternas son las que fundan y se ganan un palmo despues de otro, surco tras surco. Oh el sereno trabajador feliz que pulveriza los prados, que se cubren de la mies dorada!....Porque despues esas generaciones se sentaron á sus mesas al lado de los hijos rubicundos en la sombra que azota lejos la casa de ladrillos. Bebieron las aguas frescas de los manantiales cristalinos, la leche gorda y rica salpicada aquí y allá de ojos translucidos y amarillentos, mientras á un costado chilla y crepita la carne de fragantes emanaciones destilando la grasa gota á gota desde el asador. - Así tendidos al entrar la

noche en sus camas duras tienen el sueño hondísimo.... Fué estirpe inmortal aquella, porque en la hornaza colosal de los medicamentos se incineraron todas las enfermedades y eximio tratamiento el masaje, que despertó la vida y mantuvo su eflorescencia en las ciudades, que no tienen casi luz, ni ozono....

*
* *

D. Manuel de Paloche y otras alcurnias presentó su poema á la Academia de letras. Esa vez por tan original acontecimiento pudo reunirse y lo declaró abominable. Tomó actitudes de exorcista y pronunció el anatema.... D. Manuel, corrido como el dia del exámen, se retiró lleno de tristeza á su casa. Talvez aquel era un error suyo y el masaje no era la panacea....



VII

MANO SANTA

D. Manuel de Paloche y otras alcurnias no contaba con la tontera humana. Después del fracaso de su poema se retiró á su casa. Allí recibía á menudo la visita del hijo que seguía en la chacra, por el cual tenia el padre el más profundo desprecio. . . Un Paloche, exclamaba el viejo, chacarero! que decrepitud! Yo quería que fuese médico, y me salió un dejenerado. El dia entero en el trabajo brutal, andrajoso. . . . con sus lechugas y su avaricia. . . . Fatalmente yo estoy destinado á la desgracia. . . No era cierto. . . . Dos dias después de publicado el libro llegó un carruaje. . . . Un tronco de oscuros de gran jaez en sus guarniciones doradas, negro y brillante y estendido el gran landó de cuatro asientos, el cochero ríjido, em-

butido en la librea larga de paño verde, los botones de plata, la cara lampiña. Descendió la señora, con movimiento rápido y entró nerviosa en la casa de Paloche.

* * *

Aquí estoy señor, dijo con ansiedad. Felizmente... creían que no iba á llegar. Me ha dado un ataque.

— Un ataque? preguntó D. Manuel.

— Sí, y pronto cúreme, por favor señor.

— Pero, que le pasa? señora, dijo Paloche asustado.

— Me ahogo de repente. Un nudo en la garganta. Tengo palpitaciones, cúreme, señor.

Paloche meditó un momento, se rascó una oreja y dijo con aire solemne:

— Primer grado de masaje. Siéntese y descubra el pecho.

La señora desabotonó rápida la bata, hizo sonar el corsé al desprender los broches y exhaló fuera un olor caliente de carne. D. Manuel pasó suavemente la mano sobre la garganta y la colocó despues sobre el pecho. La mano se hizo cada vez mas pesada y ella sintió que la respiración era mas fácil y calmarse el dolor del corazon y se apoderó de toda su persona un delicioso y profundo bienestar.

— Parece que Vd. estuviera curada, dijo D. Manuel, y para siempre.

— Sí doctor. Creo que sí. Estoy profundamente agradecida, contestó la señora vistiéndose... Vea que dicha haber leído su libro.... Notable señor... Cuanto le debo á Vd? preguntó la señora, sacando la cartera.

— Oh! oh! exclamó Paloche. Yo no cobro señora.

La señora se fué dejando dinero sobre una silla....



Al rato dos aldabonazos á la puerta. Una larga y flaca y macilenta figura de dispéptica, acompañada de la madre, que se movía en el amplio contoneo de opulentas formas.

— Que tiene Vd? preguntó D. Manuel.

— Dolores en el estómago, señor. Atroces. No puedo comer ni dormir.

— Es un bizarro carácter, rugió la vieja. Insoportable. Con un geniazo de todos los demonios.

— Porqué estoy enferma y no me quieren creer.

— Es una revolucionaria, que no deja quieto á nadie; eso le hace mal. Y de repente tiene

unas carcajadas que dan miedo, cuando no le dá por llorar y llorar.

— Perdone Vd. señora, interrumpió Paloche. Haga que la niña se acueste en aquel sofá.

La niña se acostó y don Manuel empezó á pasear sobre el estómago la mano con lentos vaivenes. Poco á poco el peso de aquella fué aliviando el dolor y la angustia de aquella niña que esperimentó una profunda sensacion de sueño. Sus ojos fijos en los del curandero empezaron á cerrarse y de repente su cabeza cayó hácia atrás con violencia. Estaba dormida. La vieja se persinó y la rubicunda brillantez untuosa de sus mejillas empezó á desvanecerse.

D. Manuel despertó á la niña.

— Está Vd. mejor, afirmó D. Manuel.

— Oh sí! dijo.... pero tengo miedo que me repitan otra vez los ataques.

— Vuelva, contestó Paloche con aire solemne y la curaremos radicalmente.

— Oh! eso será milagroso, replicó la señora; ya ha sido deshauciada.

— Todo cede á la nueva terapéutica, señora.

La vieja se fué sin pagar.... Oh delicioso y frecuente olvido!....

Ya estaba esperando en el zaguan un diplomático, un bismarquiano de adusto frontispicio y récia musculatura....

— Señor, dijo al entrar, felicito á Vd. por su libro.

— Gracias. . .

— Ruégole se sirva no interrumpirme.

— Está Vd. en su casa, dijo Paloche, haciendo una reverencia.

— Repítrole que no me interrumpa....

— Este es un loco, pensó Paloche.

— Hem ! rugió el bismarquiano. Una crítica tengo que hacer á su libro.... Vd no ha dedicado un capítulo á las afecciones crónicas articulares.

— Sí señor. Cómo no....

— Le digo á Vd. que se ha olvidado de citar á la diplomacia como causa comun de este padecimiento.

— No alcanzo el significado. Creo que sus palabras tienen tal sutileza de intencion, que se hacen ininteligibles.

— Al fin, señor Paloche, yo he venido á que Vd. me cure una artritis crónica y me veo mal de mi grado obligado á darle á Vd. explicaciones.... En verdad me desvíó de la línea recta sobre la cual he marchado siempre. Nada de giros tortuosos, ni intrigas, ni astucias, ni

perversas y largas maquinaciones; la fuerza todo lo arregla....Y á pesar de esto, señor, antes se hacia vida de gabinete, se cambiaba la faz del mundo con una nota....Se hacia con un golpe de timbre una revolucion en la política, como con su libro la vá á hacer Vd. en la terapéutica.

— En verdad no parece loco, pensó Paloche, inclinando la frente.

— Pero hoy no es así, señor, seguía el diplomático irritado....Desde que se ha inventado el pueblo y los periódicos sugestionan las multitudes y todos quieren ver y saber y modificar. De aquí derivan los tole-toles y las algazaras de peligrosas consecuencias y aquí nos tiene Vd. corriendo el dia entero por todas partes, en la cámara, en los acuerdos, en los cuarteles, en los campamentos, sin descansar, ni comer, ni dormir y empieza la enfermedad y le duelen á Vd. las articulaciones y se transforma en un inválido, arrojado á la cama por tres meses como yo sin estar curado todavia... Pero puede darse por satisfecho. Ha hecho Vd. todo lo posible para salvar á su país y ha tenido el consuelo de que el último médico le diga con sorna: ensaye el masaje.

D. Manuel de Paloché curó al señor artrítico y poco á poco vió invadida su casa por una muchedumbre de enfermos y pseudo-enfermos. Llenaban la sala, los patios y la calle y se veía enfrente la larga fila de carruajes. El barrio populó, vibrando estremecido por la inacabable romería. Fué el punto de cita de los deshauciados y se llenó el ambiente de las melancolias de todos los neurasténicos de la ciudad. Se armaban disputas y grescas y se oían chillidos de mujeres que sostenían su derecho á entrar primero. Todos querían atropellar á D. Manuel de Paloché y á veces entraban de á cuatro, pretendiendo simultáneamente á grandes voces los beneficios de la panacea. Este tranquilo y majestuoso, calmaba las impaciencias y propinaba á cada uno su dósis de masaje. Sin recurrir á los embolismos misteriosos de la nigromancia, nunca su nombre había adquirido en la ciudad cierta fama tenebrosa, porque se narraban en todas partes los milagros de sus curaciones y era de verse con qué sincera austeridad de convencido y con qué afán de sectario ejercía D. Manuel la misión humanitaria. Al rededor se oyó el largo y embarullado zumbido de cincuenta diálogos animados y se veían los grupos gesticular, yendo

de un lado á otro hombres y mujeres. Se apiñaba allí la gente de tal manera á veces, que era necesario recurrir á recomendaciones ó á otras astucias, ó sorpresas ó extratajemas para llegar hasta él. Cárlos Mendez habia entregado riéndose muchas tarjetas. D. Manuel cuando las recibia, hacia pasar adelante en seguida. Es mi amigo de la buena y de la mala suerte, solia decir. No pasaria Vd. si me trajera carta de magnates ó de sabios.

Su renombre fué propagándose hasta invadir casa por casa. Al principio la gente se sonreía. Aquello no podia ser sino una broma. Si en realidad fuera el grande y maravilloso remedio, rara cosa que otros mas sábios y mas estudiosos no lo hubieran descubierto. Pero despues se acostumbraron á oír su nombre y á escuchar sin protestas los milagros del nuevo Cristo. Surgió la leyenda imaginativa y megálica por ciertas cosas de su pasado que muchos conocian. Aquellas luces prendidas en sus cuartos hasta tarde, los misteriosos paseos por la campaña, los ensayos de extractos de yerbas, que tenian renegrado color y aspecto siniestro, como si colaboraran endriagos ó fantásticas y encapuchadas brujas; su exámen y la envidia perra mordiendo el talon de los profesores y las sonoras estrofas de la epopeya

masagiana roendo el corazón de los literatos liliputienses. No podía dudarse que era un intelectual. El excecpticismo frío y burlesco se trocó en el raciocinio tranquilo, que está por llegar á la fé. Esos caminadores amargos que tienen la verde sangre biliosa para juzgar todos los acontecimientos, esos desposeidos de todos los entusiasmos generosos y adoradores de la razón pura sintieron conmovidos sus convencimientos cuando en sus propias casas la mano santa de D. Manuel de Paloche habia entregado la salud. Era alguno que resurgia á la vida floresciente y á la alegría juvenil despues de largos años valetudinarios y eran amigos que llegaban asombrados á narrar algun portento de las nuevas ideas terapéuticas. El entusiasmo se trocó en frenesí, y fué como un vértigo giganteo el que se apoderó de toda la ciudad. Le llenaron á Paloche de regalos. Un espléndido carruaje, flores, dinero y su casa fué una magnificencia. Se hizo al rededor de él una falange de fanáticos, que se hubieran hecho despedazar en cualquier parte y los periódicos, que son segun ellos el crisol, en que se elabora al rojo el alcaloide de la opinion pública no se atrevieron á arrojar el ridículo sobre el gran personaje. Los oradores altisonantes de la cámara citaban con melodramáti-

ca entonacion las estrofas del poema. D. Manuel suscitó el terror porque su obra de todos los dias, al rededor de millones de enfermos en esa órbita de su dominio que se dilataba cada vez mas, podia producir un cataclismo. Asomaba el hambre para muchos médicos. A pesar de que algunos de estos se habian inficionado hasta el punto de ir á consultarlo, torcieron contra él sus iras. Fué una campaña tenaz; pero en cada sala y en todos los comedores donde se habia iniciado no se escuchaban sino alabanzas, donde moria la frase mordaz y la crítica burlona y acre. Era inútil; eso significaba machacar en hierro frio. No era posible vencer. La conciencia clara y tranquila del talento de D. Manuel y la certidumbre de los milagros que se narraban estaban hechas y todo el mundo veía aquella mano enorme y benéfica dilatar sobre la ciudad enferma la sombra protectora mientras la autoridad se asustaba como en el octavo canto y veía surgir por todas partes la escultural efigie de la falange masajista y sospechaba no se qué conspiraciones en la aglomeracion rumorosa de todo aquel pueblo al rededor de la casa de Paloche. Dentro de aquella metamórfosis radical de la terapéutica podian muy bien haber germinado los átomos de la revolucion políti-

ca, planta de exuberante y lujurioso retoño. Pero ellos también tuvieron la conciencia pecaminosa porque inficionados de Palochismo, le habían consultado sus achaques terciarios. Al fin se decidieron y D. Manuel fué llamado al consejo de la higiene pública. Llegó seguido de una muchedumbre rabiosa y tumultuaria con trágicas actitudes de vengadora de afrentas. La envidia perra iba de nuevo á lastimar el ídolo, que era el gran padre de la ciudad y el hermano de todos los hermanos. Paloche contestó récio las preguntas. El no era un mercader. Si su casa había resurgido y si había entrado en ella la riqueza y la gloria, era por la suprema voluntad de aquel pueblo. Y cuidado! porque sus frenesíes colectivos son de los que derriban en un cuarto de hora la tradición rutinaria y burda. Si el masaje en la práctica había revelado ser la panacea universal, su concepción de aquel tratamiento tenía el esplendor sublime de las adivinaciones geniales y tuvo en aquella peroración de su defensa, irresistibles argumentos *ad hominem*. «Han debido empezar por no consultarme, si querían pronunciar condena, decía Paloche. Sobre todo esta mano, que ustedes quieren marchitar con un decreto, ha derramado la salud en vuestras familias, aunque ustedes hayan

tenido vergüenza de confesarlo». Absolvieron á D. Manuel aplicándole el artículo que establece la libertad de las profesiones. El clamoreo popular llegó al colmo. Le desataron á D. Manuel los caballos del cupé y la muchedumbre se vistió de cuadrúpedo un largo trecho en honor de la civilización. Fué una marcha triunfal. Sobre su cabeza la hilera de almohadones en que apoyaban sus brazos las damas, acariciado el rostro por el flamear de banderas y gallardetes agitados en la brisa, el pavimento cubierto de flores, en medio de la bulla, empujado y detenido el coche por la confusión, flagelando los tímpanos los hurraes atronadores....

* * *

La casa de Paloche se transformó. Fué arrancado el tupido yuyal de ortigas y cicutas y desaparecieron los ladrillos reemplazados por el piso mas moderno de nítidas baldosas. Aquel brocal del pozo, alrededor del cual había en otro tiempo, balde en mano, defendido el auto de fe de sus libros azuleaba en sus elegantes chapitas de porcelana, marmóreo el círculo del borde y se pintaron puertas y celosías y debajo del arboleda en el fondo mu-

chas familias de flores enriquecian el aire de perfumes.

Habia cierta alegría de vida nueva en toda la casa, en ese olor de las pinturas y en la magnificencia del papel artístico, recamado de paisajes con que habia vestido las paredes y en el brillo chispeante de los cristales largos de las ventanas. Una estera nueva cubria los pisos, con su damero rojo y pajizo de cuadros pequeños. Los viejos muebles habian desaparecido. Se veian grandes sillones lucientes y áureos los espaldares y el asiento de terciopelo; espejos de ámplia luna y cuadros de hermosos panoramas en la pared, mientras de los rincones derechos miraban algunos bronces, caprichosos, de pardo metal. Y en todas partes como sonrisas y cierto aire jovial, festivo y juvenil, animado contraste, con las viejas paredes pulverulentas y las tristezas de otros tiempos....

*
* *

Iluminada estaba esa noche la casa de don Manuel. A las diez, cuando ya la gente se iba retirando, entró Cárlos Mendez á visitarlo. Paloche lo abrazó y lo hizo sentar con grandes agasajos.

—Cuánto me alegro que Vd. haya venido, dijo Paloche con cierto temblor nervioso. Vd. de quien he recibido en mi pobreza tantos beneficios, tiene todos los derechos aquí en esta nueva vida y en esta casa rejuvenecida.

—La verdad es, murmuró Mendez, que esta transformacion es admirable.

—Oh! soy feliz, contestó D. Manuel, casi completamente feliz. Si no fuera que en la vida siempre falta algo....

—Y qué? preguntó Mendez.

—Oh! mi querido amigo. Fíjese en esa pobre vieja que anda por la casa, así como un fantasma.

—Es un mal irremediable.

—Y aquella otra, aquella pobre desgraciada, que está perdida, quien sabe dónde.... Y el otro, el chacarero con sus lechugas y su avaricia.... ese Juan que podia haber perpetuado nuestro apellido....

—Razon tenia Vd., señor Paloche, cuando decia que aun en medio del triunfo está la grima que mata las alegrías.

—Ciertamente. Y yo le confieso que este servicio que yo he hecho à la humanidad, descubriendo la panacea universal, me deja perplejo y pensativo muchas veces.

—Pero por qué? Oh, Vd. no cree que sea un triunfo?

—Y quién se atreve á dudarlo? Despues de las maravillosas curaciones que ha producido. Puedo asegurarle, doctor, que no hay enfermedad que resista. Yo soy un fanático creyente de mi descubrimiento.

—De manera que Vd. debe estar satisfecho, señor Paloche, dijo Mendez mirándolo con gran fijeza.

—A medias, D. Cárlos. Yo hubiera deseado que hubiera marchado como las conquistas duraderas marchan. Despacio. Un caso despues de otro. A través de la razon y del convencimiento. Nunca con estas esplosiones y entusiasmos. No me parece que esa sea la índole de los descubrimientos de nuestra ciencia.

De manera que, dijo Mendez con tristeza, Vd. cree que el masaje es la panacea universal?

—Oh! oh! contestó Paloche levantándose. Cómo? Por qué me pregunta Vd. eso?

—Cálmese, señor Paloche. Antes Vd. creía haberla encontrado en sus extractos y se apercibió despues que no era.

—Es cierto.

—Y ahora no se esplica porque eso que Vd.

llama su descubrimiento, ha procedido y ganado la voluntad de todos con tanta violencia.

—Es verdad. Seria inexplicable eso, si no fuera yo un convencido con respecto á su eficacia.

Bueno, contestó Mendez con lentitud. Yo le voy á dar la razon. Desde luego me permitiré que no crea en el masaje tanto, como Vd. El fanatismo de uno no debe exaltarse hasta el punto de imponerlo á los demas.

—De acuerdo, dijo Paloche.

—La turbulencia, continuaba Mendez, suscitada por Vd. en estos dias, significa sencillamente un caso de sugestion.

—De sugestion? pero cómo, señor.

—Escúcheme. Yo le voy á decir lo que he observado de la manera mas clara que me sea posible. Nosotros vivimos, D. Manuel, en el seno de la gran histórica, en medio de esta ciudad, que se perturba colectivamente á veces. Le repito que no es mi ánimo enseñar. Creo que no hay pedagogo que no sea afectado. Eso repugna á mi sinceridad. Ni quiero modificar el proceder de los demas, ni persuadir á nadie. Lamento mucho la suerte de esos que toman en los libros de ciencia los casos clínicos para sus novelas para hacer enseñanza

y moral. Se me ocurre que son obras escritas á medias y al fin Vd. no sabe á quién pertenecen, si al que las firma ó á los que andan nadando dentro de sus páginas y prestándole al autor las altas concepciones, que derivan de la observacion de años. Si no fuera porque al rato Vd. se aperciba del engaño y está autorizado para decirle al escritor: está bueno, mi señor, Vd. no es del oficio, seria el caso de declarar sacrílegas estas intromisiones.

—Estoy de acuerdo con Vd., contestó Paloche. Sin duda quiere Vd. decir que antes de disertar sobre patologia mental es necesario hacer un curso regular de estudios. No es eso?

—Precisamente, contestó Mendez. Además yo no quiero aconsejar, ni morigerar. A parte mi creencia de que casi siempre es tiempo perdido, hay esta idea que yo tengo y que es sangre y conciencia en mi ánimo. Me parece que debe dejarse á cada uno la mayor suma de libertad así en sus actos, como en sus manifestaciones intelectuales.

—Don Carlos, dijo Paloche, en esta casa Vd. puede hablar como mejor le plazca. Su bondad con mi familia y su saber lo eximen de aclaraciones.

—Bueno. Yo le decia que vivimos en el

seno de la gran histórica. Vea lo que me da á mí la observacion. He visto que esta libertad que yo deseo para mí y para los demas con tanta vehemencia, existe solamente de una manera relativa. La influencia del yo colectivo, el hecho de estar oyendo el dia entero el formidable estruendo de la ciudad enorme modifica la voluntad de cada uno. Hasta los espíritus mas serenos y mas clarovidentes se dejan arrebatarse por la oleada poderosa. Y si Vd. se fija en las ciudades, todo tiembla y se agita. Falta tiempo. Es necesario correr anhelantes y cada uno tiene dentro de sí mismo empujes violentos cada cuarto de hora porque hay muchos desaguizados que arreglar como diria Cervantes. Siempre la falta de lógica. Se gasta mas de lo que se tiene, se duerme mucho menos de lo que se debe y se hacen suculentas comidas heliogabálicas que destrozan el estómago y conturban el cerebro. Y despues y sobre todo Vd. sabe bien por que no se duerme.

—Yo? preguntó D. Manuel.

—Sí, Vd.

—No se, no se, repetia Paloche entusiasmado y confundido á la vez.

—Porque en cada casa hay un poema en treinta cantos que escribir, hay un nombre que es necesario arrojar fuera de la oscuridad, hay

alturas escarpadas y escabrosas que trepar, hay riquezas ajenas que es necesario conseguir y ultrapasar, hay glorias que andan por ahí y se echan con su recuerdo á través de los primeros mareos del sueño para darnos sobresaltos. Y despues está el amor que tortura la fantasia, el ódio que raja las alegrías y la avaricia que transforma al hombre en el escuálido cancerbero hurraño y desconfiado. . . .

—De manera que, interrumpió bruscamente Paloche, hay muchos que pierden el sueño como yo lo he perdido.

—Sí, muchos. Casi todos, en una forma ó en otra, aunque sea en la borrachera de la vanagloria porque, convénzase señor Paloche, allá en lo íntimo, donde nos parece que nadie nos ve, cada uno se cree mejor que los demás . . .

—Pero ese será D. Cárlos, el espíritu de algunos. Yo veo muchos hombres caminar tranquilos y hasta satisfechos.

—No son tranquilos, contestó récio Mendez, ni resignados siquiera. Todos marchan bajo algun golpe, que han recibido un cuarto de hora antes. . . .

—Vd. sabe, dijo Paloche, todo lo que yo estimo su inteligencia; pero me parece que Vd. exagera. No estará Vd. en uno de sus dias negros?

—Ojalá fuese así! Eso significa augurar un amanecer festivo para el día siguiente.

—Y que lo tendrá estoy seguro y se olvidará de este cuadro tan sombrío que acaba de hacer.

—Y que no he concluido, replicó Mendez. Me falta que decirle muchas cosas. Desde luego siendo la que yo he descripto la vida de los individuos, la vida colectiva es el orgasmo, los sentimientos son exacerbaciones y la inteligencia es un mar irritado que se pervierte y no puede guardar equanimidad.

Ahora bien, mi querido amigo, estos espasmos nerviosos son los que debilitan la voluntad y la pierden y eso es colocarse en las mejores condiciones de sugestion, y está la ciudad tan acostumbrada á vivir así que cuando por casualidad sobrevienen días apácibles, en que podría recuperar sus fuerzas y dar aliento á esa voluntad, que está tan dispuesta á entregar á cada rato, se aburre, bosteza y levanta y estira los brazos rezongando.... Oh! no hay novedades, le dicen con desaliento. Qué lástima!

—Es cierto. Muy exacto, contestó Paloche, cuando no agregan la frase sacramental: que pavos estan los diarios!

—Y eso se produce porque tiene necesidad de vivir á saltos frenéticos, seguía Mendez con

calor, porque quiere que le sirvan todos los dias su d6sis de haschis, para tener la cabeza llena de exhilarantes 6 turbulentas quimeras, la hermosa sultana irritable... Ya veo, seguia Mendez, que la asociacion de ideas me ha llevado demasiado lejos.

—No tanto contest6 Paloche, me parece que Vd. est1 siempre en la sugestion.—Y ahora mas que nunca.

—C6mo as1? pregunt6 Mendez con curiosidad.

—S1 mi doctor. Ha hablado Vd. de la prensa no?

—Eso es y le prevengo que es la reina y es necesario no tocarla.

—Bah! dijo Paloche mir1ndolo con estrañeza y caminando por la sala, reina nunca! Se equivoca D. C1rlos, porque la palabra escrita, libro 6 peri6dico es vasalla siempre...

—C6mo? c6mo? replic6 Mendez.

—C1mara oscura, proseguia D. Manuel, que va fijando im1genes y pasiones, buenas y malas con fulm1nea rapidez, que hace por s1 bien poca cosa y moriria como planta entristecida, el dia que se olvidara de acojer los clamores de afuera... Vigoroso reflector lleno de deslumbramientos y nada mas... Sugestionada casi siempre y dirigida por fuerzas que ella

misma no conoce, capaz de sintetizar y revelar en un momento dado los dolores y los júbilos y los presagios y los presentimientos populares, ese anónimo profundo y arcano, que cuando aparece escrito ya hace mucho tiempo que rueda y desazona y martiriza las horas trabajadas de los que viven en los ranchos y en las pequeñas casas sin rebocar. Yo reclamo doctor para los proletarios, para los parias que no saben escribir la prioridad en todos los grandes acontecimientos humanos, metamórfosis, catástrofes y redenciones, que son al principio instinto, después sensación, luego sentimiento, en seguida ignorados martirios, al fin inteligencia y palabra escrita y por último conquista. Por eso yo le decía que la palabra escrita presta homenaje y refleja siempre lo que hace tiempo se piensa y siente y sufre en medio de la oscura muchedumbre, que no se toma en cuenta.

—Qué es lo que está Vd. diciendo? interrumpió Mendez asombrado de ese original tipo de loco y de filósofo y procurando penetrar el involucro que rodeaba las palabras de Paloche. Qué paradojas son esas? Explíquese Vd....

—Lo que estoy diciendo, replicó en seguida D. Manuel que importancia puede tener? Yo soy un loco y vivo mártir de mis ideas tera-

péuticas y estoy convencido que la medicina puede reducirse á una sola para todas las enfermedades? Qué diria Vd. si yo le afirmara por ejemplo que las revoluciones no se decretan, ni la religiosa, ni la política, ni la literaria y que cuando aparecen escritas ya están hechas hace tiempo? Dónde cree Vd. que empiezan? En las alturas acaso? Eso seria pensar que la tirania ama el esplendor y los coches de gala y los saraos de los grandes salones. Es lógico esto? es humano? es lo que se ve en la historia? Nunca D. Carlos, nunca, seguía Paloche con vehemencia. La tirania ama la sombra, lo esquivo, lo siniestramente tenebroso y necesita eso para mantenerse.... por eso se ensaña en los barrios miserables, donde afrenta y escarnece y ultraja y abofetea á su antojo.... Son las casas ricas las que se deshonoran primero? Se derraman allí acaso las primeras lágrimas de rabia bajo el garrote que apalea sin piedad? Quienes son los que matan los primeros verdugos, los que empiezan la resistencia aislada sino esos pobres y oscuros desheredados que sufren las primeras humillaciones y elaboran en los secretos conciliábulo los gérmenes de la patria libre, que es un brutal instinto nativo? Dirá despues de esto, don

Cárlos, que es una paradoja afirmar que todas las revoluciones empiezan en las bajas capas sociales?

—No alcanzaba su concepto, contestó Mendez. Ahora veo que Vd. tiene razon.

—Y mas le diré. Cuando Vd vea en cualquier momento llegar la revolucion hasta la palabra escrita afirme que la tirania está en derrota y no se equivocará; porque el ozono la asfixia y la luz la incinera.....pero para llegar hasta allí, cuántos vejámenes! cuántos crímenes no revelados! cuánta sórdida lascivia y cuánta maldad!

Y como de la política de todas las demás transformaciones. Supongo que Vd. no me dirá D. Cárlos que el cristianismo ha sido propagado por los senadores Romanos y que sus mártires han calzado coturno. Al contrario lo que yo he visto es que casi siempre las altas clases se oponen y luchan con las innovaciones, considerándolas peligrosas y malsanas, porque tienen riquezas ó autoridad que conservar, lo que las hace suspicaces y desconfiadas tanto mas que la innovacion es siempre iconoclasta y procede á veces con saltos vertiginosos. Tiene por esto en la entraña sacudimientos comprimidos y pavorosos, como sucede cuando se entrevee el peligro á lo lejos y no se conoce su magnitud. Y sabe Vd. lo que acontece

cuando algun rico, ó sabio ó principe ó filosofo se pone atrevidamente á la cabeza de la muchedumbre en marcha! Al principio no se dan cuenta; despues se sorprenden del extraño proposito y le miran con ojeriza y encono, como si hubieran sentido el dolor acerbo de un miembro de su organismo desgarrado. Luego lo tildan de maníaco, cuando no llueven sobre el clarovidente los epítetos de traidor ó fascineroso y le hacen pagar con el suplicio ó la érgastula la temeraria osadia.

—Historias viejas D. Manuel, interrumpió el médico. Los tiempos han cambiado y la civilización abre á las nuevas ideas bondadosamente sus brazos.

—Será por eso, contestó Paloche con sorna y acrimonia que Vds. los intelectuales y los ricos en frente de la revolución social que esta contaminandoles el trono y carcomiendo los fundamentos de la sociedad decrepita entran ahora á los tugurios miserables y les ponen piso de tabla y cielos raso de yeso y llegan las damas con frazadas para él invierno y leche para los niños acostados y famélicos en las cunas sucias y revueltas. Sera por eso pues que se ha decretado que los talleres tengan grandes ventanas y se llenen de los esplendores del sol y se ha resuelto que los

obreros tengan musculos de acero y desaparezca la tisis y el cancer que son producidos por las congojas y las miserias que no tienen termino y se le ha dicho á Dios: hará Vd. en adelante que las minas esten á flor de tierra, que los arrozales esten secos, que el carbon y las miasmas de las usinas no penetren en los pulmones y no los enfermen, que los terrenos paludicos sean verjeles y las emanaciones mefíticas de las poblaciones hacinadas en los conventillos sean tan poco nocivas y tan candorosas como el vaho perfumado que revienta de las campañas ubérrimas á traves del cielo diafano.

—Pero Sr. contestó el médico con gran tranquilidad, temiendo en D. Manuel algun impulso, los intelectuales y los ricos ya se han apercebido de las nuevas ideas.

—Ya lo se, contestó Paloche con violencia. Pero, para qué? Para encauzarlas acaso? Para endulzar las pasiones enloquecidas? No señor, agregó levantando la voz, no señor. Sa-be Vd. lo que estan haciendo?

—Se han puesto en frente de la revolucion social para combatirla y para anonadarla y la destrozan con el plomo y la ultrajan con el patíbulo cuando salen á la calle sus espasmos, cuando las muchedumbres enloquecidas

crean esa protesta que se llama asonada y arrojan esa violencia que se llama dinamita.

—Esas síntesis siniestras que Vd. está haciendo, dijo Mendez severamente, implican graves acusaciones. Serán entonces malvados los que tal hacen?

—Lejos de mi ánimo D. Carlos, contesto Palloche pensar esa insentatez. Proceden así, porque no comprenden toda la filosofía de esos hechos, porqué se admiran de ver surgir innominados que tienen en el corazón las tradiciones dolorosas de muchos siglos y porque lo que ellos piensan que son crímenes pueden ser fatales necesidades de los tiempos y lógicos derivados de la lucha y porqué en una palabra como no son ellos los que hacen la revolución no entienden al principio sus instintos ni sus sensaciones, ni sus esperanzas porque después yo sé muy bien que más tarde los abanderados y los más gigantescos luchadores serán los intelectuales.

—Me complace mucho D. Manuel viéndolo hacer justicia á un gremio tan lleno de austeridad nobleza.

—Por supuesto; pero... primero el pueblo, después el libro y por último alguna gloriosa conquista. Y fíjese Vd. D. Carlos: aquí mis-

mo al rededor nuestro se esta haciendo la transformacion literaria. En estos suburbios y en cada casa pobre se está operando una completa metamorfosis del idioma y llenándose de ricos y exhuberantes y pintorescos modismos, que han de ensanchar su órbita, como los círculos concéntricos, hasta invadirlo todo. Es esta afirmacion tambien una paradoja? Ya no está nuestro idioma elaborándose entre los pobres? No le parece á Vd. que habrá que tener mucho en cuenta esta tenebrosa y lenta y paulatina incubacion para mas tarde cuando ya se haya hecho sangre y conciencia universal en nosotros? Ya ve Vd. con cuanta razon yo le decia que la palabra escrita es muy á menudo influenciada por el fragor de las elaboraciones exteriores

—De todas maneras, interrumpió Mendez, estas excitaciones nerviosas, estas sugeriones recíprocas traen á veces verdaderas y grandes desventuras... Eso lo sabe Ud. muy bien.

Así yo he visto épocas muy sombrías en que ha entrado la pobreza en todos los hogares y el desaliento transformarse en una tétrica desesperacion y he oido tiros de suicidas por ahí en las plazas, ó en los afueras. Entonces caminan aterrorizados todos, como si se tratara

del caos Miran á sus hijos temblando. Talvez no habrá pan para el día de mañana; y á sus mujeres, esas espléndidas engalanadas de ayer, las ven ateridas de frio y de hambre entregar sus joyas y desnudarse con profunda tristeza de sus trajes de raso. Y ellos? Se imagina Vd. que contestan á la desgracia con el trabajo, con el ahorro, con el sacrificio de los placeres y con la virtud en todas sus formas? Se equivoca, si cree eso. Se sugestionan del espíritu revolucionario, que no arregla nada, de la conspiracion que no arregla nada y del crimen, que mancha la sangre generosa derramada y carboniza la corona de los mártires juveniles.... porque yo los he visto á esos batallones combatir con la espartana gallardia glorificando el error, el pecho abierto por la metralla, denodados, salvajemente votados á la muerte y apocalípticos de heroismo.

Cárlos Mendez se habia levantado de su asiento, como para despedirse, pero Paloche lo contuvo diciéndole :

— No, mi amigo, todavía no ha probado Vd. su proposicion primitiva.

— Ah! Vd. no comprende todavía la razon de su fortuna actual porque á pesar de sus cuarenta y cinco años ha vivido soñando y mas que yo á quien se tilda de visionario. Ha vi-

vido entre los fantasmas imaginativos de la panacea universal y no se ha apercebido del apasionamiento con que la ciudad acoge las novedades, sin comprender tampoco lo exuberante de sus sensaciones.... Vd no ha visto que su risa colectiva es la carcajada, que su valor es lo temerario elevado á infinito, que sus sacrificios y sus resignaciones en la desgracia tienen el heroísmo de los ascetas, que sus derrotas le producen desalientos profundísimos y sus resurrecciones son algo así como el prodigioso reventar del sol en sus incendios deslumbradores detrás del nubarrón de la tormenta. Y su alegría? Eso lo ha visto Vd. en las calles pues, transformada en bullanguera algazara, en la bacanal, y en los saturnales, mientras su ciencia es lo maravilloso y su verdad el milagro. Ahora comprende Vd. D. Manuel como á esta histérica caballerzca que no duerme, y tiembla estremecida en la exaltacion de sus nervios puede el anónimo sugestionarle, todas las pasiones generosas y y todas las depresiones...la gloria y el crimen, Bueno pues, eso es lo que ha sucedido con su poema que tenia la ventaja de llevar la firma de un hombre, rodeado de cierta aureola misteriosa de mago y de alquimista.

— No. Permítame, dijo Paloche poniéndose

muy serio. Eso es negar la evidencia. Yo le puedo presentar mil casos curados con mi maravilloso sistema terapeutico. Inaceptables, doctor inaceptables sus conclusiones, repetia paseando de un lado á otro...

— Lo emplazo, D. Manuel. Un mes, dos, no sé cuantos...pero esa ciudad se vá a ir alejando de su casa, hasta olvidarlo abandonado y solo...porqué además es variable y movediza y caprichosa.

*
* *

Cuando Mendez salió, D. Manuel pensó en él con mucha lástima. Era un incon vencible con talento pero lleno de ideas preconcebidas. Negar las ventajas de su terapéutica volvía á repetirse á solas, era negar la evidencia. Se sentó después en un amplio sillón de terciopelo y tuvo entonces alegres alucinaciones.

Un carro triunfal, aureas las paredes laterales, festoneado de la hoja de laurel, cincelados los bordes de eximias miniaturas, pulidas y artísticas narradoras de todas sus glorias, el carro pequeño y bajo, arrastrado en el impetu de la carrera por el corcel demoníaco de los valles Macedonicos en medio de las estrofas himnicas de Pindaro. Su nombre repetido en-

tre el dilatado aplauso, entre el aplauso fragoroso de las multitudes, que se apoderaban frenéticos de sus triunfos para grabarlos en el Panteon de las glorias nacionales en frase lapidaria. Precursor y genio arrebatado al empireo! Su hija, la joven princesa, la diadema brillante salpicando de luz la renegrida cabellera desde el solio real, cobijada bajo el dosel de purpura estendiendo su mano para arrojar dádivas sobre la turba arrodillada. Y él...el rey bondadoso colocando la mano santa sobre la humanidad enferma, gigantesco estremecedor de las moléculas moribundas, transformando la sollozante cadencia de la elegia en los alaridos de la resurreccion. Creador de la panacea lo iban saludando esa noche todos los sabios envueltos en el marmoreo paludamento inmortal. Eran los bienhechores del hombre, los sacrificados de todos los siglos, esos melancólicos presentidores del futuro, á quienes el presente hace pagar caro la genial audacia los que arrojaban palmas en su camino. Se sentia D. Manuel, en medio de la altisonante laudatoria, acometido de la cretificacion. Su sangre se habia detenido, perdidos los rojos matices, invadida por alabastinas cristalizaciones. La masa de sus músculos inmóvil y petrificada y su piel alba de

mármol. Todo su cuerpo de titánica elevacion enhiesto sobre el mundo, la mano enorme extendida en actitud de bendecir entraban desde esa noche en el templo magnifico de la eterna vida duradera á pesar de la lima fatídica de los tiempos....



VIII

MATER DOLOROSA!

El cuarto pobre de techo fugitivo tuvo durante un mes henchida su alma de las notas ingenuas del cariño y sonó en su ambiente la máquina de coser que movía con el pie Maria, la de los ojos negros y sonrisas primaverales en la tez.... Hablaban mucho tiempo, como si supieran que pronto iban á separarse.... La vieja, con esa sencillez de las narraciones sublimes de su tiempo pasado, cuando encontró en el mundo á su hombre y cuando trabajando noche y dia le ayudaba á ganar el pan para los hijos. .. Hablaba de la hija, su dulce compañera, muerta así de ese modo y de Genaro, á quien tanto queria, porque tanto la hacia sufrir, porque Teresa sabia muy bien lo que cuesta perder esos muchachos,

que escriben con nuestra sangre, cada minuto que pasa en las fibras del corazón la historia de las supremas y deliciosas dulzuras. Había reticencias y lágrimas y silencios llenos del tiquitac de la máquina en aquellos íntimos coloquios y cantos cuyas estrofas tenían los giros juguetones de la alegría de los chicos.... Era tu voz melodiosa !oh Maria! que traía consuelos de amor en sus arpejos para aquella pobrecita alma desventurada ...cuando tú misma no entrabas sin sentir en el páramo melancólico de tus cariños, en medio de la muerta naturaleza, sin aguas frescas y cristalinas que aplacaran la sed de tu espíritu agitado en la esperanza que se iba perdiendo cada vez mas. Entonces, sentada al lado de la máquina, las ruedas giraban zumbando en el movimiento vertiginoso y la aguja brillante se veía subir y bajar rápida rápida.... mientras ella recojía hacia su regazo la costura, comprimiéndola y haciéndola resbalar con su mano derecha apoyada en la plataforma.

Era imposible: los átomos, del cuerpo envejecido de Teresa debían caer marchitos .Su tez rojiza y tostada en el frío acre y en el sol que curte la piel con matices de cobre viejo empezaron á tener palideces enfermizas y sus ojos á reflejar las vaguedades de las miradas mori-

bundas. Todo su cuerpo lánguido y encorvado describía caminando apoyado sobre un baston las saluciones con que los peregrinos fatigados se inclinan ante la tierra prometida que va llegando...Se sentaba á veces á fuera á tomar sol y solia acariciar á los chicos, que corrian por el patio, mientras pasaban saludándola con la gorra en la mano los obreros, que la veian morir. Habia adquirido poco á poco en toda su persona la aureola luminosa que dejan los martirios prolongados, cuando se saturan de plegarias en la resignacion de todos los dias y era una de esas viejas á quienes las madres suelen llevar los hijos para que los bendigan.

Esa tarde, á pesar de la estacion, estaba el cielo frio y ceniciento á trechos en la aparente y solemne tranquilidad de la atmósfera. Se veian pasar en lo alto nubes oscuras y largas y copos blancos y espesos detrás, con franjas luminosas de caprichosa forma, que dejaban transparentar mas allá de la trama polícroma multitud de fragmentos azules en abigarrados rasgos y zonas de cuyos bordes caian albos celajes en ténues diseminaciones. Parecian bizarros fantasmas acostados sobre gigantescos lechos de nieve llenos de sombras grises y tocas y colgajos de negros crespones

caminando apresurados, como enigmás en marcha, mientras en el poniente se percibían mas lejos que los cortinajes movedizos las reverberaciones de los resplandores del sol. A esa hora sintió Teresa un dolor agudo en el pecho. Sentada en su silla de paja del rincón, dobló su cabeza sobre el seno de la muchacha que estaba á su lado de pié y movía su abanico de papel suavemente delante de su rostro de arriba abajo....

—Siento una cosa aquí, dijo Teresa con voz débil y señaló el corazón, una angustia como si me fuera á morir.

—No piense en eso, mamá, contestó María; ahora viene el doctor, que la quiere tanto y la salvará....

—Qué buena eres ... qué buenos son todos conmigo... cuánta gratitud tengo para don Carlos, que ha venido tantas veces ...

Ya no pudo continuar. Su respiración se hizo más frecuente y una sombra violácea se estendió por su rostro. En el silencio interrumpido por aquel aliento fatigado y por el crujir leve del abanico empezó á ponerse el aire oscuro y mas helado—la noche prematura del mal tiempo que da grima y tristezas y sorprende á las casas sin luz... Se sintieron gotas gruesas que hacían sonar el techo de

zinc aquí y allá, y despues un murmullo como cuchicheo de notas metálicas que se chocaran arriba, y aquello fué haciéndose cada vez mas récio, hasta que se transformó en un bramido prolongado, lleno de quejidos lastimeros, como resonancias extrañas que se fueran encadenando sin interrupcion y rodaran en remolino de arriba abajo. Y se oia el chapoteo del agua que caia de los techos y el estruendo de los borbotones que saltaban de los caños y se adivinaban los rumores impetuosos de la marejada de la calle. De cuando en cuando estallaban truenos y fulguraban relámpagos, iluminando aquel grupo divino de martirio—aquel angel de religion filial en la sonrisa temprana de sus quince años y la anciana que dilataba sus pupilas ansiosas hácia la puerta, como si aquellas miradas fueran llevando para sus hijos, que estaban tan lejos, las últimas estrofas enamoradas de su alma...

Cuando Cárlos Mendez entró destilando agua de sus ropas empapadas, habíase poco á poco ido callando el fragor de la lluvia—y cuando pudo prender la vela de sebo, de grueso pabilo y puntanegra, se acercó al grupo, dejando el sombrero sobre la cama. Tenia arrugado el ceño y aquella nube sombría que el dolor de los demás habia grabado sobre su

frente de médico. Miró fijo, y mucho á la enferma, hizo preguntas minuciosas, tocó la frente y las mejillas de Teresa, sacó el reloj, y al contar las respiraciones y el pulso, su mano izquierda temblaba, como si tuviera miedo. Acercó su oído al corazón... Allí estuvo un gran rato solo, los ojos cerrados—con la viscera roja, que palpitaba soplando en el cansancio de la carrera, como si quisiera huir del pecho, para acostarse de una vez á dormir en el cielo, donde no van sinó los que han sufrido... Pensó Mendez entonces cuánto mar de congojas no habria pasado á torrentes flagelando aquellas válvulas que ya tenían puntas y bordes de granito y úlceras y desgarraduras de sus cuerdas.—No la despiertes, Maria, dijo en voz baja; ojála éste sueño tan tranquilo concluya en la eternidad! ... ¡Oh mater misérrima! iba meditando Cárlos al salir que has empezado tan temprano tú misma á preparar la piedra de tu sepulcro y ha llenado de fragmentos calcáreos tu corazón hinchado y empedernido en la brega salvaje de la existencia! ¡Qué notas quejumbrosas, qué arrullos de tórtolas enamoradas á quienes se les arrebatara el nido; qué odisea de hondos pesares vas cantando, desdichada cítara de púrpura, al romperte!

Oyó Mendez los pasos de un hombre por la vereda de su casa, de un hombre que de repente se paraba á escuchar.

—¿Quién es? ¿quién va? dijo acercándose.

—Yo, señor, Genaro. Venia á saber si mama estaba tan mal.

—Muy mal, contestó el médico.

—¿Ya no hay esperanzas?

—No hay.

—¿Muere del corazon, no es cierto? gritó Genaro.

—Si. Muere del corazon.

—Ya lo sabiaá ella se lo ha roto la desgracia, pero á mí ¡ah, no, no!

—Qué estás murmurando, Genaro? ¿por qué no te pierdes de aquí para siempre?

—Parece que Vd. no me conociera, señor.

—Lo suficiente te conozco para temer por tí y por otros.

—Pero Vd. no sabe entonces: hace un mes que yo camino de noche por aquí. . . . porque yo tenia que cuidar el conventillo, donde está mama y María, ¿entiende Vd? . . . y rondar estas casas, Vd. sabe que ese Enrique, ese miserable anda por aquí siempre buscando mujeres . . . la otra noche le decia á una que lo dejara entrar, y si no lo he muerto ha sido por mama . . . porque no le queria

dar mas disgustos á esa pobre vieja. ..pero ahora es otra cosa. . .

—¿Qué dices, Genaro? Tú estás meditando un crimen para esta noche. Yo soy tu patron ahora mas que nunca....te ordeno que te retires, y avanzó Mendez con el brazo rígido y el índice lejos, fascinándolo con las vibraciones profundas de su voz de metal.

—Discúlpeme, señor....si supiera todo el cariño que yo le tengo....y á todos los suyosla otra noche ví pasar á su niña que iba á casa de la abuela....qué linda estaba con su gorra de terciopelo azul apretadita contra la mejilla! Yo salí de la zanja todo sucio de tierra: queria abrazarla y decirle que yo la habia llevado en mis brazos cuando era mas chiquita, y que en estas noches de frio yo la cuidaba, hasta tener miedo que estuviera enferma si la oía lloraryo le hubiera besado su vestidito de paño con lágrimas....porque tiene una alma bendita de santa generosa y buena.

—¡Ojalá puedas ser feliz, Genaro! véte, véte...

—Pero no pude, señor, porque me flaquearon las piernas y me puse á sollozar con todo el pecho y con la cara revuelta en el polvo para que no se asustara....Y á Vd., doctor, que la ha cuidado y ayudado á mama....le

pedido permiso... quiero besar su mano benéfica—y arrastrándose sobre las rodillas, puso sus labios secos sobre el dorso de la mano de Carlos Mendez... y le seguía diciendo: Maria va á quedar sola; dígame eso á la niña Dolores y se retiró hácia el conventillo. Mendez que había levantado el llamador de bronce, quedó así un momento, mirando aquella pasión dolorosa que se perdía en la noche lóbrega.

*
* *

En el conventillo despues de la lluvia, se vieron salir las gentes apuradas y arrimarse al cuarto de Teresa. Iban llegando debajo de las gotas que caían todavía de los techos aquí y allá, mientras el farol reflejaba su luz sucia en los pequeños charcos del patio. En eso que se habían juntado frente á la puerta, sintieron que alguien con resolución violenta los separaba, abriéndose camino. Genaro entró, erguida la persona y fué como á caer de bruces á los piés de la vieja cubriéndole de besos el ruedo del vestido negro. Se levantó; la miró de arriba abajo, le tocó en medio de aquel terror de silencio la cara, los brazos; todo el cuerpo—aquel cuerpo inerte que dormía, temblando, como una grande ala abatida por la

angustia. Genaro la abrazó. La pobre enferma, con los ojos entreabiertos, se hamacaba aquí y allá, suavemente mecida por las manos del hijo, dócil y resignada, como si su corazón—en la penumbra que estaba por terminar en el cielo—sintiera las ondulaciones de aquella cuna de amor y de muerte. Ni una sola palabra, ningun ruido profano en la media luz de aquel cuarto, ni las tiernas endechas siquiera que se ciernen en los dormitorios, como do-seles de pasión... nada interrumpía el crujir cadencioso del abanico de papel, la respiración cada vez más lenta de Teresa y el vaiven de aquellos brazos ásperos que habían encontrado roces suavísimos, de terciopelo y ternuras infantiles para la madre moribunda. Genaro rodeó su cuello y atrajo la blanca cabeza. Entonces ¡Dios santo de las penas infinitas! fueron lágrimas y á raudales más lágrimas las que cayeron sobre las canas venerables, como si se hubiera roto de repente el broche de oro, que tenía cerrada la copa de su alma, y las ondas de amargura brotaron de los ojos fuera con los rayos oscuros de sus pupilas de tristezas, por aquel camino de las miradas de amor. Ni un sollozo, ni un grito, ni un espasmo en aquel supremo y lúgubre silencio, porque no había inteligencia allí sino para sufrir—mien-

tras seguía cada vez más lento y apacible vagando todo su cuerpo en la ondulación de aquella hamaca formada por los brazos del hijo y ella había abandonado sobre el pecho de Genaro su efigie de muerta, que temblaba con las palpitaciones de aquel gran corazón dolorido.

Cuando Genaro salió afuera vio llegar el sacerdote que traía el Viático. Entonces apuró sus amarguras, entrando en las tinieblas de su última noche. Caminó por el barro de los pantanos, azotado el rostro por los hilos de agua que el viento desprendía de las ramas, viendo inclinarse las copas de los eucaliptus como cimeras altísimas de abundoso y negro plumaje. Escuchó los tañidos lejanos del viento, las esquilas gemebundas con que este suele perderse por los callejones de las quintas y los murmullos bulliciosos de hojas, alambres y ramas, donde se fracturan y acentúan los sonidos que aquel suscita en su correr por el espacio. Entonces ya el cielo se había cubierto de estrellas y los riachos cenagosos de las zanjas iban descendiendo y murmurando hacia los bañados, como si corrieran con ellos todos los ecos de la lluvia á desvanecerse lejos en el gran mar de los horizontes azules. Sus movimientos eran rícos y su andar decidido, como quien había con-

quistado despues de aquella muerte el derecho á teminar. Seguia caminando envuelto en el disco bravio de cóleras de su ódio gigantesco y sacaba de repente el puñal que dividia zumbando y chispeando aquella lobreguez funeraria. Se sentia como si no tuviera articulaciones, como si marchara ríjido en aquel antro inconmensurable y bellaco de su existencia, á guisa de fantasma que hubiera perdido en el camino todas sus carnes. Le parecia tener un agudo madero que le atravesaba el cuerpo lleno de esquirlas desiguales que le daban de repente en el pecho feroces cimbronazos, como si aquella su cruz de martirio hiciera mover su espantable silueta, arrebatada en la furia loca de sus impetus homicidas.

Tenia la piel arañada con aguijones de sina sina y las piernas destilando gotas de sangre con pruritos y desazones de ortigales y abrojosNo importa: esa noche vivió de la memoria de aquel Enrique lúbrico y era torva su mirada en la amenaza, mientras taladraban su fantasía densos turbiones con tropeles de espectros galopando, como visiones apocalípticas de esterminio. Así, mientras en el conventillo rezaban el rosario las sencillas gentes arrodilladas á uno y otro lado del cajon de pino sin cepillar, se vió girar muchas ve-

ces alrededor de las casas su figura tétrica, que se detenía con singular pertinacia, como si quisiera encontrar por allí el enemigo, en cuyo recuerdo venía hundiendo la mano armada hacia tiempo. La aurora lo sorprendió lejos de las poblaciones en esa mañana estival de octubre, marchando entre los rayos de oro del sol hacia un punto solo, como fascinado por alguna escena emocionante que se produjera muy lejos. Allí estaba él entre aquellas sonrisas de la primavera que hacen pensar en las alegrías de los átomos, que se despiertan para la evolución fecunda, en medio del gran poema que se estaba escribiendo en honor de la vida que resurge de los inviernos estériles y soñolientos.

•Allí estaba Genaro escribiendo él también en su camino con buril de acero templado en el libro de las energías heladas é indomables la nenia estridente y lúgubre de la tragedia, al lado de las primeras estrofas divinales que el éter irradia en la naturaleza, la flor exhala y el ave canta...



IX

TRAGEDIA

Cárlos Mendez, esa noche, cuando Genaro hubo desaparecido, se dirigió bruscamente á la casa de Valverde. Este sentado en su estudio no movió un músculo cuando lo vió llegar, como si lo hubiera estado esperando.

—Ha podido Vd. hacerse anunciar, dijo sin moverse de su asiento.

—Yo no hago eso cuando entro á casa de galeotes.

—Magnífico el exordio, contestó glacial el otro; espero el final de la oracion.

—El final no va á estar en mis palabras, sino en su deshonra y en su muerte . . .

—Pero vamos á cuentas; ¿qué ha venido usted á hacer aquí?

—Yo interrogo, señor Valverde, contestó Mendez impetuoso.

—No en mi casa, señor

—Esta no es casa, es una zahurda y el rostro de Mendez habia adquirido una espantosa lobreguez . . . usted ha vivido siempre entre la ironía malvada, llenando de sordos rencores y de amarguras la vida de los que han tenido contacto con usted.

—Yo soy un observador, señor Mendez, no tengo prismas, ni cataratas como usted

—Pero ha violado sus juramentos, sirviéndose de su profesion para el crimen. Ha visitado á Paloche llamado por ese desventurado para asistir á la señora y lo ha deshonorado; no ha tenido respeto por la pobreza de espíritu y manchado la ingenuidad.

—¿Y Vd. qué ha hecho mejor que yo? dijo Enrique? Ha marchado de hocico, buscando ramas y hojas secas para hacer el nido y procrear desventurados con las alas rotas por la desgracia mohino y rezongon en vez de erguirse sobre ellas y caminar austero y solitario, sin mendigar puntos de apoyo. Puede ser que estas cosas infernales que tengo adentro den las notas estridentes del mal, pero yo me he parado en medio de la deshecha tormenta y amenazado al cielo con el puño, concitándolo á que me fulminara; yo he tenido la soberbia ruda, mientras Vd. ha vivido entre los deli-

quios de las indecisiones, se ha dividido la frente azuzado por las cobardías del suicidio, y ha caído en las degeneraciones del sentimentalismo híbrido.

—Oh si todo eso porque yo soy un gran arrepentido, interrumpió Mendez, alto su rostro lleno de esplendor varonil—y es mejor reconquistar la virtud que traerla desde la niñez y porque yo la he subyugado así con la sangre de mi cuerpo y en cualquier momento en que la deshonra quisiera llegar á batir sus alas negras en la puerta de mi hogar que no tiene mas mengua que haber sido mencionado por Vd. en este momento yo sabria quitarme la vida veinte veces antes con esta pistola, ve Vd . . . Eh! no tenga miedo porque yo voy á tirarla sobre su escritorio para que se fracture el cráneo de un tiro—y fué el arma rodando con sus dos cañones oscuros—porque yo quiero evitar un nuevo crimen, seguia Mendez turbulenta la tez y temblándole ronca la palabra . . . Genaro que era un corazon, lleno de todos los esplendores de la alegría y que habia hecho á su manera una sombría y profunda relijion de la memoria del padre, ha muerto á Santa de una puñalada

—Ya lo sé y qué me importa? contestó Enrique con tono agrio Vd. cree que yo pue-

do dejar de precipitarme dentro del ímpetu de la pasión que me arrastra? Dígame Vd. al borracho que no beba y al jugador que ha derrumbado su casa que no arrastre á la madre de las greñas desmayada á bofetadas por el pavimento y no robe del cofre los últimos pesos mugrientos y dígame Vd. al ateo que no mire de soslayo y no apuñalee cada cinco minutos la idea de Dios....

—Pero Vd. ha transformado el pecho de Genaro en una cripta siniestra que va y viene agitada por los huracanes de la venganza.... cuidado con sus noches, porque es posible que en la tiniebla esté girando la punta aguda de un puñal.

—Qué me importa? Yo sigo mi camino y no le consiento á nadie el derecho de detenerme.

—Sí, dijo Mendez, arrimándose los puños crispados al escritorio, yo voy á pedirle cuenta de sus procederess... porque Vd. ha transformado su profesion en un lodazal, donde vienen á hoser y á revolcarse los cerdos de todos los chiqueros y porque los hermanos de una gran familia sienten tambien salpicarse la frente del barro sucio de la ignominia de cualquiera de ellos. Vd. ha podido enlodar su apellido, pero ha debido dejar en paz siquiera

la aureola luminosa de nobleza de su profesion.

—Hasta ahora, he escuchado su sermon,—repuso Enrique con su tono glacial, escandiendo una á una las palabras,—pero ya va siendo demasiado largo; tenga Vd. la bondad de retirarse....

—Es claro,—interrumpió Cárlos,—ya es de noche.... Vd. necesita salir fuera, á seducir alguna otra mujer, tenebroso como los murciélagos ... pero ese diploma suyo, que tiene las aseveraciones de la honra sin tacha y que lo armó caballero, está mal en sus manos miserables....y lo arrancó de la pared Mendez con violencia y tomándolo de los dos lados mas cortos del rectángulo sobre su rodilla derecha levantada lo hizo pedazos, saltando las astillas de la madera y brillando á chispazos el vidrio hecho añicos, para desgarrar en seguida el pergamino, cuyos arambeles deshilachados empezaron á volar por la ventana. Luego se acercó Mendez mas todavia--á una cuarta—con los ojos revueltos en las sombras terribles del furor y dominando la fria impassibilidad de Valverde le dijo á gritos, con palabras que saltaban á trozos de su garganta: Esa pistola yo se la he traído....escuche, no baje los ojos.....

—Yo nunca he bajado los ojos, apostol de carton, contestó Valverde.

—Para que Vd. se suicide, seguía Mendez... porque Genaro es el hijo del corazón de todas mis gratitudes y yo quiero salvarlo, y si por culpa suya lo encajan en una mazmorra porque él lo vá á destrozár á Vd. en lucha hidalga . . . escuche, le repito, escuche. . .

Valverde se puso lívido. Parecía que durante esos rápidos minutos de la escena violenta hubiera querido contener su enojo y mientras Cárlos le decía: y si mi chiquita se enferma entonces yo voy á desclavar la caja que guarde todas las turpitudes de su cuerpo y la voy á arrojar á los huecos dentro de la líquida y verdosea podredumbre para que alimenten su desazonada y fugitiva flacura los mastines que echan á puntapiés de las casas. » Aquel aferró la pistola, aplanándola sobre el pecho de Cárlos. . . . En ese momento se oyeron las esquilas de la campana, que acompañaba al sacerdote, que traía el Viático para Teresa. Este caminaba adelante envolviendo en la capa roja al Santísimo y pasó cerca de la ventana iluminada del estudio de Enrique. Rezaba con la cabeza agachada mientras detrás de él de dos en dos seguían los pobres con el sombrero en la mano y las mujeres

envuelta la cabeza en sus negros rebozos. Todos marchaban en el lúgubre cortejo rezando en voz alta y la cantinela llegaba hasta el cuarto como un largo rezongo lleno de lamentos, mientras los faroles que cada uno llevaba se movían á un lado y otro entre los tañidos de la campana que no cesaban, arrojando al piso de tierra las oscilaciones de sus haces mortecinos. Poco á poco se fueron alejando en la tiniebla las luces, que parecían al fin puntos luminosos y se desvanecieron los murmullos de la plegaria en el hondo silencio del barrio solitario. Los dos hombres siguieron mirándose todavía un rato.. Mendez, intrépido, Valverde satánico y frío, mudos los dos en medio de aquel ambiente siniestramente sosegado y salvados tal vez del crimen por la piadosa romería, hasta que Cárlos sacudió sus hombros fieramente y á lento paso se fué retirando hácia su casa. Valverde acarició la pistola, levantándola, como para hacer fuego poseído de una terrible resolución, pero en seguida la arrojó sobre el escritorio exclamando:

— Bah! yo no soy un homicida.

Estos virtuosos! qué majaderos son!

Decrépitos aristarcos, siguió en su soliloquio pensando, se creen con el derecho de ser após-

toles y sacerdotes . . . Mas valdria se ocupasen de cuidar la virtud en sus casas Porque al fin el peligro no está en que los extraños hagan mal, sino en que sin sentir se le llene á ellos la frente de sustancia cornea y ellas no se hacen esperar para hacerlo siquiera sea virtualmente Yo estoy seguro de lo que pienso, y cuál de ellos no ha corrido riesgo alguna vez? Pueden encerrarlas y circuir las en la zona tenebrosa y sombría de los celos ; pueden atarlas, vigilarlas é impedirles que salgan Si muchas no delinquen es porque falta ocasion ó tienen miedo Pero y el pensamiento, quién lo aherroja cuando desata fuera sus curiosidades pecaminosas ? . . . Mucho cuidado, Dr. Mendez . . . Se imagina Vd. que mi diploma es peor que el suyo manchado de sangre cobarde y que en esta bilis revuelta y ágría de mi carácter quepa la afrenta ? . . . Cuidado . . . porque puede ser que yo le muerda el talon con mi pua venenosa Qué tipos singulares ! A cada vuelta de esquina le sale á Vd. un tata que quiere imponer opinion y torcerlo en su camino como si lo que ellos piensan fuera lo mejor y la manera como ellos viven lo mas perfecto . . . Así se establecen las intolerancias y los crímenes sectarios, por esto,

de que al vecino no se le ha de dejar tranquilo nunca.

— Uf! basta de filosofías.....

Enrique escribió á dos amigos suyos esta breve esquela:

« Habiendo recibido grave ofensa del Dr. Carlos Mendez, se servirán pedirle una amplia reparacion por las armas ».

Se batieron al dia siguiente en ese valle plomizo del bañado de Flores.... Fué un brutal cuarto de hora. Zumbaba el aire dividido por los récios mandobles y saltaban chispas en el choque de las espadas. Mendez impetuoso, Enrique siniestro y frio. Arremetian, rechinando el hierro al resbalar sobre el del adversario, y veíase girar y describir curvas y líneas quebradas, círculos y espirales con inaudita violencia. Eran anhelantes respiraciones y gritos roncós y sofocados los de aquellos cuerpos, que se azotaban el uno sobre el otro y saltos atras en la línea recta de la guardia, la mirada palpitante de roja colera. Mendez gigantesco, levantado su cuerpo, leonino en la generosa embestida, echaba de arriba abajo la espada, brincando en su antebrazo la robusta musculatura, el otro pequeño, arrugándose, lívido, astuto, acechando con el espionaje homicida la abertura para llegarle al corazón.

Con rabias sordas, manifestadas en el brusco crispase de la frente y en la tiniebla que cruza el rostro de los combatientes. Con temerario desprecio, sin ceder campo, llenos de altanera insolencia, parando y precipitándose á fondo, en medio del retumbar de los hierros, entre los rayos de luz rápidos de los cimbronazos de la punta. No se habian herido. Descansaron un momento.

Después otra vez recomenzó el duelo Valverde al rato, en un rápido desenganche, metió la punta de la espada en la muñeca de Cárlos... Una vanda de sangre cayó sobre los ojos de éste. Fué como un huracan de furor....Perdió la conciencia...Un espantoso salto de tigre. Sus dos manos habian comprimido la garganta del adversario derribándolo con manchas de sangre en su rostro. Cuando los padrinos los separaron, Cárlos los miró atónito. Levantaba en alto el puño escarlata de grumos cuajados, amenazador y mudo .. Valverde, con su risa sardónica de siempre, al alejarse en su coche decia á los amigos :

— He derrotado al virtuoso y he puesto á la lógica fuera de combate, y sigan creyendo despues de esto en el derecho.....Bah! sonze-ras!

Al llegar la noche, se sintieron en el barrio

venir de léjos, los pasos de dos hombres que se acercaban cautelosos y écos que se perdían y se repetían como si caminaran por ambas aceras. Oyéronse dos tiros y los hombres se fueron el uno contra el otro, frenéticos, con voces ágrias y blasfemias y amenazas de muerte. Llegaron bajo el farol de la esquina, donde se levantaba la casa de Paloche y se tomaron de los brazos forcejeando en aquella siniestra penumbra, mientras lejos, lejos estaba el barrio envuelto en un negro manto de sombras. Tenían gritos estridentes y bufidos y se tambaleaban lejos en la lucha gigantesca y volvían con formidables arremetidas y la palabra: «puerco! puerco!» estallaban por todas partes, como si fuera la síntesis de todos los odios. Genaro en mangas de camisa y Enrique Valverde seguían debajo del farol el combate bravío y se arremolinaban erguidos con ojos feroces y secos estampidos de puñetazos, hasta que el cochero consiguió derribar al adversario, oprimiéndole las rodillas sobre el pecho....

— Tú has deshonrado mi casa, le decía jadeante en la cara. Le has levantado el vestido á mi hermana. Sos un canalla....

— Miserable! gritaba Enrique, bregando por desasirse.

— Tú lo has herido á D. Cárlos y has hecho morir á mi madre.

— Qué entiendes de eso? asesino!

— Yo no entiendo, no! yo no tengo corazon ni familia, yo no quiero á mi madre! Eso es lo que querés decir! Yo soy una bestia feroz y un perro pulguiento, á quien has creído castigar esta noche.

— Dejá levantarme, y verás, repondió Enrique, enloquecido de furor. No me importa la vida.....

— Y despues nuestras hermanas, continuaba Genaro implacable, pobres criaturas que viven en la miseria y tienen callos en las manos.... esas son del primer canalla con guantes, que se asoma a la puerta del conventillo.

Enrique arañaba la tierra y se retorcia como un titan con todas las palideces y las palabras de la colera.

— Cobarde! cobarde!

— Eso no.... Me has querido matar, tirándome dos tiros y yo te he vencido.... Vos si, que sos un bellaco y un vil....esperabas para entrar á mi casa que yo estuviese sobre el coche del patron, lejos de aquí y que la pobre vieja fuera al mercado por la mañana.... entonces te metías como un ladron.

— No me importa la vida.... gritaba Val-

verde, pero dejame un momento para exterminarte y contigo á toda la virtud hipócrita. .

— No! no! hace tiempo que te sigo pero si yo estuviese abajo como estas vos, ya te habria alcanzado esto para que acabaras de una vez....y sacó de la cintura el puñal de mango de nickel bruñido .. porque cuando me arrastraba de noche espiano tus pasos, hecho todo entero un duende terrible y dolorido, y me escondia en las zanjas y me rajaba las carnes, disparando á traves de las moras y de las ortigas, vos te sonreias aquí mismo, enamorando mujeres ...y venías ahora á una cita con alguna loca.... y levantó Genaro y bajó el puñal rápido, rápido, puñaladas! puñaladas!...y el moribundo dió sacudidas pronunciando palabras entrecortadas: « — Estás matando....á un...muerto.....animal!.....y óyose un prolongado estertor de agonía y despues el eterno silencio!....

* * *

Todos habian contemplado en la casa de Mendez la horrenda escena. Este con el brazo en cabestrillo paseaba de un lado á otro del comedor con violencia. En el dormitorio Dolores habia acostado á la chiquita de los cuentos en medio de las penumbras y le

cantaba al oído en voz tan baja que era casi un murmullo una tierna canción, llena de dulzura, con los labios cerca de la frente de la niña y los ojos oscuros abiertos para mirarla dormirse. Esta inquieta al principio con la mirada atónita, parecía tener miedo de esa extraña sensación de ausencia de la vida que se iba apoderando de su cuerpo, hasta que cerró los párpados, cuyos bordes dibujaron una negra curva y se quedó inmóvil. En puntitas de pié llegó Dolores al cuarto de vestir, donde Catalina Mendez rezaba, arrodillada sobre el reclinatorio. Repetían las dos, al unísono la plegaria, como si fuera una letanía que se oyera de lejos....

*
* *

Dios del dolor! magestad de los cielos! magnificencia increada y anhelo sobrehumano del espíritu! perdona á los desventurados, que delinquen en medio de las congojas.... á las pobres pasiones martirizadas, que nutren sus tormentos, con los átomos tenebrosos de la deshonra.... á los que nacen con los gérmenes del mal, siniestros desheredados desde las cunas, impotentes luchadores contra su garra gigantesca, votados para siempre á la muerte moral.... Perdónalos Señor!

*
* *

Porque tú has tenido en tu camino al Calvario sangre en los piés, heridos en las esquiras del sendero áspero y con la frente de luz has bendecido tus llagas y santificado el sufrimiento.... á los que sangre derraman en la vida.... perdónalos Señor!...

*
* *

Porque caiste agobiado bajo la cruz, como el hombre en la existencia bajo las vastas y hondas y melancólicas soledades del desaliento, ten piedad de esos mártires intelectuales, que viven dentro de las torturas de las dudas perennes, espíritus esquisitos, que anhelan con desordenado ímpetu la tranquilidad y el sosiego de la fé, perdida para siempre!...

*
* *

Bendice la bohardilla, Señor, donde viven los pobres con los piés escarchados y sea tu mano la caricia tibia que consuele y caliente el cuerpo enflaquecido que tiritita y no duerme.... la bohardilla que abre la ventana oscura y helada, tan cerca de los rayos benéficos de tu sol!...

Allí viven entristecidas y mústias, la efigie contraída, muchas almas divinales, de esas que

tú señalas en la frente con las estigmas de los creadores, artistas que dilatan los horizontes humanos hácia las cosas infinitas.... que no perezcan, esos gloriosos moribundos!.... tengan calor de chimeneas y pan y esperanzas y besos y senos tibios y blandos de madres!.... porque ellos sienten mas intensa y mas profunda que los demas la dolorosa intuicion de la felicidad sobre la tierra.... que surjan al fin, Señor! fuera de la sombra despedazada, la cabeza nazarena coronada de espinas, ebria de alegrías celestiales, porque como tú entregan la vida para la redencion del espíritu....

* * *

Dios de bondad, azotado en tu camino por el escarnio de las muchedumbres, resignado y sublime! extiende tus alas sobre el tugurio miserable, en cuyo piso de tierra juegan los niños en medio del hambre y del andrajo! Cierne tu divina persona sobre sus cabecitas inquietas y dilata en el ambiente lóbrego y frio la mansedumbre infinita de tu pupila azul.... Así vivirán dentro de tu gloria y podrán continuar siendo niños á pesar de ser tan pobres y seguirán mucho tiempo el tripudio inconciente, sin que el dolor apesadumbre las almitas precoces....

Oh Jesús! porque tuviste tristezas hasta la muerte.... cuando llegue la miseria á nuestras casas y desaparezcan las joyas y los ricos muebles y veamos salir con silenciosa consternacion los recuerdos de la familia—esas sollozantes idolatrias del corazon—á perderse para siempre entre las baratijas de usureros mercenarios...oh! entonces! si vuelven las reminiscencias de las horas felices á golpear con sus alegres notas la puerta de nuestros sucuchos, seamos tan fuertes y magnánimos como tu pasion! Haya esperanzas y lejanas alboradas y plegarias y fe....

*
* *

Bendice al pueblo, Señor! que es todo sentimiento y marcha como extraviado á través del tiempo. No tiene la culpa del crimen que comete, seducida su alma ingenua por la perversidad, agachado el torso en el rudo trabajo de todos los dias. Es holocausto que ofrecemos en las horas de peligro y víctima generosa que entrega su corazon en las batallas, y fresca primicia juvenil que arrojamos á las fauces devoradoras de la guerra... Bendícelo, Señor porque no tiene goces, ni sol, ni lumbre en los dias yertos! esos sacrificados que se arrodillan mas de una vez al lado de las cunas

para calentar con sus besos la frente moribunda de los hijos!...

*
* *

Que haya amor para todos! que sea ley y sentimiento universal el perdón! que haya cobijas y pan y sombras en los días estivales y sean estas las últimas amarguras de nuestra casa!... Que caminen los hombres para siempre en procesion solemne el sendero del bien para que puedan entrar todos—una generacion despues de otra—en las regiones maravillosas de la eterna vida....

*
* *

Delante de este crucifijo, donde estás clavado oh Jesús! con tu cuerpo de mármol lánguido y abandonado á la muerte, la divina efigie inclinada hácia la tierra, sea esta plegaria para tu memoria, oh increada magnificencia! Acuérdate de nosotros: dadnos aliento y vigor.... Acuérdate de la sombría congoja del corazón de Genaro.... Perdónalo Señor!....

*
* *

Porque era tesoro de bondad como tú.... y sobre la tierra tuvo su Gólgota, sálvalo Señor

y con él á todos los solitarios, á esos angelicales que inician la vida sin puntos de apoyo, á los que no han sentido jamás sobre la cuna el robusto aliento paterno....

*
* *

Porque has levantado á Magdalena, arrodillada á tus piés, secándolos con su larga cabellera de oro.... porque irguió su frente redimida en el beso del perdon, y marchó entre las divinas dulzuras del arrepentimiento hácia las glorias del cielo.... guarda á Genaro del abismo á que se precipita y recójelo en tus brazos antes de morir, porque es tesoro de bondad....

*
* *

Salve Jesús! melancólico mártir, doliente anacoreta de la noche tristísima del monte Olivos! Tú has rezado la plegaria para todos. Tú has perdonado siempre! Eres amparo de los hogares que sufren y esperanza de resurreccion para las virtudes que mueren. Porque perdonas eres Dios! Por tu crucifixion eres Dios y porque contemplas con inagotable benevolencia los extravios humanos....

*
* *

Las dos mujeres sintieron ruido detrás de ellas.

Cárlos Mendez estaba parado en el umbral oyéndolas rezar. Sus ojos estaban secos, su fisonomía turbulenta y hondo el surco de la frente. Había cierto frío siniestro en toda su persona.

—Cárlos, dijo la madre acercándose, es necesario sufrir con resignación. La desventura lo ha querido así....

—No, mi madre. No es la desventura. Es la maldad humana que arroja de cuando en cuando alguno de sus heraldos brutales sobre el corazón ingenuo. Es el triunfo de los poseídos de las pasiones innobles.... Eso es y nada más.... Hay hogares, madre, nítidos y albos como la pureza.... místicos como los altares, pero pasa uno de estos bichos babosos y deja el galón plateado, con que se adornan después los cajones de muerto que salen por allí.... Yo lo he visto eso y tú más que yo....

La madre inclinó la cabeza, mientras Cárlos hablaba con violencia....

—Mejor sería, madre, desaparecer, si es que hemos de ser iguales siempre.... Si las generaciones que nacen son mejores que las que se han ido, porque el individuo, desnudo de la hipocresía social, ha de ser siempre un conta-

minado?... Yo vuelvo á perder la esperanza otra vez, porque las infamias, que observo á cada rato me hielan el coraron. Eh! no hay amigos, no hay cariños, no hay deberes.... Te dan la mano derecha y con la izquierda te sacuden el zarpazo que amarga la vida. Muchos van á misa, se confiesan y creen en Dios un cuarto de hora, y son los deshonestos y los ladrones del resto del dia.. Traeme tú, mi madre, un hombre que se alegre, que tengas riqueza y paz y sosiego y gloria y que á pesar de todo te dé la mano para ayudarte en tu camino de batallador y yo le diré entonces: bueno, váyase! Vd. es un anacrónico; ha caído Vd. á la vorágine de los intereses sórdidos. No se hunda en la sima hedionda! No vaya á dejar en arambeles esa aureola de la edad del oro, que le rodea la frente! Dónde va á encontrar fuerzas para retrotraer los tiempos? Se imagina Vd. que todavia se puede ser caballero?

Cárlos, interrumpió Dolores tímidamente, tú te exaltas demasiado....

Quisiera no haber nacido yo... y no haber sido nunca lo que soy y no haber hecho esta casa con el trabajo de mi cuerpo y con los dolores de mi inteligencia, porque yo se que los que vengan despues van á derrochar el tesoro y van á desbaratar su renombre... A

cada paso, Dolores, hay familias que olvidan á los padres y los deshonoran.

—Has levantado la voz, hijo mio, dijo Catalina y la chiquita se ha despertado.

Mendez se calló y en el silencio aquel se oia la voz de la niña, que hablaba, como si estuviera soñando....

Papá es bueno, decia,.... me compra muñecas.... son las hijas de mi corazon y yo las quiero.

El mélico se estremeció. ..

La otra noche, seguia la niña con lentitud, me trajo un delantal azul con el cuento de Pulgarito y él me lo contó, y me dijo dándome un beso: todos somos hermanos y debemos protejernos, como hizo Pulgarito. Papá es bueno, bueno....

Como atraido por la fascinacion de aquella voz infantil se fué Cárlos acercando á la camita. La niña soñaba todavia: vamos en el coche.... Papá en el pescante al lado mio... porque el pobre Genaro se ha ido lejos.... muy lejos.

El padre sintió una profunda ternura. Inclino su cuerpo y besó la frente de la chiquita. Esta rodeo ya despertada un gran rato el cuello del padre y le acariciaba las mejillas con sus besos....

En la casa dolorosa se mezclaron los murmullos de la tierna escena con los cánticos en la capilla de San Cárlos que llegaban hasta allí. Había largas ondulaciones melodiosas del órgano y esquisitas notas que hablaban en místico lenguaje la invitación á la plegaria mientras los seráficos ideales de aquella música y los éxtasis paradisiacos poblaban el hogar entristecido de melancólicas reminiscencias. Cárlos inclinado sobre la cama de la chiquita, pensaba en los que ya se habían ido para siempre de su casa y en ese vacío inconsolable que cada uno iba dejando en ella, como si tuviera miedo que esas personas queridas, que lo contemplaban en silencio, pudieran algún día encaminarse por el lóbrego sendero en el viaje que no tiene término. Si él llegara á quedar solo, Dios Santo! Si las paredes se cubrieran del verde manto de la yedra que trepara aferrando con sus barbas los escombros y penetrara las largas grietas, invadiendo puertas y ventanas hasta envolverla entera, entera en el tupido follaje, mientras la maleza lujuriosa y polvorienta enmarañaba los senderos y todas aquellas músicas del bosque se transformaban en graznidos feroces de aves carniceras, girando y girando en lo alto en siniestros círculos.... El iba á ser entónces el espectro

de la urna abandonada. Se iba á sentar sobre el reclinatorio dentro de la lóbrega sordomudez de aquel sepulcro para que poco á poco se secara su cuerpo y morir tirado sobre las alfombras al pié de la cama de su chiquita, mirando la cripta de cristal transparente, donde yacia rígida y cenicienta su adorada larva, vestida de su largo traje de seda . . . Oh blanda caricia de su corazon vigoroso, amable compañerita de su vida errante de médico! Cómo lo acompañabas llena de gentileza en la cruzada de honor, oh angélica! á través de los contagios, donde él arrojaba intrépida el alma! Qué recuerdos de besos recibidos en las noches deliciosas de descanso, qué lejanas é inenarrables armonias eran en ese momento los ecos de la voz suavísima de su chiquita que era el candor ingénuo, la hada encantadora, misionera de la tierna paz del hogar bendito! Adios á su alegre casa de los anchos corredores! Por qué han muerto tan pronto tus sueños de gloria! Dónde están Cárlos, las festivas imaginaciones de otros tiempos, los heroicos propósitos del hercúleo luchador! Está moribundo el arrepentido de antaño. Dios Santo! Por qué aquella vieja herida de la frente no desgarró el cerebro con los agudos fragmentos para que él no viera ese sarcófago de

su casa donde estaba Dolores acostada en el suelo durmiendo el sueño de la muerte, con su cabellera negra suelta y los ojos abiertos y vítreos y sin elocuencia... Eh! no! no! El los va á acompañar en el viajetenebroso. Esperen fantasmas idolatrados!... hundido noche y dia en las dolientes quimeras de sus pensamientos... morir de hambre y de sed y de crucifixiones gota á gota al lado de ellos sufriendo por todos y para todos....

—Todo este fúnebre soliloquio tuvo el médico inclinado sobre la cama de la niña, dormida otra vez bajo su mirada abstraída y enigmática, hasta que Catalina y Dolores se acercaron á él y lo estrechaban entre sus brazos... mientras dos grandes lágrimas cristalinas se detuvieron un rato en el ángulo del ojo sombrío y rodaron en seguida por sus mejillas, como si su pecho de bronce se hubiera hecho pedazos en silencio.



X

TRISTEZAS INTELECTUALES

DEL INGENIOSO HIDALGO

D. MANUEL DE PALOCHE Y OTRAS ALCURNIAS

La Homeopatía

Dos meses despues la casa de Paloché empezó á quedar sola... Se acabaron los tuertos y los cojos y las yuntas soberbias y las cajas lucientes de los carruajes, que frecuentaban el barrio.

La hora de la consulta se hizo interminable. Aquella algazara de antes desapareció y el remolino de las gentes ansiosas de curarse.... Detrás fué llegando el silencio de siniestro augurio. De cuando en cuando algun fanático.

Don Manuel pensó que toda la ciudad estaba

sana, cuando llegó un día el bismarquiano otra vez con su artritis á sacarlo de su error. Qué escena aquella!

—No doy esplicaciones, empezó el diplomático.

—Pero señor, dijo Paloche, no me doy cuenta de lo sucedido.

—Le repito que no doy esplicaciones.

—Cómo quiere Vd. que adivine?

—No me interrumpa. Adivinar le llama Vd. á esta cojera crónica, resultado de sus manipulaciones; á eso le llama Vd. adivinar? Su tratamiento es peor que el soneto....

—Cual? dijo Paloche.

—No me interrumpa. Le digo á Vd. que la enmienda es peor que el soneto. En política no se repiten nunca las mismas situaciones enfermizas.

—Siento mucho, balbuceaba Paloche.

—Y agrega Vd. el cinismo todavía....

—Mire, señor, dijo D. Manuel irritado, si Vd. no modera su lenguaje.... á Vd. y á sus condecoraciones hago poner en la calle con un sirviente.

—Yo no cedo á la fuerza y le llamo á Vd. plagario, queriendo poner en práctica mi sistema.... Me iré espontáneamente,—y salió el bismarquiano cojeando y saludando á cada

paso el horizonte con una brusca inclinacion del torso.

—Con el demonio, te puedes ir, rugia Paloché....



En seguida apareció la opulenta y carnuda señora magestuosa en el amplio contoneo hiperbólico, acompañada de la hija, fugitiva en la línea recta de extremada flacura.

—Vengo á pedirle cuenta de su proceder, dijo la vieja.

—De mi proceder?

—Porque mi hija se ha empeorado.

—Y á mí qué me cuenta Vd?

—Si, señor, porque con sus pases le ha metido Vd. el demonio en el cuerpo.

—La felicito, señora. Es la primera vez que veo claramente realizada la metempsícosis y por herencia directa.

—Insolente....

—Agresiva.

—Daré cuenta á quien corresponda.

—Dé Vd. cuenta al hijo del Sol si le parece.

—Mamá tiene razon, suspiró la jóven con voz de flauta desafinada.

—Vd. también? contestó muy incomodado Paloche.

—Sí. Antes yo era feliz y ahora paso mi vida melancólica.

—Ah! con que Vd. era feliz!... romántica esfumatura, albo y saltante cabritillo! replicó D. Manuel con rabia y sorna.

—Dejemos, hija mia, á este mercader, dijo la del contoneo de marras.

—Oh! sí! moduló la flauta entreabriendo apenas los lábios.

—Con que mercader, rugia Paloche, paseando de un lado á otro por el estudio. Yo mercader! Yo mercader! Humanidad imbécil!



Era desesperante! D. Manuel ya no tenía amigos. Todo aquel edificio espléndido en su gloriosa ornamentación se había desplomado. A cada rato encontraba clientes que le dirigían reproches. Se entristeció. El masaje no era la panacea universal. Un error más en su vida. Ese principio del intercambio celular á través del movimiento, esa esperada resurrección por la sangre acelerada en su curso y por la sobre-actividad orgánica artificial era una grosera y vulgar mentira. Sucedia lo de siempre. Unos

curaban y otros morían y era necesario encontrar á pesar de todo el nectar de la vida perenne. Su espíritu, iluminado hasta entonces en la fé austera tuvo las profundas grimas de la desesperacion. Se creyó un extraviado y por primera vez dudó de su genio y se avergonzó de aquella efímera gloria de poco tiempo. Caminaba por su casa las melancólicas horas con la inteligencia entenebrada, como hombre que hubiera llegado al fin del sendero, detras del cual yaciera inerte é inmóvil el país de las sombras, llenas de estériles silencios. Su mision habia concluido y su pensamiento tan activo antes se habia transformado en una escuálida larva petrificada. Ya no era un hombre. Se habia hecho un enorme y vacío gigante, inconciente romero de la tiniebla, que se iba deteniendo poco á poco, incrustadas sus carnes de fragmentos calcáreos. Ya no habia para que vivir. El iba á tener al fin la siniestra fijeza de un oscuro monolito solitario. . . .

Así pasó algun tiempo ensimismado entre los ecos funerarios de aquel inmenso derrumbe. Lo sorprendia á veces la noche sentado en el patio, como absorto en la contemplacion de la naturaleza. Su vista perdida en el azul profundo vagaba de astro en astro, entre las chispas luminosas, como si quisiera arrebatárles el

secreto de su vida inextinguible. Tantos años que están allí siempre, mientras las generaciones moribundas van pasando bajo la divina bóveda tachonada á desvanecerse en la muerte. Ellos son los brillantes que adornan y embellecen la cabellera negra de la emperatriz indolente y soñadora y los cirios que salpican penumbras sobre los cementerios que van superponiendo las edades. Así serenos y olímpicos conservan sus propiedades seculares, mientras la carne se disgrega flagelada por el azote de las pasiones, triturada en el vórtice de la existencia. Allí el esplendor, ordenados en la magestad tranquila de las leyes de la gravitación, aquí desde jóvenes el esfacelo con la piel que se arruga, la uña que palidece, el ojo que pierde la sonrisa y se enturbia en la lucha y el cabello encanecido. Por qué tan larga la vida de aquellos silenciosos moradores de las alturas y tan frágil y efímera la urdimbre humana? D. Manuel entraba otra vez sin sentir en sus cavilaciones. El viejo soñador de la panacea universal se erguía gigante sobre el escombro. Nuevas ideas y nuevos rumbos, asomaban á su inteligencia. Tal vez ya algun predecesor glorioso habria encontrado el farmaco para perpetuar la vida en la Naturaleza. Ese seria Dios y se vestiría de las galas

divinas el que descubriera lo mismo para el hombre. Volvia entonces mas violenta y mas acongojada la brega intelectual á conturbar su cabeza y en las horas contemplativas él veia caer las hojas de la arboleda secas y amarillentas, y desprenderse uno á uno los pétalos arrugados y marchitos bajo el gris de otoño y alfombrar á montones la estendida pradera. Sentia gotear la lluvia que ennegrece el humus y las hojas y las corolas húmedas y blandas las veia hundirse poco á poco en el grumo fecundo hasta desaparecer en la prodigiosa actividad de su vegetofagia y sus átomos escondidos en las criptas estremecerse en los besos calientes del sol primaveral y entregar otra vez con nuevos espasmos juveniles al árbol la hoja y á la planta la flor. . . . Luego con elementos similares se operaba la resurreccion en la Naturaleza. Hay medicamentos que producen fenómenos que son idénticos á los síntomas de ciertas enfermedades. Por qué no ensayarlos? No estaria en ese sistema terapéutico la panacea universal?

El habia observado que muchos males sociales se curaban con los mismos males. La revolucion se extinguia á veces en su propia hornaza; la corruptela se ahogaba en sus mismos ciénagos, las malas escuelas del arte pere-

cian en el barroquismo engendrado por ellas y todas las monomanías colectivas las había visto desaparecer en sus propios excesos. Ergo ... era el caso pues.... *similia, similibus curantur*....

Empezó su cabeza á fantasear con la homeopatía. El glóbulo blanco, pequeño y redondo, los brillantes tubitos y la cartera chata y amplia empezaron á bailar en su cabeza el cancan formidable y fué desde entonces el sabio convencido de lo infinitamente diluido ... Se tocó á safarrancho en su casa, se armaron aparatos y empezaron las destilaciones y las tinturas que contenían las maravillosas quintaesencias. Compró libros otra vez y llegó Haneman y otros melancólicos soñadores de la panacea.... Se hizo gran silencio mucho tiempo y se pensó en la posible desaparición de don Manuel de Paloche y otras alcuernias. Encerrado en su estudio, el gran solitario quería justificar el nuevo sistema, ampliando sus elucubraciones filosóficas ... De todas maneras él encontraba que aquel era el tratamiento sensato. Se dispuso á salir de aquel sabio recinto para aplicarlo y aliviar los males de la humanidad, pero sus fuerzas se habían estenuado y toda su larga figura adquirió la tétrica apariencia de un espectro.... Sus manos

estaban secas, el rostro lívido y macilento, poblado de inculta y enredada barba. Debajo de los pómulos había sombras en las órbitas excavadas y tambaleábase anhelante para caminar, agarrado de los muebles y giraba á duras penas de tintura en tintura, contemplando con agonía de enamorado los estantes de cedro en que estaban dispuestos los glóbulos. La homeopatía era su delirio; iba tal vez á ser su crucifixión. Como él suelen verse muchos, que pagan en la vida tributos á las violentas quimeras del espíritu, impacientes que corren fatigadas detrás de ellas, sin alcanzarlas nunca. . . .

Esa mañana, cuando entró Carlos Mendez, seguido de Juan Paloche á visitarlo, lo encontró sentado en un sillón. Tenía sobre sus rodillas un manuscrito. Su título era: *Panacea universal*. . . .

—Eureka don Carlos, dijo don Manuel incorporándose con gran trabajo.

—Papá, interrumpió Juan, he traído al doctor, porque tú estás enfermo.

—Yo? Bah! He tomado acónito á la diez millonésima dilución. . . . En veinte y cuatro horas curado. . . .

—Oiga don Manuel, contestó Mendez con pena. . . . El acónito no lo va á curar . . .

Paloche se sonrió con lástima....

—Es necesario, seguía Cárlos, que Vd. salga de aquí, que respire aire puro y que descanse su pobre cabeza ... Vd. se está suicidando.... Hace un mes que ni come, ni duerme, ni vive y de esa manera y con poco vigor no se imponen las innovaciones.

—Qué? contestó Paloche con ímpetu. Vd. cree que yo moriré antes que se conozcan mis descubrimientos?

—Sí creo, si Vd. sigue metido aquí....

—Bueno: qué me importa? Yo estoy escribiendo para que no perezcan estas cosas mías.... No me importa descansar despues y para siempre....

—Fíjese, señor Paloche, que yo no le aconsejo que deje sus placeres intelectuales, dijo el médico.

—Y entónces?

—Podía Vd. cambiar de casa.

—Y dónde voy?

—A su chacra.

—¿Quiere Vd. mandarme á vivir entre las lechugas al lado de este Paloche degenerado? Mírelo. Vea qué manos.... negras, callosas y con mil rajaduras.... Observe el traje... lleno de remiendos... un indigno andrajo.... No gasta un peso este.... Sabrá Vd.... el día

entero detrás de los bueyes.... con el dorso encorvado como un siervo... á la lluvia, al sol, con las botas llenas de barro.... No quiero irme con este porque ha manchado mis blasones....

Juan Paloche lo escuchaba con una estoica indiferencia. Pensaba en un dinero que habia escondido en los colchones de su casa....

Mendez convenció á don Manuel.... En dos carruajes iban todos sus aparatos, sus libros, sus glóbulos y detrás de la familia el cupé del médico que lo acompañaba llevándolo á su lado.... Cárlos pagaba su deuda de gratitud. Por las chacras solitarias de Monte Castro se fué perdiendo el cortejo.....



XI

ABUELA!

Reinaba á la sazón el estío con sus soles quemantes, el césped amarillento y las corolas desvanecían bajo los rayos su color. Había cierto cansancio en la naturaleza abrumada en la brasa cotidiana, un deseo de dormir largas horas y un apuro en todas las cosas hácia las oscuridades de la noche llena de brisas frescas. Muchas flores habían desaparecido del jardín, pendiente del tallo de la planta, arrugadas y secas y debajo del gran toldo que unía los dos corredores y sombreaba el patio estaban esparcidos los juguetes de la chiquita de los cuentos. Mas léjos, los perales opulentos en el prodigio estival de la vegetación protegían el vergel, al lado de la curva de la parra umbrosa, que escondía entre su follaje tupido los racimos pulverulentos de la uva de

oro. Cantos en la arboleda, infantiles juegos bajo el corredor y oscuridades en los aposentos colgando de los marcos las cortinas de paja coloreada hasta el suelo y de cuando en cuando alborotando toda la casa el rodar del coche del médico....

Otras novedades acontecieron en la casa poco despues. Catalina visitaba al hijo mas á menudo. Estaba mucho tiempo con Dolores y cosian triángulos y mantillones. Ya un poco borrada la memoria de aquellos lúgubres acontecimientos, Cárlos se habia vuelto en extremo afectuoso. Con Dolores, sobre todo tenia dulzuras y gentilezas y jovialidades extrañas, como si esperase alguna bienaventuranza futura. Salía á pasear con ella despacio por el jardin para que no se fatigara y la hacia recojerse temprano y de noche mucho mas que antes llegaba á espiar su dormir. Acontecía muchas veces, que sentados en silencio, se miraban sonriendo, como si á un tiempo hubieran estado pensando en la misma misteriosa felicidad. Habia en esos silencios, íntimos y deliciosos deleites... Era como un torrente de alegría juvenil que estuviera por desbordarse sobre la casa entristecida, trepidaciones de esperanzas, secretos y disimulados terrores de alguna posible desventura.

La agitacion crecia á medida que el tiempo iba pasando y se hacian mas violentos los temores de Mendez y mas asiduos sus cuidados. Catalina era la única que conservaba su serenidad de santa. Un dia, sin saber por que debajo del corredor, se miraron un rato la madre y el hijo, y en el abrazo que siguió despues, hubieron elocuentes augurios. Llegó una cuna de negra y luciente jacarandá, liviana y aérea, circuida la base á trechos de torneados listones que formaban las paredes laterales, terminando en el grueso madero que concluia la ovalada concha en su parte superior. Detras como asomada sobre la cabecera una enhiesta percha, estendiendo el cuello largo y serpentino, la cabeza chata de víbora en la punta, que arrojaba lejos el hocico. Al rato, cayeron sobre el cuello, anchos cortinajes de seda azul, prendidos arriba con un gran moño, cuyos lazos caian hasta el suelo. La pequeña almohada, descansaba sobre el colchon, cubierto por un tejido de lana gruesa y blanquísima y encima la recamada colcha de brocato, alegre de flores de lirio y verdes hojas de rosa. Con la cuna llegaron estremecimientos de arcanas ternuras y corrieron por el dormitorio invisibles y angelicales visiones mientras Catalina colocaba á lo largo festones

de margaritas y Mendez besaba temblando la frente de Dolores....

Esa mañana, Cárlos paseaba agitado por el corredor. Corria casi, como si tuviera necesidad de aturdirse. Se sentían lamentos. Entró al dormitorio, abrazó á Dolores, acostada, mientras miraba al médico amigo, á quien había confiado aquella vida preciosa, estrechando nervioso antes de irse, la mano de la madre, que sonreia siempre, sentada á los pies de la cama. Salió caminando por el jardin con cierta cosa violenta en el andar, indiferente á todo aquel espectáculo, como si tuviera un agujon que lo empujase como á un autómeta. Los lamentos aquellos que sonaban en sus oidos como un éco doliente, asi á la distancia, lo volvian en sí. Llamaba entonces al médico para leerle en los ojos la sentencia, acosándolo á preguntas, y pidiéndole el pronóstico de aquella hora emocionante. Volvia despues á su peregrinacion. Tomaba un libro y no podia leer. Se sentaba á su mesa de estudio para escribir, para tener alguna violenta concepcion que le hiciera olvidar la angustia, que le conturbaba el espíritu. Era inútil. No oía sino aquellos quejidos que se dilataban en el patio con tímidas modulaciones. Apuraba el tiempo y lo precipitaba dentro de su

imaginacion encontrándose sin saber cómo otra vez al lado de Dolores á quien acariciaba con fuertes palabras de consuelo. Sin embargo, su voz era trémula y su corazon latia como si estuviera lastimado. Nuevas miradas á la madre y preguntas al médico, y otra vez el peregrino de los corredores, azotado de un lado á otro mientras al rededor la naturaleza cantaba el himno de la resurreccion de la luz, con las notas formidables de la ciudad que se arroja á la calle frenética, con los sordinos arpegios de las hojas, en medio de la bullanguera y estridente algazara de las bandadas que cruzaban sobre su cabeza. Cárlos no oia nada.... solamente aquellos quejidos tan lastimeros que no cesaban nunca. Al contrario, cada vez se hacian mas frecuentes, como si los oyera mas cerca, y tuvieran mas dolor, y le parecia sentir en el aposento, como si la gente se moviera mas allí.... hasta que estalló un grito agudísimo, que le trastornó la cabeza.... Parecia angustia la revelacion de un espasmo de salvaje.... y despues cuchicheos, una exacerbacion de todos los ruidos, órdenes del médico, una cosa revuelta y agitada y el silencio.... el largo silencio de ella.... Esperó el lamento aquel cuya tonada lúgubre conocia y entró rápido al cuarto de vestir.... Cárlos no la oia. Una sensacion siniestra lo acometió....

Lo detuvo el médico, cuando se lanzaba Méndez al dormitorio.

— Calma, mi amigo, todo va bien... Espérese! no entre!

— Y ella? preguntó ansioso Carlos.

— Admirablemente!

— Y él?

— Así, amigo, de grueso. Y el médico circunscribió con las dos manos abiertas una gran circunferencia.

— Y? seguía Méndez, y lo otro?

— Ah! macho, compañero, machísimo.

— Gracias. Vea si seré tonto... Mire: estoy llorando...

Carlos se sintió desde ese momento mas vigoroso. Le pareció tener la cabeza mas erguida y fuerte y en todosu cuerpo corrió una robusta sensacion viril. Sus espaldas eran mas anchas, su andar mas resuelto, mas recia toda su musculatura. Lo acometió un delicioso bienestar y una profunda tranquilidad para su vida futura... Sin duda aquel gordo muchacho de piel roja y satinada, cuyos vagidos sentia, era la columna que faltaba al monumento, construido por su labor. Le pondria el nombre del padre para perpetuarlo en los tiempos, como un derecho y un sublime privilegio de familia. Recien le parecia que pagaba bien su deuda de gratitud cariñosa.

Tal vez fuera como el otro que ya se había ido, así alegre y bueno y cuyo recuerdo vagaba todavía por la casa... El quería verlo y se paseaba por el cuarto de vestir, asomándose á cada rato á la puerta. La madre lo llamó al fin. Entió y acarició á Dolores, arrimándose despues con Catalina á los vidrios. El niño estaba envuelto en un chal de flanela festoneado cubierta la cabeza con una gorrita de muselina. Entreabria los párpados, mientras la abuela lo mecía en sus brazos. Lo miró un gran rato sonriendo, encontrando reproducida su efigie en el pequeño rostro dormido. Se acordaba entonces de aquellas palabras proféticas: «Dios es bueno y hace que las alegrías vuelvan á las casas entristecidas y que haya de nuevo niños en las cunas y cánticos de madres...» La vieja se transfiguró á sus ojos. Le pareció que una aureola de estrellas rodeara su cabeza encanecida y que algo de la magestad celeste fuera circundándola poco á poco. Era aquella gran madre de la leyenda, la angusta consoladora de sus dias atribulados, la mística poetisa, que creaba en sus palabras para el hijo, las inmaculadas visiones de la familia, la excelsa pintora de los comedores, de las rojas chimeneas atizadas por los hijos para calentar los miembros del padre anciano,

la sacerdotisa divina de aquel templo, que acababa de recibir el nuevo Dios... Ella tenia razon siempre, cuando decia que cada hijo traia consigo los gérmenes del rejuvenecimiento, transfusiones de sangre fecunda que se hacen en medio del regocijo del espíritu—esos gajos florecientes que sostienen el equilibrio y la vida del tronco reseco con sus linfas juveniles. En cada casa hay una de esas ancianas seráficas aquellos que de ella tuviesen queja razonable levanten la mano para poderlos inscribir en el libro de la desventura... porque la vida se alimenta tambien de los consejos venerables y esos corazones que se agrandan en la vejez á fuerza de sentir son capaces de romperse y morir siempre en los resignados sacrificios por el amor á los hijos... Benditas sean! Si están vivas y caminan por la vieja casa llena de memorias, es necesario dejar en el umbral nuestros rencóres, las iras sordas y los enconos que acibaran la vida, para que sea angelical el beso de nuestros labios, y si ya se han ido para siempre... que vivan en el corazon de esos nietecitos á quienes aman, besan y mecen con tiernos cánticos en las cunas... porque son abuelas, de esas que traen muñecas, con rubias cabelleras, y se sientan con las nietas, en los liliputienses y alfombrados cuartos, donde viven, duer-

men y se rompen los juguetes. Allí, al lado de la chiquita, pasaba Catalina largas horas, disponiendo los diminutos comedores y haciendo sentar á la mesa á las infantiles falanges, que encantan las horas inquietas de los chicos. Allí narraba las leyendas, al lado del ramo de rosas rojas, que se elevaba en el centro, desde el florero dorado de porcelana, los maravillosos cuentos, que oyen los niños con el ojo atento, pintado el asombro en el rostro, víctimas de las angustias, que padecen los pequeños personajes heroicos. Porque ellas sostienen y acarician á los nietos, como el gajo á la flor y al fruto....Así Catalina velaba con Cárlos el sueño de Dolores y mecia al niño en la cuna y lo paseaba con monótonos cánticos por el cuarto de vestir palmeándolo...

*
* * *

— Tu estás mejor ahora, Cárlos, le dijo la madre un día.

— Si madre, mas robusto y mas llena mi vida.

— Para que tu veas que si hay dolores, estalla de repente auroras alegres.

— Pero mi madre, son tan pocas, replicó el médico....

—Eso dices porque has perdido la fé ...

—Y he perdido la fé? preguntó confundido el médico.

—Sí tú. Eres de los que no creen sino en sus propias fuerzas y de los que se imaginan que todo lo han de resolver con su inteligencia y prescinden del consejo de los demas y se olvidan que detras de esa gran curva del horizonte hay muchos mas allá, que tienen la omnipotencia y la omniciencia. Así cuando en la vida hay razones para que resolvamos el problema con la violencia de un crimen cualquiera contra nosotros ó contra los demas, llega el mas allá divino, con la dulzura infinita y es el bálsamo que cicatriza las heridas y el soplo vigoroso que temple el corazon desfalleciente.

—Madre, tú me hablas de Dios, dijo el médico.

—Sí Cárlos, porque sentirlo y pensarlo significa tener en la voluntad para la lucha un aguerrido ejército....

—Oh, eso es imposible. Ustedes nos hacen creyentes y despues se olvida uno en la vida de todo y lo que crece en nosotros y se agiganta son nuestras pasiones, porque ya de aquel yo celestial de que tú me hablas, hemos perdido el recuerdo.

—Sí, es cierto. Pero hay algo que es un dolor en el alma de muchos y que se parece á la fé....

—Qué? mi madre preguntó con ímpetu al médico.

—Es el anhelo intenso hácia las ideas de un orden superior; es la necesidad de salir del lodo, que nos acomete á cada rato; es el empuje intuitivo de las inteligencias privilegiadas apurando la perfectibilidad, y el deseo de ser mejores y que nos calienten siempre la vida las pasiones generosas y es el arrepentimiento del mal que hacemos y es la desazon y la inquietud y la vergüenza que acosan á los que viven en la deshonra....

—Oh mi vieja santa! repetía el médico abrazándola. Eso yo tengo, eso es mio y no lo quiero perder, quiero ser mejor. Tengo muchos defectos, y tambien sé que á cada rato tengo que invocar para explicar muchas cosas una inteligencia infinitamente superior.... Oh si todos esos dolores que acabas de enumerar fueran la fé!

—Sabes tú por qué escribes? preguntó la madre despues de un rato de silencio....

—Yo, dijo el médico, por muchas razones.

—No por esta sola razon. Tú no quieres morir.

—No te entiendo.

—Si pues. Tú quieres que tus hijos y tus nietos se acuerden de tí y que todos los que vengan despues conserven la memoria de tus libros. Bueno, mi hijo, tú quieres crear para tu nombre el mas allá eterno é inmortal. Oh! no te quejes, si has conservado en el corazon el anhelo sobrehumano hácia alguna cosa que no morirá nunca.... Eso no es Fé todavía, pero ya no se parece á esos espíritus desiertos y frios, cuyas fibras demasiado esquisitas tal vez ha roto la desventura para siempre—esos entristecidos que se acuestan, languidecen y mueren en la indiferencia.

—Oh! yo soy feliz, porque te tengo á mi lado, contestó Cárlos; porque Dolores y mis hijos están aquí alegrando mi casa y porque ha de ser posible que viva mucho este último que ha nacido....

—Y porque crees en el bien, á pesar de ser tan caviloso y no eres cómo esos siniestros pesimistas que confunden la tristeza con la atrabilis. Estos sí que son dignos de lástima! Pobres sistemáticos que cubren de lúgubre manto todos los sentimientos, incapaces que se han contentado con estudiar una parte de la humanidad, creyendo que sus deducciones corresponden á la humanidad entera.... Tú

los ves Cárlos, seguía la vieja animándose, para ellos el hombre es un fascineroso, tahur y loco, la ciencia una mentira, el arte una cosa vulgar hinchada de ridícula vanidad. No hay nobles pasiones, no hay sacrificios, ni virtud!

Estamos lo mismo que hace diez siglos! No se ha creado nada, no se ha conquistado nada y somos para ellos los esclavos del vicio y de la carne. Y la mujer? Adúltera y gata lujuriosa, zorra que extiende el hocico y husmea siempre un marido. Y el amor á los hijos? El instinto brutal de la fiera, que gira vertiginosa al rededor de los cachorros para defenderlos....

—Es cierto, mi madre, y es difícil salvarse del precipicio, que abren esos tétricos pensamientos.

—Sí Cárlos, para los que no se han preocupado de estudiar el mundo como es, para los que no han visto, como yo, el cuartujo del conventillo donde se cose de la mañana á la noche y donde la madre se arrodilla despues á rezar en medio de sus hijos, para los que no se han detenido una vez siquiera á contemplar la heroica fortaleza de esos padres, que en la miseria sostienen con el trabajo la honra y el renombre de la familia ... Para estos es difícil salvarse, porque esa tenebrosa literatura

seduce y fascina, con la ponzoña de sus paradojas oscuras . . . Esa no es la verdad. Hay mas amor que odios y mas abnegaciones que cobardias y mas virtud que vicios. Yo te lo juro Carlos, por mis sesenta años de vida y la fortaleza y la paz del alma está en creer en el bien y practicarlo, porque el bien es Dios

—Perdon para ellos mi madre, interrumpió el médico, porque son enfermos.

—Enfermos? preguntó la madre temblando.

—Es la tuberculosis que les mina la vida la que habla, y el cáncer que les ~~muerde~~ y les roe las entrañas que tiene las negras palabras de la misantropia y son las enfermedades nerviosas que los transforman en hipocondriacos atrabiliarios.

—Sí, mi hijo, perdon para todos, como dice la plegaria, porque eso debe ser ley y sentimiento universal . . . y en esos diálogos pasaban los dos la noche velando el sueño de Dolores acudiendo á cada rato Catalina á mecer al niño, mientras Carlos contemplaba su blanquísima cabeza en medio de la penumbra del dormitorio, inclinada dentro de las cortinas de seda que protegían la cuna.



XII

EL LIBRO EXTRAÑO

Así Mendez revigorizado al lado de aquel hijo, en medio de las varoniles palabras de la madre, sintió renacer prepotente la necesidad de escribir. Aquella figura de Bohemio, que ya antes le había con vaporosas formas calentado la imaginación empezó á adquirir contornos. Creó entonces un símbolo entre cuyos sonoros acordes se sentía toda la épica magnificencia de su país y las sensaciones colectivas de su pueblo. Pensaba que para escribir esa sinfonía era necesario que el idioma tuviera las numerosas prolongaciones del sonido de una orquesta colosal, con ímpetus de fugas y lánguidos y soñolientos arpeggios y solemnes compases guerreros de marchas heroicas. Era necesario encontrar para el poema la forma

que reflejara las fulgurantes detonaciones de nuestras tormentas, y las oscuridades amenazadoras del cielo fijo en su curva de luto y el zumbido de las lluvias arreciantes en su camino un tramo despues de otro á través del espacio.

Para que hubiera en sus versos la serena y olímpica magestad de nuestras dilatadas naturalezas, reflejos de pampas, hundiendo lejos, el verde interminable. Para que hubiera resonancias de pueblos nómadas en marcha, almas bravias é inquietas y luminaria de fogones aquí y allá y trinos de guitarras y moribundos tañidos de quenás, entristeciendo las soledades de la campiña silente. Para que el torbellino de las aguas, rodando en los cauces serpentinos hablaran á los vivientes el armonioso idioma de las tribus errantes primitivas, estallando en las palabras el prodigio de la florescencia tropical de las selvas inexploradas y hubiera en el poema sombras de cordilleras, echadas á lo largo como gigantesco esqueleto granítico. Y rabias de conquistadores y micidiales batallas. Y enorme demolición de monumentos seculares. Y razas entregando sangre de mártires y acostándose en el sepulcro. Y el dolor, sobreviviendo á la muerte á través de los siglos ... Y nietos escuchando las lúgu-

bres lamentaciones de tanto exterminio, heroicos vengadores y legendarios guerreros victoriosos.

Porque Bohemio podia muy bien estar hecho con todos los ecos dolientes de las muertas generaciones de América, iluminada su persona por el lustre de las viejas civilizaciones enterradas con sus inmanes escombros; y ser el sombrío Genio, orbe intelectual divinizado para entregar al futuro á través del tiempo las emanaciones creadoras de toda aquella arte virginal perdida. Porque Bohemio era el presente, atleta gigantesco, enorme ánfora broncea su pecho, donde hierven todas las razas en pos de la maravillosa amalgama, indolente señor enriquecido, peregrino de las fecundas é infinitas praderas, trabajador acongojado de todas las horas, glorioso intuitivo de la grandeza nacional venidera. Mendez veía en su imaginación multiplicarse aldeas y ciudades, ser su país la cuna del espíritu nuevo, padre de las artes, academia de todas las ciencias del universo, sublime árbitro de naciones ¿Y el espolón del arado abriendo la entraña fecunda y negra. Y el labrador hablando el nuevo y exhuberante idioma mirando moverse en la brisa el largo y delgado tallo de la mies dorada. Y así por leguas el damero de cercos de alam-

bres.... Y los juveniles corazones, apóstoles de la universidad ideal escribiendo el libro del progreso humano: que no haya esclavos.... el bien de los pueblos está en la libertad.... que no haya confines y sean dirimidos por árbitros el choque de las pasiones y de los intereses.... Que las armas forjadas para destruir muchedumbres destruyan la guerra ... y concluyan esas familias encaramadas sobre los demás hace siglos.... y sean los primeros, los mejores, los mas intelectuales y los mas fuertes. Que sea suprema religion el honor de la casa, la caridad por la patria y el fraternal amor de todos los pueblos. Que haya industrias y crezca el comercio y que las artes sintenticen el espíritu nacional y creen el bien y que la grandeza de este glorioso vagabundo de Bohemio reciba nuevas y perpétuas extratificaciones de gloria!

*
* *
*

Al lado de Bohemio, Eros paradisiaca, la vaga y alba figura.... La escribió de rodillas. Sus ojos tuvieron el color del diáfano eter sereno; y los bucles de su cabellera rayos dorados, blandos y largos y abandonados flotando sobre las espaldas. Con suavidades séricas y

frescos perfumes primaverales y tornasoles si se movían en la brisa y misteriosos murmullos. Formaban marco deslumbrador á la efigie de óvalo purísimo y perfecto blanco y mármóreo, moviéndose en su lento y gracioso caminar de diosa, asomando el zapatito con hebillas de plata fuera de la falda de raso. Todo su alto cuerpo vestía el traje de las novias y miraba todas las cosas como si breve fuera á ser su paso sobre la tierra á guisa de corola virginal, destinada á acariciar un momento la frente de aquel atleta para marchitarse.... Como una armonía fugaz que calmara su turbulento espíritu.... y rayo de luz para su tenebroso sendero y eco dulcísimo y angelical, repitiendo las frases de la paz y del sosiego. Divina hada moribunda entregará la vida resignada en el dolor de aquella su única pasión y acompañarán su féretro los esplendores y las sinfonías de la naturaleza, acostada su muerta persona sobre la cruz del alazan de Bohemio en su caballeresca marcha triunfal! Con los gemidos lastimeros de su arpa incinerada, durmiendo bajo el umbroso bosque, arrullado el eterno sueño por los festivos de las glorias inmortales.... Y mientras Bohemio, escultor, plasmaba su busto con la húmeda creta, clavado el informe torso so-

bre el trípode, ella la humilde enamorada alegraba con los cánticos su vivienda. A grandes golpes, saeteando luz su mirada, fué haciendo surgir la comba levantada del pecho. En seguida arrancó la masa con violencia y modeló con la caricia de la palma el cuello redondo y fué tomando relieve poco á poco la efigie y los grandes ojos pensativos empezaron á mirarlo y los lábios finos á sonreír y las líneas flexibles y serpentinadas de los rizos cayeron sobre el dorso. Bohemio animó con su alma la inanimada arcilla, y despues en las noches serenas cantaban el duo de los amores imperecederos.

Amores de dioses

—Yo te amo!.....Tengo para tí mi valor, mi honor y mis armas.

—Yo los aromas del bosque y la luz de mis pupilas azules...

—Yo soy el espacio que entro y dilato los horizontes de tu encantadora vivienda.

—Yo el gajo de laurel con que coronó tu frente de poeta.

—Cuando tú rezas ¡oh Eros! en la noche profunda y las estrellas entran por la ventana á besar tu toca azul, yo velo—armado—tu divina plegaria en la puerta de tu estancia. Soy como el ángel de fuego, que ahuyenta la pantera derrotada, que atropella la selva, bramando á lo lejos....

—Yo entro en tu cuarto antes que llegue el dia y tú duermes tranquilo en la penumbra: sobre tu cabecera, de mármol del Pentélico una estatua de Eros! que te mira silenciosa. Yo tomo mi abanico de plumas de seda y lleno tu rostro de caricias frescas. Los pájaros pian en voz baja, como si se preguntaran si habian tenido reposo en la noche, y llaman á los compañeros que se desperezan en la rama. El alba empuja adelante los zéfitos blandos que traen en su seno las vibraciones de las primeras moléculas de luz. Hay sombras que se mueven y ondulan y huyen agitadas mas tarde y formas y colores y ritmos y besos y ruidos lejanos que se acuestan y mueren en la soberbia fulgurante del sol.

—Yo canto y escribo para tí poemas ¡oh Eros! Veo la pasion desnuda, sin vestiduras de carne, y no encuentro trajes de raso, ni abrigos de terciopelo para las divinas semblanzas.

—No escribas; tu cantar es dolor; las estrofas que se ciernen las arrebatan el cierzo y las quema el sol.

—Son admirables ¡oh Eros! las armonías de la luz, que salta, que estalla, que trisca y se fractura en la roca y se encrespa en el mar. ¡Quién me diera ¡oh Dios! arrojar mi cuerpo en el esplendor de los astros y rodar en medio de sus rayos, mecido en el cielo infinito, y gritar desde allá—ebrio y loco—los versos desesperados para el hombre que muere en el vértigo eterno de las cosas!

—No escribas, las piedras del sepulcro del poeta son las estrofas que el poeta canta y las creaciones que suenan en las cuerdas ríjidas y amarillas de la lira de bronce, son las piedras miliarias que van señalando su camino hácia la muerte. Yo no quiero, porque tus cantares tienen todas las imaginaciones sombrías del dolor.

—Escucha, Eros: la luz muere y esconde en la noche su brillo, los colores se desvanecen, los pájaros callan, las ciudades duermen y las sombras tranquilas y solemnes envuelven al universo. Silencio! Deja que las estrellas asomen y la vía láctea aparezca con sus cortinas de espumas ténues. Detrás de esa diosa diáfana, echada á través del cielo como una

nereida dormida, todavía hay puntos y mas puntos luminosos que centellean, como detrás de todas las cosas están las nenias fúnebres que preparan su epitafio....

—Oh Bohemio! mi cuerpo está, como el alma, formado de exquisitas filigranas; si tú persistes en el encono impio, tú no amas; eres soberbio y malo conmigo, que soy la pálida criatura, tu pobre Eros, tu dulce y delicada Eros, frágil y amable, que reza por tí arrodillada en la noche y que morirá de dolor

—Así tú arrojas ch Eros! un crespon de tinieblas sobre mi espíritu para que tengan allí su catre de muerte los ideales soñados en las adoraciones pensativas, porque la tiniebla es callada y disgusta. Es cautelosa y tristemente sombría; se levanta en montones lóbregos y tiene el aire esquivo y siniestro y la palabra pavorosa. Sus lábios son pálidos y desvahidos y sus cuchicheos no dan mas rumor que el que produce el roce silencioso de su manto oscuro sobre los objetos. Mejor!... Si tú mueres, yo vagaré como un loco desatado en el espacio, blasfemo, sin brillo de luz intelectual en las pupilas.

—No, Bohemio; te equivocas; las sombras tienen sus estrofas tranquilas y acariciadoras;

protejen los amores de las aves en la espesura y dan reposo y bienaventuranza al hombre que duerme acostado sobre la batalla del día turbulento.

—Entonces, ¿por qué no quieres que yo cante? ¿Quieres impedir que el torrente brame, ruja, bulla y espumee en la hondonada y reviente el volúmen de sus ondas contra los peñascos que tienen morros negros y puñales y torsos que penden sobre el abismo?

—El torrente tala y anonada, Bohemio, en su furia las cosas. Yo amo los ríos mansos y amplios que se extienden en semi-círculo en el horizonte sin límites y fertilizan los campos. Amo las líneas ríjidas y negras que se dibujan apenas en el cielo, allá abajo, en el ángulo tranquilo que hace con el río, las líneas que avanzan y se alargan y se ensanchan por las velas que aparecen desplegadas, las velas blancas que navegan é inclinan á un costado los barcos... Amo el río inmenso que tiene alegrías y gritos de criaturas que viven....

—Ese tu río, Eros, tiene cosas amenazadoras...yo lo he visto con vaivenes formidables de oleajes revueltos arrojar sus aguas en el abismo, arrancarlas de allí de cuajo y azotarlas contra el cielo gris en enormes monta-

ñas móvedizas. Los bajeles hundidos desaparecen y saltan en seguida viboreando en vértigos de infierno sobre la cumbre salvaje, mientras el vendabal con la persona pavorosa rechina bárbaro y frenético los dientes, ruje, cruje, gira, gime, corre veloz, álah!, álah!, y se estrella y se despedaza en el torbellino de terror de aquel baluarte indomable .. Me hablas tú de cosas angelicales, cuando veo al río que yo adoro triunfar en la lucha bravia y disolver al huracan entre sus aguas....

—Sí, porque despues se acuesta á dormir largo á largo, jadeando como gigante fatigado, y las ondas bajitas, mensajeras de la victoria, vuelven á besar la playa y siguen apacibles yendo y viniendo ...yendo y viniendo.... mansamente, y traen, para los que se aman, caricias blandas de espumas que cuchichean y los écos lejanos y gloriosos de las leyendas del mar....

—No, Eros! Mejor es morir que romper la lira de bronce, mejor es morir.. .Yo tengo los ojos secos y para mí han muerto las escenas plañideras. Yo adoro al sol, que llena de llamaradas el mundo. Nada hay mas sublime que ese astro....

—Sí... Dios, que lo ha creado, y las aristas divinas que tienen todas las cosas, y la luz no

es buena tampoco sino cuando se difunde en el aire diáfano en emanaciones fecundas y es el alma y el tripudio de la vida en el universo....

—Oh, tu luz siempre... amo el denuestro y la blasfemia...tengo iras y protestas....yo veo cada dia que pasa tu piel mas trasparente y tu figura celestial esfumarse poco á poco como los ensueños...

—Así tú pones en la cruz mis últimos momentos, mientras tu, Eros, dulce y melancólica, implora de tí himnos para la fe y para la vida... Deja por esta pálida moribunda las cosas perversas y canta las trovas que alegran y redimen y enternecen al corazon....

Bohemio, caído de rodillas; el cielo azul mirando; las manos altas y abiertas y el ruedo del vestido de Eros levantado hasta sus lábios. Su cabeza soñadora y renegrada envuelta en la luz de aquella vision paradisiaca....y poco á poco su palabra se desenvolvía en un canto lentísimo y tenía la plácida música que consuela y fué como melodía murmurada entre el susurro del viento y había lánguidos deliquios de la pasión acendrada que está por llorar....

—Perdon, Eros, amor mio, porque yo adoro la angelical bondad de tu espíritu, porque

yo tengo pensamientos lóbregos y he ofendido tus castas alegrías. ¿Qué quieres? Perdon, porque yo me olvido de tí á veces por estas cosas salvajes que dominan mi inteligencia... Tú, mi dulce Eros, mi mas sublime dolor, santa de belleza y de martirio, palio lleno de gracias que cobijas mi pobre cabeza de enfermo....¿Por qué no vienen las fiores y rodean tu persona con sus perfumes?

—Y ¿por qué no entra la paz, Bohemio, y calma las agitaciones de tu alma?....

—¿Por qué esta divina naturaleza no inclina la frente á tu paso y no tiene penumbras el sol para acompañar tu camino?

—¿Por qué no te acuestas tranquilo oh poeta! en la plegaria, las místicas armonias que llenan el corazon de júbilos infantiles?

—¡Oh Eros, Dios mio! los pájaros vienen, vienen cantando y cuchicheando las inmortales quimeras....Yo te ofrezco mi lira resignada, la lira soberbia que gime, solloza y llora! de sus cuerdas brotan los cantos suavísimos que confortan al humilde....son tus dedos de alabastro que arrancan la nota quejumbrosa....Los sauces tienen lágrimas que se mezclan con las aguas cristalinas que corren y las tórtolas hacen nidos, aman y tuban.... Oh! ese hogar pequeño y redondo, tejido de

ramas secas, con alfombras de musgo, recogidas en el prado, qué poema de amor injénuo no canta en la sombra del sauce delicioso. Yo te pido perdon, pálida Eros, santa de belleza y de martirio....

—Los hombres son buenos, Bohemio! y aman y entran en los templos y se arrodillan. Rezan debajo de las bóvedas curvas y pintadas de la pueta al altar—las nubes de incienso que surjen y llenan el ambiente—los santos y las vírjenes con vestiduras de cielo y diadema de pedrerias, que miran desde sus nichos mientras rompen del órgano los salmos que tienen los écos doloridos de la muerta Jerusalem, sobre cuyas ruinas brota la yedra y se extiende la maleza abigarrada.

—Hablaban á la vez con las miradas hácia el cielo como si rezaran, arrobados en el frenesí de la pasion. Era un duo de gentilezas, de adoraciones y de perdon; hablaban de prisa como si aquella primera nube en su vida de amor les avisara que debian decirse pronto todas las cosas:—ella de pié con su mano fina y blanca en la negra cabellera de Bohemio y él arrodillado en la sombra de aquel cuerpo alto y extraño.

Se reconciliaron y, ya la noche, sentados sobre el césped, se miraban! La memoria ve-

nia con las notas alegres y los temblores de los primeros encuentros. Se miraban! El primer saludo—El pañuelo blanco de seda flotando de la reja de barras negras y largas y la rosa roja y húmeda de rocío reciente para sus cabellos de oro. El poema cantado con heróico arrebató y las modulaciones del arpa corriendo por el jardín en la noche tranquila—en el aire tranquilo y diáfano con rayos claros de luna—esa ermitaña de seda blanca que va peregrinando y aleja y borra los astros. Los ruidos iban y venían aquí y allá girando en círculos concéntricos que morían allí al rededor de ellos—los ruidos de la noche solitaria. Los hojas se despedían, dándose besos para dormir con quietos murmullos y los pájaros, acurrucados sobre la rama, escondían sus cabecitas debajo de las alas.

Rumores que no tienen palabras, aleteos de zéfiros, crujidos de insectos entre la yerba, sonidos lejanos y sordos, melodías de seres invisibles que vienen y casi no se escuchan y el tic-tac y el tic-tac profundo del corazón muerto de amor en el embeleso supremo.... y se miraban.... Mas léjos el río inmenso y bueno con un reguero de chispas luminosas, como si fueran un pueblo de almas brillantes que se movieran y ondularan hácia la tierra

y á un lado y otro lado los barcos oscuros, inmóviles, sin vida entre las líneas confusas de sus jarcias, mientras las ondas bajitas se aplanan rodando sobre la tosca parda para buscar reposo y vuelven el ojo terreo y el paso fugitivo hácia las compañeras que llegan y traen, para los que se aman, caricias de espumas y los ecos lejanos y moribundos de las leyendas del mar....

*
* *

De la mano caminaban, fascinados por millares de luces, que trepidaban en la lontananza oscura. Iban hácia la ciudad y pasaban por calles rectangulares, flanqueadas de cercos de pitas y moras y de higos de tuna. Ranchos de adobe y techo de paja, las luciérnagas describiendo parábolas de luz, los cuises corriendo en líneas negras y rápidas de cerco á cerco y el ombú corpulento de copa redonda, con raíces gruesas en combas atrevidas á flor de suelo. Espectador solitario, cobija al caballo inmóvil, atado al palenque. Este recibe á los caminantes con sonidos graves, sordos en seguidilla temblorosa—las mismas palabras gratas con que ve en la noche aproximarse á su dueño y que pronuncia, cuando le acaricia el pescuezo

y le palmea el lomo, arrojando al suelo cargas de pasto verde.

— Aquí viven, decía Bohemio, los sobrevivientes que los de allá van arrojando hácia los campos. . . . Tengan cuidado, porque conservan incólumes las tradiciones nativas, escritas y guardadas en las huacas; hablan el idioma futuro y crean el Verbo que arrojarán mas tarde para la civilizacion que los echa. Son génios que encuentran cantos que suenan en la guitarra, en cuyo cavo seno se extremece toda la poesia melancólica de los campos abiertos de las pampas. Cuando ya no tengan idioma, y el artificio haya corrompido la estrofa, entregarán desde las cordilleras poemas ricos de savia, con himnos magestuosos, como los conos y las rotondas, en líneas quebradas en el horizonte, cubierto de nieve.

— Tanta labor, murmuraba Eros, y tantas lágrimas derramadas, para que no les quedara sino el derecho de retirarse cada vez á morir mas lejos.

— No lamente esa suerte, porque las tumbas abiertas en la pampa yerma harán germinar mas tarde las elegías, que los pueblos juveniles escribirán sobre la losa funeraria de estas sociedades fenecidas. Tendrán la dulce armonia y las palabras del idioma de nuestras tribus

primitivas y habrá en las escuelas historias de virjinal poesía y cantos, y poemas, que narren á los venideros la odisea lúgubre de las generaciones envueltas en el ultraje de la conquista. Poco á poco saldrán, río afuera, los vocablos de esta hermosa habla castellana, madre de la imaginacion sombría del Ingenioso Hidalgo,—poeta inmortal con extravíos de genio,—reina que fué de un mundo. Vendrá la naturaleza gigantesca de la comarca, con todos los esplendores y los sonidos de su magnificencia y las ternuras y las cóleras soberbias, á llenar de giros y modismos el lenguaje del espíritu nuevo, en estos pueblos. Madre augusta, tu señorío ha concluido en estas playas!... Sus hijos alguna vez han manchado antaño la blanca vestimenta, y entristecido su rostro pálido, y los nietos de los nietos acompañan, con religiosa piedad, sus desmayos de moribunda con trinos y gorjeos de ruiseñores y llantos y venganzas de vientos quichuas y guaraníes.

Muere la naturaleza y empiezan las vastas hondonadas de los hornos y túmulos—en forma de pirámides truncadas—con troneras, donde se cuece y tuesta y endurece el barro. Las primeras casas de dos piezas y cerco de rojo ladrillo y puertas de pino de una sola hoja, aquí y

allá sin órden, entre áreas de tierra vacia, al lado de las calles cubiertas de un colchon de polvo.

— Estos son, decia Bohemio, los mas virtuosos: salen con el saco al hombro en la madrugada, y trabajan de sol á sol, á construir la ciudad enorme. Las mujeres asean la casa y hacen la comida y lavan en bateas ennegrecidas, flajelando la ropa retorcida contra sus bordes, mientras el agua turbia y azulada de jabon flota, por el empuje del brazo derecho, que se mueve y resbala ríjido en rápidas sacudidas en la faena. Tienen hijos rubios y sonrosados, que corren y saltan:—la cara sucia y jaspeada de líneas cenicientas, detrás de las cuales se mueve y agita la sangre roja;—los brazos y los piés desnudos. Desafían la helada y se mueven intrépidos en los rayos ardientes, —ángeles llenos de vigor, de músculos robustos y con desazones salvajes de creadores de apellidos históricos para el porvenir. . . . A la noche se sienta la familia en el comedor chico, al lado de la mesa de pino; el padre descansa; la madre remienda la ropa y los niños hacen paldotes y leen la cartilla . . . y al rato ponen los antebrazos sobre la mesa y dejan caer los ojos cerrados y la cabeza lángnida y adormecida. . . .

— Cuántas veces, exclamaba Eros, los he visto, de la mano con los hijos, entrar en la iglesia y arrodillarse, y he pensado en esa fría desventura que es la prueba,—la pobreza resignada que tiene plegarias.

— Estos son, replicó Bohemio, los que van á arrojar mas tarde, rio afuera, los apellidos enervados en la riqueza, satisfechos del renombre y de las hazañas de los abuelos,—vidas estériles, extraviadas en la holganza de todas las perezas intelectuales y muertos al fin en el ciénago oscuro ...

Seguian caminando: las casas mas cerca, mas tupidas; las manzanas enteras edificadas. Los casas altas y bajas, altas y bajas, lejos, lejos, en la calle larga, recta é interminable, rebo-cadas y pintadas de todos colores. Líneas severas de arquitectura, como hechas de prisa, con toda la parsimonia sólida y cómoda, sin zarrandajas ni estropajos de oropeles artísticos; chimeneas y una que otra cúpula de templo; árboles en fila á veces, y en el medio el adoquin chato, resbaladizo, con matices negruzcos y brillantes. La ciudad enorme, frenética de vida y de movimiento, cruzada, atropellada y ensordecida por carruajes y carros y bramidos de locomotoras, con columnas largas de humo negro y manso, y el lento vaiven de

sus palancas, el pecho negro, redondo y abierto, en actitud de devorar el camino. En medio de todo ese caos de ruidos, por las calles del damero interminable, líneas negras y apuradas, corriendo por las veredas confundidas, entrando y saliendo en los grupos que ralean y huyen y vuelven y se rehacen y gesticulan y sonrien y pasan rápidos como soldados en marcha. Aquí y allá, voces y diálogos por todas partes; gritos y protestas y conferencias sigilosas:—la ciudad, que en ese momento dormía, plateada en una de las aceras é iluminada por la luz ténue, difusa y débil de la luna que tiene manchas negras que se mueven en su seno, como si fueran fantasmas que no pudieran conciliar el sueño que da reposo. Caminaban despacio por la vereda de la sombra, como sobrecojidos por el silencio de aquel descanso de las multitudes en sus casas. Poco á poco fueron llegando á la gran plaza cuadrada—la pirámide en el centro. En ese momento descendía el astro de la noche á ocultarse; la oscuridad bajaba, y desvanecía los contornos netos de las cosas, y el gas, mas vivo, llenaba de vagas claridades mortecinas el recinto.... Se sentaron en las gradas de mármol de la Catedral: él tenia su sombrero de copa en la mano y ella con el guante lila

recojia sobre sus piés el vestido, que caia en pliegues largos y abandonados. Cerca el uno del otro, replegó su divina cabeza sobre el hombro de Bohemio. Miraban el Cabildo á la derecha, enhiesto é iracundo todavia, en su elocuencia secular de gritos y estremecimientos de pueblos; la casa de los vireyes á la izquierda, y el templo, azotando léjos su cuadrado de sombras y melodias calladas y cantinelas de letanias murmuradas por un coro invisible de sacerdotes allí escondidos. En el fondo, el rio negro, bramando entre las toscas sus canciones eternas, y sobre sus cabezas juveniles el cielo azul profundo, tachonado de estrellas fúljidas y maravillosas. Estaban solos y sin sollozos cayeron dos lágrimas de los ojos de Eros: ¡alma exquisita que has encontrado la forma para saludar tanta gloria! Decia cosas que parecian plegarias en frases patéticas y enternecedoras — en voz baja—como si se contara á sí misma sus amores y sus sueños....

—Oh mi patria, númen de mi inteligencia, cómo siento en el corazon toda la intensa poesia de tus glorias muertas!... Mis hermanos vagan por allí, porque han enriquecido con su sangre tu pecho de mármol, y mis padres, envueltos en la sombra confusa de sus larvas he-

róicas, todavía caminan hácia las cumbres cubiertas de nieve secular!.... Oh sauces, cielo y río, que yo amo y teneis frescuras que mitigan la sed y el calor, protejed las urnas que honran nuestra historia, vientos impetuosos perfumados con las fragancias de los trebolares de la pampa!.... Yo quisiera morir tambien para que mi espíritu acompañara esas sombras adoradas!....

—No, Eros; tú no debes decir la funesta palabra, porque esos que tú ves allí dormir á los cuatro vientos son los trabajadores prodigiosos. Están encargados del porvenir y en el fondo de la fatiga y de la congoja sublime está la esperanza y el empuje sobrehumano de la voluntad colectiva hácia las cosas eternas. Los individuos pueden caer marchitos en todos los derroches, dispersar los átomos de su cuerpo, concebir en la demencia todos los anonadamientos del no ser, pero las síntesis no mueren, porque sus monumentos están levantados sobre poemas de dolor y de sacrificios. Hay muertos que velan desde sus sepulcros desolados la marcha heroica del pueblo y recuerdos de indomable denuedo que lo confortan en la hora triste de sus desmayos. Hay epopeyas que las naciones cantan siempre en la aurora inmortal de su existencia

que tienen versos de granito y sonoridades de bronce. Esas no mueren, porque el tiempo, ese viejo huracán y largo, de carnes enjutas y secas, las va entregando á las generaciones sucesivas con su mano gigantesca....

—Sí, gritó Eros, con la vista extraviada en el espacio, como si viera á su pueblo, cargado de todos los honores, el primero en la marcha triunfal de las muchedumbres hácia el cielo. Sí, repitió, levantando los brazos, porque Dios que sintetiza el alma del universo no muere y la patria que yo amo es la hija predilecta de sus cariños y le ha robado el corazón....

Arrodillados sobre las gradas de la Catedral en la infinita soledad de aquella noche, se abrazaron, como si aquel fuera el último y moribundo adiós. Tenían miedo de estar allí solos, en medio de la sombría magnificencia de aquella plaza, al lado de las columnas amarillentas del templo, altísimas en su enorme circunferencia. Les parecía sentir los ruidos suaves con que suelen moverse las apariciones de las tinieblas, magos con paludamentos de terciopelo negro hasta el suelo y multitud de estrellas brillantes de plata y hadas fantásticas de blanco vestidas y conos lilas en la cabeza. Se acercaban á ellos con negros crespones en la cara

y estendian los brazos para separarlos y tenían crujidos secos y sordos castañeteos en sus movimientos rítmicos y felinos. Son los dioses de la noche, que vagan siempre, y cuidan aquellas memorias inmaculadas, y alejan el pié profano....

Eros, pálida y fria, y Bohemio sosteniendo su delgada cintura, sintieron poco á poco alejarse los rumores del rio y perderse las líneas de la casa de los Vireyes y transformarse en una nube oscura la iglesia y el rectángulo del Cabildo. Entraron en el claro-oscuro de las calles interminables, entre las casas altas y bajas, altas y bajas, lejos, lejos, y llegaron á las afueras entre la brisa perfumada y fresca.... Eros caminaba despacio, con su cuerpo doblado y su cabeza caída sobre el hombro de Bohemio, cada vez mas pesada ... y fué haciendo mas lentos y cortos los pasos.... hasta que se detuvo y se quedó dormida.... Bohemio la cargó suavemente, con la religion de amor, como se hace con los niños que se adoran.... y los brazos de Eros cayeron blandos y sin vida á lo largo de su dorso, y sus cabellos de oro sueltos flotaban en mansas ondulaciones, y su rostro pálido se movia en el andar de Bohemio, como en una cuna apacible.... mientras pasaban al lado de cercos de

moras y de higos de tunas y se oía ladridos lejanos de perros y los ecos armoniosos y puros de las cántigas vascongadas. Llegó á la casa de Eros, y en el comedor, sobre el sofá tapizado de crin negra, la acostó....en las primeras claridades de la aurora, que entraban por las ventanas abiertas, al lado de su arpa....Dormía la delicada criatura, frágil y amable, con tanta paz angelical en toda su persona, y con tan dulce y divino abandono que Bohemio se arrodilló, para velar su sueño en silencio, y los pájaros llenaron de arrullos la celestial vivienda ...

Pallida Mors!....

Despertó tarde en el silencio del sol del mediodía y miró. Bohemio, de rodillas, había dejado caer su cabeza, las manos entrelazadas, colgando: él también dormía, pero inquieto como si escuchara en su sueño voces de zozobras lejanas. Se acercó sin hacer rumor y le

besó el cabello. Era su persona serena y blanca, la cara con luz en la mejilla, los rayos de oro del sol en el cabello largo y lacio.... Apoyada largo rato la mano en el respaldo del sofá, contemplaba el corazón generoso é intrépido de Bohemio y su imaginación sombría y enfermiza. Tuvo miedo de los desmayos que agitan y deprimen los grandes espíritus, en la soledad tenebrosa del alma atormentada en el desierto del mundo, para más tarde, cuando ella ya no fuera sino un recuerdo doloroso de amor vagando por la casa. A esa hora, la hora de la siesta, la calle arde y las casas se llenan de oscuridades y de silencio; las cigarras cantan su atropellada y barullera canción; los pájaros pian sin gorjeos debajo de las hojas, la lagartija sale al camino moviendo aquí y allá su verde cabeza, mientras las moscas se guarecen en los rincones y desde allí zumban é invitan al reposo con los murmullos de sus alitas transparentes que se chocan ... Cerró Eros las ventanas y las celosías y, sentada al lado de su arpa, movía la efigie celestial y triste y su mano fué deslizándose sobre las cuerdas amarillas ...

Sonaban las notas en las medias tintas de los cuartos tranquilos llevando, en trinos, arpejos y rítmicas cadencias, aires de melancólica dul-

zura, como si fueran cantando amores de pájaros, susurros de plegarias y tristezas de los tiempos viejos. Había en la música sonoridades heróicas y vagaban entre sus cuerdas figuras gloriosas, llevando ramos de encina en triunfo; y diálogos ingénuos y deliciosos, como si los dijeran esos niños que se sientan de noche en el cordón de la vereda, atónitos en el espectáculo prodigioso de los astros.... Recordaba Eros de los padres muertos: los viejos guerreros, durmiendo en el sepulcro, al lado de sus espadas de honor, y los días juveniles de la madres, sentadas en su dormitorio, haciendo hilas de un trapo blanco y poniéndolas como montoncitos de nieve sobre papel de seda. La veía asomarse al balcón, á espiar los tañidos de los clarines de la calle, y caminar por los cuartos, el oído atento para ver si llegaba.... Las madres les enseñaban á rezar y los hermanos repetían todas las noches la plegaria.... Ave María, llena de gracia.... protege la vida de los que van á morir por la patria, la vida de nuestro padre, y devuélvelo á nosotros!.... La casa está triste, porque falta el ángel que la defiende, y aquí están, si es necesario, nuestras vidas, para ti, en holocausto.... Ave María, llena de gracia, el Señor es contigo.... Tú que das á la ratona una tapera derruida

con un zarzal de moras para cobijar sus nidos, ofrece á nuestro padre un techo entre las nieves para que tenga calor en su reposo.... Piense que estamos buenos y le esperamos y todos los dias besamos su retrato.... Tenga alegrías en el corazon, y esperanzas, y si mueres ¡oh padre! sombra bendecida, fantasma de inconsolable amor, de rodillas temblarán tus hijos sobre el sepulcro y seguirán tus huellas.... Ave María, llena de gracia, bendita tú eres.... Despues se apagaba poco á poco el sonido, como si cesaran los ruidos de la casa y las madres acostaban los niños á dormir, y habia roces leves de frazadas que caian sobre sus cuerpos en las noches de invierno é ímpetus de amor y abrazos y besos. Y ellas volvian despues á sacar con el índice y el pulgar las hilas finas y blancas para hacer montoncitos sobre papel de seda, mientras la vela de sebo iluminaba débilmente el dormitorio y la lechuza graznaba acurrucada en el techo la siniestra profecía. En ciertos momentos la música adquiria un movimiento solemne; ya no eran cuadros ni recuerdos, sino como pueblos de sacerdotes en marcha que arrojaran los problemas del porvenir para la razon serena, que tiene las intuiciones y las clarovidencias atrevidas para con-

cluir muriendo la melodía en un giro afectuoso de amor.

Allí, en esas últimas notas, estaba escrito el gran poema que iba á terminar.... Con los brazos caídos, como si quisiera completar todas aquellas cosas indefinidas, Eros murmuraba: ¡Dios mío! ¿por qué cuando uno muere no muere solo y deja gérmenes letales que van bebiendo los que están cerca en las angustias del dolor? ... ¿por qué lloran cuando uno se va, si es tan lindo irse á vivir á una casa mejor?....

El oyó las últimas palabras y, levantándose dijo:

—Yo he sido por tí redimido y quiero que vivas....

—Los redentores mueren siempre, contestó ella. Se adelantan á los tiempos, crean el futuro y la muchedumbre vulgar extraña y acomete los nuevos propósitos y los lapida.

—No importa: tú eres la belleza suprema, yo te siento inmortal en mi corazón....

—No sabes: yo tengo el alma de la Eros griega: visito un momento el espíritu del hombre en las horas juveniles y me voy para volver, como las estaciones, y llenar otra vez el corazón de sus hijos de los esplendores de la pasión, y mientras haya criaturas desvane-

cidas en el ensueño de amor delicioso y profundo,—por los siglos,—yo estaré.

—No: tú no moriras, dijo Bohemio con voz ronca.

—Y los hijos, continuaba ella dulce y fría, dejan siquiera morir en paz á los que son como los ángeles, delicados y amables.

Esa voz ronca, ese nudo de la garganta, esa carraspera que arañaba el pecho hondo de Bohemio, estalló... fueron las notas de las soledades lúgubres del naufragio y los silencios de las cosas muertas despues de la batalla... estalló en sollozos, en sacudidas formidables, en ayes y quejidos lastimeros y prolongados, que resonaban en el recinto con tropeles de tempestad y redobles secos y sordos de cajas que marchan á la funerala... Eran los gritos de la entereza varonil quebrada, sus cóleras hechas pedazos y su soberbia.... Ella iba á morir,—aquel único y espléndido amor, aquella divina Eros, que habia inspirado todos sus cantos y que llenó un momento su casa de anacoreta con todas las efflorescencias y las esperanzas de la vida... El volverá á su covacha como un perro sarnoso que se queda solo y huye y se agrupa en el rincon, hasta que ya no fuera sino una huesa, con un monton de trapos corroidos y larvas quebradizas y

redondas y negras, y millares de gusanos muertos... Al fin el hacha de la leñadora siniestra, que tiene las órbitas excavadas y blancas y el cráneo desnudo, iba á derribar la encina vigorosa...

—Yo he sido cruel contigo, empezó Eros, yo no he debido decirte las cosas que lastiman el espíritu...

El movió la cabeza sin hablar y sin llorar.

—Tú eres bueno, has sostenido mi orfandad, has defendido mi inocencia y mi candor. Yo te amo y me inclino en tu presencia, generoso caballero; abre tus brazos, porque ya siento que el corazón se va en el último desmayo. . .

El movió la cabeza sin hablar y sin llorar.

—De todas maneras, yo no lo deseo.... pero está escrito.... mi cuerpo tiene la urdimbre del cristal frágil y no resiste el ímpetu de la pasión; sus fragmentos se van....

—Se van, murmuró Bohemio, con el ojo helado y resuelto....

—Yo quisiera morir aquí, sostenida mi cintura por tu brazo robusto, teniendo mi cabelleira por almohada, para que tú me cierres los ojos....

—Puedes morir, yo te llevaré conmigo.

—Allí en la selva, al lado de los cedros, que

han visto la inocencia de mis juegos infantiles, de donde asomaba mi cabeza en la mañana para ver tu casa.

—Puedes morir....

—Donde por primera vez contemplamos la misma estrella brillante y nuestras almas se abrazaron en el eter sutil y tranquilo....

—Puedes morir, yo te llevaré conmigo....

—Al pié del cedro, cava mi sepulcro, Bohemio, debajo de esas violetas, porque yo quiero que los pájaros acompañen mi sueño eterno con sus cantos y las gotas de oro del sol rodeen como una guirnalda mi frente pálida de muerta....

—Nunca, contestó él, la mano estendida y el dorso arriba, nunca. Mal de tu grado, yo te llevaré léjos, cuando tu cuerpo ya no sea sino una filigrana, atravesada sobre la cruz de mi caballo alazan, inclinado adelante, á media rienda, muy léjos donde el sol deslumbrador se pone y deja puntos negros en los ojos que se ven por todas partes....

—Yo tendré miedo de esa infinita y dilatada soledad de las pampas...entiérrame aquí donde han muerto mis padres.

—No! Eros! Allí tambien hay pájaros que caminan agachados entre la lujuriosa vegetacion rastrera y vuelan de mata en mata

y águilas soberbias en la altura y cóndores que se paran en la roca negra en el horizonte á mirar...y pastizales llenos de perfumes, y jardines de flores silvestres y bosques altísimos de paja y de cortaderas y primaveras que hacen estallar el prodigio de la vida agreste en la inmensa sábana verde, que termina en la línea neta del cielo azul que se derrumba á pique....porque la casa de tus padres va á desaparecer ardiendo, agregó Bohemio con ademan sombrío....Allá léjos hay estensos cañadones donde crecen los juncales que tienen pájaros negros que se columpian en la punta, donde hay penumbras apacibles, zonas tiernas de pasto y deliciosas frescuras. De allí veremos asomarse en grupos los guanacos que miran con ojos grandes y curiosos.

—Dios mio, interrumpió Eros, allí estaremos los dos entonces en el silencio de aquella gran tristeza, en la calma imperturbable de los campos yermos....Si tú quieres así sea!....

Bohemio sintió una onda de ternura derramarse en lágrimas por sus mejillas y, mirándola en los ojos, y sacudiendo la soberbia y renegrida cabeza, habló las frases enternecedoras de todas las alegrías: dulce piedad mia,

gratitud de mi corazon, tú vienes y me acompañas lejos de estos sitios de dolor....

—Yo soy tuya en la vida y en la muerte; háblame....

Cerca de la ventana abierta se abrazaron en el Sol moribundo, mientras Eros le repite al oído: háblame, porque quiero oír tu voz hasta morir.

—Allá léjos, susurraba Bohemio, hay sábanas que terminan en el horizonte, blancas y gruesas de nieve en las madrugadas serenas de invierno, y lagunas cristalinas, cruzadas por el lento nadar de los patos y aves de todos colores que descansan en bandadas en las orillas, en la hora de la siesta ardiente. mientras los teros, centinelas aviesos del desierto, chillan, saltan levantando las alas y la naturaleza duerme como muerta en la profunda quietud de los rayos de luz..... Hay tardes en que el Sol cae chisporroteando luz y colores de ópalo y la meditacion divaga en todos los fantaseos del recuerdo, viendo al glorioso vagabundo que se va hundiendo detrás del confin de la pampa verde.

—Oh! los panoramas estupendos! balbucea Eros, casi desmayada entre sus brazos, cómo me alegro haber vivido ...yo llevaré en mi corazon estas estrofas...pronto, Bohemio, dime, dime todas las cosas.

—A esa hora se ven pasar en líneas oblicuas aves negras ; la pampa se estremece, el tigre sale bramando del pajonal con écos funerarios y las crestas de los pastos tiemblan en la suave ondulacion de la brisa. Una estrella que asoma y se va, otra y otra, aquí, allá, por todas partes, como si fueran nimbos de luz que se hicieran pedazos en el espacio y la sombra arriba, y mas arriba estendiéndose en enormes círculos, señora por fin de aquel mundo inconmensurable, clareado con penumbras de astros lejanos en el cielo oscuro con raudos pasar de meteoros en surcos luminosos y rápidos de arriba abajo.... Oh! almas en pena, peregrinas de la noche solitaria, que tendeis el vuelo, buscando caricias y amores, yo tambien busco para esta dulce piedad de mi alma un rincon delicioso en la comarca!...

Hay en la noche fulgores rojos de incendio en el horizonte, chatos y anchos, y llamaradas veloces en desenfrenada carrera, que traen en su seno todos los rugidos del huracan que se acerca. Hay chasquidos y choques de pajarracos ciclópeos que se atropellan en la huanareda densa y renegrida en remolinos despavoridos y tropeles y pataleos formidables de animales que cruzan como espectros la lúgubre hoguera abierta. Hay huidas de leones que se arrastran

y sangran en la furia desesperada y loca, y el bagual en el centro, dominando la escena de terror, síntesis de todas las energías libres y salvajes, azotando en la hornaza el cuerpo bellaco, el pescuezo entre las manos, las crines de luz al viento, llenas de frenesíes en fuga, el ojo torvo abovedado y frío de piedra. Ni un solo hombre en la pampa, y mientras en las gargantas de las cordilleras suena el casco del potro del indio que se va, yo llego al paso de mi caballo alazan con mi cariño en la cruz, para enterrarlo en el limo de los juncales sombríos y frescos, en medio del espectáculo de toda esta infinita grandeza superada solamente por la divina criatura en la solemne y tranquila sublimidad de la muerte. Así sea!!

Entonces entraron por la ventana á millares y cayeron las hojas secas y amarillas y las flores desprendidas de sus gajos y Eros transfigurada, sombrío fantasma,—estática en el cielo y en el sol,—cayó de sus brazos para acostarse y morir sobre el sepulcro marchito. Bohemio la vistió con su traje blanco de raso con festones de azahares y zapatitos con hebillas de plata, envuelto el cuerpo rígido—largo á largo—en el tul transparente de las novias. Dormía . . . Su almohada fueron las ondas voluminosas de su cabellera rubia, y las hebras de

oro del sol rodearon como una diadema su frente pálida de muerta.

* * *

Así Eros ha muerto, como los pétalos de la rosa que tiene color de esmalte y caen en la mañana sobre la tierra negra y húmeda, con puntos cenicientos y marchitos y grietas á lo largo.... ¡Oh! no busques sus aromas, alegre peregrino, que pides á las flores deleites, color y fragancia; ya se han ido corriendo con la brisa lejos á dar vida y esencia al seno de esmalte de otros pétalos! Así Eros ha muerto como la paloma moribunda que ha caído con las alas estendidas al patio de su nido de amores, la paloma que tiene ojos negros y tristes.... ¡Oh niño! que has construido tu palomar de madera con cuatro pequeños cuartos y entradas en semicírculo, no llores su muerte.... ya se ha ido su alma volando blanca como el armiño en busca de otros senos tibios.... Así Eros—como la onda de luz que da color al prado y se va, y los arpegios armoniosos que suscitan los ecos gemebundos y se dispersan lejos hácia el horizonte, así Eros iluminó un instante la casa de Bohemio y trasmigró átomo por átomo hácia las estrellas.

Pero ella vuelve siempre porque es inmortal y entra en la última noche de la novia azorada con su cuerpo alto y extraño de alabastro y coloca blondas y azahares al traje blanco y largo de raso, abandonado sobre el sofá.... Blanca mariposa cansada temprano de volar en el prado, ha dejado su color sobre flores y yerbas antes de acostar su cuerpo pálido y morir....

¡Niñas que teneis veinte años, llenas de gentileza y que salís en la primavera del sol porque estais de novias, con sombreros de paja blanca, de alas caidas y apretadas contra la mejilla por el barbijo de terciopelo negro! Eros ha muerto, que es la síntesis sublime del mundo de amor que ilumina vuestro semblante y el ensueño que agita á todas horas el mar incierto y misterioso de la nueva vida que os espera. Eros va cantando sobre la tierra, la ternura inefable de las flores secas y de los relicarios regalados y guardados en los roperos, y repite todavia con párrafos inmortales las modulaciones de la palabra, que tiembla de amor.... Han venido las niñas que yo he llamado con lágrimas en los ojos y alegrías suavísimas y piadosas; se arrodillan sobre su sepulcro, trayendo flores en homenaje.... Le cuentan los martirios del alma enamorada, hechos de recuerdos y de es-

peranzas y algunas, con el rostro mústio, las torturas de la pasión no correspondida con las perspectivas sombrías de la muerte. . . . Por qué habrá algunas veces urnas de púrpura jaspeadas de puntos blancos, donde yacen las cenizas prematuras y por qué terminan así en el lúgubre ritornelo del sepulcro los cariñosos poemas?

Bohemio incendió la casa de Eros Paradisiaca. Vióse en la noche fulgurar dentro del comedor un hachón de fuego con brillazones amarillas que arrojaba relámpagos á la calle y pasó volando. Al rato olor á humo como el que traen lejanas quemazones y otra vez rápido el reguero de chispas y llamas que iluminó las cuerdas del arpa y en la calle fueron reventando chorros de fuego y zonas de tinieblas á medida que el hachón iba corriendo á saltos, furioso, de cuarto en cuarto, llevado por él con ojos terribles y alborotado y negro cabello. En seguida salió corriendo el enorme mechero de fuego echando atrás horizontales las greñas amarillas y Bohemio con el rostro pavoroso atravesó en fuga la calle. Llevaba el cuerpo muerto de Eros con su vestido blanco y largo de cola, mientras la cabeza llena de esplendor se bamboleaba en la carrera y el cabello barria adelante el suelo. Bohemio ha-

bia hecho un arco con su brazo izquierdo y la sostenía de la cintura mientras caían aquí y allá flores de azahares que saltaban en el camino. Entró á su casa y otra vez rompieron de las ventanas y puertas haces luminosos y rapidísimos y se veían cuadros y estatuas y libros centellear en la luz y pasar... tinieblas y fuego atrás, atrás hasta el fondo en que se alzaba todavía la tea en la mano satánica de Bohemio, mientras una columna de humo negro salía de cada mansión en globos densos y sucesivos, empinándose de las chimeneas, azotándose afuera de la puerta y detrás de los vidrios, entre los tupidos y oscuros cortinajes se veían las llamas rojizas confundidas con las sombras revolverse en nubarrones de tormenta. Al rato se dispersó el humo y el fuego dentro de las casas en lenguas agitadas, víboras, penachos y conos serpeando, lamiendo, volando incineraba cortinas y cuadros con llamaradas ligeras y acometía los muebles que desaparecían castañeteando en la hoguera de infierno. Crujían las puertas, rechinaban las ventanas y los vidrios hechos añicos y había chirridos y retumbamientos de objetos que caían y ruidos de fracturas colosales y desesperaciones de llamaradas atropellando anhelantes el espacio abierto, y conglomerados de chispas desatadas de la hornaza volando á to-

dos los vientos con rabias satánicas de destrucción y de muerte. Había torrentes de fuego con reverberaciones prodijiosas reventando por todas las junturas y los agujeros de los edificios, echando la deslumbrante luminaria hasta el horizonte rojizo y en la enorme claridad difusa las casas y los árboles destacaban sus figuras con contornos de estereotipia. Había de cuando en cuando exasperaciones lúgubres del incendio, temblando la atmósfera en el horror aquel y estampidos y sordos reboatos y las llamas presas de todas las locuras del furor habían transformado las mansiones en dos orbes de fuego.... Y se vieron los techos levantarse y caer, levantarse y caer como sacudidos por un ciclón lleno de alaridos y las paredes con anchas grietas tenían todas las bruscas oscilaciones de un péndulo maldito, hasta que se hizo un rimbombo fragoroso y prolongado y los techos se derrumbaron sonando y saltando por el pavimento. El incendio achatado huyó y se produjo en rededor una espantosa negrura de sepulcro. Una humareda densa y acre se extendió en círculos en el ambiente y las llamas poco á poco empezaron á filtrar culebreando á través del escombro, un maremagnum de tirantes destrozados y chapas de zinc, brotando

cenizas, carbones y fuego. Eran las mismas lenguas, conos y penachos, que reiniciaban el incendio, mientras las paredes resquebrajadas con hundimientos y combas ennegrecidas sostenian fragmentos de tirantes como muñones escarlatas y en medio de la zambra salvaje de ruidos se oia de cuando en cuando el relinchar agudo del alazan que se movia despacio hácia la pampa. Bohemio lo montaba, aperado como en los grandes dias, llevando el cadáver de Eros Paradisiaca atravesado en la cruz y en las últimas luces del incendio fueron desapareciendo poco á poco la línea blanca de su traje de raso, la celestial efigie mirando al cielo y la onda voluminosa de su cabellera rubia, que pasaba deslizándose en silencio, rozando los pastos.

Allá en el horizonte, Bohemio dió vuelta, levantando la mano, como si ese fuera el dulcísimo y último adios á ese nido desaparecido de sus idilios de amor.

Epopeya!

Habia pasado Bohemio á través de la planicie solitaria, mirando á lo léjos alzarse con turbiones de tierra el tropel de los bagnaes y

levantarse manadas del avestruz zancudo y precipitarse huyendo las gamas, y el cuerpo muerto de Eros Paradisiaca descansó mas de una vez al lado de las frescuras de la cristalina laguna. Ya se habian perdido los matorrales del pastizal exhuberante y las arenas desiertas y movedizas aplanaban la superficie blanca y ardiente en las reverberaciones de los rayos de luz. Entró en las auroras esplendentes y corrió debajo del incendio del sol en la siesta reseca y las oscuridades de la noche infinita de las Pampas acompañaban la tenebrosa silueta del alazan . . . Llegó al fin á las selvas vírgenes de caldenes altísimos, que arrojan sobre la verde alfombra las sombras eternas, y ocultan los amores de familias innumerables de pájaros y resuenan en la lóbrega lontananza del brutal epitalamio de los leones. Poco á poco los átomos del cuerpo divino de Eros se fueron desvaneciendo y se hizo toda ella una transparente filigrana de oro, donde los ruidos de las interminables soledades y los murmullos del enmarañado bosque, trepitante todo y sombrío en el tripudio estival se trocaban en acordes y ritmos y melodías prolongadas y lastimeras, que sonaban narrando la leyenda épica de la lucha secular y bárbara . . . Estallaban alaridos salvajes y el leja-

no rimbombo de los corceles en la fúria de la carrera, sacudiendo con saltos de terremoto la entraña de la tierra . . . Eran las invasiones, era el rugido de la matanza que llevaba en su seno estrépitos de incendio y bramidos de tormentas, de esas que desgajan y asolan la naturaleza y la noche, volteando con todo el cielo negro y vertiginoso, arrojada como tapa de sepulcro sobre los ranchos despavoridos y mujeres en fuga, arrastradas de las greñas hasta la cruz del potro galopante precipitadamente. Y brillar de lanzas con récios y rápidos chispazos homicidas, mientras la llamada cunde y abrasa las habitaciones maltrechas y las moharras fulguran rojas de sangre y la verde campiña se transforma en una abigarrada mezcla de yerbas arrancadas y negra polvareda. Despues redoblan las cajas, broncan los cañones, se parte el aire de chasquidos y latigazos, el pst, pst, pst de la fusilería y mas léjos resuenan en el ambiente los relinchos y el mugir largo, angustioso é interminable de la hacienda polícroma en marcha hácia la cordillera . . .

—Cuántas veces, dijo Bohemio, esos mismos defendieron en lo mas abrupto de las gargantas la integridad del territorio, esos que han sembrado la Pampa, trecho á trecho, de sus

huesos blancos....Quién ha tenido la culpa de la desaparicion horrenda de esa temeraria raza de bravos?

—Ustedes, contestó una voz detrás de él y vió Bohemio un indio de gallarda persona y color cobrizo, que se arrastraba serpeando entre los caldenes.

—Quién eres tú? Qué haces? Eres acaso el genio que guarda las divinidades de la selva?

—Yo soy Pincencurá, rey moribundo de las Pampas, alma heroica é indomable de todas las resistencias.

—Y esas cicatrices que te cruzan como líneas de nácar el rostro y el pecho generoso?

—En los báratros de la montaña, repuso el indio, eran las batallas de sangre para defender los pasos y cuidar vuestras casás y familias. Los enemigos caian de los senderos á despedazarse en los conos agudos de las rocas y las heridas que nos abrian en el combate, las endulzaba el rocío de la noche y las secaba el sol de la tierra natal victoriosa. Pero estas otras que tú ves aquí y que todavia destilan sangre, son las que nos infieren los hermanos y esas no se cicatrizan nunca.

Del otro lado de las cordilleras estan todavia las tribus, cuyos hijos rodaron mas de una vez en las derrotas de muerte y ellos saben que

ya no suena el casco del bridón, y no llega blandiendo la lanza de guerra el indio argentino. Han podido, cristianos, distribuir á lo largo un pueblo de guerreros, como baluarte heroico é invencible y prefirieron dejar un reguero de muertos y no es así cómo se defienden y se hacen inmortales las comarcas.

—Y las invasiones, gritó Bohemio, y el criminal depredar de ustedes y las lágrimas del cautiverio hasta la muerte.

—No contesto eso, replicó el indio. Han debido enseñarnos, con el ejemplo, que es arma cobarde la represalia.... pero han sido lógicos: han llevado á la conquista las mismas ideas de destruccion de hace cuatro siglos, han pasado arrasando y sepultando todo bajo los escombros y la yerba estropeada y hundida en el piso por el rodar de los cañones—esa que despues que pasan se irgue un poco para mirar el cielo y morir—ya no ha resurgido en las praderas dilatadas, como nose han desplegado al sol las maravillas de las civilizaciones fenecidas. Han podido educar: darnos el corazon de hierro de vuestra raza y nosotros enriqueceros la sangre con la pureza de los vientos de la montaña y la inteligencia de los virginales cánticos de nuestro idioma incontaminado.

Han preferido matar; eso era mas fácil
Así sea.

—Indio, interrumpió Bohemio, no te consintiera yo el sarcasmo para las glorias inmaculadas de mi pueblo, á no ser tu miserable condicion y la reverencia por estos despojos piadosos.

—Ya lo sé: puedes continuar la obra de tus antepasados, porque yo soy el vencido moribundo, continuó el indio, sacudiendo la melena rígida como sus dardos Pero cuando yo velaba armado y corria en la noche á través de las crestas de las montañas en la salvaje y robusta libertad, no se sentian, como ahora, voces y no había ronquidos extranjeros sonando en nuestros valles.

—Tú insultas, Pincen, con lengua malvada y blasfema.

—Nó. Yo afirmo. Mientras ustedes viven en las ciudades y en los campos, en los sordos temblores de la conspiracion y desgarran la gloriosa vestimenta de la gran patria, mientras se saturan de oro y de molicie, ellos con el cuerpo estirado, aferrados de roca, en roca, van trepando la altura y yo he oido ruido de cadenas largas que ellos llevan corriendo, al hombro, inclinados adelante para medir nuestro

territorio, las mismas con que piensan mañana comprimir vuestras muñecas.

—Tú has visto eso, rugió Bohemio, levantando la daga brillante al cielo y mesándose con la izquierda el renegrado cabello y la mirada torva.

—Yo lo afirmo. No se miente cuando la muerte extiende sus dedos largos de hueso y nos araña el pecho hondo. He oído chirridos y chisporroteos de fraguas y martilleos agudos y récios de esos que trastornan el cráneo, preparando las armas de la guerra y agazapado como el cóndor detrás de los picachos; he visto las hileras de los batallones renegrados, entrando en el silencio esquivo de los desfiladeros.

—Tú has visto eso y no has muerto en la pelea, rey degenerado de las pampas?

—Antes mas de una vez, contestó el indio entristecido, cruces con ellos hice y la lanza larga que les pasaba el pecho y levantados tan alto en el feroz cimbronazo en la carrera, los aventaba en el vano sangriento de los precipicios y los veía caer brincando con los borbotones del torrente espumoso hasta el abismo, hechos pedazos en las breñas 'y desprendidos sus miembros....Pero ahora...y le saltaba al indio la voz sollozante dentro de la gargan-

ta: cómo quieres que busque la pelea con este mi cuerpo envejecido que lánguidamente arrastro y con este brazo que ya tiene los adormecimientos de la muerte? Allí está mi lanza, mírala.... la vieja lanza gloriosa del rey moribundo, compañera de las hazañas temerarias! Está apoyada en la bifurcacion de ese calden secular y echa hácia nosotros la punta aguda y oscura, como si esperase que otra vez la agitara la mano del guerrero indomable. Ha perdido el brillo que arrojaba chispazos en el combate y tiene el color de la herrumbre rojiza, como si en la estupefaccion del abandono reflejara todavia destellos de sangre. Pobre mi lanza! compañera intrépida de los varoniles años, alma del indio nómada y libre! Tus hermanos de acá arrojaron súbretu renombre la sordomudez de los esclavos...ese es tu galardón, oh exterminio del extranjero que entraba violando la santidad inmaculada del territorio! Has llegado cansada del ciclo de los inmortales heroismos y has buscado como tu dueño para desaparecer la maraña salvaje de estos caldenes. Tu sepulcro y el mio están mas adentro, allá en el fondo mas oscuro de la selva, donde las ramas de la arboleda se trenzan con los zarzales y las enredaderas que surgen del suelo, y donde no se oyen sino

los zumbidos de las águilas en bandadas. A paso lento llevaré allí mi cuerpo para morir contigo, mi vieja lanza de guerra! para que los leones acompañen con sus ruidos la marcha de los átomos hácia la eternidad y no sientan nuestras larvas nunca, el paso de huestes extranjeras!

Bohemio sintió adentro toda la sinfonía dolorosa de aquellas palabras y se desplegaron ante sus ojos negros los cantos de la inmortal epopeya. Pensó en aquella alma excelsa de filósofo y de profeta, herida en la entraña de sus cariños por el hierro de los hermanos y lo vió toda su vida vagar así mismo por las estrechas y pedregosas calles, encorvado aquí y allá por todas partes con garra y saltos de pantera y fulminaciones de venganzas. Inclino la frente, tendiendo al indio la mano amiga y sintió que su respirar le sacudia la mejilla y vió en sus pupilas dilatadas el reflejo tenebroso del bosque sombrío.

—Si te he ofendido con la verdad,—empezó lentamente el indio,—estrechando la mano delicada de Bohemio, sírvame de excusa el amor á la tierra natal.

—Yo te ofrezco mi amistad, rey glorioso de las pampas, porque tu vida ha sido una áspera

y larga odisea. Así encuentres bálsamo que mitigue el dolor de tus heridas.

—Uno solamente, cristiano!

Escucha esta última revelación. Yo me deslicé muchas veces en la noche con resbalar de culebra entre los desfiladeros, irguiéndome por encima de las rocas, y escondido en los valles rumorosos al lado del torrente y los he visto correrse al norte con misterioso sigilo para hacer á tu pueblo el cinturón de hierro.

—Qué es eso? indio, dijo Bohemio dando un paso adelante.

—Tú no sabes entonces? Hay muchos que acechan hace tiempo la maravillosa y enriquecida comarca.

—Otros todavía?

—Sí ... y ellos han pactado vuestro exterminio en tenebrosos conciliábulos y mandan para esos otros bayonetas y cañones.

Ese es el cinturón de hierro..... y ya han descendido de la falda de la montaña á nuestros valles y á la llanura, y apacentan rebaños hasta que suene la hora propicia y los pastores se truequen en guerreros feroces....

—Y dónde están? rugió Bohemio.

—Al Sud! Al Sud! por donde entraban antes, indicó el indio y es necesario que sur-

jan fortalezas defendiendo esos pasos y se aglomeran allí soldados y vituallas y se abren rápidos caminos... y si tú vuelves, cristiano! lleva el adiós supremo del indio para aquel pueblo grande por la nativa índole hidalga, incanto á veces en el prodigio de sus generosos ímpetus. Adiós á mis montañas, cuyo dilatado manto de sombras cobija los amores y los nidos de los cóndores y á los torrentes que bajan saturados de las fragancias de sus primaveras y á las pampas bulliciosas en otros tiempos de las tolderías donde descansaban las tribus heróicas!

Los dos se abrazaron en aquel silencio, mientras la filigrana de oro, cubierta del ropaje de raso blanco, los miraba ríjida sobre la maleza rastrera.

Pincencurá levantó su vieja lanza de guerra y con el brazo derecho en arco sostenía los piés calzados con zapatos con hebillas de plata, mientras Bohemio había hecho con sus dos palmas un suavísimo almohadon, que sostenía el dorso de la divina Eros, inclinada la cabeza á un lado y la flotante y sedosa cabellera. Marcharon así un gran rato entre las penumbras, debajo del palio acariciante formado por ramas y hojas en tupidas enredaderas de largos festones y se oían los pasos repeti-

dos por los écos de la selva y el chirriar de las águilas y el bramido lejano y rumoroso de los leones. Llegaron al fresco juncal, en lo mas hondo del boscaje, debajo de la oscuridad cavernosa, producida por las enmarañadas y tupidas copas de la arboleda opulenta y cavaron la huesa larga, sobre la cual se inclinan los tallos verdes y flexibles, al lado de un hilo de agua traslúcida, serpentina en su faja de plata y sonante el eterno y delicioso murmurio. La dejaron poco á poco resbalar hasta el fondo al lado de la lanza de guerra acostada en la huesa y del limo negro y húmedo la cubrieron largo á largo. . . . Y los nietos encontraron despues hecho de piedra el cadáver arrodillado del rey de las pampas, velando aquella síntesis de los amores juveniles, todavia intacta y pura la filigrana de oro en la dulce resignacion de la muerte.

Salió de la selva Bohemio y fué llegando á los primeros contrafuertes, allí donde el suelo áspero y sobresaltado se echa á lo lejos en ondulaciones, que se esconden y se levantan cada vez mas, hasta la cumbre que ostenta su dorso blanco con su abollonada corona de cúmulos. Pasó por los senderos hirsutos de rocas, al borde del hondo y siniestro despeñadero, paso á paso, montado sobre su caballo ala-

zan. Este marchaba sentando con violencia el férreo casco, la cabeza erguida, y las crines tostadas que temblaban hácia atrás en el vendabal de las cordilleras, y resonaban en las lejanas hondonadas de los valles los relinchos salvajes. A medida que iba ascendiendo, saltaban al sol nuevos picos y conos y enormes bocas de cráteres extinguidos y fragmentos de gigantes monolitos, y mas lejos la enorme sábana blanca de las nieves eternas en curvas abiertas, en ángulos y en zonas dilatadas con proyecciones de bordes y aristas pendientes atrevidas sobre el abismo, y pirámides y montículos hasta el horizonte chato.

Empezó á distinguir largas humaredas, que se empinaban dispersando en la punta el ceniciento plumero, y chimeneas, que surgian de cabañas, en grupos de caseríos aquí y allá, cada vez mas altos en la falda inhospitalaria. Sentía tañidos agudos y acompasados de martillazos sobre enormes yunques, y veía aparecer, de cuando en cuando líneas fulgurantes de bayonetas y rodar estrepitoso y sordo el fuste negro y redondo de los cañones. Sentía estampidos subterráneos que hacian ondular el piso, como sacudidos por leviatanes escondidos, y fracturada la montaña en insondables rajadas, reventaba al cielo humo, polvos y pe-

ñascos. Y veía un pueblo de gente enjuta y reacia, acumulando piedra sobre piedra, construir torreones y fortalezas en apurada tarea, oyendo el grito ronco de los centinelas rodar hasta las últimas gargantas con los negros crespones de la noche silenciosa.

Bohemio tuvo en el corazón todos los impulsos del odio torvo, y la imagen del rey moribundo, terrible vagando por las laderas como inconsolable fantasma, lo azotaba en las cavilaciones frías de las venganzas de sangre. De repente el alazan dió un salto y dilató las narices sonantes como alaridos y atropelló adelante, contorciendo todo su cuerpo como azuzado por las visiones bellacas de la matanza, y media vara de sus hijares magullados y humeantes de sangre, iban saltando con él rapidísimo por las rocas en la tormenta de la carrera.

—Qué haceis en esa comarca? rujió Bohemio.

—Qué te importa? marchamos con el siglo; somos los conquistadores: estamos aquí por el derecho de la fuerza.

—Ya se acabó esa lógica; los territorios no se violan, porque son las grandes tiendas donde se agrupan y se cobijan los hogares de los pueblos en marcha hácia la inmortalidad, y esta estirpe de bravos no se conquista.... y le

partia el corazon de una puñalada al que estaba mas cerca, que se precipitó volteando con brincos de saltos mortales al abismo. A mí, seguia gritando Bohemio en el furor de la pelea, entre el choque de las espadas y el retumbar de los tiros, á mí, bravos de mi tierra! gallardos enamorados juveniles, porque las castidades celestiales de las espléndidas criaturas y las urnas cinerarias de lágrimas y las glorias de antaño se defienden muriendo en las batallas legendarias. . . . y sangre que salpicaba á chorros, y el alazan abalanzado sacudia á todo viento la cabeza demoníaca y los ojos de llamaradas, despedazando con los hierros de la pezuña cráneos enemigos.

Habia rumores; golpes sordos que conmovian la tierra; brisas que traían como tañidos y un barullo de voces confundidas como interminable zumbiar de ejércitos en marcha, y esquilas de clarines que saetaban á saltos los desfiladeros, y grupos de notas como himnos de guerra que entraban culebreando á poblar las soledades alpestres, y se sentia todo eso cada vez mas cercano y los vientos sacudían el ambiente con esas vibraciones, que eran como los ecos de los temblores de los estampidos lejanos. Bohemio seguia peleando y corriendo con el alazan por las rocas: tenia

amenazadora la frente y la hermosa efigie parecia pasion horrenda de hazañas y de venganzas. Asoma una bandera y otra y por todas partes el trapo desgarrado gloriosamente: el sol con los colores de las arenas de oro del rio inmenso, y la faja blanca en el centro, y los rectángulos azules de líneas infinitas; sayal immaculado con que los pueblos cubren el cuerpo muerto de los héroes sin tacha. Ascienden los batallones como líneas negras y atrevidas por la pedregosa cuesta, y mas batallones desembocan, aquí y allá, las bayonetas en alto detrás de las peñas, y ruedan los cañones en la furiosa carrera á coronar las mesetas; y piafan los corceles encabritándose y relinchando sujetos al freno. Hay humos y estruendos, tac-tac tarac-tac, y vomitar horroroso de las metralas volando; y resonancias inmanes atropellando el báratro y los desfiladeros y las faldas de la montaña, con terremotos gigantescos, y rebotar de balas saltando con parábolas de exterminio. La humareda densa y acre sube lentamente en estensos escalones; y se ven orbes de fuego escaparse de adentro, y los nubarrones de aire y humo flagelados por los estampidos, se azotan hasta el cielo en las rumorosas prolongaciones del sonido. Siguen los batallones arriba por la empinada ladera, frios y heróicos, paso á paso,

en medio del roncó redoblar de los tambores, cerrando los claros de los que caen con un balazo en el pecho y la indomable pujanza de la pelea en la frente, y allá lejos, cada vez mas atrás, la humareda enemiga ralea y se dispersa en el horizonte oscuro de la derrota. Llegaron á la altiplanicie que domina todas las cumbres, y el alazan saltando, adelante siempre, y mujiendo con el pecho de sangre, atropella desesperado en el vértigo supremo del heroismo.... y mil ginetes bravíos y maravillosos se derrumban como avalancha de muerte sobre cañones y cuadros, deshacen, y desbátan, y entre las tiendas enemigas, alineadas como para el reposo de un pueblo nómada en marcha, caen en el polvo negro de la victoria caballos y caballeros. Los dispersos en grupos.... sables y fusiles rotos.... banderas hechas girones y acostadas.... sangre, bramidos y muertos.... Gloria y silencio en la noche que cobija á los valerosos; túmulos y margaritas silvestres, y plegarias y recuerdos!

Bohemio no durmió; habia acumulado el rencor de todos los siglos doloridos por el crimen nefando de la conquista. Era una síntesis aterradora y toda la nativa nobleza de su corazon se habia desvanecido en las amargas cavilaciones de los propósitos feroces.

Aquel lóbrego cielo y aquellas cordilleras que dormían en el oscuro silencio, le hacían pensar en las criptas funerarias que encierran las cenizas de los mártires. Qué monólogo sombrío aquél! La ley del amor y del derecho había muerto: sobre ella estaba el hierro como detrás del alma está la bestia. La humanidad aplaude la conquista y la consagra, sin apercibirse que eso es el palmoear con las manos hundidas en los charcos de sangre.

La familia y la caridad por la patria y la religion de los muertos son devaneos de espíritus enfermizos, y el progreso sucesivo y el empuje hácia todos los ideales que se diseñan lejos esplendorosos, son cavilaciones de melancólicos pensadores. Lo que debe enaltecerse es la fuerza del bruto. Mucho cuidado con repetir el oprobio!...porque las nietos han fracturado mas de una vez el cráneo á garrotazos y dispersado á los cuatro vientos el cerebro despachurrado de los abuelos conquistadores ó los entregan evirados al escarnio del mundo! Esta batalla señalaba, pues, en la historia, como colosal monumento miliario, una etapa gloriosa. Era el areópago de pueblos que encontró su heraldo armado en aquel ejército victorioso, cuyas tiendas, mansas de sueño se levantaban en las faldas de la cor-

dillera. Todos los sudarios salpicados con las lágrimas de las crucifixiones interminables de la historia se habian extinguido en la hornaza de aquel combate y las cadenas rotas de todos los oprimidos de la tierra, corrian fundidas por el granítico crisol de las cordilleras! Esos héroes, acostados sobre la dura mochila, que dormian el largo y profundo sueño de la gloria, sabian que todos los desheredados que no tienen patria habian escrito como ellos en la faja blanca de sus banderas el lema inmortal: es necesario morir todos para que del hierro de nuestra sangre se modele alguna vez la estatua del derecho mas alta que las mas elevadas cumbres, mas fuerte que la maldad y la soberbia humana. Así se ve la historia, que siembra su camino de sepulcros de pueblos escalonados, y escribe los epitafios de la gloria con sangre vieja y emegrecida, brotada de las batallas seculares, marchar á la conquista de todas las virtudes, y entre las profundas meditaciones de su filosofia, fulgurar las clarovidencias de la esperanza y la certidumbre de la victoria para los problemas futuros. Y si el espíritu se atribula alguna vez, viendo á la humanidad turbulenta volver atrás para buscar otra vez las sombras del pasado y el seno de las tiranias añejas, no haya miedo,

por que las verdades redimidas por los sacrificios de muerte, la arrebatarán así mismo adelante y caerán los despotismos anacrónicos, como caen los liliputienses y tiemblan cuando pasa el génio y arrebatata el gajo mas alto de la copa del laurel verde para ceñirse la frente...

Pero Bohemio era pueblo y aquellos serenos raciocinios no adormecieron los salvajes instintos y no olvidó el ultraje de la conquista que ya habia terminado. Iba caminando entre las tiendas, llevando el alazan de la rienda y á los enemigos que andaban dispersos, vagando en la tiniebla, los perseguia iracundo y frio, convencido que era necesario y dulce y ejercicio de obra buena y escarmiento por los siglos de los siglos aquel exterminio. Y se veian por el aire negro cruzar cuerpos muertos, arrojados por él en los precipicios y alcanzarse los unos detrás de los otros en el hervor de las cataratas de los valles. Un rato despues torrentes de luz rojiza incendiaron las cordilleras. Bohemio levantaba dos teas de mecheros fulmíneos, alto sobre el alazan, que galopaba tacatac, tacatac, sonando como las cosas siniestras y pavorosas de la noche. Empezaron las poblaciones enemigas á arder con chisporroteos estridentes, y á iluminarse las gargantas hasta el fondo, y los torrentes á re-

flejar los resplandores de la hornaza, y se veían pasar por delante líneas negras y desesperadas huyendo, mientras suben y acometen las alturas los nubarrones caliginosos de la humareda. Así se vió por mucho tiempo seguir los incendios y las columnas de llamas como los reboatos y el vértigo de las trombas del mar, rodaban con las cenizas revueltas y desparramadas por los huracanes de la montaña, y mientras hubo enemigo disparando por las quebradas, la daga de Bohemio entraba desapiadada entre las costillas y seguían las parábolas oscuras de los cuerpos muertos hechos pedazos en las anfractuosidades de los riscos.

A sus hogares volvieron los soldados laderos abajo, la primera vez en la historia que un pueblo de vencedores se detiene sin herir el territorio del vencido. Bohemio empezó á galopar de punta á punta por las cumbres solitarias, sobre la nieve luciente y dura y vió despues un pueblo de trabajadores sembrar de viñedos las faldas, y cubrirse de estensas praderas y tupidas arboledas, entre cuyos claro-oscuros se distinguían las casas de piedra y se oían los cánticos del argentino idioma. El alazan empezó á enflaquecerse y á tomar dimensiones ciclópeas larga sombra estendiendo en la noche sobre la nieve cán-

dida, y movia paso á paso cansado en aquel viaje interminable de centinela gallardo, hasta que se fué deteniendo y se murió, mientras Bohemio envejecido le acariciaba con los ojos secos y tristes las crines largas. Parado en el cono mas alto, mirando al Oeste todavia el océano inmenso, las sales y las lluvias de la cordillera infiltraron sus carnes solidificadas al fin en estatua granítica y dice la leyenda que los guerreros gloriosos de antaño desfilan en la callada noche, capitanes y soldados, presentando las armas ...

Bohemio se quedó sólo. Tuvo las fruiciones del dolor silencioso y la profunda melancolia del espíritu que se hunde en el recuerdo de los cariños muertos....la divina Eros y el alazan bravio de la cruzada memorable. Perdió la fe, estinguida en las cavilaciones de las hondas soledades del alma, y asomó á su labio el sarcasmo, y cruzó su frente la blasfemia amenazadora y sombría... Tuvo antojo de construir allí su castillo él mismo, y arrojó á techos y paredes los colores de su paleta trágica. Se refugió de esta manera otra vez en su pasion juvenil por el arte y eso es pecado mortal. Dios castiga y hace á los artistas desventurados....Pero estas cosas están escritas en las páginas que siguen, y todo termina en el

capítulo de los Cuentos, porque lo de Bohemio y Eros Paradisiaca es síntesis, símbolo y cuento de amor y de gloria—de esos que cruzan y calientan la fantasía del poeta en las meditaciones creadoras y que se piensan al lado de las cunas de nuestros hijos dormidos y se narran en los viejos comedores señoriales, que tienen chimenea de mármol negro, espejo arriba y saben á humo.....

Los Cuentos

En ese hogar que Mendez ha formado, vive y ama su chiquita. Tiene los cabellos castaños, finos y lacios, los ojos negros y las mejillas sonrosadas. Su mano es pequeña, delicada y perfecta; su brazo redondito y mórbido, con la blancura nivea del marmol. Es alta, así, un metro no mas, aunque parece erguirse, cuando vuela como un angel, y llena las habitaciones con su charla alegre y embarullada. Sale al sol con gorra blanca de percal, de pliegues hechos á fuego, y su vestidito largo de lana azul. Va, viene, corre, juega, se esconde detrás de las tinas rojas, levantando despues por encima de ellas y sonriendo su

cabecita deliciosa. Entra al jardín con paso rápido y corta los gajos de las flores, y llama á los pájaros, que saltan de rama en rama. Conversa con ellos y canta. Yo lo he visto. Canta en el metro argentino é inimitable y ensaya los gorjeos con que ellos alaban y bendicen la vida libre de los campos. Se sienta en el cordon del corredor y mira su vestido y sus botitas negras con cierta coquetería precoz y estalla algunas veces en gritos y risas desenfrenadas. Ha robado un prendedor de brillantes y tiene en la muñeca una enorme pulsera. Entra en las habitaciones, se acerca á todos los espejos y se contempla; se pone de canto, gira al rededor de sí misma, como queriendo ver los pliegues blandos con que cae su vestido casi hasta el suelo—ella que con el peine en la mano pide á grito herido las aguas perfumadas que están sobre el lavatorio. Por la mañana—al lado de la madre—limpia los muebles con un pañuelito de seda y frota las manijas de nickel y se agacha con un plumero de plumas rojas á limpiar las patas de las sillas. Allí mismo, sobre la alfombra, están todos sus juguetes; el carrito azul en que lleva á pasear á sus muñecas, la cuna en que las adormece y la sala donde las recibe de visita! Cómo habla con ellas y les hace las

narraciones amenas y encantadoras, cómo se enoja y las reta, para tomarlas después en los brazos, acariciarles las mejillas y dulcemente mecerlas! Algunas veces hace cosas que lo hacen temblar! Lo mira fijo, y lo abraza al padre del cuello fuerte, fuerte con las lágrimas en los ojos. Mendez sobrecojido solía pensar entonces: ¡Si tendrá miedo esta chiquita que yo me vaya á morir!...

Cuando se acuesta lo llama para conversar con ella.

—Yo quiero un cuento lindo esta noche

—Te voy á contar el del gatito negro con piel de terciopelo y ojos de oro, que acurrucado sobre sus patas, resbala en silencio sobre las baldosas, dando saltos cautelosos y deteniéndose á veces para acechar la jaula.

—No, papá, porque el gato lastima con sangre las alas amarillas del canario.

—Te voy á contar el cuento de la viejita que camina encorvada con paso breve. Ella encontró en la calle un niño abandonado envuelto en telas finísimas.

—No, papá! qué vejeces! Ya me lo contaste...

—O el de la araña que teje en el rincón su tela de filigrana cenicienta y deja huecos re-

dondo y sucios de tierra, donde vive con sus hijitos.

—No, tampoco, porque la araña es negra y asquerosa y tiene siempre una mosca muerta en el hocico.

—Te voy á decir del angel de la Guarda que está parado detrás de las cunas con sus alas grandes abiertas para proteger el sueño de los niños.

—No, porque ese angel no habla. Cuando me despierto de noche y tengo miedo, abro los ojos y veo tu persona encorvada sobre mi cama como un techo cariñoso. Yo levanto mi mano chica y te toco la mejilla y la barba, y tu, entonces, colocas la tuya sobre mi frente y me dices con esa voz dulce que te tiembla: «duerma, mi chiquita querida, duerma!» A veces, cuando tú llegas tarde, papacito malo! siento que te acercas en puntitas de pié y me das un beso suavísimo en la boca. Entonces yo rezo—como á la tarde con mamá—y pienso que los ángeles deben conversar mucho y estar contentos, porque viven allá arriba, que es tan bonito, al lado del Padre nuestro, que está en los cielos Todo Poderoso.

—Te diré de la sordomuda entonces, si tu quieres.

—Si, papá, porque ella me traía flores y mu-

fiecas y sentada conmigo en el patio les cosía vestidos de seda.

—Entonces te acordarás, hija mia, que sus palabras eran gritos estridentes y zumbidos de la garganta profunda, risas y espasmos de los labios, lágrimas y saltos del corazón.

Ella velaba el sueño del padre, que tosia y rezaba en silencio con las manos juntas y temblorosas hacia el techo. Una mañana, el padre palideció; atrajo hacia su pecho la hermosa y rúbia cabeza y cerró los ojos para siempre. Ella apagó colérica las velas que ardian frente á la vírgen, rompió los ramos y desparpajó sobre aquel cuerpo violetas, nardos y rosas. Se sentó en el zaguan y vió pasar el cajon grande y negro y ya no se movio mas, porque miraba la puerta de cedro de su casa, la puerta grande de cedro con las dos hojas abiertas ... Los ángeles del Señor la vieron y la llamaron, y poco á poco, los átomos de su cuerpo se divinizaron en el martirio y se fueron al cielo.

--Pobrecita! papá... yo siempre rezo por ella, que era tan buena....

—Buena y desventurada, dijo Mendez enternecido y besó á la hija. Huboun momento de silencio; el padre habia colocado sus manos entre el cabello castaño de la chiquita y mira-

ba su hermosa efigie en aquel claroscuro del dormitorio.

—Papá: estás triste? preguntó al rato la niña.

—Yo! nó. Qué esperanzas! Por qué me dices eso? contestó el médico, sonriéndose.

—Porque ya no me cuentas nada y estás con la cara seria y mamá dice que cuando te pones así es porque tienes alguna pena.

—Si te digo que estoy contentísimo contigo.

—Está enojado con su chiquita, papacito querido? No quiere que yo le cuente un cuento para que se ponga contento!

—Tú? y qué cuento?

—El de abuelito....

—Cómo no? Sí. A ver? preguntó el médico con curiosidad..

—El me sentaba sobre sus rodillas y me lo enseñaba siempre. Yo lo aprendí de memoria....

—Empiece, mi chiquita.

—Te narraré, papá, dijo con cierto énfasis la niña, las leyendas del sentimiento caballeresco,—esas que se cuentan en las noches de invierno, en los viejos comedores señoriales, que tienen chimeneas de mármol negro, espejo arriba y saben á humo.... Flotan en el

ambiente tibio los fantasmas de antaño y cantan los poemas del honor heroico. Pasan los unos detrás de los otros—y besan la frente de los nietos—los abuelos, con sus armaduras de hierro y oro, el yelmo bruñido y el penacho de plumas de águila. Alta la visera, miran con ojo sonriente los muebles de caoba maciza que muestran todavía—en su estupefacción secular de madera muerta—la rica sangre añeja y generosa. Están sus retratos pintados, las regias caceras y su pasión por los cuadros de la naturaleza viviente y el reloj grande de bronce con minutos y agujas de oro, —alma de la hora, testigo severo que va envolviendo poco á poco, en el crac-crac de sus ruedas, la poesía immaculada de los recuerdos llenos de melancólica nobleza. El emblema de la familia, —con castillos y espadas y yelmos y leones, bordados en seda y oro, símbolos del indomable denuedo—tiene como palio agosto las almas valerosas de los que fueron y protege el hogar santo. El abuelo—una encierra vigorosa—que llena toda la casa con la majestad de su persona, cuenta á los nietos absortos las glorias de la familia. Sentado en el amplio sofá de rojo terciopelo, evoca en las noches de invierno, en los comedores señoriales, las leyendas del honor sin tacha al lado de la chimenea de marmol negro.

El médico pensaba; oh mi pobre comedor de roble, que tienes columnas dóricas y el color de la hoja mústia y seca! Quién sabe si despues, cuando yo entre en la noche—envuelto y largo en mi mortaja blanca—á decirle á los nietos la historia de estas edades de genio y de labor, quién sabe si te encontraré, oh mi pobre comedor de roble, que tienes columnas dóricas y el color de lo hoja mústia y seca! Ya la polilla ha hecho agujeros redondos aquí y allá; cayendo en montoncitos los fragmentos de tu cuerpo desmenuzado y amarillento.

—Sabe, papacito! que no me acuerdo mas, dijo la niña, interrumpiendo su soliloquio.

—Y era largo el cuento?

—Sí. Abuelito lo empezaba á contar y despues me abrazaba diciéndome: estas cosas no entiendo mi nietita querida y era cierto, pero así mismo me gustaba mucho porque hablaba de una señora muy linda á quien llamaba Eros Paradisiaca.

—Eros, interrumpió Carlos asombrado.

—Sí y de otro Señor.... No me acuerdo.

—Bohemio, dijo el médico.

—Eso es, eso es contestó la niña y me decia que tú lo habias escrito.... Asi que yo quiero que lo cuentes, papá.

—Tú tienes alma de niña y no comprenderás

estas cosas como no has comprendido las leyendas del sentimiento caballéresco.

—No importa, contámelo.

—Imposible.

—Entonces otro....

—El último....

—Como quieras, papá.... Despues veremos.

—Hola! qué son esas salvedades volcan-cito!

—Nada.... Contá no mas.

—Con un pacto.

—Cual?

—Que ha de ser el último.

—Papá, interrumpió la niña, te has puesto serio y á mí me da sentimiento.

—Bueno, todos los cuentos que quiera mi chiquita. Espérese. Yo he conocido un señor elegante con labio grueso y rojo y frente pálida y ojos abovedados y castaños.

—Será cuento alegre?

—No me interrumpa, dijo Mendez con seriedad cómica.

—Bueno, y qué mas entonces!

—Caminaba con las manos en los bolsillos con cierta onduación felina.

—Qué es eso felina? preguntó la chiquita con gran atencion.

—Mendez le explicó con detalles y siguió

contando:...y blando en su torso como movido por un eterno ensueño.

—Qué es eso papá?

—Eso es que tú no me dejarás concluir el cuento.

—Bueno, seguí no mas....

—El tenia libros, siguió el médico y los queria mucho. Entiende mi chiquita asi.

—Si, papá.

—Pero un dia hubo desgracias en la familia y tuvo que venderlos y con ellos se fué su corazon y su voluntad.... como á tí si te quitaran las muñecas.

—Te gustaria eso?

—No! no! al contrario; lloraria, de pena.

—Ese dia lloviznaba con esas gotas finas, lentas y aburridas y despues una garua mansa y monótona con un cielo color ceniza y el aire tristísimo igual á ese mal tiempo que no te deja salir al patio á jugar. El estaba sentado cerca de la biblioteca viéndolos salir y desde entonces ya no escribió mas.... Pero los ángeles del señor lo vieron y en el dia del santo de su chiquita trajeron sus libros con cánticos de gloria.

Lo encontraron á él sentado que esperaba al lado del escritorio mirando al patio, con el puño cerrado que sostenia su mejilla derecha.

Sonrió y de sus ojos cayeron dos gruesas lágrimas, resbalando en silencio.... porque entonces entraba su chiquita, pálida de marfil—circunfusa de luz, de ojos grandes y negros que echaba hácia él, como en éxtasis, brazos, corazón y efigie... Oh las sensitivas amables que tiembla sobrecojidas en el hogar que sufre....

Qué es eso último que has dicho? interrumpió la niña.

Mendez aclaró todo con gran resignacion y como quedara un rato en silencio, le insinuó la chiquita:

—Y ahora? papá.

—Yo no sé mas cuentos.

—Pero yo sí.

—Tú.... A ver?

—Yo sé el cuento del gran anciano y lo conozco tambien. Lo he visto en la escuela. Te acuerdas cómo era de alto y tenia grandes orejas y temblaba cuando estaba parado y tú me dijistes un dia viéndolo pasar:

Ese es el gran anciano y el mas ilustre genio de nuestra historia.

—Mendez estremecido, abrazó á la chiquita diciéndole: Tú hablas de Sarmiento.

—Sí, papá.

—Y qué cosa sabes de él?

Dicen que era un hombre muy intrépido y bravo.... pero en la escuela un día una niña le llevó un ramo de flores.

Era muy pobre y parecía enferma y tenía el vestido sucio.... la maestra quiso apartarla pero él la cargó y la sentó sobre sus rodillas y conversó mucho rato con ella en medio del silencio de la clase... Despues lo vieron sacar toda la plata de su bolsillo y dársela á la chiquita y cuando nos miró á todas, le brillaban los ojos, como si tuviera lágrimas.

A ese hombre, mi hija, es necesario venerarlo y prepararle para despues su estatua de bronce, porque ha servido á su patria haciendo por ella todo él bien.

—Pero se han de olvidar de él, papá.....

—Qué dices? pícara!

—Como tú te olvidas de traerme los juguetes que me ofreces, cuando me porto bien y hago lindas planas y no equivoco la leccion.

Oh! exclamó el médico.... pero eso no es lo mismo.... Aquel es el gran anciano y tú una pequeñuela deliciosa!

—Entonces me harás un favor.

—Cual?

—Contame el cuento de la señorita Eros Paradisiaca.

—No, otro día. Ya es muy tarde y es hora de dormir.

—Entonces un regalo para mañana.

—Bueno.

—Una muñequita rubia, con rulos y ojos azules como ella.

Prometida, dijo el médico y le acariciaba las mejillas susurrándole al oído: duerma mi chiquita, duerma!

A esa hora se sienten en los dormitorios frotos que parecen venir de lejos; son las ropas que caen y se arrugan sobre las sillas y el tac-tac del botín sobre la alfombra y el cuerpo cae abandonado, hundido y largo y la cara tiene reflejos tranquilos. Entra poco á poco el olvido con su efigie desvanecida; la memoria se aturde, y va desapareciendo.... La veladora está á los piés de la cama y de la mariposa restallan luces que se dispersan en el ambiente en místicos claro-oscuros. Hay ruidos leves y mansos de respiraciones que se entrecortan en el aire tibio, como si fueran los ecos de las edades viejas, que fueran á morir allí.

—El miraba desde el sofá la cama grande y sombría con reflejos rojizos de tuya y la colcha verde y plana de lampas de hojas vivas y frescas. En el espacio que circunscriben las cortinas, que caen en graciosa curva y el

dosel con su sol de faya de pliegues oro muerto, suenan los cánticos placenteros y celestiales que enternecen y las estrofas que van significando que en ese hogar se ama, se espera y se trabaja. Al lado de la cama, en el reclinatorio, se arrodilla en la noche la madre augusta que reza por los que sufren.... Cárlos meditaba allí el cuento trágico que había fascinado la mente de su chiquita y período tras período lo iba hablando y escribiendo en el libro de la memoria....

*
* *
*

Los astros estaban solos en sus días maravillosos, mirando la tierra que tenía hombres de granito y muda la selva entre sus ramas rígidas. Estallaban armonías allí con todos los gritos de las pasiones del mundo y reapareció Eros, vaga y alba figura con los cabellos rubios y el traje de raso blanco y largo con festones de azahares. Descendió lentamente sobre la tierra con el ritmo suave con que rema el cisne blanco en la altura y la piedra se irguió; abrió y movió los párpados como hacen las estrellas en el azul quietecito de la noche y la selva sintió el brazo y desplegó sus galas. Echó á andar: detrás de ella tuvieron canto

las aves y palabra el hombre y se extendió la pampa solitaria y verde. Eros creó la sonrisa que tenía dientes blancos de nácar, la gracia ingenua y la alegría bulliciosa. Llenó el hogar de candores y el Universo de luz y si encontró la angustia alguna vez, la apartó con el ruedo de su vestido blanco. Era la juventud rica de sangre y el alma de paradisiacos deleites sin sombras en sus pupilas, sin abismos ni arrugas en su frente nítida. Caminaba por el mundo recibiendo las saluciones de las flores y la reverencia del hombre—sin cariños de carne de esos que hacen temblar el corazón y lastiman la inmaculada verecundia. Con la frente alta—en la luz plena, pasa bosques y playas, cantando el himno glorioso de la vida y el bosque contesta con gorjeos y el mar glauco refleja estremecido su imagen en la planicie tranquila. Hay sinfonías y ruidos monótonos de espumas que trae la ola mansa en su cresta, inclinando adelante sus pupilas blancas. Conversa: encuentra los monosílabos adorables de la naturaleza y repite el murmullo del bosque y los cantos elocuentes del silencio del mar. Imita: es la joven poetisa que recoge en el mundo las estrofas y las devuelve así....Canta lo que le oye cantar a los pájaros y entra en la noche estéril y soli-

taria del que escribe y le entrega fragmentos de gloria.....

Pero Bohemio viejo te mira, oh Eros! Bohemio torvo y soberbio, que usa coraza diamantina y es el señor de la comarca conquistada en lides bravias. Las gentes huyen de él porque Bohemio crea, y eso es pecado mortal. Dios lo castiga. Tuvo antojo de construir su castillo él mismo y se le vió entonces perder las alegrías elegantes y juveniles. Trepaba melancólico la cuesta escarpada deteniéndose á veces á pensar...Y así por años! Poco á poco se hizo en su frente un surco profundo y tuvo en su corazon las desesperaciones varoniles que no tienen lágrimas. Y así por años! Despejó el camino aventando por las laderas los troncos añosos y eligió la cumbre llena de nieblas de la roca bruta, de donde saltan las piedras filosas en forma de conos y hachas y en el cierzo frio y en la noche abrasadora, rodaban pico á pico los peñascos con inaudito fragor, montaña abajo en las gargantas..... Surgieron las paredes de granito, los torreones, las ventanas ojivales y las almenas, y Bohemio descontento siempre, sacudia su cabeza blanca y desg्रेñada. Y así por años! Antes era de aquellos que subian al caer la noche á las nubes el perfil pálido, delicado y griego y

la soberbia cabeza renegrida y soñadora de Apolo....Eros, muerta, batió su alas de angel celestial y frio que cayeron en briznas de nieve á encanecer su cabello. Pasaba inquieto, como quien tiene grima; iba y venia, giraba á través de los corredores oscuros que resonaban anullando á lo lejos en el eco que se pierde.... Entraba en los cuartos lóbregos, que llenaba de penumbras, de enigmas y de pueblos, arrojando á techos y paredes los colores de su paleta trájica. A veces en la profunda noche, la luna grande y redonda, ascendia por el horizonte envolviendo al castillo entre la bruma en la gaza turbida de sus rayos. Bohemio cruzaba los brazos para descansar un momento, miraba las escenas que él habia pintado con adoraciones en las pupilas y bajaba entonces su cabeza melancólica, honda en el pecho, como si hubiera otro allí que le conversara... Son las aves negras que graznan en el torax y aletean chirriando las trovas sombrías. Se acercaba á la ojiva, bañada en luz su frente de poeta para ver lejos... Las brumas dormían calladitas flotando en los valles, que tienen arroyuelos de plata, que serpean en silencio. Ni aire, ni bosques, ni pájaros... todos dormían... menos él, que dilataba los ojos grandes y fúnebres... A veces en los dias

grises, los aldeanos veían á Bohemio saltar del torreón á la almena y á la ojiva con un hacha brillante en la mano vigorosa. Iban los rumores extraños de risco en risco, de resonancia en resonancia, llevando bramidos de tormenta y ruidos blandos de alas grandes abatidas y tañidos lastimeros de campanas lejanas y moribundas. Era él, que pulía su obra en las horas violentas, Bohemio, que iba tomando los contornos desvanecidos y fugitivos del espectro!

Una tarde Eros tenía veinte años y llegó peregrinando al pié de la montaña. Una ánfora roja en la cabeza, sostenida por los brazos plegados y desnudos hasta el codo, la cabelleja rubia cayendo en bucles largos y sedosos. Vestía un traje blanco de lanilla sencillo y corto, ceñida la cintura con una faja de espu-milla heliocropo y el pié de mármol en la sandalia. Las gentes que la vieron, dieron voces de terror.

—No subas, Eros dulcísima, porque el espectro mata.

Ella, paso á paso, encorvada adelante, ganó la escarpada cumbre y miró.... Bohemio, afe-rrando como con garfios una cornisa; colgaba de su brazo izquierdo lleno de robustos relieves. Su cuerpo caía abandonado en el espa-

cio y con la derecha arrojaba nubes de anacarado polvo á chapiteles, almenas y cornisas. Eros sintió aquella pena suprema y temblando dijo:

—Aquí traigo ¡oh señor! en esta ánfora, aguas frescas y cristalinas que dan vida porque tu frente arde: son las gotas del rocío que yo he recojido en las hojas de la selva en la madrugada.... bebe ¡oh señor! porque curan la congoja que atribula...

Miró hácia abajo aquel hombre, sacudió sus hombros y arreció en su faena.

—Porque hay luz en el mundo, porque hay plegarias y horizontes infinitos, bebe ¡oh ángel doloroso las aguas de la cristalina fuente!

—Tú no sabes esto, Eros, porque eres dulce y amable, rodeada de gentileza tu celestial persona. Yo quiero dejar perfecta mi obra y tengo apuro, porque siento que la muerte se acerca con sus curvas blancas de hueso. Aman la luz los que viven de sus reflejos, yo soy hijo de la tiniebla....

—Por Eros—la de los ojos azules y melancólicos—que fué tu muerto cariño; por esta obra admirable, donde hay estrofas ciclópeas que tienen las vibraciones arrebatadoras del himno, porque es tu martirio y tu agonía; bebe, oh

ángel doloroso! las aguas de la cristalina fuente!

Bajó de la altura Bohemio en silencio y cayó de rodillas sobre el pedregal... Rezaba su última plegaria: «Tú eres Dios y genio, divino y humano, síntesis. Yo lo afirmo porque soy el moribundo huraño. Los hombres han disminuido tu increada magnificencia, encerrándote en los templos de piedra y llenando tu divina figura con oropeles que no satisfacen la necesidad absoluta de la forma ideal, mientras tus templos están en el espacio abierto y son el cielo y el sol y el verde dilatado y silencioso de los campos. Para estos ya no hay reverencias, ni lágrimas votivas! Han herido tus oídos con las notas estridentes, que rompen de tubos de lata—en fila—burdos y acuminados, cuando las estrellas tienen carolas para acompañar tu camino y el aire diafanidades y las aves cantos armoniosos en medio de la naturaleza fecunda! Te han clavado en la cruz, haciendo de Tí un Dios liliputiense porque tus amarguras no son de las que desgarran las carnes y es tu crucifixion inmortal este mundo maravilloso que has creado y el Hombre—corolario melancólico y sombrío de tu inteligencia infinita!

—Oh Eros! egregio espíritu que has venido

á derramar aromas y cánticos en la última hora del moribundo! Tú eres la juventud eterna la semblanza immaculada de mi patria eterna, y apareces cantando en la primavera de todas las generaciones ¡oh divina síntesis del amor inmortal!... Si tú vuelves... á los artistas, á los sabios y filósofos de mi tierra entrega este oscuro pliego donde está escrita mi última voluntad....

Eros extendió sus palmas de alabastro y lo recibió de rodillas.

Entró la cabeza entonces Bohemio dentro de la ánfora toda entera, la cabeza blanca y desgredada, y sus carnes se fueron secando y su corazón muriendo y todo su cuerpo se extendió rígido sobre aquel sepulcro de piedra. La lluvia de rocío cayó por mucho tiempo en hebras cristalinas y el cabello de Eros fué su abanico de plumas. Las estrellas de la noche profunda velan en silencio su gigantesca larva!... A su lado la lira de bronce rota; las penumbras y los pueblos pintados en techos y paredes salen por las ojivas á desvanecerse en la noche; los contornos del monumento quedansolos como un gigantesco y espectra centinela.... Todo es silencio.... y ha desaparecido sin llantos estériles, porque estos muertos tienen siempre los soliloquios duraderos del recuerdo cuando la

mente crea y la mano escribe. Todo es silencio... porque así se va el Genio para siempre algunas veces y se lleva todas sus cosas... El dedo cierre los labios..... Adios! Adios! Y Eros canta lo que le oye cantar á los pájaros y entra en la noche solitaria y estéril del que escribe y le entrega esos fragmentos de gloria.... Están con el alma en el ensueño y la pluma en alto.... Un escritorio, una espátula, papeles con márgen y borrones y un tintero grande con un bronce que los mira. Algun cuadro... una naturaleza muerta, una ola inmensa y solitaria, un bajo relieve de marfil desnudo y la casa de cedro rojo con las líneas majestuosas de un santuario y libros derechos, como que tienen vida, y aman, y cantan, besan, y sufren, y piensan y crean... Están con el cigarrillo en la boca, redondo y corto.... un hilo ceniciento de humo que sube derecho, en espirales despues, en oleadas que se extienden y se aplanan, se rompen, dejan claros, se desvanecen y se esfuman abandonando aquí y allá una que otra hebra flotando...

Meditan: esperan las pasiones, los caracteres y las naturalezas y cuando sufren la grima profunda y esteril, entra Eros y entrega á los intelectuales el Testamento del martir caballeresco.

Testamento de Bohemio

Porque es necesario que el espíritu nacional sea altivo siempre y adornado de aristócrata cortesania y para que sea eterna la vida de la Patria, yo os concito á la libertad intelectual, jóvenes artistas, sábios y filósofos!... en el nombre del Padre que ha desatado en el Universo el estrépito de la creacion y del Hijo, que ha sintetizado en la cruz los largos quejumbres de la vida humana! Para que las alas de armiño del Espíritu Santo, que son el vínculo que une la tierra al cielo, cobijen en todo tiempo cabezas soberbias y varoniles de vida propia.... Teneis confines, historia y leyendas de honor; por el esfuerzo comun y la sangre derramada habeis fundido para la patria el monumento de bronce imprecadero, sois pueblo de verdad, es menester ser intelectos, jóvenes artistas!

Que no haya modelo escrito, ni pintado, ni cincelado en marmol!... Esa es mi última voluntad!... porque el arte envejece, cuando los

hombres le arrebatan las adustas energías de la vidalibre, para encerrarlo en los burdos liminares de la imitación y de las escuelas. Que sea licenciado y loco antes que ser esclavo!... Allí está nuestra efigie nacional que hierve en las dilatadas y lujuriantes naturalezas de la comarca incomparable... en la tierra fecunda donde crecen los trebolares y se dilatan los efluvios de la infinita pradera; donde late estremecido en largas ondulaciones el corazón del Pampero y sueña la horrisona melopea de nuestros huracanes y las salvajes sinfonías de las Pampas abiertas y los silbidos de las rachas, que se azotan dentro de las hondonadas para buscar el alma de granito de la montaña... debajo de la copa azul del cielo que engasta los panoramas maravillosos en sus laderas zafíreas! Como lo besan, oh artistas! allá en el horizonte nuestros mares incontaminados, que fracturan su toldo de esmeraldas en los puñales de las rompientes, baluartes que detienen las moles lanzadas á la playa en mortíferas ondas y silenciosas contempladoras de las aguas en calma desmayadas á lo lejos!... Oh los edenes estupendos de mi tierra natal y las salvajes bellezas marinas y las pétreas combas de las cordilleras, acumulo monstruoso de muertos leviatanes! Eah! eah! de rodillas!...

Paso á los poetas que van á colocar la cítara de oro sobre las cumbres mas altas!... Xabierto el enorme ojo sombrío y clarovidente.... Miran y ven.... escuchan y oyen.... meditan y escriben. Son las melodias virginales que rompen de las cuerdas de bronce y los colores que saltan de la paleta al lienzo y las detonaciones de las mazas miguel-angélicas, que debastan el mármol en la furia de la creacion libérrima.... porque la libertad intelectual ha salvado, oh artistas, de la muerte sempiterna á muchas naciones! Oh las viejas verdades siempre nuevas á través del tiempo!....

Asi Helenia moribunda acostó por mucho tiempo á la sombra del Partenón su marmórea y perfecta persona de esclava y los hijos de siglo en siglo recojian sus sollozos, leyendo la oda Pindárica, enamorados de aquellos escombros, que recitaban todavia en su melancólico abandono los cantares geniales de antaño.... mientras la larva divinal de Homero y los muertos de Måraton y de Platea presentaban las armas! Abuelos airados, gloriosas carroñas, que fecundaron la madre tierra, suscitando gigantesca de hora en hora la embriaguez de los recuerdos, cuando en la noche de los siervos comedores, los padres leian en voz alta, --

la mano temblorosa de iras— las leyendas prometeanas! ¡Oh redentos! entre las vibraciones y los enconos del clarín de Righas, resonando las gargantas de los despeñaderos Tesálicos del estertor de Botzaris y sacudiendo los ecos de la patria libre adormecidos el alma zahareña de Nicetas! Oh Helenia, poetisa de la belleza suprema! Todavía se prosternan los siglos ante esa inspiradora de la eximia forma! y mas lejos se abrazaba con ella en la grima del cautiverio Italia, la efigie trisísima por seculares dolores, arrullada la macilenta persona por el fragor de la onda mediterránea. Resurgió al fin, manchando el sudario con sangre de mártires porque sus hijos sintieron la nostalgialastimera de las síntesis artísticas de antaño y leyeron en voz alta los tercetos del Gibelino, fiera alma bravía, enjuto sonámbulo, espectro caminador de punta á punta y marcharon en legiones á redimir, muriendo el sepulcro de sus grandes! Porque tuvieron indómito intelecto los padres, resurgieron los hijos mientras nosotros,—el índice y el rostro dirigidos hácia las civilizaciones extinguidas—volvíamos los primeros, en los campos de batalla, por el honor de América

Sacudamos el yugo, oh sábios! reventando la

cinta de cuero reseco con que se pretende atarnos! Vosotros sois los modestos obreros de los gabinetes, los silenciosos y pacientes investigadores de las fuerzas y de las metamorfosis de la naturaleza! Despojados del exotismo que humilla y contiene el vuelo de la inteligencia habeis encontrado en la observacion y en el experimento los primeros capítulos del libro de la ciencia nacional. • El sendero está abierto.... por él se han de precipitar los atletas que glorifiquen el monumento empezado á construir! Observacion y experimento ... ese es el lema que ha de inscribirse en las nuevas y juveniles banderas! *... Bienvenidos seais, oh sarcedotes, bajo las bóvedas de este gran laboratorio de la libertad!... porque si vuestras creaciones no son de las que deslumbran, si ellas no tienen por corolario los estrépitos populares de la apotéosis y si algunas veces os sorprende la muerte en vuestros ignorados retiros.... en cambio, hombres de la ciencia! habeis encontrado las verdades inconcusas, y los inmortales beneficios, de que está hecho el progreso humano!

Así, los filósofos, esos entristecidos huranos, esos sombríos meditabundos, estudian la criatura, porque nuestra efigie bulle tambien

mas que en ninguna parte en la emocion colectiva de las ciudades en marcha y se compone de hombres y de naturalezas. Estudian el ímpetu de la voluntad nacional y los graves problemas que agitan el pensamiento de las muchedumbres, y escudriñan las razones de sus destinos inmortales. Este pueblo será grande! Ese es el axioma! Tiene por cimientos el recuerdo de las viejas civilizaciones; por pedestal las glorias eternas de la maravillosa cruzada de la emancipacion y es el alma bondadosa que abre sus alas para cobijar y proteger á todos los desheredados de la tierra.... á los que han acumulado de generacion en generacion los martirios de la pobreza.... á los que viven sin ropas y mueren sin sepulcros.... rodeadas sus camas dentro del lóbrego zaquizamí por los cuerpos escuálidos de los hijos....

Porque yo siento dentro de mi inteligencia, las hondas congojas de aquellas sociedades decrepitas ... Las veo agitadas reunirse en el silencio de la noche de las conspiraciones y en esas cabezas que han perdido la fé en el bien, germinar las peligrosas utopías. Cuánto tiempo hace que se sufre y se espera y se trabaja sin conseguir bienestar ... para que no les quede á esos desventurados juveniles sino

el derecho de retirarse de los húmedos y oscuros talleres á morir! Perdon para esos enloquecidos de todas las desesperaciones seculares! Qué quereis que hagan, pues? Que contesten la bofetada con lágrimas y los dolores y las miserias interminables con resignacion religiosa? Almas solitarias! esta comarca sintetiza el corazon de la vírgen América, todos los perdones y todas las esperanzas! Bienvenidas seais! porque su suelo es fértil y rico, el cielo manso y el alma de sus hijos rebozante de ideales generosos!....

El siglo está enfermo! El alma se sobrecoge en la contemplacion de los espasmos del gran moribundo! Vive todavia estremecido por anhelos misteriosos que cruzan el orbe, mientras infinitos deseos del bien, sacuden las sociedades batalladoras, que quieren arrojar á la nada sempiterna los restos de la barbarie, que humilla la frente y amarga la existencia y es la turba, la vil turba acongojada la que lleva enhiesta la bandera del porvenir! Son ellos, los sacrificados de siempre, los que se azotan á la calle dementes en la asonada á morir sobre el pavimento brillante de las calles; son ellos los que dibujan y preceden en la *asociacion* la fraternidad de las sociedades futuras y los

que consagran con su sangre esas sublimes intuiciones históricas del sentimiento ... Escribid, intelectuales! El siglo que muere debe llevar en su marcha hácia lo infinito estas conquistas indestructibles: la superioridad y la altivez del talento sobre la erudición, que transforma al hombre en un espectro decapitado y lo excelso de la filosofía, que deriva de la observación serena y profunda sobre las escuelas sistemáticas y arrojar anatemas para los que han contaminado la ingenuidad de la forma y se han olvidado del arte, arrastrados por el artificio.. como si no fuera mas fácil ser espontáneos y abandonarse á las sinfonías que suenan en la inteligencia y tirarse apasionados á la página, sin ambajes, hechos pedazos, desnudos y sangrientos, aunque sea necesario dejar las fibras del corazón en las puntas de las breñas! Qué importa que el pensamiento os seque las carnes y os llene de martirios el cerebro? Os imagináis acaso que se redime al olvido sin exponerse á morir?

Así hareis obra de caballeros esforzados y surgirán las personales efigie, que han de proseguir por los siglos las glorias del arte y de la ciencia y de la filosofía nacional.... y cuando contempleis la horren-

da lucha del siglo entre la fuerza que mira al pasado y el sentimiento que pide ideales á grito herido y cuando veais la asonada contra el motin y la desesperacion ferozmente erguida delante de la boca oscura del krup de labio chato y levantado en el villano desprecio. . . . oh, entonces. . . . apurad el tiempo, artistas, sábios y filósofos! puesto que sois vosotros los precursores del espíritu humano! Cada canto que salve una vida, cada descubrimiento que ahorre hambre y sed y crucifixiones, cada problema resuelto con la violencia del genio, que agregue algun ideal á la corona del siglo, que tantos ha conquistado, tejerá al rededor de vuestras frentes, la hoja de encina que pertenece á los fuertes!

Apurad el tiempo, misioneros del porvenir! mientras este moribundo que va á acostarse en su féretro, adora en las penumbras soñolientas de su última hora la melancólica é inmaculada semblanza de la Patria íntegra y eterna, y sierra contra el corazon los lacrimosos é infinitos cariños por el Arte, bendice al martirio de los creadores y se arrodilla ante la atlética falange en marcha de los precursores del espíritu humano!

FIN

